Adolf Sturmthal

LA TRAGEDIA DEL MOVIMIENTO OBRERO

Fondo de Cultura Económica
México

PROLOGO

La catástrofe que arrastró al abismo a la democracia europea ha sido estudiada por un gran número de historiadores. No faltan libros que relaten la dramática historia del último decenio. En cambio, se ha prestado mucho menos atención al ocaso y a la caída del movimiento obrero europeo, a pesar de que la destrucción de los sindicatos y de los partidos socialistas y comunistas del continente constituye un suceso político no menos espectacular y significativo que el desastre de la democracia europea. Me parece imposible, además, comprender lo que pasó en Europa sin relacionarlo con la suerte de sus organizaciones obreras, que en esa parte del mundo han sido —lo que nunca han podido ser en los Estados Unidos— las más poderosas de todas las fuerzas democráticas.

La causa más profunda del colapso de la democracia europea reside en su incapacidad de integrar los distintos grupos sociales con sus intereses antagónicos en una sociedad industrial viable. Tal fracaso, anunciado ya por la primera y breve depresión económica de postguerra y por el advenimiento del fascismo en Italia, se generalizó durante la gran quiebra del comienzo de la tercera década de nuestro siglo. La crisis de la democracia europea era una crisis social. Reflejaba la desintegración de una sociedad que se había mostrado incapaz de resolver sus problemas económicos y sociales.

Las organizaciones obreras europeas tenían fuertes razones para empeñarse en la defensa de la democracia. Gracias a ella, se habían convertido en una gran potencia social y habían podido desarrollar algunas instituciones que figuraban entre las más altas conquistas de la civilización europea. Pero fracasaron en la prueba decisiva: no supieron contener la descomposición de la democracia, ni servir de punto de unión para la reconstrucción de una sociedad democrática.

La derrota sufrida por la democracia en el continente europeo se debe tanto a este fracaso del movimiento obrero como al colapso del capitalismo democrático. Aquél, sí se había mostrado lo bastante fuerte para estorbar seriamente el funcionamiento de las instituciones sociales existentes, pero no tenía la fuerza, ni el ingenio constructor para renovar la sociedad. Creo que este empate entre las antagónicas fuerzas sociales constituye la esencia de la desintegración democrática. La mayor parte del presente libro está destinada a demostrar la verdad de esta tesis.

La documentación citada es fragmentaria en muchos respectos. Trata de un período que, si bien es de significación vital por sí mismo, no abarca sino una parte de la vida de las organizaciones obreras europeas. Sin duda, no es posible comprender lo que sucedió en 1918 y después sin remontarse a evoluciones anteriores. Bien sé que las breves alusiones hechas a esta parte del pasado son demasiado escasas para ser de gran ayuda. Pero todo otro modo de tratar el tema, al requerir un espacio harto extenso, hubiera hecho el presente trabajo inaccesible a la mayoría de los lectores.

No menos visibles son las lagunas en el área geográfica a que se refiere el libro. Habiendo concentrado mi interés en las tendencias y problemas significativos del movimiento obrero europeo, como conjunto, me vi obligado a pasar por alto gran número de organizaciones, importantes desde otros puntos de vista. Además, me había decidido, desde un principio, a excluir de mi investigación la Unión Soviética. Tratar de manera adecuada la cuestión de la clase trabajadora rusa hubiera exigido por sí solo un libro entero. Desde luego, no he omitido señalar la inmensa influencia que ha ejercido la Unión Soviética sobre el movimiento obrero del resto de Europa.

Todo observador bien informado encontrará que he descuidado mencionar o discutir gran parte de lo que le pudiera parecer a él de la más grande importancia. No tengo ninguna excusa que ofrecer, como no sea la de que quiero presentar una teoría del movimiento obrero europeo y que he observado su historia desde el punto de vista de tal teoría.

Este ensayo quiere ser una contribución al estudio de un tema cuya importancia para el porvenir de las instituciones sociales y políticas del mundo entero se reconoce cada vez más ampliamente. Será de escaso valor para el especialista interesado en determinados aspectos del movimiento obrero, teniendo en cuenta la extensa literatura académica consagrada a estos problemas. También existen buenas obras sobre el movimiento obrero en determinados países durante períodos determinados del lapso que abarca mi libro. Creo, sin embargo, que un examen de carácter más general, como lo ofrece la presente investigación, no por eso dejará de ser útil, y espero que mis esfuerzos para presentar una teoría de la decadencia y caída del movimiento obrero europeo justifiquen esta forma de exposición particular.

La clave de la teoría propuesta es la distinción entre la actividad del grupo de presión y la actividad política. Uso este último término en un sentido especial: no se refiere sólo a los actos de un partido político; se pretende que designe más bien el acaudillamiento democrático, la iniciativa y la responsabilidad ante la nación entera, como opuesta a las estrechas miras del grupo de presión. De acuerdo con tal clasificación, un partido político será considerado como grupo de presión si no hace ningún esfuerzo para integrar sus propios intereses con los de la comunidad a que pertenece. Puede suceder también, aunque es menos probable, que lo que pasaría por un grupo de presión, merezca, en realidad, el calificativo de partido político.

Los problemas del funcionamiento de la democracia, a que puede dar lugar la existencia de grupos de presión en nuestro sentido de la palabra, apenas si han sido investigados que yo sepa. Sin embargo, tal acercamiento a nuestro tema me parece decisivo, en cuanto se refiere a la situación del movimiento obrero dentro de la democracia moderna.

Otro término usado de un modo poco familiar a muchos lectores americanos es la expresión "clase media". En la terminología del obrerismo y de la democracia europeos, con su tradición de lucha contra el feudalismo, la clase media incluye lo que los norteamericanos llamarían la clase superior, los patrones o la burguesía. Así, pues, la clase media tal como la entienden los norteamericanos, sería en Europa

clase media baja. Espero que algunas otras dificultades terminológicas se superarán con la ayuda del contexto en el que aparecen.

El nuevo libro del profesor Joseph A. Schumpeter, Capitalism, Socialism and Democracy *(Harpers, Nueva York, 1942) fué publicado cuando la presente obra ya estaba impresa. El trabajo del profesor Schumpeter contiene, en su última parte, un esquema histórico de los partidos socialistas. Las setenta páginas consagradas a esta investigación forman el núcleo de un análisis fascinador de los movimientos socialistas. Por desgracia concluye en el preciso momento de presentarse la cuestión más apremiante, a saber, la de por qué los partidos socialistas europeos han fracasado tan trágicamente. El análisis magistral del profesor Schumpeter ofrece algunos elementos susceptibles de explicar aquella catástrofe, pero no en una forma que pueda satisfacer la legítima curiosidad del lector.*

Estoy agradecido a la Carnegie Corporation de Nueva York, y especialmente al señor Charles Dollard, por la asistencia financiera que me permitió llevar a término el presente estudio. El profesor Charles A. Gulick, Jr, y el señor Alexander Gerschenkorn, de la Universidad de California, así como el profesor P. F. Brissenden de la Columbia University me han ayudado grandemente con su crítica y sus numerosas sugestiones. Henry C. Fleisher, Alberta Curtis, Edna Albers, Eleanore Levenson y Elizabeth J. Sherwood (esta última de la Columbia University Press) me han ayudado en la publicación de este manuscrito. Pero la deuda más grande la tengo con mi mujer: sin su incansable ayuda el libro probablemente no se hubiera terminado.

A. S.

Bard College, Annandale-on-Hudson, Nueva York.
20 de diciembre de 1942.

PARTE I

POR QUE FRACASO EL MOVIMIENTO OBRERO

CAPITULO I

GRUPOS DE PRESION O ACCION POLITICA

1

"Lo que sucedió al movimiento obrero alemán fué el resultado de las excesivas intervenciones de los sindicatos en la política. Los dirigentes del movimiento obrero norteamericano estamos más decididos que nunca a no tomar parte en el juego político." Tal era la conclusión de un alto funcionario de la American Federation of Labor (Federación Obrera Norteamericana) con el que hablé en la primavera de 1938. Era la opinión de un hombre que tenía un interés particular en las relaciones internacionales de los sindicatos norteamericanos. Habíamos discutido el peligro de guerra en Europa, el triunfo del hitlerismo en Alemania y la disolución de los sindicatos alemanes. Mi amigo americano estaba visiblemente perturbado por los sucesos alemanes, pero su actitud era la de un espectador más bien que la de un hombre que siente que su propia causa está amenazada. La enseñanza extraída por él de la suerte que había corrido el movimiento obrero alemán se reducía a la reafirmación de la tradicional teoría antipolítica de los sindicatos norteamericanos.

En el presente libro intentaré demostrar la falacia, a todo respecto, de esta predisposición antipolítica. Apenas es necesario señalar el hecho, tan obvio ahora, de que aun la actitud más apolítica no hubiera logrado salvar el movimiento obrero europeo de la destrucción por el fascismo, ya que una dictadura totalitaria no tolera la existencia de ninguna organización independiente, ni siquiera una asociación de filatelistas. Me propongo mostrar que el movimiento obrero europeo, lejos de pecar por "excesivas intervenciones en la política", carecía, al contrario, de voluntad política y vacilaba en asumir responsabilidades políticas surgidas de la presión política y social que ejercía.

Este hecho, más que ningún otro, fué causa de la decadencia del movimiento obrero europeo y, al mismo tiempo, de la democracia ya que ambos perecieron siguiendo el mismo proceso. La democracia no podía prosperar sin la participación activa del movimiento obrero y, por otra parte, éste no podía ser aplastado sin la destrucción simultánea de la democracia. Demostraré que las organizaciones obreras allende el Atlántico asumían en grado excesivo el carácter de grupos de presión y no se preocupaban suficientemente por la suerte de la comunidad de que formaban parte, para cuidar de que la democracia funcionara sin estorbos y qué el movimiento obrero mismo prosperase. Por último, pretendo demostrar que la ceguera hacia aquellos problemas peculiares que planteaba la existencia de poderosos grupos de presión obreros a la democracia, eran comunes, con muy pocas excepciones, a todas las facciones del obrerismo europeo. Las encarnizadas luchas en el seno de la clase obrera, entre socialistas y comunistas, reformistas y radicales, tenían poco que ver con la debilidad básica de las acciones del movimiento obrero europeo: la falta de una participación real en la vida política y de un pensamiento constructor frente a los problemas sociales fundamentales.

Deseo hacer resaltar estas verdades porque espero que explicarán en parte el cataclismo que devoró al movimiento obrero y la libertad de Europa. Creo firmemente que, pese a diferencias superficiales, se le están presentando problemas similares a la democracia de Estados Unidos, como consecuencia del rápido crecimiento de las organizaciones obreras durante la última década; problemas similares y, por ende, peligros similares para el movimiento obrero y la democracia. Las enseñanzas de la experiencia europea son, con modificaciones en muchos detalles, aplicables también a Norteamérica. Pero éstas no son las enseñanzas de aislamiento político que los líderes obreros chapados a la antigua y absorbidos por la rutina tradicional tal vez estén ávidos de sacar; son exactamente lo opuesto: enseñan que el movimiento obrero debe arrostrar sus responsabilidades políticas como parte poderosa de la nación, si se quiere que sobrevivan la democracia y las organizaciones obreras libres.

2

Para defender la tesis delineada en el párrafo precedente será preciso mostrar, en primer lugar, en qué medida tanto las organizaciones obreras europeas como las norteamericanas tienen carácter de grupos de presión. Estos, a diferencia del partido político, sólo atienden, de modo directo, a una pequeña serie de problemas, a saber: los que afecten inmediatamente los intereses de sus miembros. En la mayoría de los casos, los sindicatos norteamericanos han evitado tomar posición frente a cuestiones que no estaban relacionadas con la lucha por los salarios y las horas de trabajo, por el derecho de firmar contratos colectivos, el seguro social y con un número escaso de otros problemas sociales. Raras veces aventuran una opinión sobre cuestiones de la agricultura o de la educación y a menos que surja una crisis grave, no adoptan ninguna actitud en asuntos de política internacional. Y aun cuando tal cosa suceda, no suelen proceder a ninguna acción tendiente a imponer su punto de vista a los artífices de la política.

En comparación con los sindicatos norteamericanos, las organizaciones obreras europeas producían a primera vista la impresión de estar metidas a fondo en actividades políticas. Y es que en el movimiento obrero de Europa predominaban los partidos políticos, principalmente los socialistas y, en grado menor, los comunistas. Tomaban parte en las elecciones, ejercían cargos gubernamentales, formaban ministerios. Propugnaban un programa político que reivindicaba no solamente todos los derechos políticos y un más alto nivel de vida material y cultural para los obreros industriales, sino también una completa reorganización socialista de la sociedad.

Sin embargo, en la mayoría de los casos, todo esto no dejaba de ser una mera actividad de superficie. Ahondando hubiéramos descubierto, bien oculto en la complejidad de la acción política, pero determinando su contenido, aquella misma mentalidad de grupo de presión que es característica del obrerismo norteamericano. Durante todo el intervalo entre las dos guerras, el socialismo había constituído para los socialistas y, con posterioridad a 1923, para la mayoría de los

comunistas, una meta lejana que casi no influía en las acciones del día presente. Su verdadero objetivo era la defensa de los intereses del proletariado industrial, realizada casi en la misma forma en que los sindicatos norteamericanos suelen salvaguardar los intereses de sus agremiados. Al darse cuenta las organizaciones obreras de que su programa socialista sólo podía ser puesto en práctica después de la conquista total del poder, sus actividades directas se limitaron al apoyo de demandas inmediatas, que eran de dos tipos: las reivindicaciones sociales formuladas por y para los sindicatos y las democráticas proclamadas por todos los elementos democráticos, tanto por los obreros como por la burguesía. Estas habían de ser sus metas reales hasta que llegara el día en que teniendo en sus manos todo el poder podrían proceder a la construcción de una sociedad socialista. A todas luces, pues, los partidos obreros obraban como grupos de presión.

Ello puede inferirse claramente de una observación significativa hecha por Keir Hardie, el más destacado socialista inglés de su tiempo, en una conferencia del *British Labour Party* en 1907. Dando cuenta de las actividades del partido en la Cámara de los Comunes, Keir Hardie dijo: "Las cuestiones relacionadas con los asuntos exteriores, la educación, los intereses de las razas sojuzgadas, el militarismo (ese siniestro enemigo del progreso)... han sido tratadas por miembros del partido en nombre de sus correligionarios... Estas cosas, sin embargo, no han ocupado nuestra atención sino incidentalmente comparadas con el trabajo *real del partido*." Aunque esta declaración se hizo siete años antes de estallar la primera guerra mundial, conservó todo su valor durante la mayor parte del intevalo de veinte años entre aquella conflagración y la actual.

Lo que realmente distinguía, a este respecto, el movimiento obrero europeo de su contrapartida en el Hemisferio Occidental era el *método* de acción del grupo de presión o —empleando un término corriente americano—, la técnica de cabildeo *(lobbying)*. Pero también en este punto las diferencias parecen más grandes de lo que son en realidad. Comparado con los métodos de cabildeo norteamericanos, los europeos eran más directos. El "cabildero" obrerista americano opera fuera del parlamento. Antes de celebrarse elecciones, los

sindicatos americanos examinan los antecedentes de los candidatos, apoyando a unos y rechazando a otros, de acuerdo con la regla establecida de "recompensar a los amigos del movimiento obrero y de castigar a sus enemigos". Tal técnica ha tenido bastante éxito. Algunos sindicatos, señaladamente las hermandades de ferrocarrileros, gozan de la bien merecida reputación de tener "influencia" *("pull")* en el Congreso. Ciertos miembros de éste son considerados como voceros de grupos obreros organizados. Mas no están afiliados a ningún partido obrero: pertenecen a las organizaciones políticas tradicionales del país. Ello parece típico de la política de grupo de presión americana. Tal grupo de presión se esfuerza por influir en quienes ejerzan el poder moviéndoles en la dirección apetecida. Actúa desde fuera, mientras que los partidos se hallan en el centro del escenario político. El grupo de presión sólo se siente responsable por el bien del grupo o la facción particular que represente. El pensamiento y la acción políticos, en el sentido en que estas palabras se usan en el presente contexto, están dirigidos por el contrario a promover los intereses de la sociedad entera a los que han de ajustarse los intereses particulares. En su calidad de grupos de presión, los sindicatos americanos se contentan con influir en los que ocupen cargos de gobierno, pero dentro del estrecho ámbito de sus intereses.

La situación no ha sido tan clara y obvia como en Estados Unidos, en el caso de los partidos obreros europeos. El partido socialista y el comunista tenían representación en los parlamentos y tendían a aumentarla. Sin embargo, una representación crecida significaba para ellos poco más que una presión mayor sobre la legislatura, como institución que hace política, con miras a favorecer los intereses inmediatos de los miembros de su partido, más bien que con la intención de aprovechar la oportunidad para realizar alguna política constructiva propia. Desgraciadamente, si bien los partidos obreros pensaban y obraban como grupos de presión, eran partidos políticos y como tales llamados a formar gobiernos, ya sea en virtud de un proceso revolucionario, como sucedió en la Europa Central, en 1918, o bien de acuerdo con las reglas del parlamentarismo. Confrontados con las responsabilidades gubernamentales, quedó manifiesta la estre-

chez del círculo de problemas respecto a los que el movimiento obrero ofrecía soluciones constructoras. Tal defecto constituía prácticamente un vicio común a todos los partidos obreros durante aquel funesto intervalo de veinte años entre las dos guerras mundiales, aunque una evocación frecuente de los ideales socialistas del movimiento —con palabras más bien que con hechos— tendía a oscurecer la evidente mezquindad de los verdaderos intereses de partido.

Como un ejemplo, entre muchos, citaré las actividades del movimiento obrero alemán durante los primeros meses subsiguientes a la revolución de noviembre de 1918. La mayor parte de los decretos publicados por el Consejo de Comisarios del Pueblo socialista se relacionaban con reivindicaciones sindicalistas y con la reforma del sufragio, desatendiendo las cuestiones básicas de la economía y la política. A través de todo el período de la gran depresión, vemos empeñados a los partidos obreros europeos, con una o dos excepciones conspicuas, en una política puramente social, pero no en una económica. Hacen cuanto pueden para defender el nivel de salarios y el auxilio a los desocupados, pero no tienen ningún programa constructor susceptible de combatir la crisis económica misma. Si bien una evolución posterior parece llevar gradualmente a las organizaciones obreras más allá del estado de grupo de presión, el Frente Popular francés dará aún en 1936 la preferencia a las reformas sociales en detrimento de los asuntos extranjeros en un momento en que éstos eran vitales.

El miedo a la responsabilidad que suponía el poder político constituía un distintivo sobresaliente del movimiento obrero europeo. Tal falta de confianza en sí mismo tuvo muchas formas de expresión. Algunas de ellas serán descritas en el presente libro. En este lugar bastará recordar la casi ridícula abdicación, en 1918, de la revolución alemana a favor de las autoridades imperiales. Los nuevos gobernantes de Alemania ni siquiera osaron licenciar al derrotado ejército, ni organizar las nuevas fuerzas armadas. Su desconfianza en sí mismos les hizo recurrir, para estas dos operaciones vitales, a los oficiales del ejército imperial.

Así, pues, las organizaciones obreras europeas, aunque ofrecían el aspecto de grandes partidos políticos, no obraban como tales. Por

su espíritu, su mentalidad política y el alcance de sus intereses, eran grupos de presión muy parecidos a los sindicatos norteamericanos. Las organizaciones obreras aquende y allende del Atlántico diferían por las formas y técnicas de su actividad, más que en cuanto al contenido de esta última.

3

Incluso en Estados Unidos se ha prestado escasa atención a los problemas que ha creado, para el suave funcionamiento de la democracia, la organización de grupos sociales muy coherentes. Sin duda, la historia de Norteamérica registra una larga serie de batallas democráticas contra los monopolios particulares. Y los avances y retiradas del movimiento antimonopolista casi pueden servir de medida para determinar la fuerza relativa del bando popular y democrático. La democracia europea se ha mostrado menos sensible a los peligros de una riqueza concentrada; en parte, tal vez, porque la fuerza democrática más poderosa de Europa, los socialistas, han conceptuado el capitalismo organizado como un paso hacia adelante, en el camino del socialismo, celebrando, así, el progreso de los monopolios. Pero el problema de la concentración del poder ya no es meramente el problema de los monopolios y de la riqueza particulares; es también el de un poderío ejercido por grupos de presión y clases sociales coherentes y bien organizadas.

La constitución de tales grupos ha sido una de las principales características de la evolución social durante el último medio siglo. El mundo del *laissez-faire* de Adam Smith estaba poblado por pequeños hombres de negocios independientes y de riqueza más o menos igual. Tomás Jefferson soñaba con una "sociedad sencilla, compuesta en su mayor parte de agricultores propietarios y de artesanos radicados en ciudades pequeñas".[1] Pero nuestro mundo real se ha convertido en un sistema en el que el negocio en gran escala coexiste con la empresa pequeña; y además en una red de grupos de presión orga-

[1] Charles A. Beard, *Public Policy and the General Welfare*, Nueva York, Farrar & Rinehart, 1941, p. 127.

nizados. El gobierno democrático no rige a átomos pequeños y débiles, sino que está expuesto a las tensiones de grupos sociales en conflicto.

Mientras las organizaciones obreras no pasaban de ser grupos pequeños e impotentes sindicatos o agitadores socialistas, su existencia apenas si llegaba a estorbar el mecanismo de gobierno democrático. Pero la historia del obrerismo europeo es rica en ejemplos de conflictos nacidos del crecimiento de las organizaciones obreras.

A los norteamericanos les resulta difícil concebir que el movimiento obrero europeo haya representado una inmensa fuerza social. Muchos americanos que hablan de "reprimir la clase obrera" o de "meter al obrero en cintura" no sospechan siquiera la fuerza del movimiento obrero de su propio país. Los partidos obreros allende el Atlántico eran poderosas organizaciones de masas. En 1931, cuando se reunió en Viena el Congreso Socialista Internacional, los partidos representados en él contaban más de seis millones de miembros efectivos, sin contar los que quedaban fuera de la Internacional, como, por ejemplo, los afiliados al fuerte Partido Obrero de Noruega. A estos millones se sumaban los cientos de miles de obreros adheridos, en aquel entonces, al movimiento comunista, principalmente en Alemania, Francia y Checoslovaquia. Los partidos socialistas más fuertes, numéricamente, eran los de Gran Bretaña, Alemania, Austria, Bélgica y Suecia. El total de los votos parlamentarios remitidos por los partidos socialistas en las últimas elecciones anteriores al Congreso Internacional de 1931 ascendía a no menos de 26 millones, o sea el número de votos, aproximadamente, que aseguró al Presidente Rossevelt su tercer período. Más de 1,300 socialistas ocupaban curules en los parlamentos de las democracias europeas. Unos 360 diarios hacían suya la causa del movimiento obrero. Y todas estas cifras se veían aumentadas aun por las mucho menos elevadas que correspondían a los comunistas.

En Estados Unidos parece justificado y necesario distinguir entre los socialistas y comunistas, por una parte, y los sindicatos por otra. En Europa, los sindicatos y las organizaciones obreras políticas se hallaban tan íntimamente entrelazados que aparecían como formando

un todo único. En muchos países se habían desarrollado juntos; en todos, luchaban como un solo ejército y parecían unidos. El hecho de que en Europa hubiera organizaciones obreras políticas no implica, desde luego, que fuesen más que grupos de presión, ya que los partidos obreros actuaban como voceros políticos de los sindicatos.

Es cierto, por otra parte, que un vasto sector del proletariado europeo permanecía apartado del movimiento socialista y el comunista. Había grupos numerosos que no estaban organizados y otros pertenecían a organizaciones no socialistas de distintos tipos. No obstante, los socialistas y, en grado menor, los comunistas, representaban junto con los sindicatos aliados una porción de obreros europeos lo bastante grande para ejercer una fuerte influencia sobre las organizaciones obreras asociadas a los partidos de las clases medias. A la luz de las cifras citadas anteriormente queda de manifiesto en qué grado el movimiento obrero afectaba la vida democrática de Europa.

Las organizaciones de tal tamaño representan una fuerza de influencia significativa. Además, las organizaciones obreras mostraban una cohesión más sólida que la mayoría de los otros grupos de presión. Los socialistas y los comunistas habían creado en sus filas, en muchos países, un compañerismo de intenso atractivo emotivo. Los recuerdos de la opresión soportada mancomunadamente durante los tiempos heroicos del movimiento constituían un fuerte lazo de unión entre las generaciones posteriores de miembros de los partidos. Sentían también que no sólo defendían sus propios intereses y los de la clase obrera, sino el derecho contra la injusticia, el mundo venidero de la fraternidad contra las negras fuerzas del mal. Estaban convencidos de que no representaban tan sólo unas reivindicaciones materiales, ni aun un programa de partido, por noble que éste les pareciera, sino una *Weltanschauung,* un credo, un modo de ser y de conceptuar la vida, mejor que el de cualquier otro grupo.

Todo esto no tendía, sin embargo, a llegar a transacciones entre el trabajo y las fuerzas no obreras. Los intereses económicos en pugna a menudo se reconcilian fácilmente, sobre todo en tiempos de prosperidad y en países que se están desarrollando rápidamente, pero es cosa ardua, por lo contrario, la reconciliación entre el bien y el mal,

o entre formas de vida hostiles o que se excluyen mutuamente. La tolerancia parece posible mientras cada parte admite que una cuestión tiene más de un lado. Pero el bien no puede tolerar el mal, ni una forma de vida existir mientras otra ocupe el espacio (su *Lebensraum)* en que aquella desea vivir. Lo dicho tiende a probar que la disposición del movimiento obrero para transar era indicio de su mentalidad de grupo de presión y del papel insignificante desempeñado en la práctica por su propia filosofía.

La cohesión se robustecía, además, por la excelente organización de la mayoría de los partidos socialistas y comunistas. El obrero industrial empleado en talleres y sujeto a la severa disciplina de la vida fabril moderna, se educaba fácilmente en la conducta requerida por una organización de masas. El entusiasmo por la idea socialista, el compañerismo de sus camaradas de trabajo, le impartían el ímpetu necesario. No es extraño que algunos de los partidos socialistas o comunistas fuesen maravillas de organización. El ejemplo tal vez más sobresaliente lo constituía, a este respecto, el partido social-demócrata de Viena, con su medio millón de miembros efectivos en una ciudad de menos de dos millones de habitantes, con treinta o cuarenta mil hombres y mujeres listos a toda hora para acudir a la llamada del partido y con su formidable red de organizaciones afiliadas, adiestradas en cualquier actividad, desde la defensa armada hasta coleccionar sellos y hacer excursiones.

Grupos de presión de tal tamaño, ímpetu emotivo, cohesión interna y buena organización han de crear necesariamente problemas graves a la democracia. El gobierno democrático no se veía confrontado con una difusa masa de ciudadanos, sino con una fuerza organizada casi igual a la de las autoridades civiles. El Comité Ejecutivo del Partido Social-Demócrata Alemán, asentado en el centro de una red que cubría todo el país, con ingresos de muchos millones de marcos y con centenares de oficinas administrativas locales, era un gobierno que rivalizaba con el oficial.

Si el mero crecimiento de los grupos de presión obreros bastaba para obstruir el funcionamiento del gobierno democrático, la situación creada se agravó al producirse una casi igualdad de fuerzas entre los

partidos obreros y sus adversarios. Tal estado de cosas, caracterizado por el líder socialista austríaco, Otto Bauer, como "equilibrio de las fuerzas de clase" prevalecía en la mayor parte de los países del oeste, del norte y del centro de Europa durante el intervalo entre las dos guerras mundiales. Las clases medias ya no eran lo suficientemente fuertes para gobernar libremente y de acuerdo con sus propias ideas contra la poderosa oposición de la clase obrera, mientras que ésta aún no había alcanzado aquel grado de potencia y de madurez política que le hubiera permitido tomar en sus manos las riendas del gobierno.

Basado en el principio mayoritario, el gobierno democrático funciona tanto mejor cuanto más amplia y unida sea la mayoría en la que se apoye. Una mayoría numéricamente precaria o que sufra disensiones internas no permite un gobierno fuerte, capaz de llevar a cabo una política de largo plazo o reformas básicas. Resulta, pues, que el gobierno necesariamente se vuelve débil cuando hay un "equilibrio de las fuerzas de clase". Continuar el régimen parlamentario requiere entonces una constante táctica de transacción entre una mayoría y una minoría casi iguales.

Algunas de estas dificultades parecerán extrañas a los norteamericanos acostumbrados a una democracia presidencial que desconoce los problemas mayoritarios inherentes a la parlamentaria. Sin embargo, aun aquella muestra síntomas de parálisis siempre que se produce una colisión entre el presidente y la mayoría del congreso. Además, sería erróneo suponer que ese equilibrio de las fuerzas de clase asume siempre la forma de dos partidos hostiles o bloques de partidos de fuerza aproximadamente igual. Esta no es más que una forma entre las muchas en que aquella situación puede presentarse. Un equilibrio de las fuerzas de clase existirá también cuando la política de un presidente es rechazada o contrarrestada por algunos poderosos grupos sociales cuya representación en el congreso no es muy fuerte; o bien cuando el congreso se ve dominado por un partido que haya de enfrentarse a una oposición cuyo poderío se basa en ciertas instituciones o fuerzas sociales potentes del país. Ello constituye la esencia misma de los éxitos del grupo de presión. Una democracia

presidencial no ofrece, pues, por sí sola, una protección suficiente contra los peligros de tal "equilibrio de fuerzas de clase".

Con una o dos excepciones, triunfó en Europa la práctica de llegar a transacciones, incluso en casos de aquel equilibrio de fuerzas al que acabamos de aludir, mientras el ingreso nacional de los países europeos iba creciendo. Pero bastó ya con la depresión postbélica de 1920-21 para destruir la democracia italiana. En el resto de Europa, la situación cambió radicalmente con la gran crisis económica de comienzos de la cuarta década. La reducción rápida y drástica del ingreso nacional ya no permitía que fuera fácil llegar a transaciones. Desde entonces, el problema que planteaban los conflictos sociales eran más bien de distribución de sacrificios que de obtención de ventajas. Las organizaciones obreras ya no luchaban para arrebatar a favor de sus miembros una porción de la riqueza creciente, sino para rechazar los ataques contra el nivel de vida del proletariado. Toda su fuerza se volvía contra los esfuerzos de los patrones tendientes a desquitarse con el corte de los salarios y sueldos de la progresiva reducción de sus utilidades. En realidad, los sindicatos estaban tomando el rábano por las hojas: la baja de los rendimientos no permitía a los patrones mantener el nivel de salarios anterior a la depresión. El verdadero enemigo de la clase obrera no era el empresario, que, en la mayoría de los casos no tenía otra alternativa que reducir los costos de producción o cerrar. El mal residía en la obstinación del gobierno en perseverar en la política económica y monetaria ortodoxa de los tiempos del *laissez-faire*. Los peligros que acosaban la clase obrera, lejos de superarse con métodos de grupo de presión, sólo podían ser dominados mediante una intervención constructora contra aquella política nefasta.

Se evidenció la falta de madurez política del movimiento obrero europeo, que le impidió desempeñar en aquellos momentos críticos un papel político y constructivo. Las organizaciones obreras, sí resultaban bastante fuertes para hacer la vida difícil a muchos patrones, demorando o frustrando unas reducciones de salarios ineludibles mientras los gobiernos continuaran su política monetaria y financiera ortodoxa, pero no fueron capaces de indicar una salida de la depresión.

Es bien posible que el movimiento obrero no hubiera sido lo suficientemente fuerte para lograr la dirección real aun cuando hubiese cumplido su misión. No obstante, subsiste el hecho esencial de que no comprendió que su solo medio de salvación consistía en una acción política constructora.

El conflicto entre las exigencias de una política financiera y monetaria ortodoxa y la resistencia opuesta a ella por el movimiento obrero era de índole político. Las organizaciones obreras realizaron un esfuerzo inútil para imponerse, recurriendo a los procedimientos de grupo de presión. La clase obrera había de perder fatalmente, pero su derrota amenazó la existencia misma de la democracia ya que la prolongada lucha, paralizando al gobierno democrático, proporcionó una espléndida oportunidad al fascismo.

Siempre que existe un equilibrio de las fuerzas de clases, el funcionamiento sin estorbos del mecanismo democrático depende de la sabiduría política de las partes en lucha. Si la democracia ha de sobrevivir, es preciso que ambas reconozcan que, siendo la una tan fuerte, más o menos, como la otra, ninguna de ellas puede esperar derrotar a su antagonista y que una continua y despiadada guerra social pondría en peligro el sistema democrático en que viven. A menos de hallar una salida de aquel dilema, el grueso de la población no comprometida de modo vital en esa lucha pero víctima de su continuación, clamará por un gobierno fuerte, capaz de reprimir ambas partes beligerantes y restablecer la paz social, aunque sea al precio de una dictadura totalitaria. Este análisis, tal vez ayude a explicar el triunfo del fascismo en Italia, Alemania y España.

Si bien Europa proporciona los ejemplos más conspicuos de los conflictos que resultan para la democracia de un equilibrio de las fuerzas de clase, los mismos problemas tienden a presentarse también en Estados Unidos. El rápido desarrollo del sindicalismo norteamericano durante la última década parece haber preparado el establecimiento de un equilibrio de fuerzas que permitirá a los sindicatos tal vez obstruir el mecanismo del sistema social reinante, sin que den muestra de una potencia y de un pensamiento constructor indispensables para sustituirlo por otro mejor. Las experiencias europeas seña-

lan claramente los peligros que implica para la democracia tal empate social.

Ello no significa, empero, que el fascismo sea inevitable siempre que se produzca un equilibrio de las fuerzas de clase. Mucho depende de las condiciones, variables en cada país, desde el grado de robustez de la tradición democrática hasta el sistema electoral que prevalezca en uno u otro. Pero donde quiera que se manifieste tal equilibrio, es anunciador de una inminente prueba de fuerza que puede resultar fatal para la democracia y que la incita a demostrar su habilidad para perdurar. Tanto en Alemania como en Italia, donde no existía ninguna tradición de auto-gobierno democrático, esta prueba terminó con el triunfo del fascismo. En Gran Bretaña, por lo contrario, donde aún los miembros de los grupos de presión piensan como componentes de una comunidad y no como meros partidarios en una lucha determinada en fin de cuentas por el gobierno en su calidad de autoridad superior, la democracia sobrevivió y la derrota del movimiento obrero no acarreó la destrucción del sistema social.

Pero las probabilidades de que la democracia sobreviva resultan mucho más grandes todavía cuando las dos partes de un grave conflicto social se percatan de las consecuencias políticas que pueda tener su actitud. Aplicado al movimiento obrero, lo dicho significa que se dé plenamente cuenta de las alternativas que se presentan ante él tan pronto como se haya alcanzado el "equilibrio de las fuerzas de clase". Continuar su política tradicional de grupo de presión sería perpetuar unos conflictos en los que ni la clase obrera ni su antagonista podría ganar una victoria definitiva y que probablemente tengan por resultado el que, llevadas a la desesperación por las interminables huelgas, *lock-outs* y, quizá, una situación muy cercana a la guerra civil, una vasta parte de la población reclame a gritos al hombre fuerte que meta en cintura tanto a la clase obrera como a sus enemigos, restaurando así la paz social.

La alternativa consiste en una política realista y responsable de parte del movimiento obrero. Ello no supone necesariamente su constitución en partido político separado. En verdad, tal acto no sería suficiente. La clase obrera debe aceptar la responsabilidad de la dirección política y mostrarse consciente de los intereses de la nación entera, más bien que de los solos intereses del proletariado industrial. En otras palabras, ha de someterse a las necesidades del orden social existente o bien transformarlo tomando la iniciativa a favor de una política constructora. Es este esfuerzo constructor el que designo por el término de "acción política".

Nada más peligroso para la democracia que un empate social, la parálisis de un régimen sin ninguna esperanza del advenimiento de otro. El precio que habrá de pagar el movimiento obrero por el descuido del pensamiento y de la acción políticas, una vez que haya alcanzado su pleno vigor, es el fascismo.

CAPITULO II

DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO AL GRUPO DE PRESION

1

DEBEMOS a Irwin Ross la divertida anécdota de cierto árbitro en conflictos de trabajo, conocido por su método peculiar de tratar a cualquier patrón que se queje de que en su empresa el sindicato está manejado "por una pandilla de rojos". "'¿De rojos, dice usted?' suele preguntar este árbitro. '¿Qué clase de rojos? ¿Son comunistas, socialistas o socialistas laboristas, o son, acaso, trozkistas o lovestonistas? Y si son trozkistas, ¿de qué facción? Pero tal vez sean anarquistas. O bien sindicalistas'." Llegado el interrogatorio a este punto, "el patrón —cuenta Ross —está ya completamente desconcertado y por lo general dispuesto a admitir que, después de todo, sus adversarios no son rojos".[1]

Al hombre normal, la mayor parte de los conflictos internos entre los movimientos radicales parecen tempestades en un vaso de agua y, quizá, presagios de la decadencia del radicalismo social. Y, sin embargo, las disensiones de esta índole han acompañado la ascensión de los movimientos obreros de Europa desde sus comienzos hasta el día presente. Algunos de estos conflictos internos han influído profundamente en los destinos del proletariado europeo y conviene exponerlos al menos en sus grandes rasgos para mostrar cómo los partidos obreros, en vez de convertirse en partidos políticos, han sido modelados según el tipo de grupo de presión.

En su fase más primitiva, durante la octava y novena décadas del siglo pasado, los grupos obreros continentales eran sectas revolu-

[1] Irwin Ross, "Labor Mediators", *Harper's Magazine*, CLXXXII (Mayo de 1941).

cionarias. Tenían una filosofía revolucionaria según la cual cualquier reforma de la sociedad capitalista a favor de la clase obrera sería insignificante y meramente pasajera, ya que una mejora permanente de la suerte del proletariado sólo podría ser resultado de la caída del capitalismo y de la instauración de un orden socialista. En consecuencia, los primeros partidos socialistas veían sus esfuerzos para imponer reformas tan sólo como pasos preliminares de una revolución armada, objeto verdadero del movimiento. Su filosofía y política se hallaban, pues, en armonía básica.

La supresión, por muchos gobiernos europeos, de las actividades socialistas y la difícil situación económica que siguió a la gran crisis de la octava década del siglo XIX contribuyó a mantener vivo el espíritu revolucionario del movimiento. Hacia fines del siglo, las condiciones económicas y políticas cambiaron de un modo favorable a la clase obrera. Mejoraron las condiciones económicas, subió mucho el nivel de vida de los obreros y hubo progresos rápidos en los sistemas de seguro social. La opresión ejercida por los gobiernos cesó o, por lo menos, disminuyó de modo considerable en todas partes, salvo en la Rusia zarista. El radicalismo primitivo de los socialistas cedió el paso a ideas nuevas. El fin del capitalismo pareció más lejano que en los albores del movimiento. El desarrollo de la técnica militar —particularmente la invención de la ametralladora— hizo cada vez más difíciles, según señalaba Federico Engels,[2] las sublevaciones revolucionarias contra unos ejércitos regulares bien armados. Por otra parte, las reformas de índole económica y aun las políticas, resultaron, al parecer, mucho más fáciles de realizar que en la octava década. La creciente riqueza nacional permitió a la clase obrera obtener concesiones importantes. En los países semifeudales de la Europa Central, el ala liberal de las clases medias abogó enérgicamente a favor de reformas democráticas, y una alianza concluída entre este grupo y los socialistas pareció prometer para un futuro cercano la democratización de Alemania y Austria. ¿Acaso, sería mejor —pregunta-

[2] En la introducción a Carlos Marx, *Luchas de clases en Francia*, escrito el 6 de marzo de 1895.

ron entonces los reformistas y revisionistas— posponer o abandonar los quiméricos sueños revolucionarios y concentrar la atención en las perspectivas de conquistas inmediatas?

La lucha entre los revolucionarios y los reformistas llegó a un climax en el partido socialista más poderoso y próspero del mundo, el de los social-demócratas alemanes. En la "batalla de los Titanes" que se libró en 1903 en la conferencia de partido de Dresden, August Bebel y Karl Kautsky, los líderes radicales, derrotaron al ala derecha, y poco después, tal victoria radical fué ratificada por la Internacional —órgano de la alianza de todos los partidos socialistas del mundo—, en su congreso de Amsterdam, de 1904.

Tal vez fuese éste el suceso más funesto dentro del socialismo de anteguerra. De la derrota reformista brotó la mentalidad de grupo de presión del movimiento obrero europeo. Fué en aquellos momentos cuando se perdieron los dos caminos abiertos a la acción política. Uno hubiera conducido hacia la cooperación con el sector progresista de las clases medias, persiguiendo objetivos democráticos comunes. La victoria radical lo cerró. El segundo suponía el asestar un golpe revolucionario a la democracia o el socialismo; cosa imposible no sólo a causa del poderío militar de los gobiernos, sino también porque aun bajo la dirección de los radicales, los partidos socialistas se estaban convirtiendo en grandes máquinas electorales más bien que en tropas de choque revolucionarias. Así, pues, no quedó lugar para ninguna empresa seria de intención genuinamente política. El interés principal del movimiento obrero se enfocó sobre problemas sindicales, en detrimento de las tareas fundamentales de la política e incluso de la economía. Resultaría interesante meditar sobre lo que habría sucedido si en aquella conferencia de 1903 hubiesen triunfado los reformistas.

El partido laborista inglés nació durante el mismo período qué vió la extensión de las tendencias reformistas en el continente europeo. Y carecía por entero de aquel espíritu radical que caracteriza los albores del movimiento continental. Fundado y controlado por los sindicatos, este partido se usó, desde un principio, como instrumento para propugnar con máximo efecto los intereses sindicales en el parlamento. Los grupos socialistas dentro del partido constituían minorías insignificantes, ávidas de complacer a los sindicatos y de ganarlos a la acción política demostrandoles la eficacia del parlamentarismo en la realización de los objetivos sindicales. El alma del partido era, pues, el trade-unionismo.

2

Desde los últimos años del siglo pasado hasta el fin de la primera guerra mundial, el movimiento socialista europeo bajo su disfraz de partido revolucionario, no ha sido más que un mero instrumento parlamentario de los sindicatos. Su actividad real se limitaba a la solución de problemas sindicales, su acción constructora, a la de cuestiones de salarios, horas de trabajo, seguro social, aranceles de aduana y, a lo más, a la lucha por una reforma del sufragio. La pugna contra el militarismo, por una política internacional democrática y por la prevención de la guerra, por importante que fuese, no era sino "incidental" comparada con las preocupaciones principales del partido.

La lucha revolucionaria por el socialismo se vió abandonada por todos menos un puñado de socialistas de la extrema izquierda. Pero el grueso del partido no se preguntaba seriamente cómo podían alcanzarse las metas socialistas con métodos no-revolucionarios. Los reformistas creían que las actividades cotidianas del movimiento llegarían a cambiar lentamente la naturaleza del sistema social, transformándolo poco a poco en algo así como un orden socialista. Al concentrarse en sus tareas inmediatas, el partido lograría en un futuro lejano, sus objetivos cardinales. Los radicales estaban en total desacuerdo con tal prónostico. Estos estaban convencidos de que los progresos del socialismo tropezarían necesariamente, en una fase crucial, con la resistencia de la burguesía y que la batalla decisiva se habría de librar, muy probablemente, con medios revolucionarios. Pero la cuestión de cómo el partido, organizado para ser una formidable máquina de recoger votos y conducido por expertos parlamentarios y sindicalistas, más bien que por militares ó aventureros revolucionarios,

podría pasar, con alguna perspectiva de éxito, a la insurrección armada, quedó sin respuesta. Los radicales la dejaban al futuro. Mientras tanto, el movimiento proseguiría en su labor de todos los días, empeñado en atraer el proletariado entero, creando así una situación en que la aplastante mayoría de la población se alzaría contra la pequeña minoría capitalista.

Así, pues, el movimiento socialista no ha ideado, ni adoptado nunca, un programa tendiente a la transformación de la sociedad por medios democráticos, sin violencia. Engolfado en sus actividades de grupo de presión, el partido "perdía" poco tiempo con problemas teóricos de esta índole. Mantenía intacto, junto con la proclamación de las metas inmediatas, su viejo programa de una sociedad socialista integral, pero no había puente que uniera ambas cosas. El movimiento socialista poseía una filosofía, pero sin huella de una política para poner en práctica los credos fundamentales de la misma. Confiaba que sus actividades sindicales, las únicas reales, lo conducirían algún día al socialismo.

Esta fué la mentalidad, con que el movimiento obrero entró a la primera guerra mundial. La oleada patriótica que ahogó lo mejor de su profesión de fe internacionalista, hizo poco para impulsar su atención hacia sus objetivos políticos y económicos. Sólo al tocar la guerra a su fin se decidieron los partidos socialistas de los países aliados a cooperar con las clases medias progresistas en establecer planes para una Sociedad de Naciones y una Oficina Internacional del Trabajo. Pero continuaba existiendo el abismo entre la mentalidad de grupo de presión del movimiento y sus ideales socialistas, en otras palabras, la ausencia de una actividad económica y política, distinta de las meras reivindicaciones sindicales. Fué en tales condiciones como los partidos obreros europeos se enfrentaron al borrascoso mundo de postguerra.

3

En 1914, los partidos socialistas constituían minorías de escasa influencia sobre las grandes decisiones vitales. En 1918, el movimiento obrero se hallaba en el umbral del poder. La guerra había reducido a un par de años una evolución que de otro modo tal vez hubiera precisado un cuarto de siglo. Mas el desarrollo mental del movimiento no había corrido parejo con el aumento de su influencia. El movimiento obrero alemán seguía siendo antes que nada un grupo de presión en un momento en que la caída del imperio de los Hohenzollern imponía a los socialistas el ejercicio del control político. El laborismo inglés apenas si mostraba una apariencia de comprensión hacia las cuestiones básicas de la economía y la política internacional cuando, algunos años después de terminar la guerra, uno de sus líderes ascendió a Primer Ministro de Gran Bretaña.

La falta de un programa socialista constructivo, que transcendiese el campo de las actividades tradicionales de grupo de presión, quedó de manifiesto de un modo penoso tan pronto como el movimiento obrero se encontró en poder del control político. Lo hemos visto ya por algunos ejemplos. En las páginas siguientes veremos cómo el movimiento obrero permitirá e incluso invitará a los representantes del antiguo régimen a que continúen en sus cargos allí donde no choquen con el estrecho círculo de intereses de los grupos de presión obreros. Esta es la esencia de la historia de la revolución alemana de 1918-1919 y de la debilidad congénita de la República de Weimar. En su fase subsiguiente, el movimiento obrero, aunque menos dependiente del personal de los regímenes anteriores, adoptará la política de ciertos grupos simpatizantes de la clase media. El laborismo británico, y luego el socialismo alemán se convertirán en los defensores más ardientes del *laissez-faire* económico, combinándolo de una manera muy contradictoria con las reivindicaciones sindicales, tendientes a una ingerencia del gobierno en el restringido dominio de las leyes de trabajo y del seguro social.

La gran depresión marca el climax de la era de los grupos de presión obrera y el comienzo de una lenta revisión de la estrategia socialista. En medio de las desastrosas derrotas del movimiento obrero durante aquel período turbulento, surge el primer intento de un programa económico socialista que tenga por objeto la transición desde el capitalismo hacia el socialismo. Sin embargo, en el terreno de los

negocios extranjeros el movimiento obrero europeo seguirá, hasta el final, prisionero de las ideas políticas de la burguesía progresista y de sus propias metas de grupo de presión. El espectáculo del Frente Popular francés empeñado en reformas sociales en el preciso momento en que Europa estaba a punto de arder demuestra la fuerza y persistencia del pensamiento de grupo de presión, como ideología obrera, en aquella etapa avanzada. La historia del movimiento obrero europeo durante el período comprendido entre las dos guerras es la historia de la decadencia y caída de la democracia europea. El advenimiento del fascismo ha sido determinado esencialmente por la incapacidad de la fuerza democrática más poderosa de Europa de cumplir su misión constructora.

CAPITULO III

EL LENINISMO

1

UNA DE LAS ESCISIONES que se produjeron en el seno del movimiento obrero europeo requiere un examen especial, no solamente a causa de las consecuencias que tuvo, sino también porque ofrece el ejemplo principal de una filosofía y organización dirigidas contra las tendencias de grupo de presión que prevalecían en el socialismo. Este ejemplo es el leninismo.

Al estallar la primera guerra mundial, las viejas disensiones dentro del movimiento obrero europeo cedieron el paso a divergencias nuevas y todavía más encarnizadas. Los conflictos pre-bélicos entre reformistas y radicales habían girado en torno a la cooperación con los partidos de la clase media y a la transformación gradual del orden social, por oposición a una revolución violenta. Ahora fué la actitud respecto a la guerra la que dividió violentamente al socialismo europeo.

La gran mayoría de los dirigentes obreros y sus partidarios a ambos lados de las trincheras se convirtieron en fánaticos nacionalistas. Con mordaz escarnio, sus adversarios los llamaron "social-patriotas". Hubo "social-patriotas" alemanes, franceses, británicos y aun "social-patriotas" rusos. Una minoría dentro de cada uno de los varios partidos la constituyeron los pacifistas; se dieron el nombre de "internacionalistas" indicando así que habían permanecido fieles a la ideología anti-bélica del movimiento obrero internacional. En realidad, gran parte de tal internacionalismo no había sido sino una forma particular de la política de grupo de presión, entregada enteramente a las demandas sindicales, y haciendo caso omiso de las cuestiones políticas.

Un tercer grupo, de pocos partidarios, encabezado por Rosa Luxemburgo y Carlos Liebknecht en Alemania y por Lenin en Rusia, disentía de los social-patriotas y de los internacionalistas. Acusaba a los primeros de haber traicionado el socialismo a favor del nacionalismo y criticaba a los internacionalistas por desperdiciar la gran oportunidad de una revolución social. Según Lenin, el deber de los socialistas era aprovechar la guerra y la crisis postbélica preparando la revolución socialista. Ya que una derrota militar quebrantaría los cimientos del orden social y político existente, los socialistas revolucionarios deberían hacer cuanto pudieran para provocar la derrota de su propio país. Desarrollando esta teoría hasta su lógica conclusión, Lenin lanzó la consigna de "transformar la guerra imperialista en guerra civil".

La oposición entre Lenin y la gran mayoría de los socialistas europeos se remontaba mucho más allá de 1914. Desde fines del siglo pasado, Lenin y los bolcheviques se hallaban en abierto conflicto con el resto del partido social-demócrata de Rusia. Sus adversarios, los mencheviques, veían en los partidos socialistas del centro y occidente europeos, con su organización de grandes masas, el modelo que había de copiarse en Rusia. Lenin, por lo contrario, abogaba por un partido reducido a un pequeño grupo de hombres bien adiestrados, de "revolucionarios profesionales", que constituirían el estado mayor del grueso de la clase obrera.

La teoría de Lenin estaba determinada no solamente por las condiciones particulares de la Rusia zarista, que excluían la formación de grandes partidos socialistas según el modelo occidental, sino en grado aún mayor por el temor a que un partido de masas tendiera a convertirse en partido sindicalista. En su opinión, los obreros abandonados a sí mismos, sólo serían capaces de desarrollar una conciencia "trade-unionista". Se necesitaban algunos dirigentes muy bien adiestrados e imbuídos con el espíritu apropiado para despertar en los obreros la compresión y ansia del socialismo.

Así, pues, se puede considerar a Lenin como primer crítico de las tendencias, inherentes al movimiento obrero, a convertirse en grupos de presión, abandonando sus perspectivas y fines políticos más

amplios. Tal crítica permitía dos conclusiones, una revolucionaria y otra reformista. La acción política, como opuesta a la de grupo de presión, podía realizarse con métodos revolucionarios o bien desde el punto de vista de una transformación gradual del sistema social. Lenin favorecía el método revolucionario. Tal vez esta coincidencia no fuese más que un accidente histórico, lo mismo que hubiera sido posible combinar la crítica del grupo de presión con una política tendiente a una transformación gradual y deliberada de la sociedad capitalista. Pero el hecho de que Lenin, que criticó la mentalidad de grupo de presión del movimiento obrero, se pronunciara, al mismo tiempo, a favor de la acción revolucionaria, asoció tan estrechamente estos dos elementos de su política que parecieron inseparables.

El ascendiente que el leninismo llegaría a ejercer, con el tiempo, sobre otras formas de oposición a la actitud de grupo de presión del socialismo se refleja en la historia de las organizaciones obreras internacionales durante e inmediatamente después de la guerra.

2

Algunos grupos pequeños de aquellos socialistas que se oponían a la política de guerra de sus gobiernos se reunieron por dos veces, en medio de las hostilidades, en las aldeas suizas de Zimmerwald y Kienthal. Estaban unánimes en repudiar al social-patriotismo, pero fuera de este punto cardinal les separaban diferencias de opinión marcadas. La mayoría de los participantes eran internacionalistas pacifistas, partidarios de una paz inmediata a base de la fórmula: "Ni vencedores ni vencidos." A Lenin y Zinovief, los líderes de la minoría, esta fórmula pacifista les parecía ridícula. Esperar que las potencias imperialistas la aceptaran, carecía a juicio de Lenin, del más elemental sentido común. En realidad, Lenin ni siquiera deseaba tal paz, pues esperaba que una guerra prolongada terminaría en revolución. Así, él mismo lo declara en un artículo escrito en 1915, en el exilio de Suiza, con objeto de explicar la política que él seguiría en el caso de que su partido conquistase el poder durante la guerra: "Propondría-

mos la paz a todos los beligerantes a condición de que todas las colonias y todas las naciones oprimidas, esclavizadas y dependientes recibieran su libertad. Bajo sus gobiernos presentes, esta condición no sería aceptada por Alemania, ni por Inglaterra, ni por Francia. Y como consecuencia de su negativa, nos veríamos obligados a preparar y sostener una guerra revolucionaria."

Durante aquellas conferencias de Zimmerwald y Kienthal, la posición de Lenin sólo tuvo la aprobación de una ínfima minoría. Fuera de los bolcheviques no le apoyaron más que pequeños grupos de los demás países, mientras que los espartaquistas alemanes se negaron a solidarizarse con él. Prácticamente, Lenin quedó aislado y su lugarteniente Zinoviev, escribió con amargura que la conferencia "no quiso declarar abiertamente la guerra al oportunismo". Es obvio que la mayoría de la conferencia concedía escasa importancia a las proposiciones de Lenin. Los informes secretos sobre la conferencia del grupo de los espartacos, que ocupan casi cuatro páginas, contienen solamente dos frases relacionadas con Lenin y sus partidarios. Y, sin embargo, este pequeño grupo constituía el núcleo de la futura Internacional Comunista.

El hecho es que Lenin ya estaba planeando una nueva Internacional, la Tercera, al comenzar el movimiento de Zimmerwald. Rosa Luxemburgo, consultada por Lenin, rechazó tal proyecto aunque convenía con él en que la Segunda Internacional estaba muerta para siempre. Cuando la escisión dentro del partido social-demócrata ruso, Rosa Luxemburgo se había puesto del lado de los mencheviques, en contra de Lenin.[1] Se había dado cuenta de que Lenin, poniendo en práctica sus conceptos de organización, fundaría una nueva Internacional como "estado mayor de la revolución mundial", una organización muy pequeña numéricamente que controlaría el proletariado internacional. Rosa Luxemburgo previó que tal sistema se terminaría necesariamente por una dictadura burocrática sobre los partidos comunistas de los diferentes países, lo mismo que los principios de Lenin

[1] Rosa Luxemburgo, "Organisationsfragen der russischen Sozialdemokratie", *Neue Zeit*, XXII, II (Julio de 1904), pp. 484-92, 529-35.

conducirían al control del partido en cada país por una pequeña camarilla burocrática. De ahí que a la vez que abogaba por una Internacional tratara de equilibrar la influencia de Lenin, sugiriendo que la nueva organización sólo se crease después de que grandes sectores de la clase obrera hubiesen abandonado a sus líderes social-patriotas.

Rosa Luxemburgo mantuvo su posición firmemente aun después de estallar la revolución rusa. La Internacional Comunista fué fundada en contra de sus consejos.

El triunfo de Lenin, en noviembre de 1917, y la victoriosa resistencia opuesta por los soviets a los ejércitos de la contrarrevolución y a la intervención extranjera, aumentaron en grado inmenso el prestigio del dirigente bolchevique. La gran ola de huelgas que barrió la Europa Central durante el mes de enero de 1918 y, posteriormente, la sublevación de la escuadra francesa del Mar Negro, eran debidas principalmente a la tremenda repercusión que tuvo en el proletariado occidental, cansado de la guerra, la revolución rusa.

Tal cambio de mentalidad favoreció el proyecto de Lenin de impedir con la fundación de una nueva Internacional la reconstitución de la Segunda Internacional al día siguiente de la guerra. Al negarse los comunistas rusos a concurrir a reuniones internacionales junto con los "traidores social-patriotas", se anularon los esfuerzos para restaurar aquella representación integral del proletariado mundial entero. El movimiento obrero internacional se vió partido de arriba abajo por las apasionadas discusiones sobre la actitud a tomar frente a la dictadura bolchevique.

Debido a esta atmósfera, la conferencia socialista internacional celebrada en Berna, en febrero de 1919, tuvo poco éxito. Algunos partidos se habían negado a tomar parte en ella. La cuestión espinosa de la responsabilidad de los social-demócratas alemanes en la guerra fué aplazada por una maniobra diplomática, pero el abismo que separaba los amigos y los enemigos de la revolución rusa impidió cualquier acuerdo real. Los adalides del ala derecha propusieron una resolución que implicaba una crítica de la Revolución de Octubre. A eso, la mayoría izquierdista de socialistas franceses, independientes

alemanes, austríacos, españoles y noruegos declaró que en su opinión los social-patriotas no tenían autoridad moral para censurar a los bolcheviques. Aunque no negaban que existiesen razones para tal crítica, sin embargo, preferían posponer su juicio ya que deseaban "mantener abierta la entrada a la Internacional a los partidos socialistas y revolucionarios de todos los países, conscientes de sus intereses de clase".

Al mismo estancamiento se vieron condenadas las reuniones subsiguientes convocadas para reconstituir la Segunda Internacional. Finalmente, en un congreso celebrado después de muchas demoras en Ginebra, en julio de 1920, un grupo de partidos dominado por el ala derecha decidió seguir adelante sólo como continuación de la Segunda Internacional. Sus componentes principales fueron el partido laborista británico, los socialistas mayoritarios alemanes, los partidos social-demócratas de Bélgica, Holanda, Suecia y Dinamarca y un pequeño grupo disidente francés. El secretariado de la Internacional, ubicado antes de la guerra en Bruselas, fué transferido a Londres y se eligió secretario a James Ramsay MacDonald. El traslado desde el Continente a Inglaterra del gran cuartel general era una expresión simbólica del hecho de que el laborismo inglés se había convertido después de la guerra en el líder espiritual de los grupos reformistas unidos en la Segunda Internacional. La izquierda de la conferencia de Berna formó, a su vez, una organización propia, la llamada "Unión Vienesa," designada a veces como la "Internacional Dos y Media" a causa de su posición intermedia entre la Segunda y la Tercera.

Lenin había criticado severamente a aquellos internacionalistas que se pronunciaban a favor de una paz de reconciliación. Sin embargo, él mismo conquistó el poder con la fórmula: "paz, pan y tierra". Había creído que la revolución rusa venidera sería una revolución de la clase media, aunque el proletariado habría de desempeñar en ella un papel decisivo. Lo que sucedió en realidad fué la exterminación, bajo su mando, de la burguesía rusa y la instauración de un régimen socialista cien por ciento.

Tales contradicciones encontraban su justificación en la creencia de Lenin de que la revolución mundial socialista era inminente. Antojábasele que cualquier tratado de paz con Alemania no sería más que un trozo de papel, y que el socialismo se establecería en Rusia no porque las condiciones rusas lo permitiesen, sino más bien porque la revolución victoriosa alemana anularía dentro de poco el tratado de paz y acudiría en ayuda de la débil y atrasada clase obrera rusa.

Lenin estaba convencido de que la guerra provocaría una serie de revoluciones, primero en el centro y después en el Occidente de Europa y que esta situación revolucionaria del final de la guerra clamaba por un partido capaz de aprovecharla. Que tal partido fuese o no fuerte numéricamente importaba poco a los ojos de Lenin. La Revolución de Octubre había demostrado que un puñado de jefes que conociesen las leyes de la acción revolucionaria, podían conservar en los momentos críticos el control sobre las masas.

El 24 de enero de 1919, Moscú invitó a los partidos obreros revolucionarios de todos los países a una conferencia en la capital de la Rusia Soviética con el propósito de organizar una nueva Internacional. Este llamado era la respuesta a la conferencia de Berna, convocada para el 27 de enero. Un proyecto plataforma para la proyectada Tercera Internacional exponía las principales finalidades de la nueva organización. La tarea cardinal de la clase obrera, declaraba este documento, consistía en la inmediata toma del poder y en el abandono de la "ficticia democracia burguesa" a favor de una dictadura del proletariado tendiente a la "sistemática supresión y expropiación de las clases explotadoras".

El congreso se reunió el 2 de marzo de 1919. Rosa Luxemburgo había sido asesinada algunas semanas antes de este suceso, pero su demanda de posponer la fundación de la Internacional fué leída por uno de los delegados de la Liga de Espartaco alemana. La petición fué rechazada y se votó la resolución de proceder a la institución de una nueva Internacional. Los pocos delegados extranjeros presentes —cuyos títulos para representar partidos efectivos eran dudosos en muchos casos— aplaudieron frenéticamente el vigoroso llamado hecho por el representante del —apenas existente— partido comunista austríaco en pro de la constitución de la Tercera Internacional. Se redactó un manifiesto que proclamaba los principios del comunismo revolucio-

nario exhortando a los comunistas a la lucha contra los "verdugos" social-patriotas de la clase obrera y el "centrismo confuso, vacilante e indeciso". El movimiento de Zimmerwald fué declarado disuelto y "cuanto había en él de verdaderamente revolucionario pasa a la Internacional Comunista".

Si ese primer congreso había ofrecido un espectáculo poco brillante en cuanto al número de delegados y al peso político de los partidos representados, el segundo, que tuvo lugar en 1920, puso ya de manifiesto que la nueva Internacional había llegado a ejercer una poderosa influencia sobre el proletariado socialista tanto en el continente europeo como en otras partes del universo.

En los días del primer congreso, la revolución mundial había parecido a los dirigentes comunistas "palpablemente cercana", según la expresión de Clara Zetkin, uno de los jefes del partido comunista alemán. Poco tiempo después habían sido proclamadas Repúblicas Soviéticas en Hungria y Baviera; los comunistas pensaban que Austria estaba madura para seguir su ejemplo y los Balcanes se encontraban en un estado de efervescencia. Al reunirse, en julio de 1920, el segundo congreso, aquella primera ola revolucionaria ya había bajado: Los soviets húngaros y bávaros estaban derrotados, la clase media austríaca aparecía consolidada y los partidos comunistas balcánicos ya habían pasado la cumbre de su poderío. Sin embargo, no obstante que los líderes bolcheviques se negaban a hacer frente a la situación con realismo, obstinándose en considerar inminente una revolución aun en los países donde de manera manifiesta avanzaba la conterrevolución, existían muchas razones para este optimismo comunista. Los socialistas italianos, búlgaros y noruegos, sin contar el pequeño partido comunista alemán, acababan de adherirse al Comintern. Más importante todavía era el hecho de que el gran Partido Social-Demócrata Independiente de Alemania enviara delegados para expresar su deseo de afiliarse al Comintern, que una delegación de socialistas franceses, en las personas de Marcel Cachin y L. O. Frossard, se hallara en Moscú con objeto de informarse sobre las condiciones de admisión; y que en Checoslovaquia se estuviera desarrollando un poderoso movimiento encabezado por el antiguo social-patriota Smeral

a favor de la Internacional Comunista. Una parte considerable, cuando no la mayoría de los obreros socialistas del Continente europeo se mostraba dispuesta a aceptar la jefatura de la Tercera Internacional.

Así alentados, los líderes comunistas esperaban, confiados, una nueva oleada revolucionaria en Europa y redoblaron sus esfuerzos para destruir, mediante asaltos frontales, el ascendiente de los socialistas sobre la clase obrera. Hacia 1923, el derrumbe de sus esperanzas y el "repliegue estratégico" de la "Nueva política Económica" en la Unión Soviética impondrían a la Internacional Comunista un cambio de táctica. Pero en los años que van de 1919 a 1923 el leninismo estaba a la ofensiva.

3

Tan feroz era la acometida del leninismo contra todos los grupos obreros no-comunistas que la extrema necesidad de protección mutua fraguó los vínculos de una nueva unidad entre los partidos de presión y los reformistas de tendencias constructoras. Tal fenómeno se produjo tanto en los diferentes países europeos como en el escenario internacional. La Unión Vienesa, aquella asociación de grupos obreros internacionalistas y no-comunistas, se vió obligada a entenderse con los remanentes de la Segunda Internacional de la preguerra, aunque estos últimos habían sido estigmatizados de traidores social-patriotas por los mismos internacionalistas. En el curso de su campaña contra los partidos obreros no-comunistas, Moscú había acentuado el antagonismo entre el principio revolucionario y el reformismo, más bien que el existente entre el trade-unionismo y la acción política en general. De ahí que fuera la primera cuestión más bien que la segunda la que dominaba en las disputas internas del movimiento obrero. Se derrochaban energías inmensas en interminables discusiones sobre los méritos respectivos de la dictadura del proletariado y de la democracia, en un momento en que la creciente fuerza de la burguesía había hecho ilusoria toda esperanza de una revolución proletaria victoriosa. El asunto mucho más importante del antagonismo entre la acción política

constructora y la práctica trade-unionista de grupo de presión, se pasaba por alto en casi todas partes. El hecho es que el temor a los comunistas "guardianes de la tradición revolucionaria" tendía a ahogar cuantos gérmenes de un nuevo punto de partida constructor aún brotaban dentro del movimiento socialista.

El leninismo constituía un esfuerzo para superar el "trade-unionismo puro" mediante un dispositivo organizador que permitiese a los comunistas conducir la clase obrera hacia luchas revolucionarias. Mientras las perspectivas de una revolución proletaria inmediata en Europa parecían brillantes, los comunistas consideraban la acción política como su arma principal y el sindicalismo como mero instrumento auxiliar de la rebelión proletaria. Con el abandono, hacia 1923, de una revolución inminente, se hizo a un lado, incluso entre los comunistas, gran parte de aquella crítica dirigida contra el "trade-unionismo puro". Los propios comunistas se lanzaron entonces a unas actividades de grupo de presión del mismo tipo que las practicadas por sus adversarios socialistas. Durante muchos años, la diferencia principal entre las acciones comunistas y las socialistas residirían únicamente en la importancia de las demandas formuladas. Cada vez que los socialistas pidieran un aumento de salarios del 10 por ciento, los comunistas creían que su deber revolucionario consistía en exigir uno del 20 o del 25 por ciento. La esterilidad del pensamiento de grupo de presión de los comunistas quedó patente durante la primera era del Frente Popular, cuando toda su sabiduría económica se reduciría a la divisa: "¡Desangrar a los ricos!"

Sin embargo, durante el breve lapso 1918-1923 los comunistas habían sostenido una lucha a muerte contra la actitud de grupo de presión del socialismo. Valiéndose del triunfo de la Revolución de Octubre como gran argumento de propaganda, lograron atraer una parte considerable del proletariado europeo, especialmente del continental. Puede afirmarse que controlaron directa o indirectamente, durante ciertos períodos, más de la mitad de los obreros organizados del Continente. Imitando los procedimientos del leninismo en Rusia, los comunistas intentaban asegurar la supremacía de la acción política sobre la práctica del grupo de presión dentro del movimiento comunista

mediante un sistema de organización peculiar, copiado del modelo bolchevique.

En los años de 1920 y 1921, la consolidación del régimen soviético provocó un crecimiento formidable de los partidos comunistas. Desde el punto de vista del leninismo, tal tendencia encerraba un peligro para el espíritu revolucionario del movimiento comunista. A menos de sustraer la dirección a la influencia de las nuevas masas de miembros de partido, el pensamiento trade-unionista amenazaría contaminar a los propios jefes. Con los famosos "Veintiún puntos" inherentes a la admisión a la Internacional Comunista,[2] Moscú instituyó un sistema de organización que protegía la dirección del partido contra la dominación por el grueso de los miembros, afianzando así la supremacía de los conceptos políticos sobre la ideología trade-unionista de grupo de presión. El verdadero mando del partido había de constituir un comité secreto, desconocido no solamente para la policía sino también para los miembros ordinarios. Este comité secreto ejercería el control sobre el partido y, a través de éste, sobre todas las organizaciones obreras en las que los miembros de partido lograran tomar pie.

Así, pues, se esperaba remediar la falta de madurez política del movimiento obrero recurriendo a un sistema de organización peculiar. Tal dispositivo había tenido éxito en Rusia, pero fracasó por completo en el Occidente y centro de Europa. Fuera de Rusia, el leninismo se vió derrotado por dos veces: primero en los años siguientes a 1923, cuando la gran mayoría de los obreros repudió los métodos revolucionarios y dictatoriales del bolchevismo a favor de la táctica evolucionista y democrática de los socialistas; y luego, después de 1923 y pese al sistema de organización leninista, al transformarse los partidos comunistas en grupos de presión, distintos de los socialistas tan sólo por el tamaño o por la extravagancia de sus demandas. La primera de estas derrotas era debida a la estabilización progresiva de las fuer-

[2] Sobre las "Veintiuna Condiciones" véase F. Borkenau, *World Communism: a History of the Communist International,* Nueva York, Norton, 1939, p. 197; también Arthur Rosenberg, *A History of Bolshevism from Marx to the First Five Years' Plan,* Londres, Oxford University Press, 1934, p. 146.

zas de la clase media y a la reconstrucción económica de Europa. Pero la segunda, que resultó aún más decisiva estaba relacionada íntimamente con los fútiles esfuerzos del comunismo para pasar por alto las diferencias fundamentales entre el movimiento obrero en Rusia y el del resto de Europa, ajustando uno y otro al mismo molde ruso.

En Rusia, el sistema de organización leninista, con su estado mayor político de dirigentes altamente adiestrados y con un número relativamente pequeño de miembros bien seleccionados y controlados, se adaptaba perfectamente a la condición y a la mentalidad del proletariado. Sólo una ínfima minoría se daba cuenta de los problemas políticos del movimiento obrero ruso y otra minoría, aunque más numerosa, comprendía las necesidades del sindicalismo. En tales circunstancias, la dirección política no tenía dificultades excesivas en mantener bajo su control al poco extenso grupo trade-unionista. La constante y despiadada opresión zarista había hecho comprender a todo sindicalista que el éxito de su propia lucha dependía de una democratización del sistema político. Por eso, los sindicatos mismos se mostraban dispuestos a reconocer la supremacía de la acción política.

Fuera de las fronteras rusas, y en las condiciones de la Europa de los primeros años de la tercera década, por el contrario, el leninismo tropezó con organizaciones obreras de formidable extensión y de tradiciones bien establecidas y que gozaban de los beneficios de una democracia política. Los millones de sindicalistas organizados y sus acreditados dirigentes repudiaban todo control por parte de un partido político, por íntimamente que estuviese asociado al proletariado industrial. Los sindicatos no admitían que el éxito de sus esfuerzos para mejorar el nivel de vida de sus miembros dependiera de los éxitos políticos del partido comunista. Por modestas que fueran sus reivindicaciones políticas, eran defendidas satisfactoriamente por el partido socialista. Al oponerse así al llamado control comunista sobre los sindicatos, los dirigentes de éstos pugnaban por el derecho a continuar como grupos de presión, y el hecho de que aquel control político hubiera significado la sujeción a un partido revolucionario y dictatorial, con un mando independiente de los miembros, facilitaba la

resistencia de los sindicatos, retardando, al mismo tiempo, la madurez política del movimiento obrero.

Las enseñanzas del fracaso sufrido por el leninismo en la Europa Central y Occidental hubieran debido ser claras para cualquier marxista. Han hecho patente que ningún sistema de organización era capaz de derrotar aquellas poderosas fuerzas económicas y sociales que habían convertido las organizaciones obreras en grupos de presión. La madurez política dependía del reconocimiento por parte de la clase obrera de que sus intereses exigían cambios estructurales de la sociedad. Hasta que los hechos hubieron demostrado al grueso de las masas trabajadoras en qué grado sus intereses inmediatos precisaban una reforma básica del orden social, el movimiento obrero no pudo convertirse en un movimiento político genuino.

PARTE II

EL FRACASO DE UNA REVOLUCION

CAPITULO IV

HERMANN MÜLLER: PARADIGMA DEL OBRERO ALEMAN

1

28 DE JUNIO DE 1919. En Versalles ha vuelto a reunirse la Conferencia de la Paz bajo la presidencia de Georges Clemenceau. Esta reunión marca el climax de las pláticas: hoy los delegados alemanes han de firmar el Tratado de Paz.

En torno a una larga mesa en forma de herradura se ven reunidos los hombres de estado dirigentes de las potencias victoriosas. Junto a Clemenceau están sentados Woodrow Wilson y Lloyd George; a ellos siguen: Orlando por Italia, el representante del Japón, el socialista Vandervelde, ministro de Relaciones Exteriores de Bélgica, y muchos otros. Aun no han llegado los alemanes. Se mantiene a los vencidos apartados de los vencedores. Prácticamente, han sido prisioneros desde su llegada a París.

Durante muchas semanas, Alemania se había negado a firmar el "dictado" de Versalles. El primer canciller socialista de la Alemania republicana, Philipp Scheidemann, prefirió dimitir antes que poner su firma bajo un documento que, según creía, avasallaría a su país. El líder sindicalista Gustav Bauer, que sucedió a Scheidemann como canciller, y su ministro de Relaciones Exteriores están decididos a doblegarse bajo lo que consideran inevitable. Sobre todo el segundo es un realista. Alemania está derrotada y ha de someterse a las condiciones de los vencedores. Estos son los hechos; el resto, todas esas tonantes protestas morales de los nacionalistas, a juicio del ministro de Relaciones Exteriores, no son más que frases huecas, y él no respeta las frases. Lo que cuenta sólo son los hechos, no las ideas morales.

Se abren las puertas y aparecen los delegados alemanes. Un alto

teutón sobresale con mucho de sus colegas. Viste de negro, lo cual acentúa aún su rostro pálido y su gigantesca estatura. Recuerda a aquellos hombretones que el rey Federico I de Prusia solía escoger uno por uno para su guardia de corps. El ministro de Relaciones Exteriores se adelanta para firmar el documento. Se le tiende una pluma-fuente ofrecida especialmente para esta ocasión por una ciudad francesa. Pero el alemán la rechaza. Saca de su bolsillo su propia estilográfica, una de las más comunes, envuelta en papel: bastará para tal ocasión. E inclinándose sobre el pergamino traza con dedos firmes su nombre: Hermann Müller.

De todos los dirigentes del movimiento obrero europeo, tal vez ninguno haya desempeñado un papel histórico más funesto que Hermann Müller, ministro de Relaciones Exteriores y por dos veces Canciller de la República Alemana. Nadie está más calificado que él para personificar la falta de pensamiento constructor en los obreros alemanes. Esta es la razón por la cual Müller-Franken aparece retratado en este lugar —se le añadía el nombre de su distrito electoral a fin de distinguirle de los demás Müller del Reichstag alemán—; no era en ningún respecto un hombre notable, salvo en uno: representaba, por su mediocridad misma, de la manera más fiel el tipo predominante del obrero alemán. Inteligente, de toda confianza y opuesto severamente a cualquier desorden y falta de disciplina, se mostraba también escéptico respecto a las ideas nuevas y estaba enteramente desprovisto de imaginación política. Compartía todas estas cualidades positivas y negativas con el obrero alemán especializado.

Bajo Hermann Müller, la social-democracia alemana era fiel reflejo de su líder. El partido se convirtió en el más sólido de los baluartes sobre los que descansaba la democracia alemana, pero al mismo tiempo su incapacidad para actuar como fuerza creadora hizo que fuese una de las causas principales de la decadencia de la libertad alemana.

Al igual que la mayor parte de los líderes socialistas alemanes, Hermann Müller comenzó su carrera en el ala izquierda del partido. Y es que antes de 1913, en los años de la dominación absoluta de la máquina del partido por el veterano jefe August Bebel y su consultor

teórico Karl Kautsky, los hombres de la derecha eran admitidos rara vez en el grupo ejecutivo del partido, el omnipotente *Partei-Vorstand*, cuyo control sobre la inmensa red de organizaciones socialistas constituía, algo así como un paralelo socialista del gobierno del Reich.

Hasta el fin de la guerra, Hermann Müller no era más que un diente de rueda dentro del engranaje del partido, dócil partícipe de aquella extraña evolución que apenas estalló la guerra había llevado al grueso de los radicales hacia un nacionalismo fervoroso. En su caso, tal conversión asumió una forma harto conspicua. En los críticos días de 1914 que precedieron a la declaración de guerra, Müller había sido enviado a Francia por el partido para conocer las intenciones de los socialistas franceses, con objeto de armonizar la acción socialista de ambos lados del Rin. Interrogado por los franceses acerca de la actitud que tomarían sus camaradas alemanes, Müller declaró que votarían en contra de la aprobación de los créditos de guerra pedidos por el gobierno, o bien se abstendrían de votar, pero que en ningún caso apoyarían la política de guerra del gobierno. Los socialistas alemanes, aseguraba, no vacilarían en manifestar su oposición a la guerra mediante los habituales procedimientos parlamentarios.

De regreso a Alemania en el preciso momento en que se iba a efectuar la votación, ¡Hermann Müller imitó el ejemplo de sus colegas, dando su apoyo al gobierno! La mayoría lo había decidido y Müller se sometió sin protesta.

Desde aquel instante, los antiguos radicales alemanes abandonaron toda pretensión a mantener su radicalismo anterior. Se volvieron progresistas moderados y reformistas sociales y políticos, más bien que revolucionarios. Sobrevino después el colapso del Imperio en noviembre de 1918 y tuvieron que tomar el poder. Müller, miembro ahora del Comité Central del Consejo de Soldados y Obreros, sostuvo la cautelosa y vacilante política de su partido, tendiente a una restringida serie de reformas, relacionadas principalmente con el sufragio de los obreros y con cierta viejas reivindicaciones sindicales. La dimisión del primer gobierno republicano regular marca la rápida ascensión de Hermann Müller: fué nombrado ministro de Relaciones Exteriores en 1919, y Canciller del Reich en 1920. Al perder gradualmente

Friedrich Ebert, Presidente electo de la República, su influencia dentro del partido, Müller se convierte en jefe político de los socialistas, mientras que su amigo Otto Wels lleva las riendas del partido. Citando un viejo dicho, fué jefe porque obedecía a las masas. El obrero calificado alemán, el principal sostén de la social-democracia alemana, confiaba en Müller porque reconocía en él a su prototipo. El trágico fracaso del movimiento obrero alemán, que acarreó la destrucción de la democracia alemana, fué resultado de los defectos del obrero alemán mismo, más bien que de la traición de sus dirigentes. Pues lo cierto es que éstos compartieron los defectos de sus partidarios mostrándose incapaces de compensar su pobreza de pensamiento constructor.

Desde 1919 hasta casi el fin de la República, el partido social-demócrata era la organización política más fuerte del país. Parecía, pues, lógico que adquiriera en diversas ocasiones el control sobre el gobierno del Reich. Bien es verdad que los socialistas, con excepción de los primeros meses que siguieron a la revolución, no lograron ejercer ni una sola vez el control de una manera cabal y que en consecuencia, nunca tuvieron entera libertad para realizar sus propias ideas en la forma en que las concibieron. Mas, aun cuando se tome en cuenta tal restricción en su libertad de acción, subsiste el hecho de que su calidad de partido director dentro del gobierno imponía a los socialistas la obligación de determinar la política del gabinete. Es precisamente en este aspecto donde fracasaron de manera más obvia. Y gran parte de la responsabilidad por ese desastre recae sobre Hermann Müller. Ni Müller ni sus colegas se mostraron dispuestos a adoptar una política constructora o llevar a cabo profundos cambios institucionales.

Como jefe de gobierno, actuó de representante de un grupo particular más bien que de cabeza política de la nación. Como resultado de ello, el grande y poderoso partido social-demócrata perdió la iniciativa en la mayor parte de las cuestiones sociales y económicas, pasando ésta al partido Católico del Centro y en el aspecto de la política exterior, cedió el terreno al Jefe del Partido capitalista alemán, Gustav Stresemann. Esto era en gran parte inevitable teniendo en

cuenta el giro que había tomado la situación interna del Reich: [illegible] posiciones claves, tales como la Presidencia y el control sobre [illegible] cito, habían pasado a manos de Hindenburg y de otros enemigos del régimen democrático. Pero los social-demócratas aceptaron ciegamente e incluso se mostraron complacidos ante el estado de cosas, y [illegible] no hizo casi nada para aprovechar las oportunidades de dirección que su posición le ofrecía.

La prueba crucial se presentó ante Müller y su partido [illegible] siguiente de las elecciones generales de mayo de 1928, que dieron la victoria a los socialistas. Con mucho, el grupo más fuerte del Reichstag, la social-democracia, predominaba en la nueva mayoría parlamentaria. Müller fué nombrado Canciller, y con tres otros socialistas en posiciones clave —Rudolf Hilferding como ministro de hacienda, Karl Severing en gobernación y Rudolf Wissel como ministro del trabajo—, el partido socialista dominaba el gabinete. Dada la situación económica favorable en aquellos momentos, el nuevo gobierno entró en funciones bajo auspicios relativamente buenos.

Pero al comienzo mismo de su existencia se produjo un incidente de significado simbólico más bien que real. Durante la campaña electoral, los socialistas habían explotado con sumo provecho una consigna contra el derroche de fondos públicos para la construcción de un buque de guerra del famoso tipo de los "acorazados de bolsillo". "Alimentos para la infancia escolar en vez del acorazado" —fué el grito de batalla que los socialistas hicieron resonar a través de toda Alemania. Apenas concluída la campaña, el nuevo gabinete de Hermann Müller decidió terminar la construcción del acorazado empezada por su predecesor. Tal decisión le fué impuesta por el Presidente Hindenburg y algunos de los partidos burgueses representados en el gobierno. Y es que Hermann Müller creía que la presencia de los socialistas en el gobierno, cuyo interés iba de por medio, bien valía el gasto de unos cuantos millones de marcos.

Fué una decisión muy característica de Müller. Para él, las inferencias simbólicas y sentimentales que implicaba eran cosa secundaria. Había establecido un balance mental en el que no cabían los valores morales. En el débito figuraba el acorazado, en el crédito, las

ventajas que los ministros socialistas estarían en condiciones de obtener para la clase obrera. Comparando las dos partidas del balance y una vez comprobado que existía un saldo neto a favor de la clase obrera, Müller dió el asunto por liquidado. Se mostró sinceramente sorprendido al ver que muchos miembros del partido y electores socialistas opinaron de modo diferente protestando a gritos contra lo que les parecía una violación de las promesas hechas durantte la campaña electoral.

Esta no fué sino la primera de sus dificultades. La gran depresión se hizo sentir en Alemania más pronto que en ninguna parte y pronto se hizo patente que sólo la aplicación de métodos drásticos podía traer un alivio. Más Hermann Müller y su experto económico Rudolf Hilferding, al enfrentar la crisis, no quisieron apartarse de la tradición. Con una terquedad digna de mejor causa, ambos defendieron la moneda de los peligros a los que la hubiera expuesto cualquier experimento económico. Tal política les era dictada en gran parte por el terror pánico que se apoderaba de la población a la sola idea de una inflación monetaria semejante a la que había devastado a Alemania durante el primer lustro de postguerra. Ningún alemán que hubiera pasado por aquellos horribles años de hambre y de desintegración social, se habría embarcado alegremente en una aventura tal como el cambio del sistema monetario. Además, muchos procedimientos financieros, familiares hoy día, eran desconocidos en aquel entonces. Hasta que la deflación no se hizo insoportable las demandas de una nueva política monetaria no asumieron formas clamorosas.

Es significativo que el impulso decisivo hacia tal experimento viniera de fuera y no de las filas del movimiento socialista, cuyos propios dirigentes figuraban entre los conservadores más inflexibles en materia de política económica. Aun cuando finalmente algunos catedráticos socialistas y un pequeño grupo dentro de los sindicatos exhortaron públicamente al gobierno a que combatiera la depresión con métodos nuevos, los dirigentes socialistas permanecieron impasibles. Incapaz de concebir que una nueva orientación pudiera tener algunas virtudes, el Canciller continuó por la bien establecida línea del *laissez-faire*, dejando que la crisis "siguiese su curso normal". Se mostró

ansioso por ayudar al obrero ocupado a mantener su nivel de salarios y por asegurar al desocupado una ayuda suficiente dentro de los límites trazados por la zozobra financiera; pero no se le ocurrió en ningún momento adoptar una política de alcance general para atacar la crisis misma. La actitud de Müller durante aquellos años fatales en los que comenzó el encumbramiento de los nazis, era un ejemplo sobresaliente de la mentalidad de grupo de presión: protección de la clase obrera dentro del marco de una política que no era dictada en absoluto por ningún pensamiento socialista constructor.

Es curioso que la tradición marxista radical, todavía viviente en Herman Müller y en otros líderes del ala derecha, reforzara aún más la terquedad con la que se aferraban al *laissez-faire*. La creencia de que "el capitalismo no puede ser reformado" formaba parte del credo marxista. Había servido, en los comienzos del partido socialista, para separarlo de todos los movimientos de reforma burgueses. El capitalismo, afirmábase, obedecería siempre a sus propias leyes; sólo una revolución socialista, al derrocar el viejo orden y al poner los cimientos de una nueva sociedad, haría desaparecer las consecuencias maléficas del antiguo sistema. El resultado obvio de tal teoría fué la fe en métodos revolucionarios más bien que democráticos, y aun después de que el movimiento socialista hubiera aceptado la democracia no se abandonó completamente la ideología básica de aquella teoría original. Los gobiernos capitalistas habían de ser ejercidos de acuerdo con las leyes de la economía capitalista. Como una de estas leyes "naturales" del capitalismo se consideraba el dogma del *laissez-faire*, según el cual una crisis económica había de seguir su curso normal sin ingerencia por parte del gobierno. Así, pues, la pasividad de Hermann Müller tuvo la aprobación de los radicales, que por lo demás desconfiaban de él profundamente a todos los demás respectos.

Müller no vivió lo bastante para ver el triunfo del nazismo. Gravemente enfermo en el momento en que renunció al cargo de canciller en marzo de 1930, consagró sus últimas fuerzas a la lucha contra Hitler. Murió el 20 de marzo de 1931, casi exactamente un año después de haber dimitido y antes de que empezase el gran asalto final contra la República Alemana. Su última aparición en público, ante

los representantes del movimiento obrero internacional, tuvo lugar algunos meses antes de su muerte, durante una reunión en Castle Wyden, celebrada para conmemorar el aniversario de un congreso clandestino de los social-demócratas alemanes, que se habían reunido allí en 1880. Ya estaba marcado por el mal que había de causar su muerte. En aquel momento ¿sospechaba que no transcurrirían muchos días sin que su partido se viera obligado de nuevo a reunirse clandestinamente como lo había hecho cincuenta años antes?

CAPITULO V

LOS SOCIALISTAS Y LA REVOLUCION

1

La tarde del 9 de noviembre de 1918 vió a Friedrich Ebert, jefe del Partido Social-Demócrata de Alemania, instalado en la Cancillería de Berlín. En Viena, el emperador Carlos discutía con los dirigentes de los socialistas austríacos las condiciones de su abdicación. La revolución que había comenzado en Rusia en marzo de 1917, estaba avanzando hacia occidente. En todas las partes del vasto territorio que se extendía entre el Rin y el límite oriental de la revolución comunista, se derrumbaban los viejos regímenes. Un mundo nuevo acababa de nacer.

El movimiento obrero representaba la más poderosa de todas las fuerzas revolucionarias. Las masas ansiaban la paz. El colapso de la autoridad militar determinó el de la clase patronal cuyo dominio había sido invalidado, durante la guerra, por la dictadura de los generales. La administración de las fábricas se abandonó a los obreros. Los viejos partidos de la burguesía, socios o defensores de los antiguos gobernantes, compartieron la suerte de los mismos. En muchos países de la Europa Central, el movimiento socialista resultó ser la única fuerza organizada sobreviviente.

Esta fuerza, sin embargo, distaba mucho de ser homogénea. Hemos visto surgir dentro del socialismo, en el curso de la guerra, tres corrientes: los socialistas mayoritarios, que abogaban por el apoyo al gobierno mientras durasen las hostilidades, y cuyos adalides eran, en Alemania, Ebert y Scheidemann; el grupo del centro, vocero de tendencias pacifistas e internacionalistas y representado en el Reich por los socialistas independientes Karl Kautsky, Haase, Wilhelm Dittmann y Eduard Bernstein; y la extrema izquierda, encabezada por Karl

Liebknecht, Rosa Luxemburgo y Frank Mehring. Estos últimos habían creado una organización propia, la Liga de "Espartaco" que repudiaba no solamente el "social-patriotismo y chauvinismo" de los socialistas mayoritarios, sino de igual manera el pacifismo "pequeño-burgués" de los independientes. Karl Liebknecht proclamó que "el enemigo principal estaba en casa".

La extrema izquierda alemana contaba muy pocos partidarios y cuando los consejos de obreros y soldados berlineses se reunieron para elegir el primer gobierno republicano de Alemania, se eligieron tres socialistas mayoritarios y tres independientes. En una proclama al pueblo alemán, el nuevo gobierno anunció que "El gobierno nacido de la revolución y cuya dirección política era exclusivamente socialista, se proponía la realización de un programa socialista". La revolución, sin embargo, no asumió en modo alguno caracteres socialistas; fué ante todo pacifista y democrática. Con raras excepciones, los socialistas mayoritarios prefirieron continuar el proceso de democratización, iniciado hacia el final de la guerra bajo el gobierno imperial, antes que engolfarse en lo que ellos mismos consideraban peligrosos experimentos socialistas. Aunque elegidos miembros del Consejo de Representantes del Pueblo por los *consejos* de obreros y soldados, los socialistas mayoritarios no simpatizaban con estas juntas, sino que deseaban establecer un régimen democrático parlamentario. Se lanzaron a desacreditar los *consejos* diciendo que eran el instrumento de una dictadura de tipo bolchevique, no obstante que estaban dominados, en la mayoría de los casos, por los propios socialistas mayoritarios, opuestos categóricamente al bolchevismo, por lo cual hubieran podido servir de igual modo unos propósitos puramente democráticos.

No solamente los socialistas mayoritarios temían que los experimentos de índole bolchevique provocaran una intervención armada de los aliados, intervención que Alemania, exhausta por la guerra y desorganizada por la revolución, no hubiera podido resistir, sino que Ebert y Scheidemann estaban convencidos de que la instauración del bolchevismo impediría o retardaría el restablecimiento del nivel de producción prebélico, exponiendo a Alemania a la misma hambre y miseria que azotaban por entonces al pueblo ruso. Preferían que el

socialismo fuese introducido en Alemania mediante reformas prudentes y graduales a fin de no estorbar la producción de bienes indispensables. El primer paso que habría que dar, según los socialistas mayoritarios, era convocar una asamblea constituyente democrática, estabilizar la democracia y terminar cuanto antes el período revolucionario.

La revolución había colocado a los socialistas independientes en una situación ambigua. A principios de 1917, su grupo se había separado de los socialistas mayoritarios, a causa de la política del partido frente a la guerra. Esta divergencia ya no existía. De hecho, los dirigentes del partido independiente compartían, en muchas cuestiones del día, el punto de vista del ala izquierda de los socialistas mayoritarios. Sin embargo, habían de contar con la izquierda de su propio partido, encabezada por los llamados "delegados de taller revolucionarios" *(Revolutionäre Betriebs-Obleute)* de Berlín, que en octubre de 1918 habían preparado una insurrección socialista. El plan de los delegados había fracasado, pero los resultados de la revolución de noviembre no les satisfacían. Continuaban abogando por un estado socialista basado exclusivamente en los *consejos* obreros. Arrastrados violentamente entre los dirigentes de derecha y los delegados de los talleres, los independientes no eran capaces de adoptar ninguna actitud clara. Seguían vacilando entre los socialistas mayoritarios y la extrema izquierda, los espartaquistas.

Rosa Luxemburgo y Liebknecht, los espíritus directores de la Liga de Espartaco comprendían que la República Alemana iba a ser un estado burgués y que las masas obreras coincidían con los socialistas mayoritarios. Pero creían, por otra parte, que la decepción era inevitable y que ofrecería a un partido revolucionario la oportunidad para llevar a cabo una revolución proletaria. Por ende, la tarea inmediata de la Liga de Espartaco consistiría en organizarse y prepararse para la hora decisiva. Mas los líderes tropezaron con el hecho de que constituían una minoría dentro del partido. Este había sido invadido por unos revolucionarios confusos, opuestos a cualquier disciplina o frío razonamiento y poco familiarizados con las tradiciones del movimiento obrero. Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht se vieron domina-

dos por esta ala izquierda exactamente como los dirigentes independientes se hallaban expuestos a la presión continua y a menudo irresistible del ala izquierda de su partido. Durante el período revolucionario, parece que la influencia rusa se empeñó en favorecer a los ultrarradicales en contra de Rosa Luxemburgo, quien rechazaba la concepción de Lenin de la dictadura del partido sobre el proletariado.

Debido a esto, los socialistas mayoritarios lograron una inmensa ventaja respecto a los independientes y espartaquistas. Gozaban del apoyo de la mayor parte de los obreros y soldados y su unidad interna les permitía obrar mientras que la falta de unanimidad entre los independientes les condenó más de una vez a la pasividad. El dilema fundamental —una República burguesa progresista de un lado y la oposición socialista y la preparación para una revolución proletaria, de otro— nunca ha sido presentado claramente ante la clase obrera alemana.

2

En el Consejo de Representantes del Pueblo, los socialistas mayoritarios asumían la dirección, y al dimitir a fines de diciembre de 1918 los tres miembros independientes, aquéllos gobernaron solos. El contenido de la política del Consejo de Representantes del Pueblo fué, por eso, una clara expresión de la filosofía del socialismo mayoritario.

Los decretos del Consejo se referían a dos grupos de problemas: la reforma social y la electoral. Las reivindicaciones tradicionales de los sindicatos y las demandas típicas de la vieja social-democracia respecto a la democratización del sufragio, apenas si necesitaron para realizarse unas cuantas semanas. En cambio, no se hizo nada para cambiar el sistema económico del país. Tampoco se ayudó a la democratización del sufragio con una democratización del ejército, de la administración y de la justicia alemanes. Las reformas sociales se hicieron injertándolas sencillamente en el sistema económico existente, y la reforma del derecho electoral apenas si afectó la estructura y composición de la máquina administrativa.

Entre las reformas económicas más evidentes, exigidas por los

obreros y campesinos, figuraba la nacionalización de las minas de carbón y el reparto de las vastas tierras de los *junkers* al este del Elba. Valiéndose de los pretextos más frívolos, los gobernantes socialistas se negaron a satisfacer estas reivindicaciones populares, cuyo carácter de ningún modo era específicamente socialista. Algunos socialistas independientes insistían en la formación de un nuevo ejército democrático; los socialistas mayoritarios, que habían colaborado desde un principio con el mando supremo imperial, confiándole la desmovilización de las tropas, desatendieron cualquier preparativo para formar un nuevo ejército. Al necesitar el gobierno una ayuda militar contra la Liga de Espartaco, Ebert no vió más solución que la de llamar a los oficiales del ejército imperial. Faltos de confianza en sí mismos, los socialistas mayoritarios buscaron con ansia los servicios de la oficialidad militar y los funcionarios imperiales. El que no realizasen su programa socialista, tal vez encuentre una justificación en las circunstancias que prevalecieron. Pero un fracaso de veras imperdonable y decisivo lo constituía su incapacidad para establecer un régimen genuinamente democrático.

Los socialistas mayoritarios ensayaron el experimento, condenado al fracaso, de edificar un orden democrático sobre un ejército, una burocracia y un aparato judicial antidemocráticos. Ni siquiera se cambió radicalmente el sistema docente. Con excepción de las reformas sociales —las cuales repetimos, carecían de fundamentos económicos— las modificaciones introducidas por el Consejo de Representantes del Pueblo se asemejaban al cambio de la razón social de una empresa mercantil cuya rutina habitual sigue sin haber sufrido la menor alteración.

Tal falta de determinación de parte de los socialistas mayoritarios fué causa de fricciones entre estos y los independientes de derecha que sentían, más que comprendían, las graves debilidades del gobierno. La cuestión de la revolución socialista oponía los socialistas mayoritarios y los independientes derechistas al ala izquierda del partido independiente y los espartaquistas. Y es que en esta cuestión el gobierno contaba con el respaldo de la aplastante mayoría del proletariado. En el congreso de los consejos de obreros y soldados del Reich, celebra-

do en diciembre de 1918, los socialistas mayoritarios recibieron el apoyo de unos 350 de los 450 delegados. En esta ocasión, los dirigentes del ala derecha del partido independiente secundaron al gobierno contra los espartaquistas e independientes de izquierda aliados, cuyo punto de vista era compartido por unos cien congresistas.

3

De todos los pecados de omisión cometidos por los socialistas mayoritarios ninguno resultó tan funesto como su descuido de poner en pie un ejército nuevo y democrático. El hecho de que los obreros, cansados de la guerra, no mostraran ningún entusiasmo ante la perspectiva de volver a filas, no disculpa al gobierno, ya que al mismo tiempo y en circunstancias análogas los social-demócratas austríacos sí lograron constituir una fuerza armada democrática y obrera.

Un conflicto que estalló entre el gobierno y un grupo sedicioso de los llamados marinos revolucionarios encontró al primero completamente impreparado desde el punto de vista militar. Los marinos detuvieron a algunos miembros del gabinete, no por razones políticas, sino sencillamente para sacarles dinero, y Ebert llamó un destacamento del viejo ejército, que aún no había sido desmovilizado. Los soldados no lograron dominar a los marinos y, finalmente, el gobierno tuvo que aceptar las condiciones de los amotinados. Pero el gesto de mandar a un general del ejército imperial contra lo que los obreros consideraban como un "destacamento revolucionario" dispuso a muchos de entre ellos contra el gobierno y provocó la dimisión de los miembros independientes del Consejo de Representantes del Pueblo. Aunque unánimes con los socialistas mayoritarios, en lo que concernía a una inmediata revolución socialista, los líderes independientes de derecha acusaron a los socialistas revolucionarios de traicionar la democracia en favor de los antiguos gobernantes.

Los espartaquistas creían que la hora de la toma del poder se estaba aproximando rápidamente. Hacia fines de diciembre de 1918, la Liga se constituyó en partido comunista. En contra de los consejos de Rosa Luxemburgo y de Carlos Liebknecht, decidieron no tomar

parte en las elecciones a la Asamblea Constituyente, fijadas para el 19 de enero. La mayoría de los delegados del partido creían fanáticamente que podrían impedir las elecciones mediante una insurrección. Y ni siquiera se sintieron desalentados por el hecho de que tanto los delegados de taller revolucionarios como el grueso del proletariado berlinés rechazaran la asociación con un partido dominado por los intratables y confusos oponentes de Rosa Luxemburgo y Liebknecht.

No obstante, los delegados de taller e incluso los independientes organizaron, junto con los espartaquistas, una manifestación en masa contra la destitución del prefecto de Policía de Berlín, Eichhorn, independiente izquierdista. Ni los independientes, ni la mayor parte de los delegados de taller tenían la intención de aprovechar este acto como punto de partida de una sublevación armada contra los Representantes del Pueblo mayoritarios, pero los espartaquistas, creyendo que aquellos estaban dispuestos a tal cosa, tomaron las armas y se encontraron solos. No obstante, su fanática devoción a la causa les hizo mantenerse en la lucha y ocuparon el edificio del diario mayoritario *Vorwärts*, sin valor desde el punto de vista militar, pero de significado simbólico para los espartaquistas.

El gobierno nombró comandante en jefe al líder socialista mayoritario Gustav Noske. Aunque en el ínterin se habían formado algunos destacamentos militares por obreros del partido de éste, Noske confiaba sobre todo en los "cuerpos-francos" creados por ex-oficiales del ejército imperial. Estos se mostraban ávidos de ayudar a los socialistas mayoritarios, no por amor a este partido o a la democracia, sino para aplastar la revolución. Una derrota del Espartaco, pensaban, sería el primer paso hacia la vuelta del antiguo régimen.

La culpa del gobierno no consistió tanto en haber opuesto resistencia a los espartaquistas cuanto en haber recurrido para tal efecto a unas tropas anti-democráticas y enemigas de los obreros, pues nadie podía abrigar la menor duda acerca de las intenciones verdaderas de los cuerpos-francos. Después de la derrota del Espartaco, los oficiales de los cuerpos-francos asesinaron a sangre fría a Rosa Luxemburgo y Carlos Liebknecht, detenidos cuando la lucha ya estaba terminada. Un falso pundonor había inducido a ambos dirigentes primero, a se-

guir a los espartaquistas en una aventura que condenaban como locura, y luego, a permanecer en Berlín después del desastre. Estos pavorosos asesinatos pusieron de manifiesto el odio de los cuerpos-francos hacia la izquierda.

Los espartaquistas estaban derrotados, pero los verdaderos vencedores eran los cuerpos-francos y no el gobierno socialista mayoritario. Ello se puso de manifiesto claramente por el rápido desarrollo subsiguiente de aquellas organizaciones y por la decreciente influencia de los consejos obreros. No fué realmente la República burguesa la que triunfó de la amenaza revolucionaria: fueron las fuerzas anti-democráticas que habían acudido en ayuda de la República. En este sentido, los días de enero de 1919 marcaron el comienzo de la contrarrevolución en la Europa Central.

4

Sólo en Baviera continuó creciendo, hasta abril de 1919 la autoridad del movimiento obrero. Ello era debido principalmente a la política del nuevo Primer Ministro bávaro, Kurt Eisner quien había logrado mantener estrecha cooperación entre las tres tendencias del movimiento obrero, e incluso había sido reconocido como jefe de los tres partidos, aunque los socialistas mayoritarios eran más fuertes que su propio partido socialista independiente y los comunistas juntos.

Kurt Eisner,[1] hijo de un industrial judío, era uno de aquellos líderes obreros que se habían adherido al partido socialista independiente en señal de protesta contra la culpabilidad del gobierno alemán en la guerra y la política de guerra de los socialistas mayoritarios. Salido de la prisión donde había pasado varios meses por haber participado en una huelga dirigida contra la guerra, en enero de 1918, Eisner se convirtió en el líder más destacado de la clase obrera bávara al estallar la revolución. Logró ganar el apoyo de cierto partido campesino encabezado por el ciego apóstol labriego Gandorfer y

[1] Sobre Kurt Eisner, véase Robert Michels en *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, XIV (1929), p. 364 *s.*

el 7 de noviembre de 1918 ambos proclamaron la República Bá[illegible]. Los socialistas mayoritarios aceptaron el hecho consumado y en[illegible] en el gobierno revolucionario formado por Eisner. Mientras el g[illegible]no de Berlín solicitaba ávidamente la cooperación de los repres[illegible]tes del antiguo régimen, Kurt Eisner demostraba la responsabilida[illegible] mismo en el advenimiento de la guerra. Trató de crear un estad[illegible] daderamente democrático, basado en los consejos de obreros, sol[illegible] y campesinos. De grado o por fuerza, los socialistas mayoritari[illegible]varos tuvieron que continuar obedeciendo la dirección del [illegible]diente Eisner, pese al hecho de que su partido no representar[illegible] una pequeña minoría comparado con la extensa organización de [illegible]llos. Pero Eisner era algo más que un mero jefe de partido; se [illegible]convertido en la expresión de la Baviera democrática y amante [illegible] paz, y tanto su política constructora como su prestigio personal [illegible]an que fuese el hombre más poderoso del país.

En 1919, al celebrarse en Berna el congreso socialista inter[illegible]cional. Eisner y el socialista francés Pierre Renaudel sometieron a votación una resolución común para repatriar los prisioneros de guerra lo antes posible. Eisner declaró que era para Alemania un deber de honor contribuir a la reconstrucción de las devastadas zonas de guerra francesas. Pero tal obra no podía ser realizada por prisioneros de guerra, sino tan sólo por una cooperación voluntaria de los obreros e intelectuales alemanes. A su regreso de Berna, la propaganda nacionalista bávara acusó a Eisner de haberse opuesto a la liberación de los prisioneros de guerra alemanes. Apenas un mes más tarde, Eisner fué asesinado por el conde Arco-Valley, nacionalista alemán a quien sus correligionarios recompensaron posteriormente con un puesto lucrativo.

El sucesor de Eisner en el cargo de Primer Ministro bávaro fué el socialista mayoritario Johannes Hoffmann. Por desgracia, éste carecía no sólo de la autoridad de Eisner, sino también en sus dotes de hombre de estado constructor. Unos aventureros del mismo tipo que los que habían desencadenado la insurrección berlinesa de enero de 1918 se apoderaron de la dirección de algunas secciones del partido socialista mayoritario; mientras este partido ejercía prácticamente el gobierno del país, cierto número de sus propios funcionarios toma

ron una parte activa en la formación de la República Soviética de Munich destinada a sustituir el gobierno dirigido por los socialistas. Y no se les ocurrió a estos confusionistas radicales que el gobierno existente estaba basado en los consejos obreros y que, por lo tanto, representaba él mismo una especie de gobierno soviético, aunque no era una dictadura.

El 7 de abril, el nuevo gobierno soviético de Baviera se apoderó de Munich sin encontrar resistencia alguna. Este régimen era aún más absurdo que aquel grupo director dentro de la Liga de Espartaco de Berlín, que había pasado por alto las objeciones de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Una simple amenaza del gobierno Hoffmann bastó para que se retiraran los dirigentes soviéticos apenas instalados en el poder. Pero en este momento, un sentimiento de solidaridad y de honor movió al partido comunista oficial a tomar en sus manos el gobierno de la República Soviética. A pesar de que anteriormente no había mostrado sino desdén para tan pobre imitación de la revolución rusa, este partido intentó ahora, en vano, organizar la resistencia contra las tropas gubernamentales que avanzaban sobre Munich. Los cuerpos-francos enviados contra la ciudad por los gobiernos del Reich y de Baviera, no tardaron en vencer a los insurgentes, y hacia principios de mayo las fuerzas del gobierno entraron en Munich, matando a centenares de obreros. Hoffmann siguió como Primer Ministro, abandonando en grado aún mayor que Ebert y Scheidemann el poder real a la contrarrevolución, que en este caso estaba encabezada por grupos reaccionarios del partido popular bávaro, organización de fuertes tendencias monárquicas. Baviera había de ser el primero de los estados alemanes en recorrer hasta su final el ciclo que iba de la revolución a la contrarrevolución. Mientras que en Berlín los obreros logran por lo menos, retrasar el avance de la reacción, Baviera aparece, desde el mes de mayo de 1919, como baluarte de todas las fuerzas empeñadas en la destrucción de la democracia en Alemania. El país se convierte en campo abonado para toda clase de conspiraciones tendientes a derrocar la República y aniquilar el movimiento obrero. Uno entre los centenares de tales grupos conspiradores, desconocido en aquel entonces más allá de un círculo estrecho de partidarios, lo constituye el Partido Obrero Nacional-Socialista. Como número 7 entre sus veinte y tantos miembros figura un joven voluntario del ejército bávaro durante la Gran Guerra: Adolfo Hitler.

5

Con el aplastamiento del Espartaco en Berlín y de la República Soviética en Munich terminó la primera fase de la revolución alemana. Al mismo tiempo, aproximadamente, fué derrocada la República Soviética Húngara, encabezada por Bela Kun. Este gobierno había sido constituído por los socialistas y comunistas unidos, a quienes el Primer Ministro democrático, conde Michael Karolyi, había entregado el poder y que intentaron defender las fronteras prebélicas del país contra los aliados centro europeos de la *Entente* victoriosa: Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumania. En noviembre de 1918, se había proclamado una república democrática con objeto de disponer a las democracias occidentales a favor de Hungría. Mas cuando estas esperanzas se desvanecieron y los franceses insistieron en la cesión de antiguos territorios húngaros, los magiares pusieron su esperanza en Rusia, cuyos ejércitos estaban oponiendo una resistencia victoriosa a la intervención aliada y a la contrarrevolución "blanca". Así, pues, el gobierno soviético húngaro fué al principio un instrumento para la realización de esperanzas nacionalistas, pero éstas fueron aniquiladas por los ejércitos checoslovaco y rumano, apoyados por los franceses. El almirante Horthy, entrado en Budapest a remolque de los rumanos victoriosos, formó un gobierno contrarrevolucionario que desencandenó en Europa la primera gran ola de terror blanco, en represalia del terror rojo de los soviets.

Austria optó por un curso equidistante entre el de Alemania y el tomado por Hungría. Los social-demócratas austríacos tenían mucho más educación política que los alemanes y eran mucho más realistas que los húngaros. Si se exceptúa a Checoslovaquia, Austria ha sido el único país del viejo imperio autocrático de los Habsburgo, que supiera hacer triunfar a la democracia. Es justo atribuir todo el mérito

de tal éxito al partido social-demócrata austríaco y a la hábil dirección de sus jefes Otto Bauer, Friedrich Adler, Karl Seitz y Karl Renner.

En la Austria anterior a la guerra, los conflictos continuos entre los diversos grupos nacionales obligaron muy pronto a los socialistas austríacos —tanto alemanes como checos— a seguir una política constructora; pues mientras los problemas de los grupos nacionales descontentos quedaban sin resolver, la atención pública se desviaba de las cuestiones sociales. Para que tuviera éxito una política de grupo de presión, los social-demócratas tenían que resolver primero los conflictos de las minorías étnicas. Tal necesidad, a la vez que les adiestró en el tratamiento de problemas políticos, les llevó a una comprensión más profunda de los mismos que la adquirida por todos los demás partidos obreros.

Durante la guerra, la social-democracia austríaca padeció las disensiones internas comunes, más o menos, a todos los partidos socialistas de los países beligerantes. Víctor Adler, el fundador del partido, Seitz y Renner acaudillaron su ala social-patriótica; Friedrich Adler y Otto Bauer se pusieron a la cabeza del grupo internacionalista, equivalente austríaco de los independientes alemanes.

Friedrich Adler, antiguo catedrático de física de Zurich, en Suiza, había ingresado en la política pocos años antes de estallar la guerra. Nombrado secretario del partido social-demócrata austríaco, se ocupó principalmente de las relaciones internacionales. Para este internacionalista convencido, la aprobación de la guerra por los social-demócratas significó el derrumbe de sus ideas más queridas. Se convirtió en el líder de un pequeño grupo de oposición, que permaneció fiel al programa internacionalista del partido, mientras que su padre, Víctor Adler, conducía la mayoría social-patriótica.

El Primer Ministro austríaco, conde Stürgkh, mantenía al país sometido a un régimen dictatorial, negándose a convocar el parlamento. Friedrich Adler creía que era preciso llamar a la clase obrera a una resistencia revolucionaria contra esta dictadura. Al oponerse el partido a tal acción, decidió dar un ejemplo: en octubre de 1916, Friedrich Adler mató a tiros al Primer Ministro.

Había preparado su gesto durante semanas, eligiendo deliberadamente como blanco al hombre cuya muerte esclarecería más que la de ningún otro a los ojos de la clase obrera el pleno sentido de su acción. Su discurso ante el tribunal, una serena y lúcida profesión de su fe democrática e internacionalista, tuvo resonancia en toda Austria. Fué condenado a muerte, mas la indignación de la clase obrera resultó tal que el emperador no osó hacer ejecutar la sentencia. En los últimos días de la monarquía, los obreros organizaron manifestaciones en todas partes de Austria llevando letreros gigantescos en los que se pedía la liberación de "nuestro Fritz", y obligando, finalmente, al emperador a firmar el indulto. Cuando Friedrich Adler salió de prisión, se había convertido en el hombre más poderoso de la Austria postbélica.

Poco después, Adler fué elegido presidente del Consejo de Soldados y Obreros y jefe del grupo social-demócrata en el parlamento. Los bolcheviques rusos esperaban que encabecería el partido comunista austríaco recien constituído, el cual, con el prestigio de este hombre, hubiera podido llegar a ser el primer partido obrero del país. Friedrich Adler recibió el grado de comandante *honoris causa* del Ejército Rojo, varias calles de ciudades rusas se bautizaron con su nombre e incluso se le eligió presidente honorario del Soviet Supremo de Rusia. No obstante tales homenajes Adler se negó a abandonar el partido social-demócrata en el que hacia el final de la guerra los internacionalistas habían conquistado la dirección. Cuando los bolcheviques decepcionados le retiraron, uno tras otro, los honores que le habían conferido, publicó una carta abierta a Trotsky explicando las ideas democráticas e internacionalistas que habían inspirado su acto, pero que le mantenían separado del movimiento comunista.

Gracias, sobre todo, a la actitud de Adler, el proletariado austríaco conservó su unidad, ya que el partido comunista no pasó nunca de ser un pequeño grupo minoritario. Bien es verdad que la República Soviética Húngara, dió algún prestigio a los comunistas austríacos durante cierto tiempo; pero desde la caída de Bela Kun, en 1919, hasta 1934, este partido no logró nunca ejercer ningún ascendiente sobre la clase obrera de Austria. Los comunistas no tendrían ni un solo diputado en el parlamento, ni ningún representante en los consejos municipales de las ciudades importantes. "Austrianizar" un par-

tido comunista, esto es, reducirlo a la insignificancia, se convirtió en frase de moda en Moscú.

El 30 de octubre de 1918, se constituyó la Asamblea Nacional Provisional de la "Austria Alemana". Estaba compuesta por diputados de los países de lengua alemana, representados en el antiguo parlamento imperial. La Asamblea eligió un gobierno integrado por miembros de los tres partidos más grandes: el social-cristiano, el pangermanista y el social-demócrata. Por vez primera en su historia, los socialistas entraron en un gobierno austríaco. En sus primeras fases, la revolución austríaca mostró matices nacionalistas. La pequeña Austria, lo poco que quedaba del Imperio Austro-Húngaro después de las victoriosas revoluciones nacionales de los checos, yugoslavos, polacos e italianos, no tenía fe en su propia independencia y deseaba unirse al Reich. El negro, rojo y oro, los colores de la revolución democrática de 1848, dominaban las calles de Viena. Pronto, sin embargo, la revolución tomó un cariz socialista al desmoronarse el ejército y la autoridad del viejo régimen. Había que crear una nueva fuerza armada y entonces los social-demócratas lograron dotarla con un estado-mayor de obreros industriales. La *Volkswehr*, como se llamó al nuevo ejército, se halló, pues, bajo un mando socialista, circunstancia que le permitió parar todos los ataques contra el nuevo régimen, tanto los de la reacción como los intentados por los comunistas. Así, la revolución austríaca, al posesionarse del control sobre las fuerzas militares de la nación, supo resolver el problema decisivo frente al que habían fracasado los alemanes; pues mientras el ejército siguiera bajo la influencia de los socialistas, la democracia austríaca estaba protegida contra cualquier enemigo interior. Además, la formación del nuevo ejército había aumentado inmensamente el prestigio del partido socialista.

El 12 de noviembre se proclamó la República. Al pretender fundirse cuanto antes con la joven República Alemana, el nuevo régimen había de robustecer, primero, los lazos entre la población de habla alemana dentro de la antigua monarquía de los Habsburgo. Pero pronto se pusieron de manifiesto dos obstáculos: las nuevas autoridades checoslovacas se negaron a ceder a Austria los distritos de los

alemanes sudetes y, por otra parte, los campesinos de las provincias austríacas, después de haber aclamado la República, mostráronse inclinados a disociarse de la Viena socialista, e incluso pretendieron la independencia. El gobierno vienés creyó poder vencer tal tendencia hacia la desintegración de Austria asegurando tanto a los social-cristianos como a los pangermanistas, ambos partidos campesinos por excelencia, una representación en el gobierno, al lado de los social-demócratas industriales y urbanos. Finalmente, la Conferencia de la Paz rechazó la demanda austríaca de *Anschluss*, o sea de unificación de Austria y Alemania. La revolución nacional había abortado.

Los sucesos húngaros y alemanes desviaron el cauce de la revolución austríaca hacia metas sociales. Cuando, en la primavera de 1919, se proclamó la República Soviética Húngara y se estableció en Munich, por un breve tiempo, una dictadura del proletariado, la propaganda comunista a favor de una Austria soviética llegó a su climax. Los comunistas aseguraban que el carácter proletario del ejército haría fácil la supresión de toda oposición interna a una dictadura de los obreros industriales. Austria, decían, estaba llamada a constituir el eslabón entre el sur revolucionario de Alemania y la Hungría Roja. La Embajada húngara en Viena se convirtió, particularmente después de una victoria del ejército húngaro sobre los checos, en mayo de 1919, en el centro de una incansable agitación comunista, tendiente a poner en práctica aquel proyecto revolucionario.

En aquel entonces, los partidos burgueses austríacos eran casi impotentes y la misión de defender la democracia incumbió, por ende, a los social-demócratas. Estos no creían que el país pudiese resistir la intervención, económica o militar, de las victoriosas potencias aliadas contra una dictadura del proletariado. Más aún, mientras que las ciudades austríacas se hallaran dominadas por la clase obrera, los campesinos se sublevarían contra su dictadura. Austria no tenía víveres ni carbón y, en consecuencia, la vida misma de su población dependía de las importaciones del extranjero. El ejército austríaco no podía luchar con probabilidades de éxito contra las naciones vecinas, que tal vez atacaran a una Austria comunista de la misma manera que habían invadido a la Hungría comunista. Frente a estos hechos, las masas

populares austríacas se dejaron convencer por los socialistas de su debilidad económica y militar en el caso de una agresión por parte de las potencias victoriosas, aunque los obreros se sentían más fuertes que sus adversarios burgueses del interior. Como resultado, los comunistas no ganaron nunca un número considerable de partidarios. Sus insurrecciones, esporádicas y condenadas al fracaso, fueron suprimidas por la *Volkswehr* sin gran derramamiento de sangre y, a diferencia de lo sucedido en Alemania, sin la ayuda de la reacción. Caído el gobierno soviético húngaro en el verano de 1919, la propaganda comunista en Austria se apagó.

Así, la democracia fué salvada de sus enemigos de izquierda mientras que, al mismo tiempo, se conservó la unidad del movimiento obrero austríaco. Las elecciones a la Asamblea Nacional Constituyente, de febrero de 1919, dieron a los socialistas 69 de los 159 curules. Su partido resultó el más fuerte, seguido por los social-cristianos y el pequeño grupo pangermanista. Así, pues, los social-demócratas fueron elegidos, democráticamente, jefes de la República.

Sin embargo, su influencia no se basaba exclusiva o siquiera principalmente en el número de su representación parlamentaria. El control sobre el ejército, la persistente tensión revolucionaria entre la clase obrera, la inmensa autoridad moral de los socialistas y la unidad política del proletariado industrial eran factores mucho más importantes. Dentro del partido social-cristiano el elemento campesino sobrepujó a la reacción urbana. Ello permitió que los social-demócratas se aliaran a los social-cristianos formando un gobierno de obreros industriales y campesinos en el que prevalecieron manifiestamente los socialistas. El líder social-demócrata Seitz fué elegido Presidente de la República; el social-demócrata Karl Renner, Canciller, y Otto Bauer, ministro de Relaciones. Fueron los social-demócratas los que controlaron los importantes ministerios de la Guerra y de Gobernación. Se adoptó una constitución democrática, y en pocos meses se hicieron una serie de reformas de gran alcance.

6

Alemania, Austria y Hungría han producido, en situaciones revolucionarias similares, de un modo general, tres tipos distintos de acción obrera. La experiencia húngara demostró que la dictadura del proletario en la Europa Central estaba condenada a fracasar debido a la aplastante superioridad militar de las potencias victoriosas. Gran Bretaña y Francia no habían podido arrollar a la revolución bolchevique rusa por extenderse ésta sobre todo un continente y por estar defendida por los obreros e incluso por los campesinos que sabían que el triunfo de la contrarrevolución los despojaría de cuanto habían conquistado en noviembre de 1917. Tal vez hubiera podido crearse un bloque de igual poderío con revoluciones proletarias simultáneas en Alemania, Austria y Hungría, pero lo impidieron muchos factores. La mayoría de los obreros alemanes se mostró renuente a arriesgarse a una guerra, sin la menor perspectiva de éxito, a favor de una revolución proletaria, y el grueso de la población rural habría negado su apoyo a una campaña militar en defensa de la dictadura del proletariado. No obstante, las revoluciones centro-europeas tenían una misión histórica. Pudieron haber creado la base de regímenes democráticos, establecer gobiernos democráticos, crear fuerzas armadas para salvaguardar los ideales democráticos, destruir los latifundios semifeudales y expropiar a las antiguas dinastías destruídas. Ello constituía una tarea esencialmente reformista, si bien requería métodos revolucionarios. Tal tarea no podían emprenderla con éxito unos grupos de presión sindicalistas, cuya visión sólo alcanzaba a ciertas reformas superficiales que no afectaban la estructura económica y política del orden existente. Desgraciadamente para la democracia, el partido obrero decisivo de la Europa Central, los socialistas mayoritarios alemanes, seguía aferrado a su *status* de grupo de presión.

CAPITULO VI

LA CONSOLIDACION DE LA REPUBLICA BURGUESA

1

El 13 de marzo 1920, tropas de la Reichswehr, instigadas por un nacionalista poco conocido, Wolfgang Kapp, se amotinaron y marcharon sobre Berlín. El gobierno republicano, dirigido por socialistas mayoritarios, no encontró tropas leales para defender la capital y huyó a Stuttgart, en la Alemania meridional. Así, un año y medio después de la revolución democrática, el viejo régimen osó levantar de nuevo la cabeza. El *Putsch* fracasó debido, en parte, a la suerte, pero en grado mayor a la fe de los obreros en su nueva democracia.

En su esencia, el *Putsch* de Kapp simbolizaba los fracasos socialistas frente a la tarea de instaurar un orden democrático sólido o su incapacidad para dirigirlo con éxito. El ejército creado por la revolución se mostraba francamente hostil hacia la democracia y la clase obrera. En el terreno económico, todos los esfuerzos para asegurar al gobierno el control sobre la industria e introducir una economía dirigida —principalmente los intentos del ministro socialista de Economía, Rudolf Wissell— habían abortado. Exasperado por el hecho de que los propios líderes socialistas no mostraran más que un interés tibio por sus sugestiones, Wissel terminó por dimitir. En el campo nacional, pues, el nuevo régimen había producido poca cosa después de las primeras reformas sociales, aunque con una excepción: había adoptado una nueva constitución. Fué una Ley fundamental que realizaba todos los sueños de los demócratas progresistas. Mas bajo su abrigo liberal continuaban las instituciones económicas y políticas del Imperio.

Los socialistas no tuvieron mayor éxito en su política exterior, siguiendo una línea intermedia entre el pacifismo y el nacionalismo,

que no satisfacía ni a los pacifistas, ni a los nacionalistas. Philipp Scheidemann, el primer Canciller socialista de la República, se había negado a firmar el "Dictado de Versalles", pero Gustav Bauer, otro socialista mayoritario, formó un gobierno que aceptó tan grave responsabilidad.

La misma contradicción íntima se manifestaba en la actitud de los socialistas hacia el antiguo régimen. Su concepción del honor nacional y su cooperación con oficiales y funcionarios del Kaiser, impidió que los socialistas mayoritarios hiciesen pública la responsabilidad del antiguo régimen en la provocación de la guerra o respecto a la miseria causada por la derrota militar. El partido repudiaba una política análoga a la adoptada durante la Revolución francesa por los jacobinos, que supieron combinar la lucha por la libertad nacional con la reducción implacable de los partidarios del *ancien régime*. Tal política hubiera requerido cambios internos de naturaleza revolucionaria, que repugnaban a los socialistas mayoritarios. No les parecía más aceptable una política pacifista consecuente, antimilitarista, pues habría privado a Alemania de todos los medios de resistencia a las potencias victoriosas y, particularmente, a sus *protégés* al este del Reich, ávidos de extender su frontera a expensas de Alemania. Los socialistas mayoritarios optaron por un nacionalismo moderado que los nacionalistas censuraron por despreciablemente débil y que los pacifistas miraron con recelo. Se enseñó a la juventud nacionalista alemana a despreciar a los traidores y acobardados socialistas que habían "apuñalado por la espalda" al ejército alemán "invicto en el campo de batalla", según la fraseología de propaganda. Los pacifistas, a su vez, sospechaban no sin razón que el gobierno fomentaba en secreto los cuerpos-francos nacionalistas, surgidos durante los conflictos entre Alemania y sus vecinos orientales acerca de las nuevas fronteras del Reich y fueron un foco de todas las conspiraciones armadas de la reacción contra la República. Así, pues, la tímida y vacilante política exterior de los socialistas no satisfacía a nadie. Los nacionalistas se adherían a los partidos de derecha que proclamaban abiertamente sus metas nacionalistas. Los pacifistas preferían los socialistas indepedientes a los mayoritarios.

Por grave que fuese la torpeza de la dirección socialista, manifestada en su incapacidad de seguir una política exterior clara e inequívoca, hubiera tenido consecuencias menos nefastas si el nuevo régimen hubiese mostrado mejor voluntad en cumplir las esperanzas sociales de la clase obrera. Sin duda, Alemania era un país pobre, desangrado por la guerra. Los primeros decretos del Consejo de Representantes del Pueblo habían puesto en práctica vastas reformas sociales y parecía difícil, cuando no imposible económicamente, ir aún más lejos. Pero no por eso dejaba de ser un hecho que si muchos obreros se mostraban descontentos de la nueva República, era a causa de su fracaso en el terreno social, más bien que en el económico. Habían esperado ejercer en la República, que consideraban como su propia creación, una influencia preponderante, tanto sobre la administración como sobre la economía. Por desgracia, el gobierno republicano apenas se diferenciaba en nada del régimen imperial y dentro de él los *consejos* de obreros y soldados desempeñaban el papel de meros círculos de discusión de cuestiones públicas sin ninguna influencia real. En las fábricas, los *consejos* de obreros recién instituídos se veían relegados a la misma existencia ficticia que antes de la guerra había sido la suerte de los delegados sindicales. No existió la participación en el control sobre la economía, prometida a los obreros por el gobierno. Al contrario, la creciente inflación monetaria tendía a acentuar el dominio del gran capital sobre la vida económica. Como resultado de esto, cundía entre la clase obrera la agitación, una agitación que el gobierno aplastaba en nombre de la ley y del orden. Aunque a la burguesía le sobraban razones para estar agradecida al gobierno, el gran capital y sus adictos entre las clases medias, asustados por el estado de ánimo del proletariado, favorecieron cada vez más decididamente, en el curso del año 1920, a los partidos reaccionarios.

En esta atmósfera, algunos jefes de la reacción creyeron tener los triunfos en sus manos. La Reichswehr se sublevó. Fué una circunstancia feliz para la República el que Kapp no tuviera contacto estrecho con las organizaciones de grandes masas nacionalistas y que encontrara poco apoyo en sus dirigentes más destacados, quienes pensaban

que aún no había llegado la hora de la franca contrarrevolución. Una importante huelga general acabó con el *Putsch* en cuatro días. Por una vez, la clase obrera actuó de concierto, sumándose a la huelga tanto los comunistas y los independientes como los social-demócratas mayoritarios y los obreros católicos. Ante al contraataque de un proletariado unido, la ofensiva de los reaccionarios, mal preparada y prematura, se desbarató, Kapp *dimitió* y los obreros ganaron una victoria espléndida.

Este episodio despertó a los progresistas. Proporcionó, además, al gobierno y a los partidos obreros una nueva oportunidad para reparar algunas de las faltas cometidas desde noviembre de 1918. Los sindicatos controlados por los socialistas sugirieron que se formase un gobierno constituído por representantes de los sindicatos socialistas y católicos, de los social-demócratas y de los independientes. Tal gobierno habría podido limpiar la República, echar de los puestos de mando a sus enemigos y depurar la Reichswehr de los activos adversarios de la democracia. Pero este paso verdaderamente progresivo fué frustrado por los independientes. El ala izquierda de éstos se hallaba bajo una fuerte influencia de los comunistas y de los revolucionarios románticos; los líderes derechistas independientes, deseosos de "apaciguar" a la izquierda, cedieron a su posición para salvar así la unidad del partido, lo cual, en realidad, no servía más que para mantenerlo paralizado. La renuencia de los independientes a tomar parte en el proyectado gobierno hizo abortar la iniciativa de los sindicatos.

Una vez más se formó un gobierno de la coalición de Weimar, integrado por socialistas mayoritarios, demócratas y católicos de Centro, con el social-demócrata Hermann Müller como Canciller. Dimitió el ministro de la Reichswehr, el socialista Gustav Noske, bajo cuya actuación había sido madurada la conspiración monárquica. Su nombre se había convertido, aun entre gran parte de los socialistas mayoritarios, en símbolo de la despiadada persecución de la izquierda y de la indiferencia hacia las actividades de la contrarrevolución. La dimisión de Noske fué el único éxito de la izquierda como consecuencia de la derrota del *Putsch* de Kapp, a pesar de que el proletariado, tanto el socialista como el católico, se había revelado como el único

sostén seguro y activo de la democracia. Y fueron los obreros los que, a fin de cuentas, tuvieron que pagar el gasto. Esperando una prueba fehaciente de que el gobierno estaba cumpliendo con su promesa de reprimir la reacción, los obreros de la zona industrial del Ruhr continuaron la huelga general al día siguiente de la derrota de Kapp; los comunistas la apoyaron con la esperanza de lograr transcendentes reivindicaciones revolucionarias. Y la misma Reichswehr, que acababa de amotinarse contra el gobierno, ahora fué enviada para aplastar a los obreros y no tardó en afirmar una vez más su poderío. El verdadero vencedor en la batalla fué el ejército.[1]

Ya que el nuevo gobierno de coalición no hacía nada para arrollar las fuerzas antidemocráticas en la República, el *Putsch* de Kapp redundó en contra del proletariado. Los obreros, profundamente descontentos con los socialistas mayoritarios, mostraron sus sentimientos en las elecciones generales del 6 de junio de 1920: los social-demócratas perdieron casi la mitad de sus votos a favor de los independientes, mientras que los dos partidos burgueses de la coalición de Weimar sufrieron pérdidas en igual proporción en beneficio de los partidos nacionalistas y monárquicos. Constantin Fehrenbach, uno de los jefes del partido del Centro católico, sucedió al socialista Herman Müller como Canciller del Reich. Su gabinete incluyó algunos representantes del Partido Popular Alemán, organización política de los grandes capitales que apenas si estaba reconciliada con el régimen republicano. Por vez primera en la historia de la República, los partidos obreros quedaron fuera del gobierno, y tal situación había de continuar, con dos breves intervalos, hasta 1928.

Los partidos socialistas estaban derrotados. Desde entonces, la

[1] El general von Watter, enviado contra el ejército "rojo" de la región del Ruhr, informó, según el *Times*, de Londres, del 5 de abril de 1920: "Las tropas están avanzando por todo lo largo de la línea, matando a cientos de espartaquistas". El mismo día, el corresponsal del *Times* en Berlín, escribe: "Es el militarismo el que ha atado las manos de Herr Müller y sus colegas". C. Crook, *The General Strike* (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1931), p. 523. El general Watter quien había reconocido el gobierno Kapp en el momento mismo de su constitución intentó impedir la huelga general en el Ruhr, contrariamente a las órdenes del gobierno republicano refugiado en Stuttgart.

lucha por la defensa de la República se presentó en toda su gravedad. Su desenlace dependía, en gran parte, de los resultados que obtuviera la República Alemana de su política exterior.

2

Escasa era la ayuda que el movimiento obrero alemán podía esperar de los obreros franceses e ingleses; pues aunque durante la guerra y la crisis postbélica el proletariado de Francia e Inglaterra se había vuelto cada vez más radical, el entusiasmo nacionalista despertado por la victoria fortaleció los partidos de derecha. Bien es verdad que el número de miembros del partido socialista francés había decuplado entre 1918 y 1919, alcanzando en 1920 la cifra *record* de 180,000, al tiempo que los sindicatos (Confédération Générale du Travail, C. G. T.) crecieron de cerca de 800,000 miembros en 1918 hasta 2.500,000 en 1920. De modo análogo, el partido laborista británico pasó de 2.500,000 miembros en 1917 a 3.500,000, en 1919, y a 4.400,000 en 1920. Sin embargo, estos avances se vieron más que compesados, como lo demostraron las elecciones en ambos países, por la creciente fuerza de la derecha.

Como resultado de las elecciones de diciembre de 1918, el Partido Laborista envió al parlamento 57 diputados, ganancia ligera comparada con la fuerza prebélica del "Partido Laborista Parlamentario", denominación inglesa de la representación del movimiento obrero en la Cámara de los Comunes. Lloyd George y su coalición conservadora-liberal retuvieron todo el control sobre ésta. Después del "espíritu patriótico y de sacrificio, aunque convencional", demostrado por los obreros durante la guerra y "que hubiera podido avergonzar a ciertos aprovechados", la clase obrera inglesa se sintió tratada con dureza por el gobierno. La celebración de elecciones cuando la fiebre bélica era aún violenta y cuando tantos soldados se hallaban impedidos de acudir a las urnas, amargó a los obreros. Debido al sistema electoral inglés, la coalición de los partidos burgueses contra el laborismo tuvo efectos desastrosos para representación de los obreros en la Cámara de los Comunes. Aunque reunieron un 22 por ciento del total de los votos,

no significó más que un 10 por ciento de los diputados electos. Líderes tan destacados como James Ramsay MacDonald, Philip Snowden y Arthur Henderson perdieron sus curules, circunstancia que privó al partido de sus mejores voceros en el parlamento. La campaña había sido realizada por la coalición de Lloyd George a los gritos de "¡Muera el Kaiser!" y "¡Que Alemania pague!" Mientras reinaba tal espíritu de histérico patriotismo y de venganza, el partido laborista se veía condenado prácticamente a la impotencia parlamentaria.

Los socialistas franceses pasaron por vicisitudes aún peores. El Primer Ministro Georges Clemenceau obtuvo en las elecciones generales del 16 de noviembre de 1919 una victoria arrolladora. Los socialistas fueron derrotados en todo el país. Habiendo perdido 70 puestos, volvieron a la Cámara de Diputados mucho más débiles que antes de la guerra. Así, pues, las *khaki elections*, en Inglaterra, y las *élections bleu-horizon*, en Francia, debilitaron de modo considerable la posición del movimiento obrero en los países victoriosos en el preciso instante en que el movimiento obrero de la Europa Central necesitaba urgentemente su ayuda. No iba a ser la última vez en la historia postbélica del movimiento obrero europeo en que tal falta de simultaneidad en la evolución política de la Europa Occidental y la Central fuera la causa principal de los reveses socialistas.

Por añadidura, el movimiento obrero no tenía una política internacional independiente. En lo esencial, los socialistas de los países victoriosos aprobaron el Tratado de Versalles y, según ellos, todos los cambios necesarios habían de realizarse dentro del marco de este tratado. En 1922, cuando los socialistas franceses, italianos y belgas, el partido laborista británico y los social-demócratas mayoritarios e independientes alemanes se unieron en Francfort para discutir el problema de las reparaciones, se reafirmó el principio mismo de éstas. La demanda principal de la conferencia consistía en pedir "la anulación de todas las deudas de guerra y la limitación de las reparaciones a la indemnización de la población civil por los daños materiales sufridos en las zonas de guerra. Los social-demócratas austríacos no pudieron en ningún momento lograr que los socialistas internacionales respaldaran una propuesta de modificación del Tratado, tal como la concesión del derecho de auto-determinación a Austria cuya población pedía con apremio que se la autorizara para unirse a la Alemania democrática.

Hasta 1931, al amenazar Hitler los fundamentos mismos de Europa, no logran los social-demócratas alemanes arrancar a la Internacional Laborista y a la Socialista la solemne promesa de que los partidos socialistas, "cuando hayan conquistado el poder, revisarán gradual y pacíficamente los Tratados (de Paz) de modo que se asegure a todas las naciones derechos iguales dentro de una comunidad pacífica, el derecho de auto-determinación dentro de una Europa pacificada, así como protección y autonomía para las minorías étnicas".

Así pues, los socialistas aceptaban en todos los puntos esenciales la política exterior de sus gobiernos respectivos. Compartían con ellos la creencia —no basada sino en el mero deseo— de que una reunión de las naciones existentes en una organización internacional tal como la Sociedad de Naciones bastaría para asegurar la paz. Resultaba que los socialistas de los países aliados defendían los tratados de paz, mientras que entre las naciones vencidas el movimiento obrero se unió a los grupos burgueses reivindicando la revisión de los tratados. Es característico que los socialistas ingleses —imitando en esto a sus propias clases medias— fueran más germanófilos que los franceses o los belgas. La diferencia entre la política exterior socialista y la conservadora sólo era de grado; los socialistas se mostraban ansiosos de transigir en las cuestiones litigiosas entre las naciones vencedoras y las vencidas, mientras que los conservadores con frecuencia se obstinaban en su hostilidad hacia cualquier sacrificio a favor de una transacción internacional.

Un hecho demostró hasta qué punto estaban influídas las relaciones personales aun entre socialistas por las diferencias políticas de sus naciones. En 1929 se celebró en Londres una conferencia de varias organizaciones socialistas con objeto de discutir una vez más el problema de las reparaciones. Había terminado la sesión de la mañana y los delegados se aprestaban a dispersarse para tomar su al-

muerzo cuando el secretario de la conferencia, MacDonald, vino con los brazos tendidos hacia los delegados alemanes y se informó ansiosamente si alguien se cuidaba de ellos para acompañarles a un buen restaurante. Habiéndose asegurado de que se había hecho todo para hacer agradable a los alemanes su estancia en la capital inglesa, MacDonald salió sin siquiera saludar a los socialistas franceses y belgas. Es verdad que en esta misma reunión Philip Snowden les había acusado rotundamente de "hablar el mismo lenguaje que Poincaré", el defensor de una fuerte política antialemana. Pero Snowden había olvidado el hecho de que su propia posición proalemana no armonizaba menos plenamente con la opinión oficial del gobierno de Gran Bretaña.

La falta de una recta política internacional socialista no se debía a cobardía. En Francia y en Bélgica se necesitaba valor para abogar, al día siguiente de la guerra, aun por aquellos pequeños cambios en la política exterior, que los socialistas franceses y belgas se aventuraban a proponer. Durante muchos años, León Blum fué víctima de las más negras calumnias por haberse opuesto a la ocupación del Ruhr. La verdadera raíz de la incapacidad de los socialistas para adoptar una línea independiente en los asuntos internacionales residía en su actitud de grupo de presión. Fuera del campo de las resoluciones generales contra la guerra y el imperialismo, el cual, según se declaraba, sólo podía abolirse por la instauración de un orden socialista, no habían intentado nunca desarrollar una política exterior basada en el realismo más bien que en deseos. Y así los caracteres utópicos de la Sociedad de Naciones del Presidente Wilson, encontraron una resonancia simpática entre los socialistas, impreparados para un análisis realista de las cuestiones internacionales.

La debilidad y la ausencia de un pensamiento constructor concurrían, pues, a reducir la eficacia del apoyo prestado a los socialistas alemanes por el movimiento obrero internacional. Su ayuda no pudo aliviar los sinsabores financieros de la República de Weimar, ni impedir la ocupación del Ruhr, a pesar de los heroicos esfuerzos de León Blum. Los socialistas franceses y alemanes sólo pudieron inaugurar una era de cooperación después del fracaso de la política de venganza

y opresión de Poincaré y al favorecer los Estados Unidos y Gran Bretaña un entendimiento con Alemania. Antes de que el primer gobierno laborista británico y el ministerio Herriot en Francia —este último respaldado por cierta colaboración entre los socialistas y los partidos burgueses progresistas— abandonaran la vieja política de venganza, la democracia alemana tuvo que pasar por años de peligro.

El rudo trato dado a la República por los aliados y la rápida inflación monetaria desde 1920, que redujo el nivel de vida de la clase media baja, de las profesiones liberales y del proletariado, creó una situación favorable a los movimientos antirrepublicanos.

Los partidos republicanos perdieron el apoyo de las masas populares en beneficio de toda una red de grupos más o menos abiertamente fascistas cuya fuerza básica procedía de los cuerpos-francos y de los movimientos de la juventud nacionalista. Después de la caída de la República Soviética de Munich, Baviera se había convertido en el plantel de estas organizaciones derechistas que se propagaban desde allí hacia el norte de Alemania. Recibieron sangre fresca cuando los cuerpos-francos, ocupados en hacer la guerra a los bolcheviques de Letonia y Estonia, se vieron obligados a salir de estos países al efectuarse la retirada de las tropas bolcheviques. Los llamados movimientos racistas sirvieron, desde entonces, de conducto principal a la protesta apasionada de la clase media baja —intelectuales, juventud, campesinos, funcionarios— contra la inflación. Gracias a una hábil propaganda, el racismo transformó este movimiento social en una campaña contra los "marxistas", la República, los judíos y las potencias aliadas.

El asesinato político era arma favorita de los cuerpos-francos. Ya en los primeros días de la República habían sido asesinados algunos dirigentes izquierdistas, tales como Kurt Eisner, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Ahora se procedió a una nueva serie de asesinatos políticos, siendo las víctimas exclusivamente hombres de la izquierda o de los partidos republicanos. En junio de 1921 fué asesinado un diputado socialista de Munich, Gareis. Dos meses más tarde, la misma suerte alcanzó al destacado político católico y ministro del Reich, Mathias Erzberger. En junio de 1922, otro miembro del gobierno, Walther Rathenau, la figura más sobresaliente del Par-

tido Demócrata, fué asesinado por haber cometido el triple crimen de ser demócrata progresista, judío y tal vez el hombre de estado de más talento de la Alemania postbélica. El asesinato de Rathenau sacudió violentamente la clase obrera. Al atentado respondió con la reorganización de sus fuerzas políticas.

La constante amenaza de escisión que pendía sobre el Partido Social-Demócrata Independiente se convirtió finalmente en realidad: Zinovief, presidente de la Internacional Comunista, obtuvo tal resultado durante el congreso del partido en Halle, en octubre de 1920. La mayoría de los independientes se adhirió al partido comunista, mientras que la minoría continuó como grupo aislado, aunque muy poco separaba a los líderes independientes de derecha —Dittmann, Hilferding, Breitscheid y Crispien— de los socialistas mayoritarios. Sus discrepancias pertenecían al pasado. Frente a la amenaza racista, unos y otros convinieron en que la defensa de la democracia constituía la tarea vital del movimiento obrero. Además, se había formado, dentro del partido social-demócrata-mayoritario, un ala izquierda con puntos de vista prácticamente idénticos a los de los independientes de derecha.

Espoleados por el choque que había producido el asesinato de Rathenau, el resto de los independientes consintió en unirse a los socialistas mayoritarios, formando con ellos el Partido Social-Demócrata de Alemania. Este acto, de suceder en 1919, hubiera afectado profundamente el curso de la revolución alemana y la democracia alemana habría adquirido una fuerza mayor que la que le reservó la evolución real. Por bien venida que fuese la fusión de los dos partidos, no bastaba como fuerza única para impedir el triunfo del nacionalismo racista en 1923.

3

El ingreso de la mayoría del partido independiente en 1920 dió al partido comunista alemán un ímpetu poderoso. Aun después de la derrota de la insurrección comunista en la Alemania Central, en 1921, y de la salida de su presidente Paul Levi, el partido comunista alemán siguió siendo un vigoroso movimiento de masas. Entre 1921 y 1923, ganó millones de nuevos simpatizantes. Cuando, el 11 de enero de

1923, las fuerzas aliadas entraron en el distrito del Ruhr para castigar a Alemania por su supuesta mora deliberada en el pago de reparaciones, la hora de una ofensiva comunista parecía haber llegado.

La "resistencia pasiva" con la que Alemania respondió a la ocupación del Ruhr y el colapso definitivo de la moneda crearon una situación revolucionaria. Los precios alcanzaban cifras astronómicas, de las que se rezagaban con mucho los salarios. Los fondos de los sindicatos se desvanecieron casi de la noche a la mañana, debilitándoles a tal grado que resultaron incapaces de oponer resistencia cuando se abolió la jornada de ocho horas.

La clase obrera estaba en una actitud revolucionaria. Cualquier facción dispuesta a jugarse todo en un solo golpe audaz no solamente podía contar con el apoyo de sus propios partidarios, sino que encontraba nuevas reclutas entre los millones de gentes de la clase media-baja, que fluctuaba entre los diversos movimientos extremistas, ansiosa de manifestar su descontento ante el torbellino que arrastraba el país.

El partido comunista crecía rápidamente, a expensas de los socialistas, al tiempo que los partidos burgueses perdían muchos partidarios absorbidos por los movimientos racistas de la extrema derecha Durante un tiempo, los comunistas fueron seguramente más numerosos que los propios social-demócratas. Y, sin embargo, por extraño que parezca, el partido comunista no tuvo una visión revolucionaria de las cosas y desperdició su oportunidad. Después del año 1922, la Internacional Comunista había abandonado la esperanza de una revolución inminente. Brandler, el sucesor de Paul Levi en la dirección del partido alemán, creía que una evolución pacífica conduciría por sí sola hacia un gobierno obrero que incluiría a los comunistas, los socialistas y los sindicalistas católicos. La transición hacia la dictadura del proletariado se haría entonces constitucionalmente; las tentativas revolucionarias echarían a perder tal perspectiva. Y, en efecto, en Sajonia y Turingia surgieron gobiernos obreros. Pero en el resto del Reich los sucesos tomaron otro rumbo.

Durante el verano de 1923, mientras el partido comunista permanecía paralizado, las masas mostraban señales inequívocas de un estado de ánimo revolucionario. Un grupo de izquierda dentro del

partido comunista insistió en una acción inmediata y drástica para hacer frente a la situación, pero Moscú, y bajo su presión el jefe alemán Brandler, no quisieron admitir que había llegado la hora de tomar medidas decisivas. Aun la renuncia del Canciller reaccionario Cuno, debida al fracaso de la resistencia pasiva en el Ruhr y al caos que reinaba en todo el país, resultó insuficiente para arrancar a los comunistas de su deliberada actitud de letargo. Aferrados a su creencia de que el período de las acciones revolucionarias ya había pasado, persistían en negar la existencia de una crisis revolucionaria en Alemania. Tardíamente, en octubre, cuando la decepción de los obreros ya había alcanzado un estado de apatía, los comunistas se lanzaron a organizar la insurrección. En todas las regiones del Reich se formaron centurias armadas. De acuerdo con el plan comunista, Sajonia y Turingia, con sus gobiernos de social-demócratas de izquierda y de comunistas, habían de constituir el núcleo de la sublevación. La señal para el ataque había de llegar de Moscú, pero los dirigentes del Comintern, incapaces de tomar una decisión, pospusieron por varias veces la fecha de la insurrección. Cada vez se enviaron correos a todos los centros importantes del movimiento para informar a los jefes comunistas del aplazamiento. Luego, Brandler supo que los ministros social-demócratas de Sajonia se negaron a embarcarse en lo que ellos juzgaban una aventura que no estaba justificada por la situación en el Reich. Entonces, Brandler suspendió definitivamente la insurrección, mas debido a un error, su orden no llegó a tiempo a Hamburgo. Allí, algunos cientos de comunistas, aislados del resto del país, asaltaron los puestos de policía en toda la ciudad, logrando ocupar gran número de ellos. Esta acción emprendida sin convicción de éxito terminó con una derrota completa. La insurrección de Hamburgo se extinguió sencillamente cuando nadie se unió a los cuerpos armados comunistas y cuando los propios dirigentes del partido impidieron que sus partidarios acudieran en ayuda de Hamburgo.

La completa indiferencia de los obreros hamburgueses, gran parte de los cuales eran comunistas, demostró lo acertado del pesimismo de los líderes social-demócratas sajones. Si unos pocos meses antes, la clase obrera había esperado, en efecto, la señal de lanzarse

a la insurrección, los aplazamientos y los primeros síntomas de una estabilización económica habían convertido la tensión revolucionaria en apatía. Por añadidura, los comunistas, actuando cual si se tratase de una conspiración más bien que de un vasto movimiento de masas, apenas si habían preparado la acción políticamente. Con frecuencia se ha aventurado la suposición de que los propios jefes comunistas no solamente habían vacilado en fijar la fecha de la insurrección, sino que se habían mostrado reacios a comprometerse de modo irremediable en un *putsch*. Karl Radek, enviado de Moscú con objeto de dirigir el partido comunista alemán, lo halló en un estado de desesperación y disolución, incapaz de disimular la derrota sufrida por una acción de retaguardia en forma de manifestaciones y huelgas locales.

Al marchar sobre Sajonia y Turingia para destituir los gobiernos obreros y desarmar las centurias comunistas, la Reichswehr no tropezó con ninguna resistencia. El partido comunista fué declarado ilegal sin que se levantara una sola mano en su defensa.

Aplastados los comunistas, les tocó a los extremistas de derecha intentar sacar provecho de la crisis que azotaba el país. El 8 de noviembre de 1923, Adolfo Hitler organizó su célebre "*Putsch* de Cervecería" de Munich. Esperaba contar con el apoyo de los ministros contrarrevolucionarios que gobernaron a Baviera desde la caída de la República Soviética. Con su ayuda proyectaba marchar sobre Berlín. Mas el gobierno bávaro que perseguía planes idénticos no quiso someterse a la jefatura de Hitler. Este rompimiento entre las fuerzas reaccionarias y fascistas salvó la República de un gran peligro. Tan pronto como el futuro Führer de Alemania tropezó con seria resistencia allí donde había esperado cooperación, se le vino el mundo encima y emprendió la fuga. Poco tiempo después, la estabilización del marco y el aflujo de capitales extranjeros, principalmente norteamericano, provocaron en Alemania una época de prosperidad económica. Y la estabilidad política siguió a aquella de modo inmediato. En vez del movimiento obrero, fué la prosperidad capitalista la que salvó la República Alemana.

4

La sorprendente ceguera de los comunistas alemanes frente a lo que probablemente fuera su oportunidad de triunfo más grande, no puede comprenderse sin considerar la evolución del comunismo desde 1919.

Después de la derrota del Espartaco, en Berlín, y de la caída de las Repúblicas soviéticas de Hungría y Munich, las esperanzas comunistas se volvieron hacia el Ejército Rojo de Rusia. Al aventurarse el mariscal polaco Pilsudski a una campaña de conquista contra la Ucrania soviética, el Ejército Rojo, tras de prolongados repliegues, pasó a la ofensiva. En agosto de 1920, las tropas rusas aparecieron ante las murallas de Varsovia.

El prestigio comunista alcanzó en estos momentos su máximo. En todos los países, las organizaciones obreras impedían el paso de los transportes de armas y pertrechos aliados hacia Polonia, envuelta, en opinión de los obreros, en una guerra de agresión contra Rusia. De todos, el movimiento obrero inglés fué quien tuvo más éxito en su lucha contra los intervencionistas británicos.

El ansia de salvar los intereses capitalistas ingleses en Rusia era considerado como el motivo principal de quienes deseaban —según lo expresó uno de los oradores en la conferencia del partido laborista celebrada en Southport, en julio de 1920—, "mandar a luchar por su capital a los muchachos de la clase obrera". La conferencia amenazó con desencadenar una huelga general en el caso de una intervención inglesa en la guerra. Una Conferencia Obrera Nacional especial, a la que concurrieron más de mil delegados, aprobó la constitución de una "junta de acción", anticipada ya por los sindicatos y el partido, y autorizó a dicha junta para declarar la huelga general. Los conservadores ingleses protestaron furiosos contra tal presión "antidemocrática" sobre el gobierno, pero después de aquella amenaza no hubo intervención en Rusia.

En Rusia, las victorias contra Polonia, junto con los síntomas de una simpatía activa del proletariado internacional hacia la Unión Soviética, habían inducido a la creencia de que el Ejército Rojo sería un

instrumento eficaz en la propagación de la revolución sobre Europa. Moscú soñó con una rotura de la cadena de estados conservadores, intercalados entre la Rusia soviética y Alemania, por medio de unos ejércitos revolucionarios que marcharían hacia el Rin, extendiendo la dictadura del proletariado desde las orillas del Pacífico hasta la frontera franco-alemana. De una guerra de defensa, la contienda ruso-polaca evolucionaba hacia una acometida militar en servicio de la revolución mundial bolchevique.

En los Balcanes, la noticia del avance ruso había creado un estado de alta tensión. Allí, los partidos comunistas, debilitados por la deserción de las masas campesinas sobrevenida a consecuencia de las recientes reformas agrarias y expuestos, como enemigos de la libertad nacional, a una opresión terrorista, volvían a hacer progresos.

Pero la ofensiva comunista abortó. En el verano de 1920, el curso de la guerra cambió de manera desfavorable para los rusos. Gracias a la ayuda de una comisión militar Aliada, encabezada por el general Weygand, las fuerzas polacas obligaron a los rusos a retirarse. El ejército rojo comenzó a desintegrarse y la Unión Soviética tuvo que firmar el tratado de paz de Riga, el cual entregó a la dominación polaca cerca de seis millones de pobladores de razas muy afines a la de las poblaciones de la Unión Soviética.

Las repercusiones de la derrota rusa se dejaron sentir a través de toda Europa. En todos los países limítrofes con Rusia, desde Finlandia a Rumania, se produjo un fortalecimiento considerable de la reacción. Los socialistas fueron expulsados del gobierno polaco, al que habían entrado en el momento del peligro. Se promulgaron leyes especiales contra los comunistas yugoslavos, quienes se vieron privados de su representación en el parlamento. En Hungría, ahora que la amenaza de una invasión militar comunista parecía conjurada, el antiguo régimen feudal resurgió en aquella dictadura de terror que se había considerado necesaria para arrostrar el peligro comunista.

Así, pues, hacia fines de 1923, las condiciones sociales y políticas en toda la Europa Central y Oriental se estaban aproximando a un estado de estabilización. La propia Rusia había pasado a la Nueva Política Económica, moderando su comunismo de guerra extremista.

Decepcionado en su esperanza de un triunfo de la revolución comunista en Europa, Lenin se había dado cuenta, ante la creciente hostilidad de los campesinos y la sublevación de los marinos de Kronstadt, de la necesidad de un repliegue estratégico, el cual, según creía, no sería sino pasajero. Se concedió, pues, mayor libertad a la población rural y a los pequeños comerciantes, al tiempo que la política internacional de Moscú abandonó su objetivo de una revolución a plazo breve a favor de un doble propósito: Moscú se mostró ansioso, primero, de prevenir cualquier nueva intervención en Rusia y, por ende, se empeñó en establecer contactos más estrechos con el movimiento obrero en la Europa Central y Occidental, a fin de poder contar con amigos en caso de necesidad. Por otra parte, la Internacional Comunista se inclinó ante el hecho de que sin el apoyo de la mayoría del proletariado los partidos comunistas no podrían esperar ver coronados de éxito sus esfuerzos revolucionarios, en cualquier crisis que se produjera en el futuro. En consecuencia, decidió conquistarse tal apoyo.

Los comunistas resolvieron explotar para sus propios fines de partido el ardiente deseo del proletariado de un movimiento obrero unificado. Una unidad real entre socialistas y comunistas "ha de ser repudiada, desde luego, con extrema firmeza", declaró el Cuarto Congreso de la Internacional Comunista en diciembre de 1922. Pero los ofrecimientos de una acción única fueron considerados por los comunistas como excelentes oportunidades para "desenmascarar la traición" de que era objeto la clase obrera por parte de los social-demócratas. Cuando éstos rechazaban una oferta comunista respecto al establecimiento de un frente único, los comunistas les acusaban de subordinar los intereses vitales del proletariado a su lucha contra ellos. Pero cuando los socialistas la aceptaban, los comunistas se ponían a lanzar consignas cada vez más radicales hasta que los socialistas tenían que rechazarlas, pudiendo de esta manera censurarlos por su falta de voluntad de aceptar las propuestas comunistas. Como dijo Karl Radek ante el Cuarto Congreso Mundial Comunista: "El camino hacia el frente único resulta más difícil que nuestra consigna táctica de 1919: 'Aplastarlo todo'. Resulta mucho más fácil y agradable aplastarlo todo, pero si no se es lo bastante fuerte para hacerlo, y si aquel camino (esto es, el frente único) parece necesario, hemos de seguirlo... en la firme creencia de que este camino no nos llevará a nosotros a la perdición, sino a los socialistas... con la convicción de que seremos capaces de ahogarlos en nuestro abrazo."

De acuerdo con las instrucciones del Comintern, no había de formularse ninguna reivindicación inmediata de índole revolucionaria. La tarea principal de los partidos comunistas sería ganarse la confianza de la clase obrera de modo que aceptase la dirección comunista a la primera crisis de características revolucionarias, ayudando por lo pronto a impedir una intervención contrarrevolucionaria en la Unión Soviética. Cuando, en 1923, se produjo en Alemania una crisis revolucionaria, el partido comunista, empeñado en la retirada estratégica ordenada por Moscú, "perdió el tren".

El fracaso comunista de 1923 fué, pues, resultado del repliegue general del comunismo en Europa. Pero como consecuencia de la derrota de 1923, el abandono de la acción revolucionaria, primitivamente una mera "maniobra estratégica temporal", se convirtió en característica permanente de la política comunista. Tal evolución tuvo su reflexión en el cambio que sufrieron, dentro de la Internacional Comunista, las relaciones entre los radicales y los leninistas.

En los primeros años que siguieron a su triunfo, los leninistas, según se recordará, habían logrado someter a su control a muchos radicales. La escisión de los independientes alemanes y de los socialistas franceses en una mayoría pro-moscovita y una minoría anti-moscovita fué la coronación del triunfo del leninismo sobre el radicalismo. Esta victoria, sin embargo, resultó más superficial de lo que había esperado Moscú. Aun dentro de la Internacional, los radicales seguían siendo lo que habían sido. Por completo que fuese el éxito de Moscú al imponer a los radicales el plan leninista de organización del partido, ello no alteraba el hecho de que la mayor parte de los radicales continuaran prefiriendo la propaganda extremista a la acción, la "pureza" del partido al contacto con la realidad, y unas fórmulas estériles, aunque razonables "teóricamente", a las transacciones fructuosas. Muy a regañadientes, los radicales se sometieron a los lemas moderados cuando, en 1921, Lenin usó su plena autoridad para hacer

que fuese adoptada su nueva política por la Internacional Comunista, medida que la orientación hacia el frente único y la colaboración con los socialistas se convertía en un rasgo cada vez más típico de la práctica comunista, creció la impaciencia entre los radicales, pero Moscú era aún lo bastante fuerte para conservar el control sobre la Internacional. La política moderada continuó, pero frente a una creciente oposición radical.[2]

Se nombró un nuevo jefe del partido alemán: Ernst Thälmann. Prácticamente todo el grupo dirigente del partido comunista francés se había rebelado contra lo que consideraban una ingerencia intolerable de Moscú en los asuntos internos del partido. L. O. Frossard, el mismo que había conducido la mayoría de los socialistas franceses al partido comunista, abandonó las filas comunistas, constituyendo un grupo intermedio entre los socialistas y los comunistas, la llamada "Unión Socialista-Comunista". Otros grupos fueron expulsados del partido comunista por "haber excedido de los límites del 'frente único' firmando convenios con los socialistas y otros partidos" durante las elecciones de mayo de 1924.

Como consecuencia del *volte-face* comunista, estallaron nuevos conflictos internos, agravados por las luchas en el seno del partido comunista ruso, donde Stalin, Trotsky y Bujarin se disputaban la herencia de Lenin. Estos conflictos agudizaron la crisis del Comintern que se debatía bajo el peso del fracaso de la política de frente único y de la estabilización progresiva de Europa. El Comintern era cada vez menos un medio de fomentar la revolución proletaria en Europa. En cambio, Stalin comenzó a valerse del respaldo del comunismo extranjero a Rusia para su lucha contra los demás pretendientes a la sucesión de Lenin. A tal efecto, ajustó cada vez más la política comunista a los deseos radicales.

No es, pues, cierto sino en parte que el comunismo mundial se convirtiera en un mero apéndice del partido comunista ruso, en un instrumento en los manos de los gobernantes de Moscú. Tal obediencia sólo se extendía a la selección del personal dirigente de los partidos y a la política internacional vital para Moscú. En los asuntos domésticos, en cambio, los partidos comunistas eran cada vez más libres de adoptar un curso radical, muy distinto del leninismo. Entre 1928 y 1934 —año inicial del período del Frente Popular— el comunismo vino a ser el heredero del radicalismo bélico, prometiendo mucho y cumpliendo poco.

[2] Véase p. 48.

La política del "frente único" culminó en un gran esfuerzo para entrar en los movimientos sindicales. La actitud de los comunistas hacia los sindicatos controlados por los socialistas y organizados en la llamada Internacional de Amsterdam, la Federación Internacional Sindical, no había sido nunca muy clara. Aunque se había constituido en Moscú una Internacional Sindical Roja (Profintern), muchos comunistas permanecieron dentro de los sindicatos de Amsterdam, por supuesto con la intención de "minar desde dentro", esto es, de suplantar a la vieja dirección de los sindicatos y de conducirlos finalmente a la Internacional Roja. Según Zinovief, Moscú había esperado al principio "poder perforar las líneas enemigas (es decir, las socialistas) con un ataque frontal y atraer rápidamente a su lado a los sindicatos", pero —admitía Zinovief—, se había visto decepcionado en tal esperanza "Los social-demócratas incluso se fortalecieron en algunos lugares, tanto en la obra sindical como en el terreno político." En consecuencia, Zinovief acabó declarando: "debemos combatirlos [a los socialistas] más despacio, por medios indirectos, que serán más dificultosos... Debemos decidirnos en seguida a preparar nuestras bases en las masas, organizar nuestra propaganda de 'unidad sindical' en escala internacional, y hemos de comenzar inmediatamente a celebrar en el mundo entero reuniones sobre este tema, preparando el terreno antes de entrar en negociaciones."

Parece obvio que en este discurso, pronunciado en julio de 1924 ante el Quinto Congreso de la Internacional Comunista, Zinovief pensará en la fórmula de la "unidad sindical" como un medio para desalojar a los social-demócratas más bien que para realizar la unidad de los sindicatos. Sin embargo, había cierta diferencia entre las demandas de la "unidad sindical" y el mero "frente único" político.

Difícilmente se puede conjeturar sobre lo que habría sucedido si las negociaciones entre Amsterdam y el "Profintern" hubiesen hecho posible un verdadero acuerdo entre las Internacionales sindicales. No debe excluirse la eventualidad de que en este caso la maniobra hubiera terminado por un entendimiento sincero, aunque probablemente de corta duración. Y es que la nueva política representaba una curiosa mezcolanza de estratagemas y de cierta buena disposición para aceptar una unificación real si por casualidad ésta sobrevenía como resultado de una campaña comunista.

Mas Amsterdam se negó a entrar en negociaciones con Moscú. La Federación Sindical Internacional cooperaba con la Internacional Socialista unificada "conservando estrictamente su uniformidad e independencia", pero fijó ciertas condiciones preliminares a cualquier plática con los sindicatos rusos, entre las cuales figuraba, como la más importante, la independencia de los mismos respecto al partido comunista y al gobierno soviético. Huelga decir que estas condiciones fueron rechazadas por Tomsky, el presidente de los sindicatos rusos, y en esto terminó el asunto.

En unos pocos países, particularmente en Inglaterra, el acercamiento de los comunistas a los sindicatos dirigidos por los socialistas tuvo algún éxito. Hacia 1924, los sindicatos británicos formaron un ala izquierda dentro de la Internacional de Amsterdam, en oposición a los líderes sindicalistas continentales, constituyendo la cuestión rusa el punto principal de las divergencias. Los ingleses lograron hacer votar una resolución a favor de consultas permanentes con los rusos. Además, se reemplazó al moderado J. M. Thomas en el cargo de presidente de la I. F. T. U. por el dirigente inglés A. A. Purcell, izquierdista y pro-ruso. Otro miembro de la izquierda británica, J. W. Brown, con dos más, fué elegido secretario, siendo sus colegas Jan Oudegeest, de Holanda, y Johann Sassenbach, de Alemania. Como consecuencia de la resolución relativa a la consulta con los sindicatos rusos, se cambiaron algunas cartas entre Amsterdam y Moscú, respecto a la entrada de los soviéticos en la I. F. T. U., pero los sindicatos continentales decidieron que una conferencia conjunta —deseada por los rusos

como paso preliminar a una afiliación— sólo debía celebrarse después de que el Consejo Sindical Panruso hubiese "insinuado" su deseo de adhesión.

Habiéndose aprobado esta decisión con los votos en contra de los ingleses éstos se entrevistaron, en abril de 1925, con los delegados rusos y constituyeron con ellos un comité anglo-ruso destinado a fomentar la unidad internacional. Así, pues, las *trade-unions* inglesas aceptaron la cooperación con los comunistas en el preciso momento en que el Partido Laborista rechazaba categóricamente una solicitud de admisión del partido comunista británico. En Inglaterra, tal divergencia podía explicarse por la heterogeneidad de la dirección, pues los sindicatos estaban dominados por la izquierda mientras que en el partido prevalecía la influencia de MacDonald y sus amigos del ala derecha.[3] Resulta difícil explicar la prontitud de Moscú para colaborar con los dirigentes de los sindicatos ingleses cuya organización era, después de todo, el espinazo del partido laborista, pero que aparentemente no hacía nada para facilitar a los comunistas la admisión a ese mismo partido. Moscú estaba dispuesto, según se ha pretendido, a sacrificar el insignificante partido comunista británico con tal de ganar las simpatías de las organizaciones de masas laboristas. Los trade-unionistas, por otra parte, concedían escasa importancia a la secta de los comunistas ingleses, pero profesaban gran simpatía por Rusia, en parte a causa de su oposición a los conservadores británicos —enemigos mortales del gobierno soviético— y en parte porque creían que el mercado ruso ofrecería una oportunidad para la rehabilitación de la industria inglesa.[4]

Los socialistas y sindicalistas continentales se sintieron desconcertados por el gesto de sus colegas ingleses, que fué interpretado por ellos como complicidad con las maniobras comunistas. Cuando algunos delegados del Partido Laborista Independiente inglés propusieron una conferencia de socialistas y comunistas para "explorar las posi-

[3] Véase p. 131.

[4] Sobre éste y los siguientes dos párrafos, véase Lewis L. Lorwin, *Labor and Internationalism*, Nueva York, Macmillan, 1929, pp. 324-38.

bilidades de la constitución de una Internacional única" en el terreno político, la dirección de la Internacional Socialista sintió gran alivio ante la respuesta de Zinovief, "No, mil veces no" pronunciada aún antes de que la Internacional Socialista hubiese podido tomar posición acerca de la proposición del P. L. I. En el terreno político, los comunistas favorecían, según Zinovief, "la unidad de la clase obrera, pero una unidad basada en el comunismo, en el leninismo".

Afortunadamente para las centrales obreras continentales, el fracaso de la huelga general inglesa de 1926 puso fin a la supremacía de la izquierda dentro de los sindicatos. La solidaridad mostrada por los continentales durante la huelga y la ayuda financiera ofrecida posteriormente al congreso de las *trade-unions* británicas robustecieron los lazos entre los dirigentes sindicalistas ingleses y continentales. Es cierto que los rusos no se mostraron menos ansiosos de ayudar a los huelguistas, pero al mismo tiempo que prodigaban sus ofrecimientos de ayuda, acusaban a los líderes sindicalistas ingleses de haber engañado a la clase obrera, atacando a algunos izquierdistas, tales como Purcell, Hicks y Swales por haber "capitulado" ante la derecha durante la huelga. Aunque las reuniones del comité anglo-ruso continuaron durante algún tiempo, quedó de manifiesto que se había producido una ruptura entre Londres y Moscú y la constante "crítica mal informada y presuntuosa" de los rusos —según se dijo en el congreso de las *trade-unions* británicas de 1926— hizo inevitable la muerte de aquel comité. Su fin sobrevino durante el congreso de los sindicatos ingleses en 1927, que decidió romper todas las relaciones con el Consejo Sindical Panruso. En el mismo año, los delegados continentales reunidos en el congreso de la Federación Sindical Internacional resolvieron acabar de una vez para siempre con el coqueteo inglés con Moscú. Los ingleses consideraron el conflicto, en cierto modo, como un incidente nacionalista, nacido de la hostilidad de los continentales y su dirección alemana hacia la influencia inglesa en la F. S. I. Pero después de dar el espectáculo de abandonar el congreso, los delegados británicos cambiaron de parecer y consintieron en un acuerdo. Los dos secretarios hostiles, Oudegeest y Brown, renunciaron, y el derechista Citrine, secretario del Congreso Sindical Británico, sustituyó a Purcell como presidente de esta entidad. Así terminaron los esfuerzos comunistas para adueñarse del movimiento sindical europeo.

PARTE III

EL MOVIMIENTO OBRERO DURANTE LA GRAN DEPRESION

CAPITULO VII

"DOCTOR O HEREDERO"

1

"¿Estamos sentados a la cabecera del capitalismo, no solamente como médicos ansiosos de curar al paciente, sino también como futuros herederos que están esperando con impaciencia el fin y que desearían acelerarlo con una dosis de veneno? Creo que estamos condenados a desempeñar el papel de doctores que desean sinceramente curar y, sin embargo, hemos de tener presente que somos herederos deseosos de recibir la sucesión entera mejor hoy que mañana. Ese doble papel, de doctor y de heredero, resulta una tarea de todos los diablos."

Estas palabras, que se han citado con frecuencia, fueron pronunciadas por el líder sindicalista alemán, Fritz Tarnow, en el congreso del Partido Social-Demócrata de Alemania de 1931. Revelan el problema básico del reformista socialista; su incapacidad para construir un puente que uniera las actividades de todos los días y la meta final: el socialismo.

Tal dilema no existía para el revolucionario. Su posición era sencillamente que "quien contribuya al proceso de restablecimiento del sistema capitalista ha de comprender que al obrar así no hace ningún servicio a la clase obrera", según dijo otro orador del mismo congreso. Esta actitud suponía la voluntad de aprovechar la crisis económica para "movilizar y concentrar todas las fuerzas con objeto de precipitar la muerte del cuerpo enfermo del capitalismo", y de conquistar el poder con medios revolucionarios tendientes a instaurar un orden social socialista. Pero el hecho era que ninguno de los partidos obreros, ya fuera el social-demócrata o el comunista, estaba preparado para tal tarea. Ni su organización, ni sus dirigentes

estaban equipados para una sublevación revolucionaria y el establecimiento de un nuevo orden social.

La posición moderada era menos estéril. El deber de los reformistas hubiera consistido en aprovechar la crisis económica en beneficio de una transformación gradual de la sociedad capitalista. Era el momento de que una política socialista constructiva demostrase que los métodos socialistas estaban a la altura de la crisis, mientras que los capitalistas estaban fracasando. Sin tal demostración, el socialismo moderado no podía aspirar a tener una política constructora.

Es cierto que la crisis debilitó a los sindicatos. Cuando millones de obreros se encontraban sin trabajo, los afortunados que tuviesen alguno no tenían deseos de arriesgarlo a la ligera. La desocupación en masa constituía una carga tremenda para los fondos sindicales. Difícilmente se podía inducir a los dirigentes de los sindicatos a aventurarse en batallas de gran escala.

La combatividad política del movimiento obrero resultaba menos expuesta a la influencia debilitante de la crisis. Al tiempo que sus armas económicas se hacían inutilizables, se abrían nuevos rumbos para la acción política. Millones de adictos a los partidos burgueses empezaban a dudar de la sabiduría de sus jefes y a prestar oídos a métodos nuevos, muy contrarios a la práctica tradicional de resolver los problemas sociales y económicos. La fe en el capitalismo estaba quebrantada. Un partido obrero capaz de ofrecer una salida de la crisis —compatible o no con las instituciones capitalistas— hubiera podido reclutar millones de nuevos partidarios.

Mas los sucesos hubieron de demostrar muy pronto que los reformistas no tenían ninguna política constructiva que ofrecer. En la mayoría de los países europeos, el socialismo reformista demostró ser un baluarte del *laissez-faire* económico, con el que combinaba unas reivindicaciones sindicales que se hallaban en abierta contradicción con esta misma concepción. La política reformista representaba, pues, una extraña mezcolanza de *laissez-faire* ortodoxo y de prácticas de grupo de presión contrarias al *laissez-faire*.

Tan sorprendente estado de cosas era debido a la incapacidad

del reformismo para presentar una política de transición gradual desde el capitalismo hacia el socialismo. No había necesidad alguna de tal política mientras el movimiento tuviera fe en su fuerza para conquistar el poder con medios revolucionarios y para hacer surgir del caos revolucionario el socialismo integral. El abandono del credo revolucionario hizo necesaria una estrategia distinta, pero mientras el movimiento seguía siendo pequeño y alejado del poder político, el establecimiento de un nuevo programa no parecía muy urgente.

Mas sucedió que la primera guerra mundial había convertido el movimiento obrero, en gran número de países y casi de la noche a la mañana, en la fuerza política más poderosa. Se ha señalado cómo, en tal situación, el obrerismo alemán se valió, al día siguiente de la guerra, del personal y en alto grado también de la política del régimen imperial para llenar la laguna existente en el equipo político del movimiento obrero. Hacia 1929, el socialismo seguía careciendo no solamente de un programa constructor, sino aun de la comprensión de que tal programa era necesario. Sin grandes vacilaciones los dirigentes socialistas recurrieron al equipo intelectual de los grupos burgueses progresistas. Su política fué la del *laissez-faire*.

A un lector norteamericano le parecerá extraño que un grupo progresista, aun cuando se trate de un grupo burgués, pueda inspirarse en las enseñanzas de Adam Smith y David Ricardo. En Estados Unidos, estas teorías forman la doctrina del grueso de los políticos conservadores. Pero debe tenerse en cuenta que en Europa la lucha contra el feudalismo y el mercantilismo dió al *laissez-faire* la aureola de un movimiento revolucionario. Los viejos "radicales" ingleses del tipo Manchester y los liberales continentales habían sido los aliados de la clase obrera en la liberación de la humanidad de las cadenas del feudalismo y de la realeza absoluta. Además, sus sucesores, los liberales jóvenes, habían puesto en práctica el seguro social y la ayuda del estado a los pobres, transcendiendo así de su credo básico del *laissez-faire*.

Según hemos visto, la tradición marxista no era de ninguna manera hostil al *laissez-faire*. La doctrina de Marx, destinada a separar el socialismo de las corrientes progresistas burguesas, se había

vuelto contra su autor. En todo lo esencial —proclamaba— el capitalismo no podía ser reformado. Había de ser destruído a fin de elevar social y económicamente a la clase obrera. Esta idea impartiría a la lucha socialista por el poder político un ímpetu revolucionario. Mas como la lucha revolucionaria se consideraba ahora imposible, la doctrina de Marx se interpretó cada vez más en el sentido de que el capitalismo había de ser manejado según las reglas capitalistas. Y el *laissez-faire* era, según este punto de vista, la encarnación de las leyes de la economía capitalista.

La asistencia social combinada con el libre-cambio, el patrón oro y la oposición a cualquier ingerencia del estado en la crisis económica una vez que ésta se hubiera declarado, tales eran los principales artículos de fe del *laissez-faire*, adoptados incondicionalmente por la mayoría de los socialistas. Algunos, incluso llegaron a lamentar el hecho de que la solicitud por los intereses de los sindicatos obligara a los partidos obreros a alterar el *laissez-faire* puro por unos procedimientos tan manifiestamente contradictorios como el mantenimiento del nivel de los salarios y de los subsidios de desocupación, anteriores a la crisis. Pero fuera de tales concesiones, el grueso de los dirigentes socialistas se aferraba a las reglas estrictas del *laissez-faire*.

Si bien muchos obreros se dieron cuenta de que la crisis sobrevenida en los primeros años de la cuarta década de nuestro siglo requería, para ser vencida, la aplicación de métodos nuevos, los reformistas, ansiosos de seguir a toda costa la rutina tradicional, se vieron obligados a sostener que esta crisis no difería en nada absolutamente de las depresiones económicas anteriores. A tal efecto, sus teóricos pusieron de relieve todos los puntos en que la crisis se asemejaba a las que se habían sucedido desde los comienzos del siglo XIX.

Fritz Naphtali, uno de los expertos más destacados de la socialdemocracia alemana, escribe hacia fines de 1930: "Mi impresión es... que las crisis precedentes han mostrado, en grado variable, fenómenos similares, incluso por sus efectos cuantitativos, a los que estamos presenciando en la actualidad." [1] Un año más tarde, en 1931, el líder

[1] Fritz Naphtali, *Wirtschaftskrise und Arbeitslosigkeit*, Berlín, 1930, p. 24.

sindicalista Tarnow admitió que "la crisis actual es, sin duda, más extensa y profunda en sus efectos que ninguna de las crisis anteriores". Pero aun en este momento la mayoría de los dirigentes socialistas seguían creyendo que la crisis se terminaría, dentro de poco, por las fuerzas de restablecimiento automáticas de las instituciones capitalistas.

El estorbar estas fuerzas, afirmábase, causaría más daño que alivio. La crisis era un correctivo de los errores económicos del pasado. Mientras la depresión no purificara la estructura económica de las consecuencias de esos errores, sería perjudicial ponerle fin. Cualquier intervención en el curso "natural" de la depresión tendría por resultado un derroche permanente de recursos productores.

Este punto de vista encuentra expresión clara en las siguientes palabras de Naphtali:

"No creo que podámos hacer mucho, ni nada realmente decisivo, desde el punto de vista de la política económica para vencer la crisis mientras no haya recorrido su curso. Cuando la prosperidad ha alcanzado un grado tan alto, de modo tan desproporcionado y tan sustraído a todo control como se lo permiten las condiciones normales del capitalismo —y como ha acontecido en escala universal durante los años recientes— entonces apenas si parece posible detener la crisis en su fase actual. Pues la crisis, con sus efectos destructores en el valor del capital, con todos sus cambios y desplazamiento del poder adquisitivo, constituye un medio de corrección que ha de ser aceptado necesariamente. En lo sucesivo, como resultado de una destrucción de capital en gran escala, se establecerá una proporción mejor entre la producción de bienes y el poder adquisitivo del consumidor, que es la condición para una nueva prosperidad. Creo, pues, que debemos atenernos a este principio: si nos inclinamos por una política de control sobre el ciclo económico en sus variados aspectos, ha de procederse de tal manera que las medidas correctivas no se tomen en plena crisis, sino durante el período de prosperidad".

Como los reformistas consideraban la crisis como liquidación necesaria de faltas pasadas, la deflación resultaba inevitable. Sin duda, una política de expansión bien podría aliviar la crisis, y la introducción de poder adquisitivo adicional tal vez abreviara el período

de deflación, mas ello sólo se lograría al precio de impedir aquella liquidación necesaria y preparando así una nueva crisis.

De acuerdo con esta teoría, los reformistas se pronunciaban a favor de unas reducciones de precios que determinaran el alza de los salarios reales. Así se estimularía el consumo y la demanda excedería a la producción, absorbiendo las existencias acumuladas. La producción, ajustándose a la creciente demanda, aumentaría a su vez y así volvería a comenzar una nueva fase de prosperidad. A condición de no ser estorbada por ninguna injerencia, la deflación conduciría finalmente a una nueva expansión económica sobre bases más sanas.

Como medio para hacer imposibles tales estorbos del proceso de recuperación, los reformistas proponían el presupuesto equilibrado. Como lo formula Naphtali: "La social-democracia ha sido siempre la que ha pedido que se ponga en orden primero la cosa pública. A menos que el Reich, los estados y los municipios establezcan un presupuesto ordenado, no se puede lograr una política económica o social razonable y fructuosa."

Cualquier manipulación de la moneda se conceptuaba como un sacrilegio. Ello se debía en parte a los principios del *laissez-faire* pero también —en Alemania— a la terrible experiencia de la inflación postbélica. Los dirigentes obreros, recordando los terribles tiempos en que los salarios no lograban mantener el ritmo de los precios, y cuando los fondos de los sindicatos se esfumaron de un día para otro debido al alza exorbitante de los precios, hicieron un voto solemne de impedir, costara lo que costase, una repetición de tal catástrofe. "¡No tocar a la moneda!" era, por ende, la consigna casi unánime de la izquierda.

La conducta que prescribía esta teoría era la de la pasividad durante la crisis para permitir que entraran en fuego las fuerzas de recuperación naturales, pero los dirigentes de los sindicatos no podían permitirse aceptar una filosofía tan cómoda. Sus miembros estaban amenazados por las reducciones de salarios y los desocupados por disminuciones en la asistencia que se les impartía. Bajo la presión de los sindicatos, los líderes socialistas combinaron entonces las demandas sindicalistas con su política del *laissez-faire*.

El producto de tal amalgama puede verse en un programa establecido mancomunadamente, a principios de 1931,[2] por la Internacional Socialista y la Federación Sindical Internacional, que constituye un ejemplo de política de reformismo bien pensada.

La declaración comienza con un breve análisis de las causas de la crisis, la cual se explica como "desproporción entre la capacidad productora y el consumo". Lo que urgía provocar, según los autores, era un incremento en el consumo, y "la tarea más importante del movimiento obrero en la actualidad... consiste en oponerse a las reducciones de salarios con toda su energía y en todos los países". Esta declaración general se completaba por una enumeración de las bien conocidas reivindicaciones sindicalistas tales como la semana de cuarenta horas, las vacaciones para los obreros y el seguro de desocupación.

No se explicaba cómo se las arreglarían los patrones, acorralados por la crisis, para hacer frente a tales demandas. Cinco años más tarde, León Blum, Primer Ministro de Francia, sostendrá que los patrones pueden soportar un aumento de los salarios, aunque provoque incremento en el costo de la producción, pues ésta aumentará por la expansión del poder adquisitivo de los consumidores. El aumento de la producción, a su vez, tendrá por efecto una reducción del costo por unidad producida, compensándose así los gastos adicionales originados por la subida de los salarios.

Los reformistas creían, por su parte, que el costo de las reformas sociales se compensaría, a la larga, por una utilización mejor de las plantas industriales existentes. Donde quiera que fué sometida a una prueba práctica, esta creencia demostró ser errónea. Había olvidado considerar el "plazo bueno", aspecto vital para muchos empresarios. Pero aun suponiendo que la teoría obrera respecto a las causas de la crisis fuese certera y que se necesitara una expansión del poder adquisitivo de los consumidores, se presentaba la cuestión de si esta expansión había de efectuarse a expensas de los patrones o bien

[2] Este documento está reproducido en *Fourth Congress of the Labour and Socialist International, Vienna 23th July to 1st August 1931*, Labour and Socialist International, Zürich, Londres, Labour Party, Publications Department, I, p. 34.

mediante la movilización, por el gobierno, de capitales ociosos. Este era el problema decisivo y al exigir que la carga se impusiera a los empresarios, el reformismo optó por la solución falsa. Tal cosa resultaba inevitable mientras los obreros pensaran exclusivamente en términos de la lucha entre el obrero y el patrón más bien que en términos de una política de estado.

Aquel programa de las dos Internacionales proponía aún otro método de recuperación. "Señalaba enfáticamente que la desproporción entre la capacidad productora y el consumo... podía ser modificada, no por una reducción de los gastos del estado en tiempos de crisis económica, sino por un gasto lo mayor posible en obras públicas productivas." Pero esta importantísima idea no estaba lo suficientemente desarrollada. Se detenía ante dos obstáculos esenciales. Un programa de obras públicas en tiempos de crisis depende de una política monetaria y fiscal ligada a la tarea de expansión del poder adquisitivo. Es evidente que en tiempos de crisis no se pueden hacer grandes gastos públicos mientras se considere indispensable mantener nivelado el presupuesto. Además, las obras públicas, costeadas mediante impuestos, no producen, de manera general, sino un desplazamiento del poder adquisitivo sin crear una demanda adicional de mercancías. En este caso, el gasto adicional en un punto significa un gasto menor en otro, debido al aumento de los impuestos. Para combatir eficazmente el problema de la desocupación las obras públicas han de pagarse mediante créditos aprovechando a tal efecto los fondos ociosos. Los socialistas alemanes e ingleses creían que era tarea principalísima equilibrar el presupuesto o, por lo menos, reducir en la medida de lo posible, los déficit del mismo. Temían a que un gobierno dependiente del mercado de dinero cayera bajo la dominación de los bancos que controlasen el acceso a este mercado: cuanto más urgente la necesidad de créditos tanto mejor la oportunidad para los bancos de someter al gobierno a un chantaje. Sabían que la alta finanza exigiría, ante todo, una reducción de la ayuda a los desocupados, exigencia que la clase obrera estaba determinada a rechazar. Además, muchos líderes socialistas creían que los presupuestos no equilibrados conducirían en línea recta a la inflación monetaria, temida por ellos como la catástrofe más grande que pudiera caer sobre la clase obrera.

En este punto, el programa de las Internacionales era categórico. Se oponía tanto a la inflación como a la deflación pero, en cuanto a esta última, su resistencia se dirigía contra las reducciones de los salarios más bien que contra la rebaja de los precios. "Si durante los años subsiguientes a la guerra —decía el programa— la inflación empobreció en muchos países a la clase obrera, la política deflacionista ha provocado posteriormente en ciertos países una serie de graves convulsiones económicas."

El citado programa no hacía distinción alguna entre inflación y devaluación. Implícitamente, pues, el reformismo no sólo rechazaba el abandono del patrón oro, sino también de la paridad oro de las monedas. Al adoptar tal posición, como al pronunciarse en contra de los gastos deficitarios el movimiento obrero bloqueó todos los caminos de una política económica expansionista.

La política obrera seguida durante la crisis coincidió, en todos los aspectos fundamentales con el ortodoxo liberalismo del *laissez-faire*. Equilibrio del presupuesto, defensa de la paridad oro de la moneda, no-intervención en el "curso natural" de la depresión, tales fueron los puntos de contacto comunes entre el movimiento obrero y la doctrina de los ciclos económicos del *laissez-faire*. En la mayoría de los países, las socialistas se opusieron a cualquier tentativa de reforzar la protección arancelaria con una vehemencia igual a la de los liberales ortodoxos. El movimiento enarboló la bandera del liberalismo económico que ya habían abandonado los propios partidos liberales prácticamente extirpados de casi todos los países europeos.

2

La oposición principal a la práctica del *laissez-faire* en el seno del movimiento obrero vino de los sindicatos. Según hemos visto, fué la presión de éstos la que obligó a los partidos obreros a completar por ciertas demandas sindicalistas su política tradicional de *laissez-faire*. Pese a los esfuerzos teóricos para fundir estos dos aspectos de

la política de crisis socialista en una unidad lógica, la contradicción íntima entre el *laissez-faire* y los elementos sindicalistas difícilmente podía disimularse. ¿Cómo podían sostenerse los salarios nominales —lo cual, dado la baja de los precios, significaría un aumento de los salarios reales— mientras continuaba y se acentuaba la depresión, sin arruinar gran número de empresas y, por ende, aumentar la desocupación? La asistencia a los desocupados ¿cómo se protegería contra reducciones mientras se aseguraba el equilibrio del presupuesto? Así, las dos doctrinas cardinales de tantos dirigentes socialistas hubieron de chocar necesariamente durante la gran depresión.

En Alemania, Fritz Tarnow, aconsejado por el conocido estadístico W. Woytinsky[3] y por el economista agrónomo Baade, propuso abandonar la pasiva tolerancia de la deflación, y abogó por medidas destinadas a hacer subir el nivel de precios. Su sugestión implicaba, por supuesto, proceder a una devaluación o abandonar el patrón oro. Ello resultó ser un obstáculo insuperable para la aceptación del llamado Plan W-T-B (según las iniciales de los nombres de sus autores). En la Gran Bretaña, Keynes fué por mucho tiempo el único en criticar la política monetaria del gobierno y la ortodoxía financiera de Snowden apenas si llegó a ser discutida hasta el verano de 1931, cuando su política se hizo insostenible. Los planes monetarios de Mosley constituían simples términos medios; su acoplamiento con ideas semidictatoriales impedía que fueran objeto de una seria discusión en el seno del partido. Hasta el verano de 1931 no se produjo una manifiesta divergencia de criterios. Al separarse del partido MacDonald y Snowden, su salida marcó una escisión que correspondía más o menos exactamente a la división entre los teóricos del *laissez-faire* y los sindicalistas.

El obstáculo decisivo con que tropezaban los opositores sindicalistas del *laissez-faire* dentro del movimiento obrero, lo constituía el hecho de que no tuviesen ningún plan bien madurado que ofrecer. Limitados en su visión de las cosas por su mentalidad de grupo de

[3] W. Woytinsky, *Internationale Hebung der Preise als Ausweg aus der Krise*, Leipzig, Buske, 1931.

presión, los dirigentes sindicalistas se mostraban incapaces de proponer un sistema distinto del *laissez-faire*.

Además, el *laisse-faire* estaba fortalecido por el internacionalismo. Alegábase que si cada país actuaba individualmente y, a veces, en contradicción directa con los esfuerzos de las demás naciones para dominar la crisis mundial, tal modo de obrar redundaría en beneficio del nacionalismo político. El programa conjunto de la Internacional Socialista y de la Federación Sindical Internacional pedía, en consecuencia, créditos internacionales, la reanudación del comercio internacional y el financiamiento de obras públicas internacionales mediante créditos internacionales. En el verano de 1931, cuando la crisis bancaria alemana había llegado a su climax, un congreso socialista internacional clamó por el suministro de créditos internacionales a Alemania para prevenir el derrumbe total de su economía. "El colapso económico de Alemania —declaró el congreso— debe impedirse con una generosa acción de crédito internacional." Esta medida se consideró como tan esencial que en la aludida declaración el mundo aparecía ante el dilema de una ayuda internacional a Alemania o de una catástrofe: "No queda al mundo otra alternativa que esta: O una acción internacional inmediata y generosa para salvar la vida económica, la democracia y la paz, o la catástrofe y la guerra civil."

Fué un pronóstico bastante exacto, y correspondía al credo internacionalista del movimiento obrero. Mas la cooperación internacional se había desmoronado durante la crisis y el movimiento obrero no tenía la fuerza necesaria para vencer la formidable rémora de la inercia que representaba la resistencia política a cualquier acción internacional. Tal insuficiencia acentuó la pasividad del *laissez-faire* en sus propias filas y contribuyó en alto grado a la derrota del movimiento obrero y al advenimiento del fascismo nacionalista.

3

Si la acción socialista contra la crisis resultó ser estéril, la actitud comunista frente a los problemas de la misma lo fué en grado aún mayor. Al reunirse en el verano de 1928 el Sexto Congreso Mundial

de la Internacional Comunista, adoptó un nuevo programa que reflejaba, en su conjunto, la política radical que regía el comunismo universal durante el período caracterizado por el programa como coincidiendo con "una estabilización parcial de las relaciones capitalistas", la cual "no puede ser sino una estabilización parcial, transitoria y menguante".

El programa contenía también cierta referencia —ominosa a la luz de los sucesos posteriores— al "papel fascista" que la social-democracia desempeñaba a menudo, "en períodos críticos para el capitalismo". Por entonces, esta alusión no parecía tener ningún significado profundo ya que, según veremos, en el pasado se habían hecho observaciones similares sin consecuencia alguna para la estrategia del partido comunista. El programa declaraba luego que "durante todo el período pre-revolucionario, una parte fundamental extremadamente importante de la táctica de los partidos comunistas consistirá en la táctica del Frente Unico, como paso hacia una venturosísima lucha contra el capital, hacia la movilización de clase de las masas y el desenmascaramiento y aislamiento de los líderes reformistas".

Un año más tarde, sin embargo, el término de "social-fascismo" se convirtió en la consigna principal de la propaganda comunista, marcando la transición desde el segundo hacia el tercer período de la estrategia comunista. Después de los años comprendidos entre 1917 y 1922-23, consagrados a la lucha revolucionaria directa, y de la época de la "estabilización temporal", la Internacional Comunista anunció el comienzo de un tercer período caracterizado por la aseveración de que la social-democracia se había convertido en aliada del fascismo.

El término de "social-fascista", para designar a la pretendida complicidad de los socialistas con el fascismo, fué inventado por Zinoviev, el presidente del Comintern, ya en 1924, sólo un año después de la crisis alemana de 1923. Deseoso de explicar por qué se desperdició esta última oportunidad para el triunfo del comunismo, Zinoviev había acusado a los social-demócratas de ser fascistas. "Hace diez años teníamos oportunistas —escribía Zinoviev en el folleto *Las enseñanzas de los sucesos alemanes*— pero ¿podíamos decir que eran social-demócratas-fascistas? No. En aquel entonces hubiera sido absurdo decir tal cosa. Ahora sí que son fascistas... La social-democracia internacional se ha convertido en ala del fascismo." Poco después, Stalin, tomando en cuenta dicha sugestión, declaró: "El fascismo constituye una organización de combate de la burguesía, que depende del apoyo activo de la social-democracia. Objetivamente, la social-democracia representa el ala moderada del fascismo." [4]

Estas no eran, empero, más que manifestaciones de un estado de ánimo pasajero, que no impidieron a la Internacional Comunista embarcarse en su política de frente único con los mismos social-demócratas que Zinoviev y Stalin habían estigmatizado de fascistas. Cuatro años más tarde, por el contrario, el Comintern adoptó oficialmente la consigna del "social-fascismo", usándola durante varios años. Hasta se convirtió en el tema predominante de la política comunista después de que la Internacional Comunista había dado por terminada la "estabilidad transitoria" del capitalismo.

La definición más oficial del término "social-fascismo" se encuentra en una declaración del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista de julio de 1929: "En aquellos países donde existen fuertes partidos social-demócratas, el fascismo asume la forma particular de social-fascismo, el cual sirve, en grado cada vez más alto, a la burguesía como instrumento para paralizar las actividades de las masas en la lucha contra la dictadura fascista. Por medio de este monstruoso sistema de opresión política y económica, la burguesía, ayudada e instigada por la social-democracia internacional, ha ido intentando durante muchos años aplastar el movimiento de clase revolucionario del proletariado." No eran excluídos siquiera de tal condenación hecha a la ligera los socialistas de izquierda. Muy al contrario, los partidos comunistas tenían instrucciones de prestar "una atención especial a la enérgica lucha contra el 'ala izquierda' de la social-democracia, que está retardando el proceso de desintegración de la social-democracia por crear la ilusión de que —el ala izquierda— representa un movimiento de oposición contra la política de los grupos dirigentes dentro del partido social-demócrata, mientras que en realidad soporta sin reservas la política del social-fascismo".

[4] *International Press Correspondence*, vol. 4, 9 de octubre de 1924.

En aquel entonces resultaba arduo explicar por qué los social-demócratas, que hacía poco tiempo eran socios potenciales de las alianzas del frente único, de pronto se habían convertido en fascistas y, por ende, formaban parte de aquella fuerza contra la que se dirigía el frente único. Entre 1927 y 1929, por ejemplo, no había ocurrido ningún cambio en el carácter de la social-democracia. Lo que había cambiado era la política de la Unión Soviética que acababa de lanzarse al Primer Plan Quinquenal. Ello implicaba una vuelta espectacular hacia la izquierda por parte del gobierno soviético y del partido comunista ruso, una revisión de lo que quedaba de las concesiones hechas a los campesinos durante la Nueva Política Económica y un recrudecimiento del Terror. Stalin había comenzado su ofensiva contra el ala derecha de la Internacional Comunista, y Bujarin, uno de los jefes de aquella y presidente de la Internacional en 1928, había tenido que dimitir. El brusco retorno del Comintern, en 1929, a una política y a unas consignas extremistas reflejaba a todas luces el viraje hacia la izquierda en la política nacional de la Unión Soviética. Constituía también, según se recordará, una parte del trato mediante el cual Stalin "apaciguó", a los radicales en el seno de la Internacional Comunista.

La crisis mundial, sobrevenida a fines de 1929, salvó la teoría comunista dotándola tardíamente con una justificación por su pasada actitud. El colapso económico, si bien no explicaba la vuelta comunista anterior hacia una política extremista, le dió una apariencia lógica. Los violentos ataques de los comunistas contra la social-democracia y los dirigentes sindicalistas respondían ahora al desesperado estado de ánimo de los desocupados. En varios países, y especialmente en Alemania, los partidos comunistas lograron reclutar nuevos partidarios entre la masa de los desocupados. El radicalismo de los comunistas y sus renovados esfuerzos para dividir los sindicatos, causaron estragos en la influencia comunista entre los obreros ocupados. Si debido a la ola de miseria que azotó a los componentes de la clase media baja y a los campesinos, el comunismo penetró en las filas de los partidos burgueses, tales ganancias no pasaban de ser escasas. En términos generales, la influencia comunista había crecido hasta cierto punto con la desocupación —salvo en la Gran Bretaña, donde el partido comunista seguía siendo débil, aunque el Partido Laborista ofreció durante el segundo gobierno laborista, un cómodo blanco a la propaganda comunista.

La política comunista durante el Tercer Período consagró la supremacía del radicalismo sobre el leninismo. Derrotados dentro de la Internacional Comunista al adoptar esta organización, bajo la jefatura de Lenin, el curso más moderado del Segundo Período, los radicales habían combatido la dirección del Comintern durante toda esta época. El retorno a las consignas extremistas y a la inactividad revolucionaria del Tercer Período permitió a los radicales preparar su vuelta. La combinación de consignas ultrarrevolucionarias con la incapacidad comunista para cumplir con sus amenazas y promesas correspondía al modo de pensar y hablar y a la inercia de los radicales en la preguerra. Bajo la política del Tercer Período, la Internacional Comunista puso tardíamente su sello al pie de aquel radicalismo prebélico.

En cuanto a su política práctica, los comunistas se mostraron aún más ortodoxos que la mayoría de los socialistas. Cuantas veces se lanzaban a discutir las medidas concretas que se debían tomar para vencer la crisis, aprobaban invariablemente una política de *laissez-faire* extremo. Si se trataba de equilibrar el presupuesto o de reducir el déficit del mismo, los comunistas no ponían en tela de juicio el propósito como tal, pero se concentraban en su divisa: "¡Haced pagar a los ricos!" Si se proponían manipulaciones de la moneda, los comunistas, aferrados a su obstinada ortodoxia, denunciaban cualquier intento de abandono del patrón de oro como una maniobra capitalista para explotar a los pobres. Aunque protestaban contra el "cargo" de ser librecambistas, los comunistas proclamaban que la única razón de ser de los aranceles de aduana era la de enriquecer a las clases pudientes a expensas de las menesterosas. Aunque partícipes del Frente Popular francés, los comunistas hicieron cuanto pudieron para estorbar la política de recuperación emprendida por León Blum, embistiendo contra cualquier desviación de la práctica de *laissez-faire* ortodoxa. Su contribución principal a la lucha cotidiana de la clase obre-

ra consistía, pues, en un robustecimiento del *laissez-faire*, además de un empeño casi ridículo en exagerar las demandas socialistas a favor de los obreros y desocupados.

En lo más hondo de sus corazones, los comunistas no sentían más que desprecio hacia los esfuerzos para dominar la crisis "dentro del marco del capitalismo", puesto que sólo la revolución proletaria podía llevar a una nueva prosperidad. Si tal revolución no sobrevenía a tiempo, el capitalismo se engolfaría en una crisis permanente, acompaña, según John Strachey[5] por "la decadencia gradual y la ruina final de la sociedad humana." Eugen Varga,[6] otro destacado teórico comunista, escribía hacia fines de la crisis:

> En los últimos años, los prerrequisitos económicos de un colapso revolucionario del capitalismo han progresado a saltos... Los mismos motivos que ocasionan la presente crisis determinan asimismo el curso futuro de la economía capitalista. La crisis general del capitalismo, el fin de la estabilización temporal, la agravación de los antagonismos imperialistas y de clases que acarrea, así como la inestabilidad general de todas las relaciones producirán una nueva y aún mayor deformación del ciclo industrial. Con excepción quizá, de unos cuantos países, la depresión actual subsistirá durante muchos años, con breves momentos de auge y violentas recaídas, sin penetrar por ello en un período de prosperidad, hasta que finalmente será seguida por una nueva y más devastadora crisis económica... Tales serían las perspectivas si el principio de una guerra mundial o el advenimiento de una revolución proletaria se retardasen por muchos años. Ello, empero, parece altamente improbable."

Radicales auténticos, los comunistas no hicieron nada para preparar una insurrección proletaria. Durante todo el Tercer Período, la Internacional Comunista no realizó ni un solo esfuerzo serio para aprovechar la crisis económica a favor de un levantamiento.

[5] John Strachey, *The Nature of Capitalist Crisis*, Nueva York, Covici Friede, 1935, p. 387. [Trad. esp. por E. Martínez Adame: *Naturaleza de las crisis*. Fondo de Cultura Económica, México, 1939.]

[6] Eugen Varga, *The Great Crisis and Its Political Consequences; Economics and Politics, 1928-1934*, Nueva York, International Publishers, 1935, pp. 79-80.

Por añadidura, su extremismo impidió que estableciesen contacto con las masas social-demócratas. Puesto que ahora los socialistas eran considerados como fascistas, ya no era posible establecer con ellos ningún frente único. Disfrazados hábilmente de partido obrero, los socialistas mantenían alejados de las filas comunistas a los obreros sinceramente revolucionarios; sin la social-democracia, la burguesía fascista no podría sujetar permanentemente a la clase obrera. En consecuencia, el enemigo principal de los comunistas no eran los fascistas sino los social-demócratas.

En la práctica, tal filosofía condujo a una alianza, precaria e involuntaria, pero no obstante a menudo harto eficaz, entre los comunistas y los nazis. En la primavera de 1931, los comunistas se adhirieron a los nazis en un plebiscito contra el gobierno de Prusia, encabezado por socialistas. Hacia fines de 1932, cuando cualquier desorden sólo podía beneficiar a los nazis, éstos y los comunistas sostuvieron unidos y en contra de los deseos de los jefes sindicales una gran huelga de tranviarios. La inteligencia nazi-comunista del Tercer Período fué una repetición, en escala más grande, de la efímera cooperación entre los comunistas y los nacionalistas alemanes en 1923, y una alianza similar a la inaugurada en 1939. Sin duda, los comunistas creían en 1931 que ellos terminarían por vencer, una vez que el nazismo hubiera destruído la democracia alemana. Mas fué Hitler, y no el comunismo, el que salió victorioso de la caída de la República de Weimar.

En los capítulos siguientes se hará una descripción de la conducta y de las actividades de los socialistas y comunistas frente a la gran depresión. Los ejemplos ingleses, alemanes y franceses de intentos malogrados para hacer frente a las consecuencias de la crisis y la experiencia feliz de los suecos demostrarán, así lo esperamos, la exactitud del análisis precedente.

CAPITULO VIII

ERRORES DEL MOVIMIENTO OBRERO INGLES

1

La plataforma electoral del Partido Laborista inglés constituye "el programa más fantástico e impracticable que jamás se haya propuesto a los electores... Es el bolchevismo llevado al absurdo".

No fué un *tory* quien pronunció tal veredicto, sino Philip Snowden en una alocución radiodifundida al público inglés el 17 de octubre de 1931, menos de dos meses después de que él y Ramsay MacDonald habían hecho saltar el segundo gobierno laborista y formado el primer gabinete "nacional". Habiendo contribuído a crear la representación política de la clase obrera inglesa, Snowden consagraba ahora toda su energía y todo su ingenio mordaz a la destrucción del partido laborista. No tuvo éxito rotundo, pero si bien el partido sobrevivió a la lucha desesperada de octubre de 1931 salió de ella terriblemente debilitado. De la representación de 287 puestos que el partido laborista había tenido en la Cámara de los Comunes como resultado de su victoria electoral de 1929, su grupo parlamentario se había reducido a 52 diputados. Tal derrota no se debía tan sólo al hecho de que MacDonald y Snowden hubiesen roto con el partido, poniéndose al frente de la lucha contra él, sino, lo que es más grave, debido a que el segundo gobierno laborista había fracasado de modo patente en su esfuerzo para vencer la crisis económica, fiasco atribuible directamente a la política de Snowden, aunque posteriormente éste tratara de achacar el error a sus antiguos colegas.

El advenimiento, en junio de 1929, del segundo gobierno laborista, coincidió con el climax de la prosperidad económica universal. Entre todas las grandes potencias, sólo Inglaterra parecía incapaz de participar de la creciente riqueza del mundo. Bajo el gobierno con-

servador de Stanley Baldwin, la desocupación había seguido siendo grande, no cayendo nunca a un nivel inferior a un millón. Mientras que Estados Unidos ofrecía el espectáculo del auge más grande de la historia, Inglaterra continuaba siendo un país de depresión industrial aun cuando se hacían sentir allí algunas débiles repercusiones de la prosperidad norteamericana.

A fin de dar a la Gran Bretaña su parte en los progresos de la economía mundial, el partido laborista se empeñó en una política de expansión monetaria que había de sustituir al curso deflacionista seguido por el país, casi sin interrupción, desde el comienzo de la tercera década.

Tal fué el trasfondo de la victoria del partido laborista en las elecciones generales de 1929, la más grande que jamás ganó. Pero no obstante disponer de 287 del total de 615 curules, el partido dependía aún del apoyo, cuando menos, de algunos miembros liberales de la Cámara muchos de los cuales habían hecho uso copiosamente, durante la campaña electoral, de las consignas laboristas.

Para comprender la política del partido laborista durante su segundo gobierno, es preciso conocer la evolución que había de llevarlo al poder, convirtiendo a MacDonald en el jefe indiscutible del movimiento.

2

Fué en 1918 cuando el laborismo inglés adoptó por vez primera un programa socialista. Después del cataclismo de la guerra, algunos líderes sindicalistas antes conservadores habían llegado a aceptar el programa de Sidney Webb, intitulado: "El movimiento obrero y el nuevo orden social."[1] En este documento, Webb había anunciado el colapso final de la civilización capitalista y el advenimiento de un nuevo sistema social, basado en el control democrático de la industria. El nuevo orden se caracterizaba como "algo que iría surgiendo gradualmente del capitalismo, por una serie de cambios fragmentarios".

[1] Un estudio de los Webbs por G. D. H. Cole en *Persons and Periods*, Londres, Macmillan, 1938. Véase particularmente pp. 116-37.

En 1918, este programa no expresaba más que una esperanza. El partido laborista era aún débil —el tercer partido, por su número, después de los conservadores y los liberales— y la "furia patriótica" que surgió al final de la guerra, incluso había reducido a cero la escasa influencia que el pequeño grupo laborista hubiese podido ejercer en el parlamento en tiempos normales. La gran arma del movimiento era, por tanto, su organización industrial, pues los sindicatos habían crecido considerablemente durante el período final de la guerra. Algunos de los sindicatos se hallaban bajo la dirección de la izquierda. Los obreros manifestaban gran descontento pues se sentían engañados por el Primer Ministro Lloyd George. Durante la guerra, la clase obrera, ansiosa de dar su ayuda a los combatientes, había renunciado a sus derechos sindicales, fiando en la palabra de Lloyd George de que serían restablecidos al día siguiente del armisticio. Pero los obreros pretendían que no había cumplido su promesa.

Así, pues, cuando en 1920 la Gran Bretaña adoptó una política deflacionista con objeto de devolver a la depreciada libra su paridad prebélica con el dólar y se desencadenó un ataque general contra los salarios, los sindicatos lucharon en la batalla en primera línea. El conflicto se concentró en las minas de carbón, la principal víctima de guerra inglesa.

Los mineros estuvieron prácticamente "en guerra" desde el día mismo en que terminó la contienda mundial. Bajo la amenaza de una huelga, el gobierno nombró, a principios de 1919, la Comisión Sankey. En un informe provisional presentado poco después, esta comisión recomendó una reducción de la jornada de trabajo a siete horas, un aumento de los salarios de dos chelines y una rebaja en el precio del carbón. Más importante que estas recomendaciones para los acontecimientos futuros fué la declaración de Sir John Sankey de que "aún los testimonios que han podido reunirse hasta la fecha incluyen la condenación del presente sistema de propiedad y de trabajo de la industria del carbón y urge sustituirle por otro sistema, ya sea por la nacionalización o por una medida de unificación basada en la adquisición de minas por el estado". Además, la comisión estaba "dispuesta a reconocer ya desde ahora que al país le interesa que los mineros

tengan en adelante una voz efectiva en la dirección de las minas". Posteriormente, a instancias de los mineros, el gobierno declaró en un acta firmada por Bonar Law que "estaba dispuesto a llevar a cabo en su espíritu y en su letra las recomendaciones del informe de Sir John Sankey".

A cambio de tan solemne promesa, los mineros suspendieron sus preparativos de huelga. Mas apenas había sido conjurada esta amenaza, cuando Lloyd George anunció en la Cámara de los Comunes que la recomendación del juez Sankey, respecto a la transformación de las minas en propiedad pública, no podía ser aceptada por el gobierno. Este acto fué considerado por los obreros como otra violación de una promesa y tuvo efectos duraderos, y fué uno de los motivos remotos de la huelga general de 1926.

En tales circunstancias, la huelga se hizo inevitable. Los mineros estaban listos, ya que poco antes de estallar la guerra las tres grandes federaciones de mineros, ferroviarios y obreros del transporte habían firmado un convenio de acción común. A principios de 1921, cuando los mineros se vieron amenazados una vez más por una reducción general de salarios, los ferrocarrileros y los obreros del transporte les prometieron su apoyo para rechazar lo que indudablemente había de ser el preludio de una ofensiva general contra los salarios. Pero los mineros no limitaron su lucha a la mera defensa de sus salarios, sino que formularon ciertas demandas adicionales tendientes a la creación de un fondo nacional de compensación, que habría de igualar las condiciones de vida en los diferentes distritos mineros, y a la firma de un convenio nacional. En la opinión de los líderes sindicalistas chapados a la antigua e imbuídos con la ideología de grupo de presión, tales reivindicaciones eran políticas, más bien que económicas. Muchos dirigentes de las federaciones de ferroviarios y obreros de transporte vacilaron en comprometerse a una huelga que les parecía política. Su falta de entusiasmo se acentuó aún más por el hecho de que no fuesen consultados al establecerse aquellas demandas. Para que la confusión fuese completa, estallaron conflictos entre los propios mineros; muchos de ellos se opusieron violentamente al aparente deseo del secretario de la unión de mineros, Frank Hodges, de transigir en

la cuestión del fondo de compensación. Los líderes de los sindicatos de ferrocarriles y transportes interpretaron su actitud como un gesto que le libraba de su promesa de cooperación. El viernes, 15 de abril de 1921, J. H. Thomas, secretario de la unión de ferroviarios, suspendió la huelga de simpatía que había de comenzar ese día. Los obreros de transporte imitaron a los ferroviarios negándose a dejar el trabajo. La "Triple Alianza" se derrumbó completamente. Luchando aislados, los mineros fueron derrotados rápidamente. El "Viernes Negro" —como se ha llamado a aquel día del colapso de la "Triple Alianza"— marcó el comienzo de un período de repliegue económico de la clase obrera inglesa. En rápida sucesión vinieron reducciones de salarios y derrotas sindicales.

No pasó lo mismo en el frente político: allí el movimiento obrero avanzó a grandes pasos. En las elecciones generales de noviembre de 1922, celebradas a consecuencia del derrumbe de la coalición Lloyd George, el Partido Laborista ganó 67 puestos, volviendo con 142 diputados a la Cámara de los Comunes. Como segundo partido por su importancia numérica —los liberales ocupaban el tercero— el Partido Laborista dirigió la oposición oficial. Con escasa mayoría el Partido Laborista parlamentario eligió como jefe a MacDonald. Su adversario J. R. Clynes fué elegido vice-presidente. MacDonald tuvo el respaldo del ala izquierda del partido; las divisiones de los años de la guerra, cuando MacDonald había acaudillado los opositores pacifistas de los dirigentes pro-bélicos, parecían olvidadas.

El Partido Laborista, aunque llevaba la oposición oficial y, por ende, de acuerdo con la tradición británica, era "el otro gobierno posible", difícilmente podía esperar ser llamado pronto a formar ministerio, en vista de la enorme mayoría parlamentaria del partido conservador de Stanley Baldwin. En noviembre de 1923, sin embargo, Baldwin decidió inopinadamente apelar al país con objeto de obtener su autorización para la introducción de aranceles proteccionistas como remedio de la desocupación. Fué una vez más un triunfo del Partido Laborista que aumentó su grupo parlamentario de 142 a 191 puestos, mientras que los conservadores sufrieron grandes pérdidas. Junto con los liberales, el laborismo representaba ahora la mayoría de la Cámara

de los Comunes, pero ninguno de los tres partidos era lo bastante fuerte para formar por sí solo un gobierno independiente. Cuando los liberales decidieron votar en contra de los conservadores, Baldwin se vió obligado a dimitir.

Por vez primera en su historia, le tocó al Partido Laborista integrar el nuevo gobierno. Hacía apenas cuatro años que Churchill, con profundo desprecio, había negado, que el laborismo fuese "capaz de gobernar". Ramsay MacDonald había vuelto a ser la figura más destacada del movimiento obrero inglés y el partido representaba todas las secciones de la clase obrera, que reclamaban una acción política independiente. La oposición de izquierda era impotente. El partido comunista británico, una facción ínfima, no ejercía ninguna influencia sobre el grueso de los obreros organizados. Este partido se había constituído con los restos del movimiento de los *shop stewards* (delegados de taller), un grupo sindical fuera de los *trade-unions*, nacido durante la guerra en las industrias siderúrgicas del Clyde. Influenciados por el "unionismo industrial" norteamericano y por la idea de "una gran unión", los *shop stewards* se oponían a la estrecha estructura de los sindicatos existentes, organizados en ramos de industria en vez de en industrias enteras, pero su movimiento se desmoronó al día siguiente de la guerra, cuando la mayoría de sus miembros pasó a las filas del partido comunista británico recién fundado. Otro grupo que proporcionó reclutas a los comunista fué el partido socialista inglés, una de las diversas sociedades de propaganda socialista dentro del Partido Laborista.

Una de las organizaciones más importantes en el seno del Partido Laborista lo constituía el Independent Labour Party (I.L.P.), al que pertenecían MacDonal y Snowden, los dirigentes de aquél. Hasta el fin de la guerra, el I.L.P. no era más que una agencia de propaganda destinada a difundir las ideas socialistas entre los miembros de la gran organización. Ya que el Partido Laborista estaba integrado exclusivamente por organizaciones, negándose —hasta fines de la guerra— a admitir miembros individuales, las diversas sociedades afiliadas ofrecían la única puerta de entrada al movimiento para todos aquellos que no podían ser admitidos en los sindicatos. Después de la guerra, el Par-

tido Laborista adoptó una nueva constitución que permitía la afiliación de miembros individuales a las secciones locales del partido. Las sociedades socialistas perdieron así, hasta cierto punto, su razón de ser. Bajo estas nuevas condiciones, el I.L.P. se convirtió gradualmente en una facción organizada dentro del Partido Laborista, propugnando no solamente ideas socialistas de índole general, sino también conceptos tácticos determinados.

Cuando, en enero de 1924, se constituyó el primer gobierno laborista, el I.L.P. sostuvo que una derrota parlamentaria en una cuestión de gran transcendencia social sería preferible a un gobierno prolongado que sacrificara las metas socialistas del partido. Tal derrota ofrecería una magnífica oportunidad para llevar los temas fundamentales del socialismo ante los electores por medio de unas elecciones que se desarrollarían por vez primera bajo el lema de "Capitalismo contra Socialismo". Así, decía el I. L. P., la plataforma del Partido Laborista sería conocida por todo el mundo en Inglaterra y una campaña de propaganda en tales condiciones bien podría dar resultados felices allí donde había fracasado en el pasado la rutina del partido. En resumen, el I.L.P. creía que el "accidente" parlamentario que había llevado el Partido Laborista al ministerio debía ser aprovechado para preparar otro gobierno laborista, basado, esta vez, en una mayoría socialista en la Cámara de los Comunes, más bien que para poner en práctica únicamente las proposiciones que los liberales tolerasen.

Ramsay Mac-Donald, y con él la inmensa mayoría de los dirigentes del partido, repudiaron tal política. Avidos de demostrar que el laborismo no era menos capaz de gobernar que aquellas clases a las que hasta entonces había pertenecido el monopolio del gobierno, deseaban acción y no propaganda. Ya que el gobierno dependería de los liberales, MacDonald se proponía realizar una serie de medidas progresistas aceptables para los liberales. La política del Partido Laborista, según creía MacDonald, había de basarse en el progreso gradual mediante la educación. Un éxito del partido, como gobierno, sería su mejor medio de educación. Además, MacDonald estaba convencido de que ni la clase obrera, ni las condiciones en general, habían alcanzado el grado de madurez que permitiera instaurar un orden

socialista. En un discurso, pronunciado en Dundee en septiembre de 1924, MacDonald reveló su creencia fundamental de que el socialismo era un sueño que no se convertiría en realidad sino en un lejano futuro. Aun cuando él hubiese de ser Primer Ministro durante cincuenta años, dijo MacDonald, "la promesa que os he hecho de todo mi corazón seguiría siendo una promesa... No porque yo hubiese desfallecido o faltado, sino porque el trigo aún estaría verde".[2] Otros dirigentes del partido temían que una política socialista audaz provocara una alianza entre los conservadores y los liberales, que mantendrían por un período indefinido al Partido Laborista fuera del gobierno.

La táctica de MacDonald no podía producir, inevitablemente, sino resultados modestos. El hecho es que el primer gobierno laborista, teniendo en cuenta su breve duración, y sus dificultades para imponerse a la Cámara de los Comunes, hizo todo lo que podía haber hecho desde el punto de vista de MacDonald y sus partidarios. Pero para los que habían esperado más que estas modestas reformas sociales, el primer gobierno del partido laborista fué una amarga decepción. El partido se condujo como si no fuese más que el ala obrera moderada del liberalismo inglés.

Cualesquiera que sean las opiniones sobre los logros del gobierno laborista, no puede haber duda alguna de que sus resultados fueron decepcionantes. En octubre de 1924, el gobierno entabló un juicio contra el director del semanario comunista *Workers Weekly*, J. R. Campbell. Pero la acción judicial cesó repentinamente. Y como quiera que en aquellos días se estuviesen entablando negociaciones con el gobierno soviético, los partidos de la oposición difundieron el rumor de que existía alguna relación entre estas negociaciones y la suspensión del juicio. Los liberales y los conservadores votaron juntos en contra del gobierno acusándole de haber ejercido presión sobre la justicia. Aunque el incidente no constituía una derrota grave, MacDonald disolvió la Cámara.

Ello fué ya por sí solo una circunstancia bastante desgraciada desde el punto de vista del Partido Laborista, pues en la campaña electoral

[2] *Times*, de Londres, 1º de septiembre de 1924.

venidera se presentarían escasas oportunidades para exponer al país el programa socialista. Ramsay MacDonald había visto con enojo cada vez mayor que el gobierno dependiese de los liberales. Por eso, se había valido del primer pretexto que le permitiese proceder a elecciones generales. Abrigaba la esperanza, no del todo injustificada, de que quien saldría más perjudicado de ellas sería el partido liberal y que el Partido Laborista sería su heredero. Es harto posible, también, que el Primer Ministro, previendo la derrota de su plan de una garantía del gobierno para un empréstito inglés a Rusia, hubiera anticipado una disolución inevitable a todas luces.

En el curso de la campaña electoral se produjo un incidente que dió un tremendo ímpetu a la embestida conservadora. El 1º de octubre, el Servicio Secreto Británico entregó al Ministerio de Relaciones una carta escrita, según se pretendió, por Zinoviev (el presidente de la Internacional Comunista) y que contenía instrucciones a los comunistas ingleses respecto a la propaganda antimilitarista. Hoy difícilmente pueden subsistir dudas de que la llamada "Carta Roja" fuese una falsificación aceptada más o menos deliberadamente por un alto funcionario del Ministerio de Relaciones, pero en aquel entonces la opinión pública creyó en su autenticidad. La publicación de la "carta de Zinovief", que no se sabe de qué manera se extravió de las oficinas gubernamentales a la redacción del diario conservador *Daily Mail* cinco días antes de las elecciones, provocó una gran excitación, y fué MacDonald quien vertió aceite sobre las llamas. Indeciso, al parecer, entre la fidelidad hacia su partido y la lealtad hacia su departamento, el Primer Ministro permaneció "misterioso y ambiguo".

El fantasma del bolchevismo, creado por la "Carta Roja" hizo correr hacia las urnas electorales cientos de miles de asustados que de otra manera tal vez no hubiesen votado, y todos votaron contra el partido laborista. Y, sin embargo, el partido pudo aumentar sus votos en un millón aproximadamente, aunque perdió 42 puestos. Las esperanzas de MacDonald se realizaron: los liberales fueron casi aniquilados. perdiendo 119 de sus 158 curules. Los votos de las clases medias afluyeron a los conservadores que conquistaron una mayoría aplastante respecto a los laboristas y liberales combinados. Pero no obstante la

derrota sufrida, el Partido Laborista se estableció, desde entonces definitivamente como posibilidad normal de sustituir al gobierno conservador; y los ex ministros del primer gabinete laborista ocuparon en lo sucesivo los bancos delanteros frente a los miembros del gobierno.

Decepcionado por los resultados de la acción política, el movimiento obrero volvió una vez más su atención principal hacia el sindicalismo. La acción industrial se reanudó como arma capaz de manifestar el creciente poderío y prestigio de la clase obrera. Igual que en el pasado, la industria hullera constituía el foco de los conflictos, y los dirigentes sindicales, después de un eclipse parcial, avanzaron de nuevo hacia el primer plano. Bajo su mando, el proletariado inglés hizo su primera huelga general en la historia moderna.

3

En la medianoche del 3 de mayo de 1926, tres millones de obreros británicos entraron en huelga.

El Primer Ministro conservador, Baldwin, calificó esta huelga de empresa revolucionaria. "El gobierno constitucional está siendo atacado", escribió el 6 de mayo en la *British Gazette,* diario gubernamental impreso por esquiroles. "La huelga general es un reto al parlamento y el camino hacia la anarquía y la ruina." Para los dirigentes de la huelga y los obreros mismos, este paro era una aplicación del arma industrial sin fines políticos. Se trataba de conseguir para los mineros un "trato equitativo", de arreglar una vieja disputa industrial y de apoyar las demandas de los mineros. Nada más alejado del espíritu de los líderes y de la gran masa de los obreros organizados que la idea de una revolución. A excepción de los tres o cuatro mil miembros del partido comunista y de los afiliados a sus varias organizaciones auxiliarias, ni un solo huelguista formuló reivindicaciones políticas. Pero los tercos conservadores veían en la huelga general la batalla decisiva entre la democracia burguesa y las fuerzas de la revolución.

El gobierno se valió de todos los medios que estaban en sus manos para romper la huelga y acabar con "la amenaza de un triunfo de las fuerzas revolucionarias". Los dirigentes de la huelga, a su vez, procu-

raban evitar cualquier gesto que pudiera justificar la acusación, lanzada por el gobierno, de que adoptaban una "conducta anticonstitucional". Un bando luchaba sin contemplaciones; el otro, los obreros, respetaba la ley y el orden. En tales condiciones el colapso de la huelga era inevitable desde un principio.

Al echar una ojeada retrospectiva sobre la huelga, conviene admitir que aun cuando ambos lados la hubiesen considerado como un mero conflicto económico, la causa de los mineros no por eso habría dejado de estar perdida. La industria hullera no estaba simplemente en condiciones de satisfacer las demandas de los obreros, resumidas por el fervoroso nuevo secretario de la unión de mineros en la fórmula sugestiva: "¡Ni un penique menos, ni un minuto más!" La reducción de los salarios parecía ineludible desde 1925, cuando las utilidades bajaron bruscamente en toda la industria, pero no fué puesta en práctica debido al espíritu combativo de los sindicatos y a la falta de preparación para cualquier paso decisivo de parte del patronato. El Consejo General del Congreso de los Sindicatos, el recién creado órgano central del movimiento sindical, hizo suya la causa de los mineros y las omnipotentes uniones de obreros del transporte establecieron planes para un boicoteo general del transporte de carbón en el caso de un paro en las minas. Al mostrarse los empresarios inexorables, se dieron instrucciones para cesar el transporte de hulla desde el 31 de julio de 1925. Frente a tal amenaza, el gobierno intervino anunciando que pagaría subsidios a los propietarios de las minas para permitir que mantuviesen los salarios existentes hasta el 1º de mayo de 1926. Se constituyó una real comisión encabezada por Sir Herbert Samuel con objeto de investigar la situación económica de la industria minera.

Fué esto una victoria de los sindicatos, pero una victoria efímera. Los subsidios del estado no podían ofrecer una solución duradera. Siendo la industria hullera incapaz de mantener el nivel de los salarios y persistiendo los mineros en su negativa de aceptar una reducción ni un aumento de las horas de trabajo, el dilema creado parecía insuperable. La médula de este dilema residía en la política monetaria de Inglaterra. Mientras no cambiase, el estado del problema

quedaba circunscrito por las pérdidas continuas de los industriales hulleros y el continuo negarse de los mineros a soportar el peso de la crisis de su ramo de industria.

Y no es que la política monetaria fuese la única causa del callejón sin salida en el que se hallaba la industria hullera. Los recortes se habían hecho necesarios también debido a otros factores, tales como el estado de atraso de esta industria, los progresos tecnológicos y el avance de los competidores del continente europeo. Estos problemas habrían existido independientemente de la política monetaria inglesa, pero no por eso deja de ser cierto que la dificultad principal residía en la sobrevaluación de la moneda. Cuando la Gran Bretaña volvió al patrón oro con la paridad prebélica entre la libra esterlina y el dólar, los precios de exportación ingleses subieron por encima del nivel de precios del mercado mundial. En otras palabras, era preciso devaluar la moneda o reducir los precios de exportación, si se quería permitir a Inglaterra reanudar su comercio de exportación. Ya que se descartó la devaluación, no quedó más remedio que la reducción de los precios. El verdadero enemigo de los obreros no era, pues, los patrones, a los que, dadas las circunstancias, no quedaba otra alternativa que una rebaja de los salarios. El verdadero enemigo era la política monetaria del gobierno. Y, sin embargo, lo que los obreros pedían al gobierno eran subsidios a los mineros. El problema hullero era esencialmente un problema político y no podía ser resuelto con métodos de grupo de presión.

Por desgracia, el movimiento obrero no comprendió esta verdad. Sus dirigentes, si bien habían protestado contra la imprudente precipitación del retorno a la paridad oro prebélica, no se habían opuesto nunca al retorno mismo. En 1925, cuando Winston Churchill asumía el cargo de ministro de hacienda, Philip Snowden declaró en la Cámara de los Comunes que "una vuelta al patrón de oro con *indebida precipitación* podría empeorar la grave situación de paro forzoso y de retroceso del comercio"; más ni una sola voz se levantó desde las filas del laborismo contra el objeto mismo de la política del gobierno. La vuelta al patrón oro prebélico era parte del deseo general de volver a las condiciones de ante-guerra, que se identificaban con la

normalidad, más bien que a la construcción de una estructura económica, ajustada al mundo postbélico. Hasta el laborismo se dejó arrastrar por esta corriente.

Tal falta de ingenio constructor fué una de las causas principales del desastre de la huelga general de 1926. Y habría de influir profundamente en la catástrofe de 1931.

4

"Los mineros se muestran triunfantes por lo que consideran una gran victoria", informaba el *New York Times* del 1º de agosto de 1925. El movimiento sindicalista en su totalidad, que había respaldado a los mineros ingleses y esta vez sin reservas, sentía que la lucha en la industria hullera constituía la clave de la situación industrial entera. El éxito de la amenaza de huelga y los progresos del Partido Laborista en una serie de elecciones especiales acentuaron la confianza de los obreros en sí mismos. El secretario de la unión de mineros, Cook, anunció con orgullo que el movimiento había derrotado "ya no sólo a los patrones sino también al gobierno más fuerte de los tiempos modernos".[3]

La clase obrera, indudablemente había infligido una seria derrota al gobierno, pero no había ganado más que una sola batalla. Sólo obtuvo una tregua de nueve meses, de la que los obreros sacaron menos ventajas que sus adversarios. El gobierno estableció un sistema de transportes y de distribución de alimentos que había de entrar en función en caso de una huelga general; se puso en pie una "organización de mantenimiento de abastos" privada y auxiliar del gobierno, y surgió una pequeña organización fascista, mandada por oficiales del ejército activos y patrocinada por el Ministro del Interior, Sir William Joynson-Hicks. El Congreso de los sindicatos, por el contrario, se mostró negligente en extremo respecto a todos los preparativos vitales para la lucha inminente. Muchas uniones se negaron a delegar de modo permanente sus derechos de autonomía en la autoridad central que

[3] Crook, *The General Strike*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1931, p. 368.

hubiese de dirigir un movimiento general eventual. Cosa sorprendente, los que más se atrasaban en los preparativos eran precisamente los mineros.

Sir Herbert Samuel era conocido como adversario de la nacionalización de la industria hullera. Y, sin embargo, los hechos obligaron incluso a la Real Comisión de Investigacion sobre las Minas de Carbón a declarar la necesidad de una reorganización de esta industria. Al mismo tiempo, empero, la comisión recomendaba un "sacrificio temporal por parte de los empleados en la industria", en forma de una reducción de salarios. Por lo demás, se desaconsejaba todo aumento de las horas de trabajo y se insistía en el mantenimiento del convenio nacional.

Este informe no satisfizo a ninguno de los bandos. Los propietarios pidieron convenios locales y los mineros rechazaban la reducción de salarios. El Primer Ministro Baldwin declaró que el gobierno aceptaría el informe si los patrones y los obreros hiciesen lo mismo. Frank Hodges, antiguo secretario de los mineros ingleses y posteriormente de la Federación Internacional de las Uniones de Mineros, aclamó el informe, pero entre los mineros su voz resultó un grito en el desierto. Los comunistas, que dirigían el llamado movimiento de minoría dentro de las uniones, tildaron el informe de tentativa para dividir la clase obrera e inducir a los reformistas a abandonar la lucha. Aunque el secretario de los mineros, Cook, estaba muy ligado al movimiento de minoría, su influencia sobre el grupo dirigente de los sindicatos no era muy grande. El hecho es que los líderes del Congreso de los sindicatos creían posible un arreglo a base del informe, y que el Primer Ministro deseaba en realidad la reanudación de las negociaciones. Subsiguientemente, Baldwin sugirió negociaciones en presencia de terceros, propuesta que fué rechazada por los industriales. Ahora bien, en vez de criticar públicamente a los patrones por su renuncia a entrar en negociaciones, Baldwin tomó de un modo cada vez más ostensible partido contra los obreros a los que exigió la aceptación del principio de la reducción de salarios como condición preliminar a la apertura de negociaciones. Parecía obvio que los conservadores deseaban un desenlace violento.

Así, pues, en contra de sus deseos los líderes derechistas de los sindicatos se vieron obligados a decretar para el 3 de mayo una huelga general. Y es que, aparentemente, J. H. Thomas y sus amigos del ala derecha temían más una huelga victoriosa que una grave derrota "negociada".

Durante el lapso que llega hasta el 3 de mayo, el Consejo General de los Sindicatos continuó sus desesperados esfuerzos para iniciar negociaciones. El éxito de éstos parecía estar a la vista cuando estalló una huelga desautorizada en el diario ultraconservador *Daily Mail*, de Londres, negándose los tipógrafos a componer los artículos de fondo que denunciaban como revolucionarios a cuantos se solidarizaban con los mineros. Sin averiguar si el Consejo General era responsable de este paro o si solamente lo aprobaba, Baldwin se valió de él como pretexto para suspender las negociaciones, a menos de que la declaración de la huelga general, fijada para la noche del 3 de mayo, fuese retirada incondicionalmente.

No quedó a los decepcionados dirigentes sindicales otra alternativa que acentuar su amenaza de hacer parar a los obreros. Incluso los comunistas mostraron sorpresa ante la perspectiva de una huelga general. Todavía el 30 de abril, sus demandas no habían pasado de un embargo sobre el carbón y la represión de la "prensa capitalista mendaz".

5

Al despertar Londres el martes 4 de mayo de 1926, se encontró con su vida económica mutilada, su tránsito paralizado y su aprovisionamiento amenazado. Aunque tildado de huelga general, el paro distaba mucho de ser completo. El Consejo General sólo había llamado la "primera línea" de las fuerzas obreras, a saber, los ferroviarios y obreros del transporte, más los impresores, los obreros de la construcción y el personal de las fundiciones de hierro y de acero —estos últimos para que los empleados de transporte no se quejasen de tener que soportar siempre solos el embate más reñido de la batalla—. El objeto principal era impedir que trabajaran los transportes y alguna industria

clave y parar los periódicos casi unánimes en su hostilidad hacia los obreros. Debido a la estructura intrincada de muchos sindicatos industriales y a la falta de preparativos, no pudieron evitarse errores en el desarrollo de la huelga. Se ordenó holgar sin necesidad a parte de los obreros y el paro de la prensa, que daba una apariencia de verdad a las acusaciones del gobierno de que los obreros estaban atentando contra los derechos constitucionales, fué lamentada posteriormente, por casi todo el mundo, como un yerro funesto. Por añadidura, el monitor del Consejo General, el *British Worker*, tropezó con dificultades para llegar a los miembros de la unión en las comarcas, en tanto que el gobierno hizo un uso eficaz de las radiodifusiones y logró lanzar su propio periódico el *British Gazette*, dedicado exclusivamente a una campaña contra los obreros.

La respuesta que tuvo la llamada a la huelga fué excelente y lo completo del paro fué una sorpresa tanto para el gobierno como para los propios dirigentes del movimiento. Pese a la confusión inicial, las *uniones* improvisaron pronto un mecanismo eficaz de coordinación. Hubo pocas defecciones y aunque su número iba aumentado a medida que los "Nueve Días" se aproximaron a su fin, su importancia fué escasa. El fracaso de la huelga se debió a la falta de un objeto claramente delineado más bien que a la ausencia de entusiasmo en los obreros. Los jefes de los huelguistas se defendieron constantemente contra los incesantes ataques del gobierno que insistía en que "estaban amenazando los fundamentos de un gobierno ordenado, y se acercaban más a la proclamación de la guerra civil que en cualquier otro momento en el curso de los siglos pasados".[3] Nada estaba tan lejos de la mente de los dirigentes de la huelga que los planes revolucionarios, pero no obstante mucha gente de la clase media se atemorizó en grado tal que dieron crédito a las acusaciones del gobierno y a la especie de que los sindicatos ya estaban gobernando el país donde quiera que alcanzaba su fuerza.

Ya que los jefes del movimiento no tenían deseo alguno de derrocar el gobierno, la única perspectiva de éxito residía en un relaja-

[3] Baldwin ante la Cámara de los Comunes, el 3 de mayo.

miento por parte de éste. ¿Pero cómo podría el gobierno transigir en una cuestión tan fundamental como la constitución? Después de haber propalado la noticia de que el gobierno estaba luchando para conjurar el peligro de una instauración de "sindicatos soviéticos",[5] los gobernantes, a menos de sentirse amenazados por una revolución, difícilmente podían salir al encuentro hasta medio camino de unos futuros miembros del "gobierno soviético inglés". De no intervenir una transacción, la huelga sólo podía ser llevada a feliz término si se procedía deliberadamente a lo que el gobierno imputaba deslealmente a los huelguistas, a saber, a la aplicación de métodos revolucionarios. Mientras duraba la huelga, existía la posibilidad de que los obreros, dándose cuenta del dilema a que se enfrentaban, prefiriesen la revolución a una capitulación. Más sus dirigentes no hubieran consentido nunca en el uso de métodos revolucionarios y, en consecuencia, suspendieron la huelga —desesperada desde su punto de vista—, tan pronto como quedó de manifiesto que no se podía esperar ninguna transacción. Fué a esta potencialidad revolucionaria de la huelga general a la que aludió J. H. Thomas al declarar el 13 de mayo, el día siguiente al fin oficial del movimiento, en la Cámara de los Comunes: "Lo que más temía yo de la huelga era esto: si, por casualidad los individuos capaces de dominar la situación hubieran perdido el control de ella, todo hombre en sus cabales sabe lo que entonces habría llegado a ocurrir. Doy las gracias a Dios de que esto no haya sucedido".

El gobierno estaba determinado a no detenerse en una victoria a medias. Durante la huelga se armó a miles de policías especiales y se puso en marcha el servicio de emergencia para el transporte de aprovisionamientos. En lo demás, el gobierno esperó con paciencia a que los dirigentes se percatasen de la contradicción íntima entre sus metas reales y lo que Sir John Simon llamaba "las consecuencias perfectamente obvias de sus actos deliberados".[6]

Las relaciones entre los principales dirigentes del Consejo General y la masa de los mineros pronto se hicieron tirantes. El Consejo

[5] Winston Churchill ante la Cámara de los Comunes, el 3 de mayo.

[6] Sir John Simon, Tres discursos sobre la huelga general, Crook, *op. cit.*, p. 401.

quería escapar mediante alguna transacción al dilema de tener que capitular o de pasar a la acción revolucionaria. Los mineros continuaron aferrados a su vieja fórmula de rechazar cualquier concesión. Sir Herbert Samuel, presidente de la Real Comisión de Investigación sobre las Minas de Carbón, permitió finalmente al Consejo General encontrar una salida. Sugirió un acuerdo basado en términos mejores que los propuestos por el primitivo informe de su comisión, pero que supondrían todavía grandes sacrificios par parte de los mineros. El Consejo General creía —o pretendió creer— que Sir Herbert hablaba en nombre del gobierno o, cuando menos, con la aprobación del mismo, aunque Sir Samuel había dado claramente a entender que actuaba de modo extra-oficial.

Los mineros rechazaron la propuesta; esto fué poco inteligente, ya que en aquellos momentos debían haberse dado cuenta de que el Consejo General estaba resuelto a conjurar la huelga a toda costa. Los voceros de los mineros declararon no poder desdecirse de la posición adoptada desde un principio sin autorización expresa de parte de las masas.

El 11 de mayo, nueve días después de haberse iniciado, el Consejo General abandonó la huelga general. Seguir a los mineros "hacia una política puramente negativa", declaró el Consejo en un informe posterior, hubiera "desvirtuado la magnífica respuesta que fué la huelga de simpatía, por un proceso de desgaste que habría arrastrado las *uniones* a la quiebra y socavado la moral de sus miembros... El Consejo estaba convencido de que, por mucho que prolongase la huelga, su situación no dejaría de ser la misma en cuanto a la actitud del comité ejecutivo de los mineros se refiere; en consecuencia, el Consejo no creyó justificado permitir que las *uniones* continuaran sacrificándose un solo día más".

En el país, la brusca e inesperada orden de reanudar el trabajo produjo confusión, desconcierto y, en algunos casos, desilusión. El Consejo General aseguró que el memorándum de Sir Samuel había servido de base para el convenio, pero el gobierno se negó a considerarse ligado por este documento. La huelga se reanudó de manera casi total al descubrir los obreros que sus dirigentes habían omi-

tido pedir garantías, hecho que resultó claro en vista de la negativa de algunas compañías a volver a colocar cierto número de huelguistas; fué preciso proceder a arreglos individuales para poner fin a una serie de nuevas huelgas. Cuando todo había pasado, quedó de manifiesto que la huelga general había terminado con un fracaso y que, contrariamente a los primeros anuncios del Consejo General, los mineros no habían aprobado la cesación de la huelga. Una vez más, los mineros se vieron abandonados a su suerte.

La huelga en la industria minera continuó por más de seis meses. Aunque su futilidad era clara para todo el mundo, los mineros se obstinaron en proseguirla hasta el mes de noviembre, cuando el hambre les impuso la sumisión. Hubieron de aceptar unas condiciones mucho peores que las estipuladas por el memorándum de Sir Samuel y aun las previstas en el informe original de la comisión. Así, pues, la huelga general y la de los mineros terminaron en un completo fracaso.

6

"La huelga general constituye un arma inutilizable para propósitos económicos. Es torpe e ineficaz. No tiene metas que, una vez logradas, puedan considerarse como victorias. Llevada hasta sus últimas conclusiones, la huelga acabaría por arruinar el sindicalismo y entretanto el gobierno provocaría una revolución; reñida hasta el final, sólo como medio para un fin, haría que los hombres responsables de las decisiones tomadas fueran acusados de traición".[7] Así escribía Ramsay MacDonald después de la huelga.

Al día siguiente de la derrota, los líderes del ala derecha obtuvieron pleno control sobre todo el movimiento laborista. MacDonald y Henderson dirigieron el Partido Laborista; J. H. Thomas, Walter Citrine y sus amigos, los sindicatos. Quizás la única excepción sobresaliente la constituyera Ernest Bevin, líder de los obreros del transporte. Aunque en 1926 no fuera de ninguna manera un izquierdista, era un hombre imparcial, que mantenía contacto con intelectuales

[7] *Socialist Review*, junio de 1926.

socialistas anatemizados por los del ala derecha. C. T. Cramp, uno de los dirigentes de la unión de ferroviarios, extrajo de la derrota la enseñanza de que nunca más se engolfaría el movimiento obrero inglés en semejante aventura. Si bien la primera reacción de las masas ante la capitulación de sus jefes se expresó por una censura sin atenuantes, que permitió a los comunistas hacer incursiones en las filas del partido laborista, los líderes mismos estaban determinados a descartar para siempre cualquier política extremista.

Walter Citrine (el futuro Sir Walter), elegido en 1925 secretario general del Congreso de los Sindicatos, definió la nueva política sindical señalando que las *uniones* "estaban interesadas en la prosperidad de la industria" y pedían que se les concediese un voto respecto al modo de desarrollar las industrias, a fin de que "[el movimiento] pudiese influir en los nuevos acontecimientos que están teniendo lugar". Contrastó tal política de activa colaboración con el deliberado afán de provocar una situación revolucionaria, por una parte, y la actitud pasiva de "apartamiento", por la otra.[8] Citrine, uno de los futuros valores del movimiento había dado una fiel expresión al punto de vista de la mayoría. Las masas se negaban a seguir las consignas revolucionarias de los comunistas o a aceptar la pasividad seudorrevolucionaria de los radicales. Pero la política de Citrine no constituía un reformismo auténtico, pues en su opinión lo que incumbía a los sindicatos era "influenciar" las decisiones y no ponerlas en práctica ellos mismos. Así, pues, las *uniones* pensaban y actuaban precisamente como grupo de presión.

La venganza del gobierno por la huelga fué dura. La ley de 1927 sobre conflictos industriales y sindicatos declaró ilegales las huelgas de solidaridad, lo mismo que las huelgas "destinadas o calculadas para coaccionar al gobierno ya directamente o acarreando penalidades a la comunidad". La misma ley también impuso restricciones al derecho a manifestaciones, excluyó a los funcionarios oficiales de los sindicatos que no tenían relación con empleados del gobierno, y redujo fuertemente las aportaciones sindicales al partido laborista.

[8] Informe anual *Trade Union Congress* para el año de 1928.

El triunfo del ala derecha dentro del movimiento tuvo su expresión en medidas anticomunistas. El Partido Laborista había rechazado las demandas del partido comunista, tendientes a la afiliación en aquél; posteriormente se pidió a los sindicatos que no enviasen a las conferencias del partido delegados inadmisibles como miembros del Partido Laborista. Hasta entonces habían perdurado en el seno del movimiento sindical, como unidad distinta del partido político, ciertas influencias comunistas. Pero después del año de 1926, la mayoría de las *uniones* se adhirieron a la corriente anticomunista, previniendo a sus miembros contra la presencia de las organizaciones de Frente Unico, inspiradas por los comunistas.

Tal evolución era, en lo esencial, parte de un proceso necesario: el Partido Laborista se convertía gradualmente de una vaga federación de organizaciones individuales y autónomas en un partido bien disciplinado con, al menos, un denominador común de visión de las cosas. Ya que este proceso transcurría bajo la dirección del ala derecha, había de ir necesariamente en contra de los elementos de izquierda.

El fracaso de la huelga general robusteció, pues, la influencia de MacDonald y Snowden sobre el partido. Su supremacía era completa en 1929 cuando el Partido Laborista por segunda vez, tomó las riendas del gobierno.

7

La ligera tendencia al alza, por cuanto a la situación económica que coincidió con el advenimiento del gobierno laborista, permitió la realización de algunas reformas sociales. El ingreso nacional, aunque seguía a bajo nivel, subía lentamente, circunstancia que ponía a disposición de la política social fondos más amplios sin ocasionar una reducción indebida de las utilidades obtenidas por las empresas. Pero este auge no duró. Hacia fines de 1929 sobrevino la crisis mundial y entonces las influencias del exterior, acentuaron en vez de aliviar la particular depresión postbélica de la economía inglesa.

Desde el primer día, el gobierno tropezó con el obstáculo de que cualquier política económica expansionista fatalmente había de poner en peligro la estabilidad de la moneda en términos de oro. El

mismo problema monetario que había originado el desastre de la huelga nacional, volvía a amenazar al gobierno laborista; pues, como consecuencia de la sobrevaloración de la moneda, el Banco de Inglaterra se halló ante el constante peligro de una pérdida de oro. Aun antes de 1929, a medida que bajaban los precios en los mercados mundiales, la situación había ido empeorando continuamente. Cualquier medida expansionista, al aumentar las importaciones y reducir las exportaciones, habría agravado el saldo pasivo de la balanza del comercio exterior. Una presión tal hubiera resultado más fuerte de lo que la moneda podía resistir. De ahí que el mantenimiento de la paridad de oro de la libra esterlina implicara la repudiación del programa electoral del Partido Laborista, que incluía la promesa de medidas tendientes a una expansión de las actividades económicas. En las condiciones creadas por la crisis mundial, la defensa de la paridad oro incluso hacía inevitable una política deflacionista que excluía por completo cualquier plan de obras públicas en gran escala.

Al comenzar a bajar los precios en el extranjero, la industria británica tuvo dificultades cada vez más graves para competir con la extranjera en los mercados exteriores y aun en el propio país. Bajo el sistema del librecambio, la baja de los precios en el mercado universal hubo de ejercer necesariamente una creciente presión sobre el nivel de precios inglés y, por ende, sobre los salarios ingleses.

Así, pues, el gobierno se veía metido permanentemente entre la Scila del "manipular con la moneda" y la Caribdis de la deflación. Puesto que el gabinete se aferraba a su negativa de abandonar el patrón oro, o de alterar la paridad oro de la libra, fuerza era que los patrones se aferrasen a la reducción tanto de los salarios como de la imposición, por ser el único medio para poder competir en el mercado mundial. Los sindicatos, por el contrario, veían su tarea principal en la defensa del nivel de salarios existente, a la vez que algunos elementos del Partido Laborista pedían a gritos un aumento de los egresos públicos. Pero mientras los salarios y los precios se mantuviesen a alto nivel, era inevitable que los géneros más baratos del extranjero invadieran el país, empeorando continuamente el balance del comercio exterior. Y sin embargo, tanto Snowden, en su calidad de Ministro

de Hacienda, como el gabinete en conjunto seguían descartando cualquier sugestión de tomar medidas que protegiesen, por lo menos, los mercados nacionales.

Bloqueado por su propia determinación de proteger a toda costa la moneda y por la resistencia opuesta por las organizaciones de la clase obrera a una reducción de salarios en grande, al gobierno le quedaba poca libertad de acción. Apremiados por sus propios partidarios a cumplir la promesa electoral de reformas sociales de gran alcance, al tiempo que el mundo capitalista reclamaba con insistencia una reducción de los impuestos y una restricción correspondiente de la política social, MacDonald y Snowden se limitaban a seguir por la línea de menor resistencia, sin hacer nada de importancia. El gobierno laborista iba a la deriva, sin rumbo, hasta que fué arrollado por los sucesos de 1931.

8

Al formar su segundo gabinete, James Ramsay MacDonald encomendó al secretario de la unión de ferroviarios, J. H. Thomas, la misión de idear un sistema eficiente de lucha contra la desocupación. Thomas fué nombrado Lord del Sello Privado, título que no llevaba consigo ningún cargo especial, y recibió como ayudante al primer comisario de obras, George Lansbury, y a Sir Oswald Mosley, canciller del ducado de Lancaster, otro título sin responsabilidad administrativa. Pero si se hace caso omiso de algunas sugestiones de poco alcance —una gota en el océano, comparado con las tremendas y siempre crecientes dimensiones del problema —este comité no pudo realizar ningún progreso.

Mucho se hizo, en cambio, por ampliar la asistencia contra la desocupación a toda persona sin trabajo del Reino Unido. Tal revisión de la ley coincidió, desgraciadamente, con una rápida deterioración del mercado de trabajo. Hacia 1930, el fondo del seguro contra la desocupación debía ya cerca de cien millones de libras esterlinas y seguía endeudándose. Frente a una depresión de tan excepcional intensidad y duración, tal combinación de casi completa parálisis en el dominio de la política económica y de un honrado deseo de aliviar los sufrimientos de los desocupados estaba condenada a terminar con un desastre.[9]

A excepción de un pequeño grupo afiliado al Partido Laborista Independiente dirigido por James Maxton, el grueso de los miembros del partido laborista esperaba pacientemente las decisiones del gobierno respecto a su política frente al paro forzoso. Durante la conferencia del partido, en octubre de 1929, cuatro meses después de la constitución del gabinete, J. H. Thomas no tropezó con ninguna censura seria a pesar de que no tenía nada alentador que ofrecer. El único remedio sano contra el paro forzoso, decía, se encontraba en un comercio de exportaciones mayor, pero no explicó cómo podría éste ser incrementado substancialmente. En realidad la naciente crisis mundial impidió que la Gran Bretaña recuperase los mercados extranjeros perdidos después de la guerra, a la vez que redujo las exportaciones inglesas, especialmente las de artículos manufacturados.

Hacia 1930, sin embargo, cuando las condiciones económicas no mostraban todavía indicios de mejora, el partido comenzó a dar señales de inquietud. El conflicto entre el I.L.P. y MacDonald llegó a su climax, y el Primer Ministro se retiró de este partido al que había pertenecido desde 1894. Poco después, Sir Oswald Mosley salió del gobierno como protesta contra su falta de iniciativa en la lucha contra la desocupación. Sir Oswald, Lansbury y Johnston habían presentado juntos un memorándum en el que sugerían un enorme empréstito para obras públicas. Por sensata que fuese esta propuesta en sí misma, resultaba inaceptable a menos que se procediera, al mismo tiempo, a una devaluación o un control del cambio exterior. Fué la repudiación

[9] "[El Partido laborista] cometió, al asumir el gobierno, el error de intentar mantenerse en el poder aceptando una tradición liberal anticuada. Trató meramente, bajo la dirección de MacDonald, de extender los límites de la reforma social. Al hacer de la asistencia a los desocupados, y no de la reconstrucción de la organización económica, el pivote de su política doméstica, corrió el grave peligro al suponer que una mera política de aumento del socorro a "los de abajo" bastaría para ganarse popularidad. Las elecciones mostraron cuán erróneas habían sido estas suposiciones." Harold Laski, *The Crisis and the Constitution: 1931 and After*. Day to Day Pamphlets Nº 9, Londres, the Hogarth Press, 1932, p. 42.

de su demanda la que provocó directamente la ruptura entre Sir Oswald y el gobierno laborista.

Como consecuencia de esta crisis gubernamental, también dimitió J. H. Thomas de su cargo de Lord del Sello Privado, encargándose de otra cartera, en tanto que el propio Primer Ministro reemplazó a Thomas como director de la política para remediar la desocupación. La Cancillería del ducado de Lancaster, vacante por la renuncia de Mosley, pasó al mayor Clement Richard Attlee quien posteriormente ascendería a jefe del partido. Pero aun los cambios más drásticos en el seno del gobierno no podían resolver el problema de la desocupación mientras la posición básica del ministerio, especialmente su política monetaria, continuara siendo la misma. El descontento cada vez más profundo que reinaba dentro del Partido Laborista dió gran peso a la crítica de Mosley, dirigida contra el gobierno; pero cuando Mosley se lanzó a completar sus proposiciones económicas con ciertas sugestiones a favor de un "super-gabinete" casi dictatorial, el gobierno pudo dejar de hacerle caso sin temor. El grueso del partido se negó a seguir a Sir Oswald en su rápida conversión a la filosofía fascista. Cuando Mosley, en febrero de 1931 se separó del Partido Laborista, sólo le acompañaron cinco miembros del parlamento laboristas que fueron todos desautorizados inmediatamente por sus distritos electorales.

Pero el partido no se reconcilió con la forma en que el gobierno enfrentaba la situación creada por la desocupación. Al contrario, la disensión se agravó cuando, a principios de 1931, el Ministro de Hacienda anunció la inminencia de ciertas medidas económicas, declarando que si se quería equilibrar el presupuesto habría que diferir cualquier gran egreso hasta el retorno de la prosperidad. No obstante tal política de ahorros, el comité elegido para formular sugestiones económicas pronosticó, hacia fines de julio de 1931, un déficit de 120.000,000 de libras esterlinas para el siguiente ejercicio presupuestal. El número de desocupados pasó de los 2.300,000. La situación se estaba haciendo intolerable cuando estalló la crisis monetaria.

9

La crisis obligó al gobierno a abandonar su actitud evasiva ante la cuestión crucial. Snowden tuvo que escoger, casi inmediatamente, entre la devaluación de la libra y unas medidas deflacionistas radicales. Tal alternativa se planteó, en efecto, ante el gobierno laborista al saberse los requisitos previos a la concesión de un empréstito negociado por Inglaterra con los bancos norteamericanos. Se decía, al parecer, que el gobierno debía reducir el déficit si es que Inglaterra había de recibir una ayuda financiera. Si los banqueros habían exigido expresamente una disminución de los subsidios a los desocupados, es una cuestión que nunca ha sido esclarecida plenamente. MacDonald y Snowden lo negaron, mientras que el Partido Laborista acusó a los banqueros norteamericanos de haberse inmiscuído en los asuntos internos de Inglaterra. Cualesquiera que fuesen las demandas de los banqueros, es evidente que no podía hacerse ninguna reducción seria del presupuesto si no se cortaba la partida responsable en primer lugar del déficit, a saber, las subvenciones al seguro contra el paro forzoso. Cualquier esfuerzo para mantener la paridad oro de la libra dependía de empréstitos extranjeros ya que el éxodo de los capitales venía a sumarse a las muchas preocupaciones del Banco de Inglaterra. En estas condiciones se imponían, de modo ineludible, ciertas medidas económicas radicales que no podían menos que afectar la asistencia a los desocupados. Ello sólo hubiera podido evitarse aceptando una devaluación.

James Ramsay MacDonald, Philip Snowden y J. H. Thomas pueden aspirar al mérito de haber sido los primeros miembros del gobierno conscientes de que había llegado la hora de adoptar una decisión radical. El resto del gabinete "tenía una idea muy imprecisa de lo que estaba sucediendo" y continuaba eludiendo tomar una decisión. Fueron probablemente la influencia de los sindicatos y la lealtad hacia lo que los ministros consideraban los intereses inmediatos de la clase obrera, más bien que una concepción distinta de la política financiera inglesa, las que inpidieron que la mayoría del gobierno siguiera a MacDonald y Snowden.

Muy pronto quedó de manifiesto que no solamente el Primer Ministro y el Ministro de Hacienda, al preferir la adopción de medidas económicas a la inevitable devaluación, habían optado por el camino malo desde el punto de vista de la clase obrera, sino que MacDonald obraba bajo la influencia de una idea acariciada desde hacía mucho tiempo: la de sustituir el gobierno de su propio partido por un gabinete de emergencia "nacional". La propaganda a favor de tal solución había sido lanzada por vez primera varios meses antes de los críticos días de agosto de 1931. Sólo un gobierno que no fuera de partido, habíase insinuado, sería capaz de tomar y llevar a cabo las decisiones juzgadas necesarias por MacDonald, a saber, una serie de medidas económicas drásticas y, tal vez, también la introducción de tarifas arancelarias proteccionistas. La crisis financiera ofreció al Primer Ministro una oportunidad para realizar su sueño de una coalición "nacional" acaudillada por él mismo.

Además, MacDonald había llegado a menospreciar a casi todos sus colegas en el gabinete o, cuando menos, a creerse muy superior a ellos. "El Primer Ministro no se sentía en disposición de gastar tiempo y energía en ese trato amistoso con los miembros de su propio partido o aún con sus colegas, los otros ministros, que llega al extremo de evitar toda fricción y producir 'espíritu de equipo' " escribía, en marzo de 1932, Sidney Webb (Lord Passfield), uno de sus colegas en el gabinete. "Acostumbraba cada vez más a pasar sus pocas horas de ocio en compañía menos desagradable",[10] que era en realidad la "sociedad" londinense.

Así, unos factores objetivos y subjetivos concurrieron a arrastrar al Partido Laborista hacia la catástrofe de 1931.

10

Los sucesos que habían de llevar a la disolución del gobierno laborista empezaron con la quiebra de la *Oesterreichische Credit-Anstalt* (Instituto de Crédito Austríaco) en mayo de 1931. Desde Viena, la crisis financiera se extendió a Alemania y de allí, por vía de los vínculos entre los bancos alemanes e ingleses, a Londres. El informe de la Comisión de mayo nombrada para sugerir medidas económicas, que se publicó a fines de julio, pintó un cuadro sombrío del estado de la hacienda pública y ayudó a precipitar las cosas hacia el desenlace. La comisión recomendó la eliminación instantánea de un total de egresos de 96,000.000 de libras esterlinas, dos terceras partes de esta suma a expensas del fondo de seguro contra la desocupación y algunos de los restos mediante una reducción de los sueldos públicos. Al publicarse este informe, el flujo de capitales con rumbo al extranjero, ya bastante fuerte, se convirtió en torrente. El Banco de Inglaterra se vió obligado a buscar créditos en Nueva York y París, pero estos primeros empréstitos se agotaron al cabo de unas cuantas semanas. Se hizo necesario otro empréstito pero fué entonces cuando los banqueros norteamericanos, según se dijo, formularon las condiciones mencionadas en un párrafo precedente. En todo caso, la reducción de las cuotas de auxilio a los desocupados fué propuesta al gabinete como medida inevitable si se quería conseguir créditos en el extranjero.

El gobierno laborista, aunque unánime en el deseo de equilibrar el presupuesto y de proceder a economías, rechazó esta medida particular de restricción de los gastos.[11] Los ministros, adhiriéndose a la opinión de Arthur Henderson, consideraron, primero, un nuevo impuesto sobre los ingresos y luego, se pronunciaron a favor de una combinación de imposición adicional y de economías, debiendo cubrir cada una de estas medidas una mitad del déficit. Tal proyecto tuvo la oposición de los liberales y conservadores quienes insistieron en una proporción mucho más grande de las economías. En una fase avanzada de los debates, los adversarios pidieron expresamente una reducción en las cuotas de asistencia a los sin trabajo de no menos de un 10 por ciento. Los dirigentes de los sindicatos, al contrario, se opusieron

[10] Sidney Webb, *What Happened in 1931: a Record*. Fabian Tract, N° 237, Londres, Fabian Society, 1932.

[11] "El balance del presupuesto mismo, además de satisfacer las condiciones de los banqueros internacionales, era un asunto sencillo sobre el que no había desacuerdo en el gabinete laborista." Laski, *The Crisis and the Constitution*, p. 21.

a cualquier reducción de esta índole —y a toda restricción de la asistencia social— alegando que la nacionalización del Banco de Inglaterra resolvería el problema monetario. MacDonald, Snowden y J. H. Thomas aceptaron las condiciones de la oposición, por lo menos la parte de ellas que de todas maneras había que aceptar para que el programa tuviera la aprobación del parlamento. Arthur Henderson y la mayoría del gabinete se negó a acatar su decisión, prefiriendo que el gobierno dimitiera a favor de un ministerio conservador bajo la dirección de Baldwin.

Lo que no habían previsto era la constitución de un gobierno "nacional" por MacDonald y la salida de éste del partido laborista. De pronto, los ministros se encontraron con la oposición de dos hombres que más que nadie representaban el Partido Laborista ante el público inglés.

Siendo todavía miembro del gobierno laborista, MacDonald había ya negociado en secreto con los jefes conservadores y liberales para preparar el camino a un gobierno "nacional". En vez de recomendar al rey que invitara a Baldwin para formar un nuevo gobierno, como lo prescribía, en el caso, la práctica constitucional, MacDonald le sometió el plan de un gabinete en el que estarían representados los conservadores, los liberales y los laboristas. Cada uno de estos partidos se comprometería para un número limitado de propósitos determinados, el principal de los cuales sería el mantenimiento del patrón oro. Según MacDonald, ningún gobierno de un solo partido podía llevar esta tarea a feliz término. Es evidente que el Primer Ministro esperaba tener a su lado el grueso del partido laborista y bien puede ser, incluso, que considerara que cualquier conflicto en el seno del partido laborista sería pasajero, ya que el gobierno "nacional", tal como él lo concebía, no había de ser más que una solución de emergencia.

Tan sólo catorce miembros laboristas del parlamento se solidarizaron con MacDonald y éstos fueron expulsados del partido. De los miembros del gabinete entraron al nuevo gobierno Snowden, J. H. Thomas y el Presidente del Tribunal Supremo Sankey.

Las semanas siguientes pronto disiparon la ilusión de MacDonald respecto al carácter pasajero de su ruptura con el Partido Laborista. El parlamento fué disuelto y la nueva campaña electoral creó un estado de profunda amargura entre el Partido Laborista y sus antiguos jefes. El partido tuvo que luchar con la doble desventaja del fracaso de su gobierno y de la oposición de MacDonald y Snowden. Aunque el gobierno nacional, formado para defender la paridad oro de la libra, no había cumplido con su misión, obligando a Inglaterra, en septiembre del mismo año, a abandonar el patrón oro, la masa de los electores culpó al partido de la crisis que había originado la devaluación. Al mismo tiempo, Philip Snowden, enfurecido por la renuencia del partido a seguirle en su camino, lanzó una serie de violentos ataques contra sus antiguos compañeros. El hombre "de la sonrisa más dulce y la palabra más mordaz de la Cámara de los Comunes",[12] como le habían caracterizado en cierta ocasión, vertió su pungente sarcasmo sobre el Partido Laborista. "Hombre enfermo penetrado por el hierro en un grado que parecía patológico", Snowden no tuvo ni una palabra de protesta cuando la propaganda gubernamental habló de una "amenaza socialista contra los ahorros de los pobres", aludiendo a la práctica, de ninguna manera novedosa, de prestar los depósitos de las cajas de ahorro postales al fondo del seguro contra la desocupación. En su calidad de Ministro de Hacienda, el propio Snowden había sido el responsable de este procedimiento.

En una emisión por radio hecha el 17 de octubre de 1931, en el climax de la campaña electoral, Snowden trató de justificar su acto más reciente por medio de violentos ataques contra el Partido Laborista. "Entré en el gobierno nacional —dijo— para poder llevar a cabo la política monetaria que había pedido con apremio a mis antiguos colegas en el gobierno laborista. Ellos sabían que esta política era necesaria. Pero al llegar el momento de cumplirla, no tuvieron el valor de arrostrar aquella impopularidad y oposición que las medidas económicas necesarias suelen despertar naturalmente en ciertos sec-

[12] Arthur W. MacMahon, "The British General Election of 1931", *American Political Science Review*, XXVI (abril de 1932).

tores". Del resultado de las elecciones dependía, según Snowden, "si hemos de entregar los destinos de la nación a unos hombres cuya conducta en momentos de extrema gravedad demostró que no se les puede confiar ninguna responsabilidad." Después habló del "bolchevismo llevado al absurdo". El gobierno nacional no constituía sino un "expediente temporal" y él mismo, aseguraba Snowden al concluir su discurso, seguía como antes "sirviendo los mejores intereses de la clase obrera y salvaguardando su progreso futuro".

En conjunto, la campaña antilaborista se basaba en la aseveración de que, de volver al gobierno el Partido Laborista "los ahorros de los ciudadanos serían barridos por el colapso general de la confianza en la hacienda del estado, estos perderían sus empleos o, en el mejor de los casos, se diezmarían sus salarios a consecuencia del derrumbe de la industria; incluso sus casas les serían arrancadas por un gobierno rapaz, dispuesto a adoptar cualquier método de confiscación para salvarse del desastre." [13]

Esta campaña no hubiera sido tan eficaz como resultó ser sin la convicción justificada de gran número de electores de que el Partido Laborista se había mostrado incapaz de dominar la crisis y sin la confusión que reinaba en el seno del partido respecto a las cuestiones de política, y que quedó manifiesta durante las elecciones.

No solamente había adoptado el laborismo una línea que acentuó la crisis, en vez de aliviarla, sino que aun después de la disolución del gobierno se evidenció la incapacidad del partido para comprender lo que había pasado. Sus propagandistas estaban inclinados a ver en la crisis monetaria un fenómeno aislado más bien que el resultado de una política económica y financiera errónea, mantenida por varios gobiernos desde el fin de la guerra. Los partidarios del laborismo culpaban a los banqueros de Inglaterra, Norteamérica y Francia, o los acusaban de haber conspirado contra la clase obrera y el seguro contra la desocupación. Pero si bien es posible que los banqueros americanos se sintiesen inclinados a conjurar el peligro de que el gobierno

[13] Citado en G. D. H. Cole, *A Short History of the British Working Class Movement*, p. XVI.

norteamericano, imitando el ejemplo inglés, introdujese los subsidios a la desocupación en Estados Unidos, pocas personas se preguntaban cómo los banqueros habían podido lograr sus fines tan fácilmente contra un gobierno laborista. De modo análogo, el Partido Laborista atacaba con encono a sus antiguos dirigentes, MacDonald, Snowden y Thomas, a los que estigmatizaba públicamente de traidores, sin poder señalar una política mejor.

La razón fundamental de tal bancarrota de ideas residía en el hecho de que bajo la dirección de MacDonald y Snowden el movimiento obrero británico se hubiera convertido en heredero de la variedad inglesa del liberalismo radical. El librecambio constituía la piedra angular del edificio ideológico del radical inglés, y parece significativo que Philip Snowden, después de seguir a MacDonald hacia el gobierno nacional, rompiera luego con su colega por la cuestión del proteccionismo.[14] Había aceptado la ruptura con su partido, pero se negó a someterse a las demandas proteccionistas. Es más, se opuso violentamente a todo intento de instaurar el control del gobierno sobre el comercio exterior, tal como lo había propuesto el Partido Laborista Independiente.

El librecambio era el evangelio del radical inglés, por varias razones. Una de las principales era la creencia de que el proteccionismo conduciría a la guerra, mientras que la abolición de todas las barreras comerciales garantizaba la paz. Un patrón monetario internacional se le antojaba un medio necesario para facilitar el comercio mundial, el cual, a su vez, serviría los fines pacifistas. Desgraciadamente, el patrón oro se identificaba, a menudo, a la paridad oro de la libra ester-

[14] Aun después de la salida de Snowden, la tradición librecambista continuó siendo muy fuerte en el partido. Mientras que el *Daily Herald* (laborista) aseguraba que "el partido laborista no ha sido nunca un gremio de opiniones librecambistas rígidamente doctrinarias", la propaganda electoral fué llevada en realidad con carteles como éste: "¡Obreros, cuidado! Los tories quieren cortar vuestros salarios mediante aranceles sobre los alimentos. ¡Votad por el Partido Laborista y defended vuestros salarios!" Otro rótulo, aludiendo a la crisis en Detroit, "una ciudad de la muerte", dice: "Lo que pasa en la América abrumada por los aranceles . . . " Véase Arthur W. MacMahon, *op. cit.*, pp. 333 *s.*

lina, aunque la devaluación, desde luego, hubiera podido combinarse con una vuelta al patrón oro a una paridad más baja. De haberse emprendido antes, una devaluación incluso podría haber salvado el patrón oro, pero el aplazamiento de lo inevitable indujo a muchos ingleses a deshacerse de la paridad oro, así como del propio patrón metálico.

Philip Snowden y, con él, el partido laborista creían en la necesidad de mantener en equilibrio el presupuesto. Como el centro financiero más grande del mundo, "la Gran Bretaña no podía permitirse un presupuesto desequilibrado. Un presupuesto no equilibrado se considera como síntoma de inminente bancarrota nacional", escribía Snowden aun en 1934.[15] Como consecuencia de tal teoría, la reducción de los egresos públicos se hizo necesaria precisamente en aquella fase de la crisis en que los gastos particulares bajaron hasta un mínimo, por lo cual la medida tomada sólo acentuó la desocupación.

Convencido de la bondad del librecambio, decidido a defender la paridad oro y percatado de la necesidad de un presupuesto equilibrado el segundo gobierno laborista estaba fatalmente avocado a fracasar en un período de violenta crisis económica. No obstante la filosofía socialista, el partido laborista practicaba, de hecho, los principios más ortodoxos del *laissez-faire* económico. El líder conservador Austen Chamberlain se refirió en cierta ocasión a Snowden calificándolo de "socialista injerto en el tipo más estólido de pedante económico del apogeo de la era victoriana."

Las medidas económicas llevadas a cabo posteriormente por el gobierno nacional eran la consecuencia lógica de los principios librecambistas de Snowden. Los sindicatos estaban obligados, en interés de sus miembros, a rechazar su programa económico, pero pocos dirigentes sindicales se daban cuenta de que, al oponerse a la política del gobierno nacional, el Partido Laborista repudiaba, en realidad, las consecuencias de los mismos principios que el propio laborismo había aceptado con entusiasmo. Mientras permaneciera fiel a estos principios, este partido sería incapaz de proponer un programa adecuado.

[15] Vizconde Philip Snowden, *An Autobiography*, Londres, Nicholson & Watson, 1934.

11

Después del año 1931, el partido laborista resultó ser impotente, contando tan sólo con 52 puestos en la Cámara de los Comunes, aunque sus 6.600,000 votos representaban todavía un 30.6 por ciento del total. Debido al sistema electoral inglés, la pérdida de 1.700,000 electores y la reducción de los votos laboristas de un 36,9 hasta un 30,6 por ciento del total hicieron disminuir al grupo parlamentario del partido laborista de 287 miembros a 52. El Partido Laborista Independiente, ahora totalmente separado de la organización principal, volvió al parlamento con cinco diputados encabezados por James Maxton.

No menos grave por sus consecuencias que la pérdida de votos, aunque saludable, en conjunto, para el movimiento, fué la derrota de casi la totalidad de los dirigentes del partido. Después de la ruptura de MacDonald con el partido laborista, Arthur Henderson fué elegido líder del grupo. Nombrado Secretario de Relaciones en el segundo gobierno laborista, contrariamente a los deseos de MacDonald, Henderson había sido el único ministro del gabinete, que había tenido éxito en su gestión. En el conflicto con el Primer Ministro, "tío Arthur" había encabezado a los miembros sediciosos del gobierno. Derrotado en las elecciones, Henderson no pudo dirigir el grupo parlamentario, y cuando posteriormente triunfó en una elección suplementaria, su cargo de presidente de la Conferencia Mundial del Desarme lo retuvo en Ginebra. Después de su renuncia como jefe parlamentario, los diputados eligieron como su sucesor a George Lansbury. Socialista religioso y pacifista convencido, Lansbury se vió envuelto, en 1935, en un conflicto con el partido, al abogar enérgicamente en favor de la aplicación de sanciones contra la agresión de Italia en Africa. Aunque respetado universalmente, y tal vez el laborista más popular de Inglaterra, Lansbury tuvo que dimitir.

La elección de su sucesor fué cosa casi automática, ya que la tradición la limitaba a los antiguos miembros del gobierno, entre los cuales, además de Lansbury, sólo dos, Attlee y Sir Stafford Cripps, pertenecían al parlamento. Sir Stafford figuraba, por entonces, entre

los adversarios de la seguridad colectiva, y como el partido se hallaba comprometido a esa política el único candidato elegible era el antiguo director general de correos, mayor Clement Richard Attlee.

Ni siquiera los mejores amigos de Attlee pueden pretender que tiene aquella poderosa e inspiradora personalidad que distingue a un jefe. Pero Attlee se ha levantado considerablemente desde su elección; su habilidad intelectual y su firmeza le han valido la estima general. Al estallar la guerra en 1939, Attlee se hallaba gravemente enfermo y el jefe suplente del grupo parlamentario, Arthur Greenwood, le sustituía como jefe de la lealísima oposición de Su Majestad. Al igual que muchos entre los líderes jóvenes del movimiento obrero inglés, Greenwood es un intelectual, antiguo profesor de economía y goza de alta reputación como jefe de la comisión de investigaciones del partido.

Herbert Morrison, sin ser el jefe oficial, se considera como la figura más destacada del Partido Laborista. El obstáculo más serio con que tropieza es su divergencia de opiniones con algunos dirigentes sindicales. Estas diferencias se remontan al tiempo en que Morrison, siendo ministro de Comunicaciones, se opuso con éxito a una representación de los obreros en el consejo de administración del sistema de transportes londinense nacionalizado.

La hostilidad de los sindicatos fué una de las razones que impidieron a Morrison ser elegido jefe del grupo parlamentario en 1935, al volver a la Cámara después de una ausencia de cuatro años. También la izquierda prefirió al mayor Attle a Morrison, considerado como laborista de derecha moderado. Todo el mundo, sin embargo, conviene en que el antiguo "botones" tiene grandes cualidades de organizador y que a él se debe la conquista por el partido del consejo del condado de Londres y, por lo tanto, de la administración de la capital del Imperio. Morrison no fué menos eficaz como ministro de Comunicaciones. Es, en cualquier crisis, el hombre a quien el partido se dirige instintivamente. Aunque poco experto en asuntos de relaciones internacionales, entiende del movimiento obrero continental más que ningún otro socialista británico prominente y comprendió la importancia de una resistencia internacional al fascismo mucho tiempo antes que sus compañeros. Hombre de poco más de cuarenta años, Herbert Morrison rivaliza con Ernest Bevin en influencia dentro del movimiento.

CAPITULO IX

LA POLITICA DE "TOLERANCIA" DEL MOVIMIENTO OBRERO ALEMAN

1

"Hoy os negáis a aceptar esta transacción porque os impone ciertos sacrificios. Pero llegará un momento en que habréis de tolerar unas exigencias del gobierno mucho peores". Esta advertencia de Rudolf Hilferding, antiguo ministro de finanzas y uno de los miembros socialistas más destacados del Reichstag, fué hecha en una reunión de marzo de 1930, ante la decisión del grupo parlamentario de rechazar una iniciativa del gobierno tendiente al aumento de las cotizaciones de los obreros al seguro contra el paro forzoso.

La advertencia de Hilferding fué inútil. Los diputados social-demócratas del Reichstag no quisieron cambiar su actitud. El voto socialista provocó de modo inmediato la renuncia del Canciller social-demócrata Hermann Müller y de sus tres colegas en el gobierno del Reich.

Hilferding era el jefe intelectual de la social-democracia alemana de postguerra. Austríaco de nacimiento, se había radicado en Alemania mucho tiempo antes de estallar la guerra, enseñando economía política en la Universidad Obrera de Berlín. Fué director del *Vorwärts*, órgano socialista berlinés. Aunque médico de profesión, escribió un libro intitulado *Das Finanz kapital*, que fué el tratado económico más sobresaliente del marxismo después de la muerte de su fundador. Durante los años que siguieron a la guerra, Hilferding llegó a desempeñar un papel de primera categoría dentro del partido independiente, siendo nombrado director de *Freiheit*, diario de Berlín de este partido. Criticó con violencia a los socialistas moderados, quienes, llegados al poder, se vengaron de él demorando su naturali-

zación en Alemania, con lo cual impidieron durante algún tiempo que ocupara un cargo público.

Hilferding era el jefe del ala derecha de los independientes, que se negó a someterse a las veintiuna condiciones de la Internacional Comunista. Cuando en 1920 Zinovief, el presidente del "Comintern", se presentó en persona ante el congreso del partido independiente de Halle, pronunciando un largo discurso destinado a persuadir al partido a que se uniera a la Internacional Comunista, Rudolf Hilferding fué elegido para hablar en nombre de la facción anticomunista. Zinovief habló durante muchas horas, terminando poco antes de la suspensión de mediodía. Durante el almuerzo se reunieron los jefes del grupo anticomunista e invitaron a Hilferding a contestar al famoso presidente del "Comintern". Hilferding, aunque polemista experimentado, había de luchar contra ciertas dificultades al hablar en público; adolecía del defecto de tartamudear, sobre todo al principio de sus discursos. En aquella ocasión, sufrió aún más que de costumbre de este defecto, ya que no había tenido tiempo para preparar su discurso. Y sin embargo, su réplica a Zinovief constituye uno de los documentos más sobresalientes del socialismo de postguerra. Hilferding señaló que Marx había basado sus esperanzas de una revolución socialista en los países capitalistas más desarrollados y no en países atrasados, como Rusia. La dictadura de un sólo partido, instaurada en Rusia, y el violento terror, eran, en su opinión, el resultado fatal de la ausencia de un poderoso proletariado industrial. El movimiento obrero occidental, con su fondo histórico y económico diferente, no podía imitar el ejemplo de Rusia sino que había de trazar un camino propio hacia el poder y el socialismo.

No obstante, el vencedor del día fué Zinovief, y la escisión en el seno del partido independiente aniquiló las esperanzas de Hilferding en un movimiento revolucionario alemán, independiente de Moscú. La decepción le cambió completamente. Al unirse el ala derecha de los independientes a los socialistas mayoritarios, constituyéndose el partido social-demócrata unificado, Hilferding se convirtió en ardiente reformista y hasta en el primer teórico del reformismo centroeuropeo. Ministro de hacienda en 1923, preparó el camino a la estabilización

del marco, aunque Schacht supo apropiarse el mérito de este hecho. Pero a pesar de todo, la posición de Hilferding dentro del partido continuó siendo muy fuerte. La izquierda socialista no tenía ningún teórico capaz de rebatir la justificación por Hilferding de la política reformista adoptada por la mayoría.

Como experto en cuestiones económicas, Hilferding estaba tan impresionado por el complicado mecanismo de la economía capitalista desarrollada que casi juzgaba peligrosa toda intervención en ella. Llegó a ser casi un liberal de la escuela de Manchester. Desempeñando el mismo papel que el representado por Snowden en Inglaterra, rechazaba los muchos planes propuestos durante la crisis en favor de una aceleración del retorno de la prosperidad, convencido de que tales esfuerzos no prepararían, en la mejor de las circunstancias, sino el camino a un colapso económico todavía peor. El prestigio de Hilferding era tan grande que indujo al partido a respaldar a Hermann Müller, pese a la incapacidad del Cancillar social-demócrata para combatir la crisis con cualquier medida, a no ser por algunos esfuerzos desesperados tendientes a mantener el nivel de la ayuda a los desocupados. Estos intentos resultaron cada vez más difíciles de realizar, pues se vieron contrarrestados por la presión de los partidos burgueses que clamaban por una fuerte reducción en la partida destinada a combatir la desocupación. Hilferding abogaba por la aceptación de lo que llamaba una transacción inevitable, a fin de evitar una crisis que expulsaría a los social-demócratas del gobierno, condenándolos a una oposición impotente. Mas su argumento no tuvo resonancia. Los grupos de izquierda dentro del partido social-demócrata formaron con los sindicatos un bloque de oposición contra el compromiso convenido como producto de penosas negociaciones entre los diversos partidos gubernamentales. Casi por unanimidad, la minoría parlamentaria socialista decidió votar contra aquella iniciativa del gobierno en el caso de que ésta fuese presentada ante el Reichstag.

Inmediatamente después, el gabinete se reunió bajo la presidencia de Müller y presentó su dimisión. Con este acto dejó de existir el último gobierno alemán en el que estuviera representado el partido social-demócrata y, al mismo tiempo, el último gobierno estrictamente parlamentario.

El sucesor de Müller como Canciller del Reich fué Brüning. A los seis meses del cambio de gobierno, el 14 de septiembre de 1930, los nazis ganaron la primera de toda una serie de victorias electorales, obteniendo 107 puestos y pasando a ser la segunda representación en el Reichstag por su fuerza numérica. Exactamente como lo había predicho Hilferding, los social-demócratas se vieron obligados a observar una actitud de tolerancia, y, lo que es más, a aprobar unas medidas deflacionistas cada vez más duras; pues pese a los graves sacrificios impuestos a la clase obrera, no les quedó a los social-demócratas otra alternativa que apoyar al Canciller o llevar a los nazis al poder. La influencia del movimiento obrero sobre los destinos de la República Alemana iba menguando rápidamente.

2

El gobierno del Canciller Müller, sin embargo, había comenzado bajo auspicios que por entonces parecían excelentes. Después de la estabilización del marco en 1923-1924, Alemania había entrado en un período de rápido desenvolvimiento económico, de mejores condiciones materiales y de estabilidad política, auge que seguía en 1928, año en que Müller asumió el cargo de canciller.

Mientras los grupos nacionalistas y fascistas se consumían con ritmo creciente en esa atmósfera de normalidad, el movimiento obrero se había desplomado tan completamente durante la inflación que necesitó varios años para reponerse. Así, pues, la clase media mantenía primeramente el control. Inicio de esta tendencia hacia la derecha fué, después de la muerte de Ebert en 1925, la designación como presidente de Paul von Hindenburg, antiguo comandante en jefe del ejército imperial. Los social-demócratas, tras de lanzar la candidatura del Primer Ministro de Prusia, el socialista Otto Braun, que terminó en un empate, votaron junto con los demás partidos de Weimar por el jefe conservador del partido del Centro, Wilhelm Marx; pero la inmensa popularidad de Hindenburg y el apoyo que recibió de los

partidos nacionalistas le dieron el triunfo. Los comunistas pudieron reunir dos millones de votos a favor de su líder Thälmann; el general Ludendorff, candidato de los nacional-socialistas, obtuvo menos de 300,000. En tanto que los partidos extremistas de izquierda y de derecha quedaron así reducidos a la condición de facciones, los conservadores lograron conquistar la presidencia del Reich. Los conservadores hóstiles a la República y la camarilla militar controlaron desde entonces la posición del primer mandatario de la nación.

Los partidos de la clase media dominaban en el Reich, pero los socialistas constituían el partido preponderante en Prusia. Siendo éste el "estado" más grande de Alemania, el gobierno prusiano representaba una fuerza poderosa en la política alemana. Como resultado de esto, los socialistas se hallaban situados constantemente a media distancia entre la oposición y la colaboración. Su lucha contra el gabinete del Reich se veía mitigada por el hecho de que los partidos representados en el gobierno imperial fuesen aliados de los social-demócratas en el de Prusia.

En estas circunstancias, la política socialista había de ser, necesariamente, moderada; pero tal política encontraba, durante aquellos años de progreso económico, la aprobación manifiesta de la mayoría de los obreros. En mayo de 1924, al principiar el proceso de restablecimiento, el partido social-demócrata obtuvo seis millones de votos, contra los cuatro millones de los comunistas. En las elecciones generales de mayo de 1928, el total de los electores que votaron por el partido ascendió a nueve millones, con una ganancia de 22 curules; en el nuevo Reichstag, la social-democracia contaba con 153 diputados. El número de los votos comunistas excedió apenas de los tres millones. Fué la victoria socialista más brillante desde 1918. La mayoría del Reichstag se desplazó hacia la izquierda. Gustav Stresemann, el ministro de Relaciones del Reich casi permanente, mostró regocijo por el avance socialista. Como jefe del Partido Popular Alemán derechista, su política exterior, que aspiraba a una reconciliación con Francia, encontraba pocas simpatías en las filas de su propio partido y menos aún entre los nacionalistas, que juntos representaban el grueso de la mayoría en el Reichstag. Los socialistas, por

el contrario, aclamaban su política sin reservas. Las elecciones, al proporcionar a Stresemann un bloque de votos socialistas adecuado, le permitieron independizarse por completo, dentro de la coalición gubernamental, respecto de los nacionalistas a cambio de un apoyo mucho más homogéneo en favor de su política extranjera.

La nueva mayoría se extendía desde los socialistas en la izquierda hasta el Partido Popular en la derecha, combinando representantes del movimiento obero con voceros del gran capital. Menos fácil que en los asuntos exteriores resultaba establecer una cooperación entre estos partidos cuando se trataba de problemas nacionales. De modo constante, el gobierno se veía obligado a actuar de conciliador entre los intereses patronales y los de la clase obrera, pero la prosperidad prevaleciente en aquel entonces hacía posible concesiones mutuas sin perjudicar los intereses vitales de ninguna de las partes. En 1928, la desocupación estaba llegando ya a su punto más bajo, al tiempo que tanto los salarios como las utilidades de las empresas iban subiendo. Alemania parecía haber superado con rapidez asombrosa las consecuencias de la guerra, como las de la inflación. Su producción industrial, que crecía a un ritmo aún más acelerado que el de los Estados Unidos, había pasado, hacia 1928, del nivel prebélico, a pesar de abarcar después de la guerra un territorio menor. Mientras la industria inglesa decaía en algunos ramos y se estancaba en otros, la de Alemania volvía a ocupar el primer lugar en Europa. La corriente de sangre que alimentaba esta pasmosa expansión era el capital extranjero que desde 1923, una vez estabilizada la moneda, afluía a Alemania por miles de millones de marcos.

Es cierto que los observadores más atentos dudaban que pudiese ser edificada una prosperidad duradera sobre créditos extranjeros, máxime cuando su fuente principal la constituía Estados Unidos cuyas exportaciones de capital mostraban síntomas de inestabilidad. Y en efecto, el año 1928 fué testigo del primer aflojamiento de las exportaciones de capital norteamericanas, fenómeno debido, en primer lugar, a la poderosa atracción ejercida por el alza en la bolsa de valores de Wall Street. Por añadidura, el proceso de racionalización en la industria, que había impartido ímpetu a la expansión industrial

durante los años precedentes, comenzó a ceder. El animado comercio de 1927 experimentó una fuerte baja en 1928 y hacia fines de este año una repentina baja de valores en una serie de ramos de la industria presagió la inminente crisis. Pero los salarios continuaban subiendo y por lo pronto el aflujo de capital extranjero, aunque reducido, ayudaba a sostener las industrias amenazadas. Al tomar posesión el nuevo gabinete, los dramáticos conflictos sociales que sobrevendrían a medida que progresara la depresión, eran aún cosa del futuro.

3

Hubo bastantes divergencias políticas relativamente insignificantes entre los partidos de la coalición que mantuvieron ocupados al canciller Müller y a Stresemann aun durante los primeros y halagadores meses del nuevo gobierno; pero todas se vieron oscurecidas por la disputa en el seno mismo del partido social-demócrata con motivo del nuevo tipo de acorazados para la flota de guerra alemana.[1]

Así, pues, la luna de miel de la nueva mayoría gubernamental se vió nublada por una disensión interna. Sólo la política exterior ofreció un momento de concordia, sobre todo en vista de las ya comenzadas o inminentes negociaciones sobre la evacuación de Renania —ocupada todavía, de acuerdo con los términos del tratado de paz, por tropas aliadas— y sobre un nuevo arreglo del problema de las reparaciones. Mientras estas conversaciones tomaban su curso, la situación económica empeoraba; el gobierno tuvo que arrostrar una lucha de vida o muerte contra la marea creciente de la extrema derecha y de la extrema izquierda radicalizada.

Con el año 1929, la trágica guerra en dos frentes que hubo de sostener la República Alemana entró en su primera fase. La prohibición en mayo de 1929 por el prefecto de policía socialista de Berlín, de la tradicional manifestación del Primero de Mayo provocó disturbios comunistas en una de las barriadas obreras de la capital; hubo un gran número de muertos y el resultado fué la disolución de la Liga

[1] Véase cap. IV, p. 39.

del Frente Rojo Comunista. En las elecciones de 1928, el partido comunista no había obtenido más que veinticuatro curules que correspondían a un 10 por ciento, aproximadamente, del total de los votos. La amenaza comunista existía sólo en la imaginación de los propagandistas antidemocráticos, pero los repetidos desórdenes comunistas daban a tal propaganda una apariencia de verdad, por lo menos a los ojos de muchas personas pertenecientes a las clases medias.

De una importancia mucho más grande fué la alianza concluída en 1929 entre el Partido Popular Nacional Alemán del consejero privado Hugenberg y los nacional-socialistas de Adolfo Hitler. Alfred Hugenberg, uno de los jefes más influyentes del ala derecha de la política alemana, pues controlaba gran parte de la prensa y de la producción cinematográfica, empujaba su partido nacionalista hacia un conflicto abierto con la constitución democrática. Su asociación con los nazis le trajo el entusiasmo y el dinamismo del joven partido, a cambio de la respetabilidad y la publicidad que los nacionalistas alemanes pudieron ofrecer al pequeño y violento movimiento de Hitler. La primera acción conjunta de los aliados, llamada el Frente de Harzburgo, a causa del lugar de su primera reunión, se dirigió contra la política exterior. El Frente de Harzburgo obligó al gobierno a celebrar, de acuerdo con la constitución, un plebiscito sobre la demanda formulada de común acuerdo por Hugenberg y los nazis, de que el gobierno había de protestar en forma oficial contra el artículo 231 del Tratado de Versalles que hacía a Alemania responsable de la gran guerra; de rechazar el nuevo arreglo de las reparaciones y de abandonar la política de reparación y de reconciliación con las antiguas potencias enemigas. Los ministros y funcionarios que favorecían una política de cooperación europea, la Sociedad de Naciones y las conferencias internacionales en general, habían de ser juzgados por alta traición. Menos de seis millones de votantes se pronunciaron a favor de estas demandas, las cuales, por ende, quedaron descartadas. Pero las batallas decisivas estaban por venir. El verdadero campo de la contienda lo constituía la política interna; la exterior servía principalmente de instrumento para arrastrar a las masas azotadas por la deso-

cupación y la ola de quiebras hacia el nacionalismo y el odio al régimen democrático.

4

Al estallar la crisis, el gobierno alemán se enfrentó a un doble problema, cuyos aspectos estaban estrechamente ligados entre sí. La balanza alemana de pagos se había vuelto pasiva ya que el dinero extranjero abandonó el país. Entretanto, la creciente desocupación y la baja de las recaudaciones fiscales debida a la disminución de los ingresos particulares afectó al precario equilibrio del presupuesto. El primero de los dos problemas no se consideró, al principio, muy grave, aunque este problema se convertiría posteriormente en el factor determinante de la política económica. La nivelación del presupuesto, por el contrario, constituyó desde un principio la fuente principal de preocupaciones.

El principal problema por resolver consistía en cómo hacer frente a las crecientes exigencias del seguro contra la desocupación, que pesaban excesivamente sobre el presupuesto ya que los recursos normales del seguro se agotaron pronto bajo la presión de una desocupación permanente en masa. En otras palabras, la lucha en el seno del gobierno giraba en torno a la parte de las cargas financieras originadas por la crisis que correspondía a las diversas clases de la población. A medida que decrecía el ingreso nacional, cada uno de los partidos de la coalición trataba de colocar la mayor porción posible de las pérdidas sobre los hombres de las capas sociales representadas por los demás.

En esa interminable serie de conflictos intra-gubernamentales, los social-demócratas eran los perdidosos desde un principio. La existencia de millones de desocupados viciaba la moral combativa de la clase obrera o, más exactamente, la de los obreros que fuesen aún lo bastante felices para tener trabajo. Mientras los desocupados, abandonando toda esperanza de encontrar una nueva ocupación en un futuro cercano, se radicalizaban, y eran atraídos por el comunismo o el nazismo, los obreros ocupados, poseídos por el temor de perder sus empleos, no se atrevían a emprender ninguna acción que, según creían,

comprometería su seguridad. Preferían perder su vida antes que su trabajo. La marea ascendente del nazismo, dirigida principalmente contra los "marxistas", fortalecía los partidos reaccionarios dentro del gobierno. La influencia socialista se esfumaba al mismo tiempo que el gran capital, empujado por la crisis y alentado por los progresos del nacional-socialismo, y oponía a las demandas obreras una resistencia cada vez más obstinada.

Por añadidura, la muerte del Ministro de Relaciones Exteriores Gustav Stresemann privó al Partido Popular Alemán de aquel de sus jefes que había favorecido la cooperación con los social-demócratas y reforzó las tendencias reaccionarias dentro de ese órgano político del gran capital. En tales condiciones, los sinsabores de 1929, por insignificantes que pareciesen comparados con lo que traería el futuro, resultaron ser lo suficientemente virulentos para producir la primera gran crisis del gobierno y una severa derrota de los socialistas.

La baja de los ingresos fiscales durante la segunda mitad de 1929 puso al ministro social-demócrata de Hacienda, Rudolf Hilferding, ante un difícil problema económico y político. Hubo un momento en que la falta de fondos asumió proporciones tan críticas que el gobierno tuvo que tomar prestado el dinero necesario para pagar los sueldos de sus empleados. Mientras el Ministro de Hacienda estaba haciendo esfuerzos desesperados para conseguir un empréstito de los bancos alemanes, el presidente del Reichsbank, doctor Hjalmar Schacht, presentó al gobierno un ultimátum en el que formulaba ciertas condiciones que habían de cumplirse por el Reich antes de que su propio instituto bancario pudiera cooperar en aquel suministro de fondos al gabinete. El ultimátum del doctor Schacht equivalía a una ayuda enviada por el cielo mismo a la campaña reaccionaria lanzada ya con objeto de expulsar a los socialistas del gobierno.

Hjalmar Schacht había hecho su aparición en la política como miembro del Partido Demócrata, grupo del ala izquierda de la burguesía, que cooperaba en el gobierno con los socialistas. Había sido nombrado en 1923 presidente del Reichsbank no obstante las protestas de la derecha y del propio banco, y debido a la intervención en su favor del Presidente del Reich Friedrich Ebert, un social-demócrata.

Pero el presidente del Reichsbank siguió pronto la evolución general de la República Alemana hacia la derecha. Allá por el año 1929, Schacht había llegado al punto de luchar con el sector reaccionario del Partido Popular Alemán contra los social-demócratas, y algunos meses más tarde había de discutir para adherirse a la coalición de nazis y pangermanistas conducida por Hugenberg.

A los pocos días de su ultimátum, el doctor Schacht y el Partido Popular Alemán impusieron al gobierno la dimisión de Hilferding y el cargo de Ministro de Hacienda pasó a manos de un miembro de dicho partido. El gabinete reconstruído de Hermann Müller continuó algunos meses más, pero nadie dudaba que el ala derecha del gobierno estuviese empleando toda su energía en disolver la coalición y en desalojar a los social-demócratas de las posiciones que aún conservaban. La única razón de que la derrota de los socialistas no fuera completa al dimitir Hilferding residía en la creencia de que la participación de los socialistas en el gobierno ayudaría a terminar las negociaciones internacionales para una revisión del arreglo sobre las reparaciones, que se estaban llevando a cabo, con un resultado mejor del que pudiera conseguir un gobierno nacionalista de derecha. Desde el momento de la conclusión de estas negociaciones, el ministerio Müller estaba condenado. El pretexto para disolver la coalición se encontró fácilmente en el permanente problema del seguro social. Hacia fines de 1930, los socialistas tuvieron que salir y la dirección de la República Alemana pasó de los social-demócratas al partido Católico del Centro. La influencia del movimiento obrero en los destinos del Reich disminuyó y pronto el proletariado no sería más que un espectador pasivo, mientras que el nazismo se lanzaba a la conquista del poder.

5

Las dos alas del movimiento obrero político de Alemania, los social-demócratas y los comunistas, tenían opiniones distintas respecto a la política que se había de adoptar frente a la crisis. La que siguieron unos y otros se terminó en un fracaso. Para los comunistas, la crisis de 1929 constituía en primer lugar y ante todo una oportunidad

de desenmascarar a los socialistas. La aprobación oficial por el "Comintern" del término "social-fascistas", inventado en una fecha tan remota como el año 1924 para estigmatizar el movimiento social-demócrata, significaba que la lucha contra el partido obrero del ala derecha se había convertido en la tarea principal de los comunistas. A diferencia de los socialistas, aquéllos gozaban de la ventaja de ser un partido de oposición y, por lo tanto, estaban exentos de toda responsabilidad por la miseria de las masas. Pero tal ventaja se hallaba más que compensada por el ultrarradicalismo de los comunistas, contrario al pensamiento del grueso de los obreros educados políticamente. Al concentrar sus ataques sobre los social-demócratas y los dirigentes sindicales; al presentar unas demandas que eran a todas luces absurdas, que ningún gobierno, ni siquiera un gobierno comunista, hubiera podido satisfacer, y al competir con los nazis en las consignas nacionalistas, los comunistas se separaron de las masas, particularmente de los obreros ocupados. El número de los votos a su favor creció de 3.300,000, en 1928, hasta 4.600,000, en las elecciones de septiembre de 1930. Pero esta ganancia era escasa comparada con la avalancha de los nazis que se había agigantado de 800,000 votos, en mayo de 1928, hasta 6.500,000, en septiembre de 1930.

Herederos del radicalismo socialista de la preguerra, los comunistas creían firmemente que la crisis acabaría con el capitalismo, aunque ellos mismos no se preparaban en absoluto para la lucha decisiva por un nuevo orden social. Desde su punto de vista, el movimiento de Hitler no era más que un fenómeno pasajero. Al día siguiente de las elecciones del 14 de septiembre de 1930, que convirtieron el partido nacional-socialista (nazi) en el segundo del Reichstag por su fuerza numérica, la *Rote Fahne*, órgano central de los comunistas, anunció que la ola nazi había llegado a su "punto culminante". "Lo que vendrá después de esto —decía el periódico— no puede ser sino decadencia y caída". Aun mucho más tarde, cuando el triunfo del nazismo parecía ya evidente a casi todo el mundo, los comunistas se obstinaban en proclamar que su propia victoria seguiría estrechamente al inevitable colapso de la dictadura nazista. "Somos los vencedores de mañana —gritaba en el Reichstag el líder comunista Remmele—,

y la cuestión ya no estriba en saber quién vencerá a quién. Esta cuestión ya está resuelta. Ahora el problema es únicamente éste: ¿En qué momento derrocaremos a la burguesía?" Según vaticinaban los comunistas, los nazis iban a desencadenar pronto la inflación, la cual, a su vez, abriría los diques a la revolución proletaria. "Después de Hitler, nos toca a nosotros", he aquí un artículo de fe de los comunistas. Y en efecto, hasta 1934 Moscú no admitió que el nazismo había llegado para quedarse por algún tiempo.

Puesto que en 1929 el movimiento de Hitler no representaba a los ojos de los comunistas, sino un fenómeno que sólo merecía una atención secundaria, la fuerza principal de su propaganda había de dirigirse contra los social-demócratas. En tiempo del gobierno Müller, los comunistas se desvivían para crearle dificultades, y el gobierno, a su vez, hacía cuanto podía para ofrecerles amplias oportunidades de crítica. Los desórdenes del primero de mayo de 1929, fueron una de ellas. Dimitido el ministerio Müller, los comunistas embistieron contra el resto de las posiciones ocupadas aún por los social-demócratas en el Reich y en Prusia. Ello les llevó a una alianza con los nazis, como la de 1931, cuando los comunistas llamaron a sus partidarios a dar su apoyo al plebiscito nazi contra el gobierno prusiano encabezado por socialistas.

Sólo había un punto en que los comunistas alemanes parecían tomar en serio a los nazis: cuanto más efectiva se hacía la propaganda nacionalsocialista, tanto más fielmente copiaban los comunistas las divisas de la misma. Su plataforma electoral llevaba el título: "Para la liberación nacional y social". Algunos aventureros nacionalistas, deseosos de obtener la ayuda de la Unión Soviética en una guerra contra el Occidente, ingresaron en el partido comunista y se convirtieron en sus voceros de primer plano. Siendo los social-demócratas partidarios de una reconciliación con Francia, política de la que Moscú había sospechado siempre por considerarla el primer paso hacia un frente unido contra Rusia, la política exterior vino a ser otro campo de batalla entre socialistas y comunistas. Una vez más se estableció así un entendimiento nazi-comunista, por lo menos en cuanto a los sentimientos antifranceses se refería.

Como resultado inevitable de la política comunista, se ensanchó el abismo entre los dos partidos obreros alemanes y se hizo imposible prácticamente una defensa unida contra el enemigo común. Bien puede ser que la conducta radical del partido comunista le trajese ciertas ventajas en forma de un aflujo de partidarios a expensas de los social-demócratas. Mas el movimiento obrero en conjunto sufrió cruelmente.

La política social-demócrata durante la crisis hubo de ser fundamentalmente distinta de la comunista, aunque no fuera más que por el hecho de que al principio los social-demócratas estaban en el gobierno, y posteriormente, después de la dimisión del gobierno de Hermann Müller, porque habían impedido la caída del gobierno Brüning por medio de lo que dió en llamarse una política de tolerancia. Los socialistas no podían permitirse una política puramente propagandista. Tampoco estaban en condiciones de competir con las insensatas demandas formuladas ya fuera por los comunistas o por los nazis. Por otra parte, los socialistas tenían la inmensa ventaja de ser un partido gubernamental y de hablar con la autoridad de una organización cuyo pasado hacía imposible a todo adversario decente el acusarla de sancionar aventuras irresponsables. Pero no obstante esas circunstancias favorables, el fracaso de los social-demócratas fué tan completo como el de los comunistas.

Los social-demócratas no habían contado con una crisis de tan descomunal intensidad y duración; pero aun en 1931, bajo las descargas más terribles de la borrasca económica, se aferraban a una política despreocupada por la necesidad de combatir la crisis misma, y que se agotaba en aliviar los sufrimientos inmediatos de la clase obrera. Muchos socialistas y dirigentes sindicales seguían apegados a la doctrina ortodoxa de que la intervención del estado en la crisis, aun cuando lograra mitigar su violencia temporalmente, sólo lo conseguiría al precio de prolongarla y preparar otra aún más devastadora. Por eso, los social-demócratas y los dirigentes sindicales no hicieron ningún esfuerzo para modificar la política deflacionista del gobierno y no se opusieron a ella sino cuando amenazaba los salarios y subsidios a los desocupados. Es verdad que recalcaban la importancia económica de sostener el poder adquisitivo del consumidor manteniendo

estable el nivel de los salarios y de los subsidios; pero era más que nada una "racionalización" de su deseo de ahorrar a sus partidarios las consecuencias inmediatas de la crisis. Los social-demócratas no tenían ninguna política económica, sino sólo una política de "asistencia". Repudiaban la deflación, pero protestaban también contra cualquier medida inflacionista, considerando como tal la devaluación. "Ni inflación, ni deflación", declaraba una exposición oficial de su política. Se rechazaba categóricamente toda manipulación con la moneda.

El recuerdo de la terrible inflación de 1919-1923 estaba aún vivo. A juicio de los socialistas y sindicalistas los alemanes hubieran considerado cualquier "experimento" con la moneda como el comienzo de una nueva inflación, y dadas las experiencias de los alemanes con la inflación monetaria, no habría existido fuerza para detener el pánico. A la primera señal de una baja del valor del marco, la población se hubiera lanzado a comprar cualquier cosa con objeto de desembarazarse de todo dinero. Los precios hubieran subido con ritmo furioso y no hubiera habido fuerza —y mucho menos, seguramente, un gobierno tan débil como el de Brüning— capaz de impedir que la inflación, una vez iniciada, se precipitara hacia su límite más extremo. Una inflación regulada hubiera resultado imposible; la devaluación hubiera conducido rectamente a una inflación que habría derribado a la República y arrojado el poder en manos de los nazis.

Así, pues, los social-demócratas alemanes, aunque se oponían a las reducciones de salarios realizadas por Brüning, se mostraban incapaces de ofrecer otra solución práctica. Cualquier política de expansión económica hubiera tropezado con la balanza de pagos pasiva. Sólo la devaluación o, tal vez, un estricto control de cambios habrían logrado contener la salida del oro al día siguiente de una expansión económica. A despecho de los esfuerzos de ciertos grupos del movimiento mundial para llevar a los obreros por el camino de la devaluación y de una política de alza del nivel de precios, la mayoría del partido social-demócrata y de los dirigentes sindicales persistieron en su actitud puramente negativa. "Ni inflación, ni deflación" significaba que, en medio de un terrible cataclismo que lo amenazaba todo, incluyendo la constitución y todos los valores sociales, una cosa había de mantenerse estable a toda costa: el valor oro de la moneda.

Los social-demócratas y los sindicatos protestaron contra la reducción de los salarios, pero su protesta no podía contar, puesto que su política estaba esencialmente dictada por el temor a una crisis que podría conducir a un gobierno con participación de los nazis. Ello, estimaban con razón los grupos del movimiento obrero, abriría al nacionalsocialismo el acceso al poder que daba el gobierno y pondría en peligro mortal cuanto quedaba de las libertades democráticas. Había que impedir, pues, a toda costa, una crisis gubernamental. Los socialistas estaban convencidos de que la depresión económica pasaría muy pronto y que, si lograban mantener a Brüning en el poder hasta que volviese la prosperidad, los nazis perderían rápidamente su ascendiente, artificialmente hinchado, sobre los electores. Una vez conjurado el peligro de una dictadura fascista, los social-demócratas podrían reorganizar sus filas y recobrar su antigua fuerza. De ahí la creencia de los dirigentes del partido de que la mejor política, aun a riesgo de perder temporalmente su popularidad, sería la de "tolerar" a Brüning.

Ello explica por qué la oposición social-demócrata a la política deflacionista de Brüning, con sus reducciones en los salarios y en las cuotas de subsidio a los desocupados, no llegaba nunca al extremo de provocar una crisis gubernamental. Por violentos que fuesen los discursos de los diputados socialistas en el Reichstag, la minoría social-demócrata se guardaba bien de votar junto con los nazis y comunistas contra el gobierno y de intentar obligarle a dimitir. Al empeñarse en una política financiera ortodoxa en un momento en que sólo unos métodos nuevos y audaces tenían probabilidad de éxito, el movimiento obrero perdió su independencia política convirtiéndose en un ineficaz apéndice de la mayoría de Brüning.

CAPITULO X

FRACASO DEL "NUEVO TRATO" FRANCES

1

DESDE QUE ocurrió la catastrófica caída de Francia se ha hablado y escrito mucho sobre la responsabilidad del Frente Popular por aquel desastre. Se ha acusado a las reformas sociales decretadas apresuradamente durante el verano de 1936 de haber retardado el rearme francés. Se pretende que las formas casi revolucionarias de la lucha de clases bajo el gobierno Blum, habían antagonizado a éstas y minado gravemente el espíritu combativo del país. A la infiltración de los comunistas en las posiciones de mando de los sindicatos, favorecida por el Frente Popular, se ha atribuído el efecto de haber socavado la voluntad de resistencia de la clase obrera francesa. Esta fué, hasta cierto punto, la tesis del tribunal de Riom que había de juzgar a León Blum y Daladier en su calidad de jefes del Frente Popular, acusados de haber descuidado la preparación de Francia para la guerra. Tales imputaciones se han hecho también en los países democráticos.

La primera cuestión que se ha de contestar es la de si el año 1936, que presenció la ocupación de Renania por las tropas nazis así como la guerra de España, permitía la puesta en vigor de extensas reformas sociales en un país amenazado directamente, como Francia, por el creciente poderío militar de Hitler. La insistencia del proletariado francés en tales reformas, en un momento en que todas las energías nacionales debían consagrarse a los preparativos de una guerra inevitable, parece constituir un ejemplo más de aquel espíritu de grupo de presión del movimiento obrero, que pasa por alto los intereses vitales de la nación.[1]

[1] La política internacional del Frente Popular se discutirá más adelante, en los capítulos XVIII, XIX y XX.

Una concepción tan estrecha parece particularmente sorprendente en los socialistas franceses, grupo director del Frente Popular. De acuerdo con la aversión general francesa por la organización, el partido socialista, aunque el más grande del país, contaba en la época de su apogeo con poco más de 200,000 miembros efectivos y éstos eran, casi exclusivamente, hombres interesados vitalmente en la política. La gran masa del proletariado francés votaba en las elecciones por los candidatos socialistas o por los comunistas, pero eran escasos los obreros que se afiliaban a estos partidos. Sus miembros se componían principalmente de intelectuales, quienes, por decirlo así, eran el estado-mayor de movimientos populares más extensos. A diferencia de las condiciones que prevalecían en Gran Bretaña o Alemania, las relaciones entre los sindicatos y el movimiento socialista francés no eran muy íntimas. El partido laborista inglés estaba formado por las *trade-unions*, más un pequeño, aunque creciente, número de miembros individuales, controlando aquellas el partido desde el punto de vista financiero y a menudo también desde el político. Casi todos los dirigentes destacados de los sindicatos alemanes eran elementos prominentes del partido social-demócrata. En Francia, por lo contrario, los sindicatos se mantenían alejados del movimiento político. Al principio, antes de 1914, las tendencias antiparlamentarias del sindicalismo se opusieron con éxito a una asociación estrecha entre los sindicatos y el partido. Después de 1920, los sindicatos pensaron que sólo podrían evitar ser divididos por el cisma sobrevenido entre los socialistas y los comunistas apartándose de la política; pero, aun así, cierto sindicato comunista se separó de los demás. León Jouhaux, con mucho el líder más sobresaliente del sindicalismo francés, maniobró con habilidad para mantener las organizaciones obreras a justa distancia del partido socialista: lo bastante cerca para gozar del apoyo socialista en el parlamento, pero no tanto que ofendiera los sentimientos de los sindicalistas ortodoxos y de los partidarios del comunismo. Puede decirse, pues, en cierta medida, que debido a la repugnancia del obrero francés típico por afiliarse a un partido político los socialistas y los comunistas observaban en Francia el principio de organización leninista. Hubiera podido esperarse que tal organización de partido re-

sultara particularmente desfavorable al desarrollo de una mentalidad de grupo de presión y que los socialistas y comunistas franceses supieran subordinar, en momentos de crisis nacional, los intereses de su grupo a los de la nación entera.

Para comprender por qué el Frente Popular francés actuó como lo hizo es preciso exponer brevemente los acontecimientos que condujeron a su triunfo en 1936.

2

Desde muchos años antes de 1936, Blum había procurado libertarse él mismo y su partido de la responsabilidad de tomar parte en un gobierno. Había preferido la escisión que terminó con la constitución del partidodo neo-socialista por Marcel Déat y Pierre Renaudel antes que comprometer el porvenir del movimiento socialista por lo que consideraba una experiencia de gobierno prematura. En interminables discusiones que, citando a un escritor norteamericano, tenían "la fascinación de disputas teológicas para socialistas franceses",[1] Blum había explicado su actitud. Su posición estaba dictada, en parte, por el temor a los comunistas y, en parte, por la falta de cohesión dentro del movimiento socialista mismo.

En el momento de la escisión entre los socialistas y los comunistas, en 1920, estos últimos eran considerablemente más fuertes que la organización de Blum. La armazón del partido socialista primitivo y el célebre periódico *L'Humanité* quedaron con los comunistas ya que éstos representaron en el decisivo congreso del partido la mayoría de los delegados. Blum y el secretario del partido, Faure, sólo lograron reconstruir el movimiento socialista lenta y gradualmente; sus esfuerzos se beneficiaron con las constantes disensiones entre los comunistas, que permitieron a los socialistas crecer a expensas de la extrema izquierda. No obstante, los comunistas continuaron siendo un fuerte partido de masas. En las elecciones generales de 1928, el partido comunista reunió 1.100,000 de votos contra los 1.700,000 de los socialistas. Si la minoría comunista en la Cámara era pequeña, ello se debió a la ley electoral francesa que favorecía las alianzas y a la táctica de los comunistas, opuesta a tales alianzas. Los comunistas conceptuaban a todos los demás partidos, e incluso a los socialistas, de organizaciones de la burguesía capitalista. La fuerza electoral de los comunistas hizo temer a Blum que un bloque con grupos extraños al movimiento obrero a base de un compromiso que decepcionase temporalmente a las masas, impartiera un nuevo ímpetu a la propaganda comunista.

[1] Charles W. Pipkin, *Social Politics and Modern Democracies*. Nueva York, 1931, vol. II, p. 298.

Además, el radicalismo ortoxo de tipo prebélico se hallaba fuertemente atrincherado en el movimiento socialista. Los reformistas que estuvieron encabezados por el gran Jean Jaurès, asesinado en 1914, sufrieron una cruel derrota hacia fines de la guerra. Amos del movimiento en 1914, se habían asociado al gobierno durante la conflagración; pero hacia el final de la misma y bajo la impresión de la revolución rusa, los internacionalistas lograron ganar a la mayoría del partido a sus ideas. Sus dirigentes, como, por ejemplo, Jean Longuet y Paul Faure, eran radicales del mismo tipo, aproximadamente, que sus compañeros alemanes. La mayoría radical resultó ser tan grande que ni siquiera la salida de los comunistas permitió a los reformistas volver al mando. La debilidad relativa del movimiento socialista, que impidió éxitos prácticos impresionantes y la fuerte tendencia conservadora dentro de los grupos burgueses, que probablemente hubiese condenado a la esterilidad cualquier cooperación entre los socialistas y las clases medias, si aquellos hubieran aceptado las propuestas de los reformistas a favor de tal cooperación, mantuvieron al radicalismo en el poder.

La cuestión de si los socialistas debían formar un gobierno con el partido de Herriot provocó en el seno del movimiento una serie de prolongados conflictos. En estas luchas de facción, Blum ocupaba una posición central. El ala izquierda, conducida por Paul Faure, Alexandre Bracke y Jean Zyromski, secundaba a Blum contra la derecha, cuyo vocero era Pierre Renaudel. El lugarteniente de Renaudel, Marcel Déat, después de ser el "príncipe heredero" del partido socialista a principios de la cuarta década, se convertiría, al día siguiente

de la derrota de 1940, en el defensor principal de la colaboración con la Alemania nazi. Profesor de la "Ecole Normale Supérieure", el centro docente de la élite francesa, el brillante Déat parecía llamado a asumir, pese a su juventud, la dirección del partido como futuro sucesor de Blum. Pero Déat estaba impaciente. Deseaba ser miembro de un gobierno francés, mientras que Blum rechazaba la política de alianzas con los partidos de la clase media, única manera que hubiera permitido a los socialistas entrar en un gobierno. A fin de asegurarse la cooperación de los conservadores, los socialistas, preveía Blum, se verían obligados a hacer grandes sacrificios; los comunistas, por otra parte, no desperdiciarían ninguna oportunidad de sacar provecho de cualquier "traición socialista." Déat, al contrario, alegaba que por muchos años venideros los socialistas no podían esperar conquistar la mayoría en la Cámara. Sin tomar parte en una coalición, el partido no estaría, pues, en condiciones de llevar a cabo siquiera algunos fragmentos menores de su programa de reformas. En opinión de Déat, la política de Blum condenaba al partido a una oposición eterna y, por ende, a la esterilidad.

Siempre que otros grupos políticos hicieron a los socialistas proposiciones de colaboración, tal ofrecimiento amenazaba en seguida la unidad del partido. Blum contaba con el apoyo de todos aquellos que se sentían más a gusto en el papel de grupo de oposición, sin contraer la responsabilidad de acción constructora. Estos socialistas se valían de lemas tan radicales como el que se refería al antagonismo irreconciliable entre los socialistas y los partidos burgueses, el cual, según afirmaban, impedía toda cooperación fructuosa; en realidad, la mayoría de estos radicales prefería sencillamente la política de grupo de presión a la responsabilidad. Déat tenía a su lado algunos hombres que creían que el movimiento había de contribuir, de vez en cuando, al progreso social de Francia, pero también no pocos cazadores de empleos, quienes consideraban el partido meramente como trampolín para su carrera personal.

Durante varios años de enconadas disputas, Blum logró derrotar a Déat y sus amigos. Al convencerse de la inexpugnabilidad de la posición de Blum, el "príncipe heredero" rompió con el partido y

constituyó un grupo propio, el de los neo-socialistas. En el calor de la lucha, Déat no retrocedió ante la explotación, en contra de Blum, de prejuicios antisemíticos. Tal fué el origen del salto mortal intelectual que convertiría a Déat en el campeón más ardiente del apaciguamiento durante todo el período que precedió a la guerra y, posteriormente, en ayudante de Laval en sus esfuerzos para arrastrar a Francia a la guerra al lado de Alemania.

Las explosiones de odio hacia los dirigentes del partido socialista, características de Déat, se debían primitivamente al sentimiento de frustración del vencido. Apenas había abandonado Déat el movimiento socialista y logrado su nombramiento de ministro de la aviación, cuando el victorioso Frente Popular le expulsó del ministerio que fuésustituído por un gobierno encabezado por León Blum. No cabe duda que si Déat hubiese permanecido en el partido socialista habría logrado uno de los puestos más importantes del gabinete de Blum. Así, pues, la ruptura de Déat con Blum había hecho abortar sus propios propósitos. No mejoró su estado de ánimo el hecho de que el mismo hombre que él había acusado de esterilidad política ahora realizara toda una serie de reformas. La ola de entusiasmo que despertaron los éxitos del gobierno Blum arrancó al propio Déat palabras de elogio, aun cuando en realidad ardía en deseos de censurar.

El ala radical del movimiento socialista salió fortalecida de la lucha contra Renaudel y Déat. Paul Faure, cediendo a la ola de presión popular, aceptó la formación del Frente Popular y del gobierno de este nombre, encabezado por León Blum. En lo más íntimo de su corazón, Paul Faure, que reprobaba tanto el revolucionarismo comunista como la acción constitucional constructora, no se sentía a gusto sino cuando su partido se hallaba en oposición al gobierno. Aun siendo miembro del ministerio Blum, Faure continuó pensando y obrando como radical. Favorecía las reformas sociales emprendidas por el gobierno, pero concedía poca importancia a los cambios económicos fundamentales necesarios para que estas reformas fuesen posibles y duraderas. Los asuntos extranjeros y sobre todo una política exterior que pudiera implicar sacrificios de parte de la clase obrera le parecían una mera diversión de lo que juzgaba "el trabajo real" del partido.

Como secretario general del partido socialista y miembro del gobierno, Faure era un hombre influyente. Sin embargo, de no haber ocurrido aquella evolución económica y social peculiar, que precedió al advenimiento del gobierno Blum, su pensamiento de grupo de presión habría tenido escasa oportunidad para llegar a ser un factor tan poderoso como lo fué en la conformación de la conducta del proletariado mismo.

De todos los países industriales de Europa, Francia era el más atrasado desde el punto de vista de las reformas sociales y el más conservador en materia de política económica. En este país, donde predominaban las actividades industriales en pequeña escala y donde la gran industria estaba restringida a unas pocas regiones, el sindicalismo no adquirió nunca una importancia comparable al inglés o alemán. El seguro social, altamente desarrollado, de Inglaterra y de la Europa Central no tenía contrapartida adecuada en Francia donde la familia seguía desempeñando el papel que representaba en otra parte un sistema de seguridad social establecido por el estado. Además, el frugal obrero francés acostumbraba acumular pequeños ahorros que le permitían atravesar los períodos difíciles.

En tales condiciones, Francia, no obstante su ideología política progresista, tendía a ser muy conservadora económica y socialmente. Después de la triste experiencia de la inflación que terminó en 1928 con la devaluación y estabilización del franco, cualquier manipulación de la moneda estaba anatemizada. Cuando la gran depresión y el abandono del patrón oro en muchos países dominaron la baja de los precios del mercado mundial, el gobierno francés, respaldado por la opinión pública, se negó resueltamente a seguir el ejemplo de la devaluación inglesa y norteamericana. Al igual que en el caso de Gran Bretaña y Alemania, la defensa de la paridad oro de la moneda significaba una presión sobre los precios y los salarios y, por ende, una crisis acentuada y una desocupación creciente.

La experiencia de la inflación posbélica había hecho creer a la opinión pública francesa que los presupuestos desequilibrados habían de conducir inevitablemente a la inflación. En realidad, una vez comenzada ésta, ningún presupuesto estaba equilibrado; pero todos

los gobiernos estimaban su deber realizar, un esfuerzo para establecer, por lo menos, una apariencia de equilibrio de ingresos y gastos. En el curso de los dos o tres años anteriores al advenimiento del gobierno de Frente Popular, el presupuesto había sido "equilibrado" como una docena de veces. Cada una de ellas, los ingresos reales fueron inferiores a la cifra esperada, con el resultado de que había sido necesario recurrir a nuevos cortes de los gastos para restablecer el equilibrio. Cada vez, esto fué seguido por una reducción del ingreso nacional, que, a su vez, volvió a decepcionar las estimaciones acerca de los ingresos fiscales.

Esta política de "contabilidad", como la bautizó Blum, llegó a su climax con los "decretos de la miseria" del Primer Ministro Pierre Laval, que redujeron aún más los ya escualidos sueldos de los funcionarios. La clase obrera se oponía violentamente a la política de deflación, y la victoria del Frente Popular en las elecciones generales de 1936 dió la señal a un movimiento en masa tendiente a anular los insoportables sacrificios impuestos a los obreros por los gobiernos precedentes.

La atención del proletariado francés se enfocó, pues, plenamente sobre su propio nivel de vida, y la ola de huelgas en masa que pasó por el país durante el verano de 1936 constituyó una irresistible fuerza elemental.

Parece harto probable que un aumento en gran escala del nivel de vida de la clase obrera francesa rebasara lo que el país podía proporcionar al bajo nivel de su producción en 1936. Pero Blum esperaba que los salarios más altos incrementarían la producción, de modo que el aumento de aquéllos resultaría justificado económicamente. Su esperanza, según veremos más adelante, resultó fallida, y lo que minó la fuerza económica y militar de la nación fué su incapacidad para hacer crecer la producción, más bien que la subida de los salarios por sí misma. La debilidad funesta de Blum no residía tanto en el terreno de la reforma cuanto en el de la recuperación.

Bien es verdad, por otra parte, que, dado el fracaso de la política de regeneración económica, las reformas sociales tendieron a distraer unas energías que en interés nacional habrían tenido que ser consagra-

das al fortalecimiento del país contra el enemigo exterior. Pero el ímpetu de la rebelión popular y su indiferencia hacia la crítica situación internacional a que se enfrentaba el país no se debió solamente a la ortodoxía radical y a la mentalidad de grupo de presión del proletariado francés, sino también a los pecados de los gobiernos anteriores al de Blum. Fué el retraso en la realización de las reformas sociales urgentes el que obligó al gobierno Blum a lanzarse a estas reformas sin previo y cuidadoso análisis de lo que el país podía costearse, en las circunstancias prevalecientes. Durante varios años los empresarios franceses se habían negado a tratar con los sindicatos, mientras que en Inglaterra y, durante algún tiempo, en Alemania, los contratos colectivos se habían convertido en regla. Victorioso el Frente Popular, estos contratos se impusieron al patronato francés, con el resultado de que ambos bandos, sospechando detrás de cada jugada del adversario intenciones siniestras, se enfrentaban uno a otro como dos ejércitos movilizados, listos para atacarse en el momento oportuno. Es evidente que tal estado de cosas no era favorable a la unidad nacional, abriendo las puertas de par en par a los quintacolumnistas.

En otras palabras, las reformas sociales del gobierno de Blum eran inestables; pues el triunfo del Frente Popular hizo que la presión de la clase obrera, acrecentada por los precedentes años de inflación, rompiese los diques con la violencia de un torrente. El fracaso de Blum reside en no haber sabido dar estabilidad económica mediante un incremento de la producción a unas reformas que eran inevitables. Y lo que contribuyó de modo tan nefasto a la desunión nacional frente al hitlerismo, fué la brusca oleada de reformas lanzadas sobre una clase patronal reacia y renuente, hasta entonces, a conceder a los obreros franceses unos derechos establecidos en la mayoría de los países industriales avanzados de Europa. Francia había retardado tanto tiempo aquellas reformas sociales urgentes que los obreros, tan pronto como se sintieron lo suficientemente fuertes, las impusieron sin consideración de la situación económica e internacional del país. Francia pagó en 1936 el precio de su atraso social.

El Frente Popular y sus adversarios eran, aproximadamente, de fuerza igual. Es evidente que la evolución social de Francia había

llegado entre 1935 y 1940 a una fase de equilibrio de las fuerzas de clase. Ninguno de los bandos tenía bastante instinto político para poder resolver los conflictos sociales en un sentido favorable a la unidad nacional. Francia se hallaba en un estado de guerra civil apenas disimulada y Hitler no tardó en aprovecharse de la debilidad interna de su enemigo.

Mucho de lo dicho respecto a Francia debe sonar a familiar en los oídos norteamericanos. Lo mismo que Francia, Estados Unidos ha pasado, durante la última década, por grandes cambios sociales y aún no se ha llegado a un ajuste perfecto de las relaciones entre obreros y patrones. Se han decretado unas reformas sociales que hubieran parecido utópicas o comunistas antes de 1933. Los sindicatos se han extendido en un grado comparable sólo al crecimiento de las organizaciones obreras francesas bajo el gobierno del Frente Popular. Es indudable que todo esto ha creado en Estados Unidos unos problemas no del todo distintos de los surgidos en Francia, y un estudio atento de la experiencia francesa podría contribuir a resolver las dificultades norteamericanas. Parece, sin embargo, que, en fin de cuentas, la cohesión nacional en Estados Unidos es mucho más fuerte de lo que ha sido en Francia. El temor reciproco de obreros y patrones, aunque no del todo ausente, parece menos agudo y, por lo tanto, menos capaz de abrir brechas en el frente nacional, a través de las cuales el enemigo podría avanzar hacia el corazón del país.

4

León Blum, el nuevo Presidente del Consejo, se halló por vez primera en el poder. No era un hombre de "carrera" del movimiento socialista francés; pertenecía al partido desde 1905, aunque no había mostrado gran interés por la política sino hasta el principio de la guerra pasada. En su juventud había tomado una parte activa en el movimiento a favor de Dreyfus, pero el día siguiente del *Affaire* le vió de nuevo en su "torre de marfil" literaria. Y sin embargo, apenas vuelto, durante la guerra, a la política activa, ocupó ya uno de los peldaños superiores de la escala, pues su prestigio intelectual era tan

grande que Marcel Sembat, ministro socialista de obras públicas, le nombró su *chef de cabinet*, cargo similar al de un secretario privado parlamentario en Inglaterra.

Electo en 1919 por vez primera a la Cámara de Diputados, Blum llegó en seguida a ser uno de los voceros principales de su partido. Hasta Poincaré —a salvo gracias a su inmensa mayoría parlamentaria— llegó a respetar y temer al líder de la valiente, aunque pequeña, oposición socialista. En los años siguientes, más de un *premier* lanzó miradas inquietas hacia el asiento de Blum, donde muchas veces se decidiría la suerte de los gabinetes. Es más, Blum tenía fama de haber derrocado más gobiernos que ningún otro diputado.

Según recordará el lector, León Blum hizo cuanto pudo para mantener a los socialistas fuera de todo gobierno de coalición mientras el partido no era lo bastante fuerte para ponerse al frente de tal coalición. Estaba convencido que después de la escisión entre los socialistas y los comunistas en 1920, el partido socialista, por demasiado débil, no podía arriesgarse a asumir responsabilidades mayores. Por otra parte, Blum quería impedir la llegada al poder de gobiernos reaccionarios. Por eso, estaba dispuesto a apoyar los gabinetes formados por el partido radical de Herriot contra la derecha, siempre y cuando los radicales adoptaran una política progresista.[3] De hecho, los gobiernos radicales solían comenzar con un programa progresista y terminar con medidas reaccionarias y deflacionistas. Blum, entonces, no tenía compasión. Debido a su intervención, un gabinete radical tras otro fué derrotado después que las elecciones de 1932 habían dado a la izquierda una mayoría en la Cámara de los Diputados. A riesgo de poner en peligro el régimen parlamentario, Blum votaba contra los

[3] Se advierte al lector que debe distinguir entre el *Parti Radical* y *Radical-Socialiste*, designado, frecuentemente, por la abreviación "radicales", y el grupo que el autor llama Radicales. El primero es el nombre de un partido fundado por Camille Pelletan y conducido, durante el período al que nos referimos, por Edouard Herriot, Camille Chautemps, Joseph Caillaux y otros. Era un partido burgués de tendencias progresistas que tenía poco que ver con el socialismo. Los "radicales" socialistas, por lo contrario, constituían una corriente del socialismo moderno.

gobiernos radicales, cada vez que, bajo la presión de su propia ala derecha, introducían medidas deflacionistas. Sólo pedía, acostumbraba a decir Blum, que los radicales permaneciesen fieles a su programa electoral, que repudiaba la deflación. Tal política le valía a menudo el reproche de ser un socialista radical típico que imponía a su partido una inactividad estéril con objeto de impedir que se comprometiese actuando.

Cuando Blum aceptó el cargo de Primer Ministro, lo hizo en las condiciones precisas que siempre había considerado mejores. Los socialistas conducían la mayoría gubernamental y —otra ventaja— los comunistas formaban parte de ella, aunque se negaran a participar en el gabinete. Así, pues, los socialistas tenían la iniciativa en el Frente Popular, al tiempo que disminuía, aunque no desaparecía de ningún modo, el peligro de un ataque de los comunistas contra los socialistas, motivado por cualquier acción del gobierno.

La actitud de León Blum hacia los comunistas era una curiosa mezcla de simpatía y odio. Creía sinceramente que era indispensable, para el progreso del socialismo, que hubiera un movimiento obrero unificado. En 1920, cuando se produjo la escisión entre las dos tendencias, no se había opuesto a los comunistas a causa de sus ideas revolucionarias, sino de su concepto de la revolución. El mismo estaba convencido de la necesidad de un período de dictadura —al que designaba como "asueto de la legalidad"— para establecer los cimientos de una sociedad socialista; pero acusaba a los comunistas de haber falsificado la doctrina marxista. En su opinión, los comunistas identificaban equivocadamente la revolución con la conquista del poder por la clase obrera, y consideraba la trasformación del orden social como el hecho realmente revolucionario. El énfasis dado por los comunistas a la conquista del poder, era, según Blum, la base de las divergencias entre ellos y los socialistas y explicaban el carácter aventurado de la política comunista. Pero Blum se negaba siempre a tomar parte en cualquier coalición dirigida contra los comunistas y tendiente a estropear cuantas oportunidades quedaban para una reconciliación final de los dos partidos obreros. En septiembre de 1939, exhortó a los comunistas a repudiar el pacto soviético-alemán con objeto de

evitar la disolución del partido comunista francés. No quería crear la impresión de una alianza del partido socialista con el estado burgués contra otro partido obrero.

Muchos socialistas —incluso entre los mejores amigos de Blum— temían que éste, como jefe del gobierno, demostrara en una hora crítica que no era hombre de acción. Pero el *littérateur* se reveló como *homme de poigne,* un hombre de puños, como dicen los franceses. Supo obrar a tiempo y enérgicamente. Durante las huelgas de brazos caídos el refinado y correcto presidente del consejo impuso a los patrones contratos colectivos de trabajo, considerados hasta entonces por éstos como restricción intolerable de los derechos de propiedad. Su manejo de las multitudes era magistral. Gustaba de decir que se sentía responsable no solamente ante la Cámara de los Diputados, sino también ante las masas mismas. Después de la lectura de su declaración ministral ante la Cámara, Blum se presentó ante una reunión en masa de los obreros de París pidiendo que le diesen la misma expresión de confianza que le había votado el parlamento. No perdía nunca una oportunidad de explicar su política a los obreros. Cuando la no-intervención en la guerra de España provocó descontento entre los obreros parisienses, Blum convocó un gran mítin con objeto de permitir una franca discusión de las opiniones divergentes y de exponer su propio punto de vista. No parece probable que lograra convencer a las masas, pero fueron pocos los que creían que proseguía su política por razones que los obreros no pudieran aprobar. Ni siquiera los comunistas le acusaron, por entonces, de traición.

El inconveniente más grande de Blum era su sentimiento "humanitario." No era capaz de comprender psicológicamente un fenómeno antihumanitario como el nazismo. Nunca se le pudo convencer de que la fuerza y la amenaza con la fuerza eran los únicos argumentos accesibles a la mentalidad nazi. Tan predominante era en Blum el impulso humanitario que éste impidió que adoptara, en la política exterior, la línea que su inteligencia le indicaba como único medio para salvar la paz. Sabía que había de correr riesgos, mas cada vez que el peligro de una guerra parecía inminente, Blum retrocedía ante la necesidad de continuar un juego donde se ventilan millones de vidas humanas.

Algunos críticos han acusado a Blum de cobardía. Pero no se pudo dudar de su valor cuando, a propósito de la ocupación del Ruhr, se opuso a Poincaré, ni más tarde, cuando alzó la bandera del antifascismo durante los sucesos que siguieron al día fatal del 6 de febrero de 1934. El odio fascista hacia Blum tuvo su expresión más violenta cuando, el 13 de febrero de 1936, los monárquicos y los fascistas agredieron e hirieron al jefe socialista. Nunca se había hallado León Blum tan próximo al corazón del obrero francés como en aquellos momentos. Más que ninguna otra cosa, la tentativa de asesinato había confirmado su jefatura sobre el Frente Popular.

Y Blum demostró una vez más su valor moral y físico ante el tribunal del mariscal Pétain. No es en este terreno donde ha de buscarse la explicación de sus fracasos. Radican en la grandeza y en las limitaciones del siglo XIX cuyo hijo espiritual era León Blum. Fué su fe en la fuerza de los valores morales y humanitarios la que le desarmó cuando se enfrentó a un enemigo como el fascismo que se hallaba fuera de la moralidad establecida.

5

De las cinco organizaciones principales que formaban el Frente Popular, sólo tres estaban representadas en el gobierno de León Blum: los socialistas, los radicales y la "Unión Socialista", grupo intermedio entre los dos grandes partidos de izquierda. Los comunistas, según se recordará, habían declinado la invitación de Blum, prefiriendo constituirse en "ministerio de las masas", fuera y por encima del gabinete. Habían anunciado, sin embargo, que apoyarían lealmente al gobierno. También el centro sindical se había sustraído a la participación en el gobierno, en parte porque la tradición de los sindicatos les prohibía toda asociación con el parlamentarismo y, en parte, a causa de la oposición del poderoso elemento comunista dentro del movimiento sindical.

El congreso del partido socialista, celebrado a fines de mayo de 1936, autorizó a Blum para formar gobierno. Blum explicó cómo concebía su tarea:

En las últimas elecciones no tuvimos la mayoría. No sólo no obtuvo la mayoría el partido socialista, sino que ni siquiera la obtuvieron los partidos proletarios en conjunto. No existe mayoría socialista, no existe mayoría proletaria; existe una mayoría del Frente Popular cuyo punto de unión constituye el programa del Frente Popular... En consecuencia, hemos de actuar dentro del marco de la situación actual, la misma situación cuyas contradicciones y vicios denunciamos durante la campaña electoral. Este es el objeto de nuestro experimento. El problema real que planteará tal experimento es la cuestión de si resultará posible o no obtener dentro de la armazón del orden existente un alivio suficiente a la miseria de los que sufran... y preparar en los hombres y en las cosas la transición inevitable hacia aquel orden que sigue siendo nuestro objetivo.

Aludiendo a una definición que había usado muchas veces en el pasado, Blum recordó que existía una diferencia fundamental entre "la conquista del poder" y "el ejercicio del poder" —la primera era un acto revolucionario y el segundo un acto constitucional—. El partido socialista sólo podía "ejercer el poder" dentro de los límites de la constitución y de las leyes existentes y aun ello solamente por medio de una cooperación con otros partidos.

Ciertos periódicos habían hablado de Blum como de un Kerenski que preparaba el camino a un Lenin francés. "Espero —dijo Blum— que el gobierno que va a formar el partido socialista no sea un gobierno Kerenski. Si lo es, creanme, en la Francia de nuestros días no habrá ningún Lenin que nos suceda".

El 4 de junio, el nuevo gabinete tomó posesión. León Blum fué presidente del consejo; el secretario del partido socialista, Paul Faure, ministro sin cartera; el socialista Roger Salengro, ministro del Interior; el jefe de los radicales, Edouard Daladier, ministro de la Defensa Nacional; otro radical, Yvon Delbos, ministro de Relaciones Exteriores; el socialista Vincent Auriol, ministro de Hacienda; Spinasse, otro socialista, ministro de Economía Nacional. Por vez primera hubo en un gobierno francés tres mujeres, entre las que figuraba madame Poliot-Curie. Había comenzado en Francia una nueva era en la organización del gobierno —que se dividió en siete administraciones cada

una de las cuales abarcaba varios departamentos —y, seguramente, una nueva era respecto al personal ministerial.

Algunos días antes del congreso del partido había estallado en los talleres de Nieuport, en Issy-les-Moulineaux, la primera huelga de brazos caídos. Ochocientos obreros habían ocupado la planta de aviones. Al tomar posesión el nuevo gobierno, las huelgas de brazos caídos ya se habían convertido en un movimiento en masa que se extendía por todo el área de París y aún más allá de la ciudad. Fué el tumulto obrero más grande de la historia de Francia, tanto más notable cuanto fué extremadamente espontáneo. Ninguna de las organizaciones obreras, incluyendo la *Confédération Générale du Travail* (C. G. T.) podía pretender ejercer pleno control sobre el movimiento, aunque millones de nuevos miembros afluían a los sindicatos. De cerca de un millón de miembros que había contado la recien unificada C. G. T. antes del verano de 1936, sus filas crecieron bruscamente hasta cinco millones aproximadamente.[4] Lo mismo que el rápido crecimiento de los sindicatos en los Estados-Uunidos durante la cuarta década, la repentina expansión del movimiento sindical francés proporcionó a los comunistas grandes oportunidades para ocupar posiciones estratégicas dentro de las organizaciones obreras. La vieja burocracia sindical se mostró incapaz de hacer frente a la súbita afluencia de miembros. Se necesitaron urgentemente gran número de dirigentes y subdirigentes para los nuevos grupos sindicales, y los comunistas mandaron cientos y miles de sus militantes para que cumplieran con su deber en el movimiento sindical y propagasen, al mismo tiempo, la influencia comunista sobre los sindicatos.

En su discurso ante la Cámara, el 6 de junio de 1936, el Primer Ministro admitió que las huelgas "no eran compatibles con las leyes y principios del Derecho Civil francés", pero agregó que hasta la fecha nadie había invitado al gobierno a hacer uso de la fuerza contra los huelguistas. Si se le invita a ello, dijo, y si fuese el uso de la fuerza contra los huelguistas "lo que ustedes esperan del gobierno, entonces tengo que decirles que esperarían en vano."

[4] Sobre la fusión de las dos centrales sindicales, ver p. 312.

En cambio, el gobierno sometió a la Cámara tres decretos: sobre la semana de cuarenta horas, sobre los contratos colectivos de trabajo y sobre las vacaciones obreras pagadas, pidiendo que fuesen debatidos y votados con la mayor rapidez. Además, el gobierno entró en negociaciones con la C.G.T. y las grandes organizaciones patronales e hizo efectivo el famoso "acuerdo de Matignon" que garantizaba a los obreros contratos colectivos, la libertad de la organización sindical, la elección de delegados de taller y un aumento de los salarios en un 7 a 15 por ciento. Se votó una ley que definía el procedimiento para concluir contratos colectivos y se autorizó al gobierno para actuar de mediador entre los sindicatos y los patrones. Ya que antes de 1936 apenas si habían existido en Francia tales convenios colectivos —excepto durante un breve período en 1919 y 1920— el "acuerdo de Matignon" marcó una "nueva era en las relaciones industriales". Como escribía León Jouhaux: "La clase obrera ha ganado la victoria más grande de su historia".

Las vacaciones obreras pagadas de dos semanas y la base legal de los contratos colectivos fueron votados por el parlamento sin casi ninguna oposición. La ley sobre la semana de cuarenta horas, con aumento de salarios y sueldos como compensación de la reducción de las horas de trabajo, tropezó con alguna resistencia en el Senado, pero incluso este baluarte de los conservadores cedió bajo la presión de las huelgas en masa. La primera industria a la que se aplicó la nueva ley fué la minería de carbón. La consideración de las dimensiones de los ajustes necesarios para la puesta en práctica de los decretos determinó al gobierno a diferir su aplicación hasta fines de septiembre.

"Ni devaluación, ni deflación", fué la consigna del Frente Popular. Blum y Auriol habían atacado las medidas deflacionistas del Primer Ministro anterior, Pierre Laval, con el argumento de que el equilibrio del presupuesto no podía resultar de una política monetaria perjudicial a la economía del país. Lo esencial era volver a un período de prosperidad que equilibrara automáticamente el presupuesto; crecerían los ingresos fiscales y se reduciría por sí sola la asistencia a los desocupados. La devaluación del franco, por otra parte, era combatida enérgicamente por muchos radicales, pero particularmente

por los comunistas, quienes la estigmatizaban como despojo de los pobres, organizado por el estado. Por eso, Blum y Auriol descartaron tanto la deflación como la devaluación. Una vez restablecida la prosperidad —tal era su razonamiento—, el capital saldría de sus escondites en el país y en el extranjero y, al volver, produciría en la balanza internacional de pagos un desplazamiento a favor de Francia, que salvaría el franco. Auriol procuró readoptar una parte considerable de las reducciones de gastos efectuadas por el gobierno Laval. Se adoptó un plan de obras públicas por un total de gastos de dieciocho mil millones de francos, pero de este proyecto no se realizó, por falta de medios, sino en una ínfima parte. Auriol temía demasiado un crecimiento de la deuda del gobierno con la Banque de France y prefirió un empréstito que había de ser suscrito por el gran público. Pero los llamados "bonos bébé" de Auriol no produjeron más que cuatro mil millones. Todos los fondos disponibles pasaron al presupuesto de armamentos, sobre todo después de que Alemania había prolongado, en agosto de 1936, la duración de su servicio militar.

Fué la huída de capitales más bien que su anhelada vuelta, la que trastornó la política monetaria de Auriol. El estado-mayor consideró una reserva de oro de cincuenta mil millones de francos como mínimo indispensable del tesoro de guerra, y durante el mes de septiembre la reserva oro real cayó por bajo de este límite. El 25 de septiembre hubo que decidir la devaluación. Para hacerlo de acuerdo con las declaraciones anteriores del gobierno, éste firmó con Inglaterra y Estados Unidos un convenio sobre cooperación monetaria, que le permitió presentar la devaluación francesa como parte de un acuerdo tendiente a una nueva "alineación" del franco. Los comunistas protestaron, aunque no muy violentamente, y algunos fascistas intentaron sin éxito extraer capital político de las violadas promesas del gobierno; pero el país en conjunto aceptó sin mucha crítica, e incluso aprobó, la devaluación como operación quirúrgica necesaria. Blum dispuso una "contrapartida social" que había de consistir en una escala móvil de salarios, compensando así a los obreros la esperada alza del coste de la vida, pero el Senado rechazó el proyecto de decreto; en cambio autorizó al gobierno para decidir como árbitro en conflictos de trabajo

provocados por la subida de los precios. Auriol decretó que todas las ganancias resultantes de la posesión de oro afluyesen a las cajas del fisco, mas como tal medida impidiera el tan deseado retorno de los capitales evadidos, hubo que abandonar este impuesto en diciembre.

Por entonces el gobierno ya había pasado a la defensiva y las fuerzas conservadoras, representadas principalmente por el Senado, estaban lanzando su primera intentona de vuelta al poder. En octubre, los huelguistas habían sido expulsados por vez primera de los talleres. La prosperidad tardaba en llegar y la pequeña burguesía comenzaba a mostrar disgusto por los contínuos movimientos de huelga, en los que veía la causa del estancamiento económico. La ofensiva obrera se había basado en las simpatías de esta misma clase media baja, representada por el partido radical, para con las reivindicaciones del proletariado y en la necesidad, admitida universalmente, de una resistencia al fascismo. Ahora bien, en la opinión del grueso de la pequeña burguesía, la clase obrera había obtenido cuanto le correspondía y una continuación de los desórdenes ya no tenía justificación alguna, aunque, de hecho, los obreros holgaban en muchos casos únicamente con objeto de obligar a los patrones a cumplir con sus compromisos. Por otra parte, ya no existía peligro de fascismo. En consecuencia, la alianza entre la clase media inferior y los partidos obreros empezaba a desmoronarse.

Hacia fines de febrero de 1937, Blum tuvo que anunciar una "pausa" para consolidar las conquistas hechas. El programa del Frente Popular no se abandonaría, pero sí se diferiría por algún tiempo. El mero anuncio de tal pospuesta sirvió de poco. El oro continuaba saliendo del país, y la derecha, alentada por el repliegue del gobierno, acometió con vigor redoblado. En marzo, Blum ejecutó otra retirada, comprometiéndose a no incrementar los gastos ordinarios y a reducir el presupuesto extraordinario en seis mil millones de francos. Ello significaba una fuerte reducción de las obras públicas.

Por lo pronto, la derecha pareció satisfecha; la evasión de capitales se detuvo y un nuevo empréstito para la defensa produjo 8,500 millones de francos. Entonces una reyerta entre comunistas y fascistas de la *Croix-de-Feu* en la barriada parisiense de Clichy, ocurrida el 16

de marzo, desencadenó una nueva serie de conflictos sociales y políticos. Estallaron unas huelgas políticas, los comunistas denunciaron con rencor la pretendida intención del gobierno de capitular ante la reacción, y la C.G.T. se mostró irritada, particularmente por haber desatendido el gobierno sus demandas de obras públicas extensas. Por último, el franco volvió a peligrar hacia principios de junio. Blum pidió plenos poderes para poner fin a lo que consideraba como una conspiración de los banqueros contra el gobierno. El Senado se los negó y Blum dimitió el 20 de junio.

6

Lo que se ha llamado a veces "el experimento León Blum" había durado poco más de cuatro meses, de Junio a Septiembre de 1936. Al igual que en el programa norteamericano del Presidente Roosevelt, al que Blum gustaba de comparar su propio experimento, las medidas de reforma y las de recuperación se hallaban entretejidas formando un todo en el "Pequeño Nuevo Trato" francés. Los meses que van de octubre hasta febrero de 1937 constituían un período de espera; fueron seguidos por el anuncio formal de la "pausa" —que en realidad fué un repliegue hacia una política deflacionista caracterizada por nuevos esfuerzos para reducir los gastos públicos y equilibrar el presupuesto—. La idea fundamental del período de reforma y recuperación estribaba en la teoría popular de que un aumento de salarios, al ampliar el poder adquisitivo de los consumidores, pondría fin a la depresión.

El 16 de junio (cuatro días antes de su renuncia), en un discurso ante el Senado, Blum pretendió poder llevar a cabo una política análoga al Nuevo Trato y en condiciones mejores que las que había encontrado el Presidente Roosevelt. "Debido a la situación bancaria (Roosevelt) se enfrentaba a una moratoria casi completa de los bancos, y el capital líquido de Norteamérica consistía en su totalidad en depósitos bancarios. Nos hallamos en presencia de un fenómeno que no existía en Norteamérica, a saber, de un inmenso atesoramiento interno." El restablecimiento económico de los Estados Unidos se originó, según

afirmaba Blum, por un incremento del consumo, el cual, a su vez, fué consecuencia de la devaluación. Blum procuraría obtener los mismos resultados no por medio de una devaluación del franco, sino de una expansión del poder adquisitivo de los consumidores, mediante aumento de salarios, reducción de las horas de trabajo, y obras públicas.

El efecto total de la política económica de Blum, empero, sólo fué una subida del índice de producción industrial en un 3 por ciento.[5] Blum nunca logró una expansión real del poder adquisitivo de las masas. Todo cuanto consiguió fué un incremento de sus ingresos monetarios, nulificado casi enteramente por el alza del costo de la vida y por la reducción de las horas de trabajo. La política de recuperación de León Blum venía a ser, en fin de cuentas, poco más que un programa de "participación en el trabajo".

Sólo aquellos obreros que en 1936 estuviesen ocupados durante menos de 48 horas por semana, se beneficiaron de un aumento real de salarios, y ya que su número era muy grande, el ingreso total de la clase obrera subió de modo sensible. Pero tal incremento del poder adquisitivo de los obreros se vió compensado por la baja del ingreso real de las personas dependientes de ingresos fijos, tales como los empleados del estado, los pensionistas, etc., que se resintieron mucho con el alza de precios. Como resultado, el consumo permaneció estacionario y las inversiones continuaron a bajo nivel, pues es evidente que el gran capital no se mostró muy deseoso de proceder a inversiones bajo un orden que, según temían muchos, podría convertirse a cada momento en un régimen comunista ciento por ciento.

Como el aumento de los salarios apenas modificaba el poder adquisitivo total, todo dependía de los gastos públicos. El creciente déficit indicaba, por cierto, un crecimiento de los empréstitos, pero teniendo en cuenta el alza de los precios y del costo de la vida, el déficit real y, por ende, los gastos deficitarios subieron muy poco. Por añadidura, la balanza cada vez más pasiva del comercio exterior ejerció una presión deflacionista que neutralizó, en parte, el crecimiento de los gastos públicos.

[5] Véase M. Kalecki, "The Lesson of the Blum Experiment". *Economic Journal*, XLVIII (1938).

Y es que no era posible ningún aumento sustancial de los gastos públicos sin solución previa del problema monetario. La opinión pública francesa estaba acostumbrada a conceptuar los déficit presupuestarios como el preludio a la inflación, no obstante el hecho de que aun en tiempos de estabilidad de la moneda Francia probablemente tuviera, durante los últimos cincuenta años, más presupuestos deficitarios que ningún otro país. Pero en el pasado tales déficit se habían disimulado bien. Ahora, por el contrario, se reconocía francamente su existencia. Cuando los partidos de derecha, insistiendo en los peligros de los presupuestos no equilibrados, lanzaron su campaña contra el gobierno Blum, convencieron fácilmente al público de que la estabilidad del franco había de ser defendida a toda costa. Los gastos públicos deficitarios resultaban impracticables sin devaluación o sin restricciones del cambio, cuando no sin una y otras. Ya que Blum al principio se había negado a devaluar el franco, como lo devaluó de modo insuficiente al obligarle los sucesos a hacerlo y dado que descartó cualquier control del cambio exterior, una política de gastos en gran escala resultaba imposible.

La referencia de Blum al Nuevo Trato de Roosevelt era justificada por la similitud de algunos de los métodos, pero el Primer Ministro no reparó en el hecho de que los elementos más permanentes de la recuperación norteamericana se vincularan con los gastos deficitarios y no con la N.R.A. o con las consecuencias inmediatas de la devaluación. Con todo y esto, Blum y Auriol permanecieron fieles a la antigua teoría del poder adquisitivo y confiaron en que el aumento de salarios provocaría una vuelta de la prosperidad.

Blum era un liberal menos ortodoxo que los dirigentes del movimiento obrero inglés o alemán, aunque el liberalismo ortodoxo no tenía en ninguna parte raíces tan fuertes como en Francia. Sin embargo, se veía restringido a muchos respectos en la realización de sus ideas. En primer lugar, sus aliados ya eran un freno. Los radicales de Daladier rechazaban el control del cambio; los comunistas, gran número de los socialistas y muchos radicales se mostraban hostiles a la devaluación. La política comunista no pasó nunca de la consigna de: "hacer pagar a los ricos", poco práctica desde el punto de vista de

la recuperación. Los radicales, leales aliados de la clase obrera en la lucha política contra el fascismo, se sentían molestos cuando el déficit del presupuesto crecía; defendían las ideas del *laissez-faire* contra las demandas de los sindicatos de control del cambio. El propio Blum manifestaba recelo profundo por la economía dirigida; temía que ciertos planes fuesen de índole esencialmente fascista. Aunque había tomado las riendas del gobierno para crear una nueva era, su política contenía demasiados elementos ortodoxos y contradictorios para poder triunfar. De lanzarse los socialistas resueltamente a una política de expansión económica, tal vez hubiesen sido capaces de vencer tanto la resistencia radical como la comunista, particularmente durante el primer período del gobierno Blum, cuando ni la Cámara ni el Senado osaban provocar a los obreros huelguistas. Mas los socialistas carecían de tal programa y, en consecuencia, la tradición del *laissez-faire* recobró fuerza e impidió que la izquierda francesa alcanzara sus objetivos.

7

Con la dimisión del primer gabinete Blum, el Frente Popular estaba derrotado. No obstante, Blum luchó tenazmente para sostener el bloque de la izquierda. Ello tuvo un éxito tal que el ministerio subsiguiente encabezado por un miembro del partido de Daladier, Camille Chautemps, aún se consideraba, oficialmente, como otro gobierno del Frente Popular. El descubrimiento de conspiraciones fascistas armadas contra la República, de depósitos clandestinos de armas y pertrechos pertenecientes a una organización subterránea, subvencionada desde el extranjero, el "Csar" (Comité Secreto de Acción Revolucionaria), galvanizó el Frente Popular por algún tiempo más. Pero tan pronto como los problemas económicos y financieros ocuparon el primer plano, los tres partidos de izquierda se pusieron a reñir. Bien es verdad que los socialistas se mostraron asombrosamente transigentes. Hasta votaron una resolución que excluía de modo definitivo todo control del cambio exterior, aunque la mayoría de los socialistas por entonces había llegado a creer que sólo con restricciones del cambio

podrían salvarse las reformas sociales. Pero Chautemps y su ministro de Hacienda, Bonnet, deseaban ganarse a los conservadores para salvar el franco, el cual, pese a una segunda devaluación en el mes de junio, peligraba una vez más. El precio que sería preciso pagar por el apoyo conservador consistía en el aplastamiento del Frente Popular.

Así, pues, en enero de 1938, el propio Chautemps obligó a los comunistas a pasar a la oposición, declarando abiertamente que no deseaba su apoyo. Como consecuencia de ello, los socialistas, leales a sus aliados, salieron del gabinete. Logrado su objetivo, Chautemps formó un gobierno radical homogéneo, sin participación comunista, ni socialista. Entretanto, Blum presentaba, por vez primera, la idea de un gobierno "nacional", que incluiría, bajo una dirección de izquierda, todos los elementos sinceramente republicanos, con objeto de poder hacer frente a la situación internacional cada vez más amenazadora. Lo crítico del estado de cosas en Europa quedó de manifiesto en marzo de 1938 cuando las tropas alemanas invadieron Austria y consumaron el temido *Anschluss*, sin que el gobierno francés previese siquiera la posibilidad de oponer resistencia. Chautemps había dimitido algunos días antes, al negarse los socialistas a concederle plenos poderes. Muchos sospecharon que Chautemps, advertido por un oscuro presentimiento de los planes alemanes, había buscado deliberadamente su propia derrota, prefiriendo huir antes que arrostrar la crisis. El tercer gobierno del "Frente Popular" había dejado de existir.

Se formó un nuevo gabinete Blum, casi idéntico, a primera vista, al primero, pero en realidad mera sombra del pasado. Blum ya había abandonado gran parte de su resistencia anterior contra la economía planeada. El rearme reclamaba una parte tan grande de los recursos del país que el sistema liberal, según temía, conduciría al colapso. Su nuevo plan descansaba sobre dos elementos principales: primero, una forma velada de control del cambio, tendiente a impedir más pérdidas de capital por una evasión del oro hacia el extranjero; segundo, un aumento de la producción mediante expansión del crédito y "reajuste" de la semana de cuarenta horas. A fin de asegurar un equilibrio de los sacrificios impuestos a las varias clases y de contribuir al rear-

me financiero, se proponía una ligera tasa sobre el capital. En conjunto, estas medidas constituían un primer paso hacia la economía planeada en interés del rearme.

Tal plan hubiera podido tener éxito en junio de 1936, cuando Blum tomó posesión por vez primera del gobierno. En aquel momento nadie, ni siquiera el Senado conservador, habría pensado en oponerse a sus demandas, pues todo el mundo sentía que habían de aplicarse nuevos métodos económicos y financieros. En marzo de 1938, el plan de Blum constituía un anacronismo condenado a fracasar, no porque fuera malo por sí mismo, sino porque ya no correspondía a la relación de las fuerzas sociales del país. La supremacía había pasado a los conservadores. Joseph Caillaux, el perito financiero especial del Senado, se lanzó a derrotar a Blum lo antes posible. La conversión de la izquierda a unas ideas adaptadas a las nuevas condiciones de la Europa de postguerra o, mejor dicho, de anteguerra, había llegado tarde. Desde entonces Francia se halló engolfada sin esperanza en métodos económicos y monetarios completamente anticuados, en comparación con la economía altamente organizada de la Alemania nazi.

El hecho de que el advenimiento del nuevo gobierno estuviese acompañado por una repetición de las huelgas contribuyó a sellar la suerte del gabinete. No se ha esclarecido nunca por qué, después de una calma prolongada en el movimiento de huelgas, los paros volvieron a estallar al formarse el nuevo gobierno Blum, y por qué cesaron de modo no menos misterioso cuando Blum dimitió. Bien puede ser que fuesen organizados por la extrema izquierda, acaudillada por Marceau Pivert, quien creía en la posibilidad de empujar el movimiento hacia una insurrección armada. Pero el ascendiente de Pivert entre los obreros era apenas lo suficientemente grande para provocar la vasta ola de huelgas de marzo de 1938. Los dirigentes comunistas pretendían ser ajenos a este movimiento, aunque su centro era la industria de la maquinaria de París, controlada por los comunistas. También parece posible que los obreros, contando con una repetición de la misma era de huelgas que había marcado el advenimiento del primer gobierno Blum, creyesen que no había que perder tal oportunidad para conseguir compensaciones al creciente costo de la vida.

Las huelgas *sur le tas*, que habían fortalecido al gobierno hacía dos años, fueron ahora el último clavo al féretro del gabinete. Nadie temía ya a los huelguistas. El Senado negó a Blum los plenos poderes para realizar su plan económico y el primer ministro dimitió el 8 de abril, tres semanas después de haber formado su gabinete.

Su sucesor predestinado, fué Edouard Daladier, ministro de la Defensa Nacional en el gobierno saliente. Por haber apoyado lealmente a Blum y el Frente Popular, Daladier gozaba de la confianza de los partidos de izquierda, pero, por otra parte, había convencido a la derecha de que ya no era el "asesino" que en febrero de 1934 había dado órdenes a la policía de disparar sobre los sublevados fascistas. La composición de su gabinete, justificó, en efecto, la confianza de la reacción. Los socialistas, encolerizados por los senadores radicales, se negaron a entrar en el gobierno. Daladier invitó entonces a algunos diputados del centro y del ala derecha. Aunque los socialistas no se mostraron hostiles hacia Daladier hasta la huelga general de noviembre de 1938, era patente desde el primer día del gobierno que éste no tenía nada que ver con el Frente Popular. La coalición entre el movimiento obrero y los grupos burgueses progresistas fué sobreseída por la alianza tradicional de conservadores y partidos de la clase media inferior, que gobernó a Francia hasta el principio de la guerra.

CAPITULO XI

EXITO DEL MOVIMIENTO OBRERO SUECO

1

La crisis mundial había llegado a su climax cuando, a fines de 1932, se constituyó el gobierno laborista sueco. Testigo del fracaso de la política económica ortodoxa del reformismo británico y alemán, la social-democracia sueca estaba determinada a seguir un camino distinto. El espantajo del patrón oro, responsable principal de la derrota de los partidos socialistas de Inglaterra y de Alemania, había sido eliminado de la política sueca desde septiembre de 1931, cuando la corona se desligó del oro inmediatamente después de la libra esterlina. A principios de 1933 aparecieron las primeras y vacilantes señales de la recuperación. Así, pues, las condiciones se mostraban más favorables en Suecia que lo habían sido en Gran Bretaña y en Alemania, y el movimiento obrero sueco supo sacar de tal ventaja el mayor provecho. Allí donde su predecesor conservador, en su lucha contra la crisis, había fracasado, el gobierno obrero obtuvo éxitos notables. Aun teniendo en cuenta la gran parte que en ellos tenía la suerte y que reconocen los propios socialistas suecos, la victoria sobre la desocupación, el incremento de los servicios sociales y el alza del nivel de vida, no por ello dejan de ser impresionantes.

Antes del advenimiento del gobierno laborista, el poder había estado en manos de una coalición de derecha, cuya política se basaba en la teoría de que "la frugalidad y la reducción de los gastos" eran necesarias para la recuperación económica. Es verdad que no se había renunciado a ciertas obras públicas, pero éstas se habían emprendido únicamente desde el punto de vista de la asistencia a los desocupados; los gastos para tales propósitos se mantenían lo más bajos posible y el gobierno exhortó a todas las autoridades a diferir o a reducir las in-

versiones de capital. La inflación era considerada por el gobierno como el peligro principal, particularmente después del abandono del patrón oro. Suecia hubo de pagar caro tal política, pues en 1932, de cada cuatro obreros uno no tenía trabajo.

Unido a los sindicatos, el partido social-demócrata combatía este proceder. A diferencia de sus correligionarios en los otros países, que aceptaban la deflación, pero se oponían a su aplicación a los salarios y a la asistencia social, los dirigentes laboristas suecos ofrecían una solución distinta. Proponían una expansión de las inversiones públicas que compensara la mengua, a consecuencia de la crisis, de los gastos particulares. De acuerdo con este plan, el poder adquisitivo se mantendría estable hasta donde fuera posible. En las elecciones de 1932, el partido hizo triunfar su programa. Con esta victoria inicial, el socialismo sueco comenzó su asombrosa serie de logros sin paralelo en el movimiento obrero internacional.

La mayor parte de la evolución del obrerismo sueco había pasado inadvertida para el resto del socialismo europeo. Durante la primera guerra mundial, la Suecia neutral había desempeñado un papel importante en los esfuerzos para restaurar la Internacional de anteguerra, pero terminada la conflagración, los sucesos suecos ya no habían recibido la atención que merecían. La barrera de idiomas contribuyó grandemente a impedir que el socialismo europeo siguiera los progresos del movimiento en el norte de Europa. Sólo después de 1932, al enterarse el mundo de que el pequeño país había logrado vencer la desocupación, el obrerismo europeo observó con atención los admirables logros del partido sueco.

Con gran sorpresa suya, los dirigentes del movimiento obrero europeo descubrieron que la social-democracia sueca había producido una larga serie de jefes brillantes a la vez que creadores. Per Albin Hansson, el primer ministro, era tal vez el hombre más popular del país; todo el mundo hablaba de él sencillamente como de Per Albin. Era amigo de cada obrero de Suecia. Richard Sandler, tradujo las obras de Marx al sueco, era ministro de Relaciones y —hasta el fracaso de las sanciones contra Italia— protagonista ardiente de una activa política exterior democrática. Gustaf Möller, el omnipotente

secretario del partido, se distinguió como ministro de Asuntos Sociales durante el período de la lucha contra la desocupación. Ernest Wigforss, ministro de hacienda, tenía el apoyo de algunos destacados representantes de la escuela económica sueca, una de las más ilustres del mundo. Gunnar Myrdahl y Erik Lindahl, dos de los dirigentes de esta escuela, estaban íntimamente relacionados con la preparación de la política económica del gobierno. Oesten Unden, rector de la Universidad de Upsala, era ministro sin cartera. Arthur Engberg, un ardiente admirador de las civilizaciones latina y francesa, dirigía el ministerio de Educación. Juntos, estos hombres formaban un equipo brillante, único en el movimiento laborista europeo.

2

En marzo de 1933, muy poco después de encargarse del poder el gobierno laborista, Suecia contaba con 187,000 desocupados. Si se compara esta cifra con la de otros países de población más o menos igual, tal vez no fuesen muchos. Pero para Suecia esta cifra era expresión de la crisis más severa de su historia. El nuevo gobierno sometió al voto del Riksdag (parlamento) una serie de propuestas para una nueva política económica basada en una concepción nueva de la lucha contra la crisis.

De acuerdo con estas recomendaciones, el gobierno no dejaría que la crisis se desenvolviera por la línea de las llamadas leyes naturales. Tampoco aprobaría el partido laborista sueco la práctica del gobierno precedente de reducir los gastos públicos. Esta política deflacionista había agravado la depresión. De continuar, reduciría el nivel de vida por mucho tiempo y destruiría algunas de las reformas sociales más valiosas. Pero, decían los dirigentes del movimiento laborista sueco, no bastaba con oponerse simplemente a las consecuencias sociales de la deflación; era preciso introducir, además, una política económica distinta. Ya que la depresión había provocado una baja de los gastos particulares y, por ende, del poder adquisitivo circulante, el gobierno compensaría el relajamiento de las actividades industriales con una expansión de los egresos del estado. Ello estimularía el consumo y la producción en general.

En consecuencia, los líderes socialistas suecos se inclinaron en favor de grandes obras públicas, no sólo obras de asistencia social, sino vastas inversiones de emergencia. Creían que ese programa no debía costearse mediante mayores impuestos, pues éstos, no crearían poder adquisitivo, sino que sólo lo desplazarían de una capa social a otra. El método apropiado para cubrir aquellos gastos consistía en empréstitos del estado. Había que desequilibrar deliberadamente el presupuesto, constituyendo el déficit la fuente del poder adquisitivo adicional creado por el gobierno. Los presupuestos nacionales suelen estar desequilibrados en tiempos de depresión, pero casi todos los ministros de hacienda suelen manipular hábilmente las cifras de modo que se disimule cuando menos una parte del déficit. El ministro de hacienda del gabinete laborista sueco optó por el otro extremo, señalando expresamente en su comentario a la estimación del presupuesto de enero de 1933 que el equilibrio aparente del presupuesto ordinario era ficticio y llamando la atención sobre el proyectado empréstito de 160.000,000 coronas, destinado a financiar obras públicas. "El presupuesto —explicó— se basa en el supuesto de que la situación internacional no sufrirá cambios apreciables, y que en Suecia no habrá ninguna tendencia espontánea al restablecimiento económico, salvo en la medida en que la política del estado ayude a provocarlo... En la realización de este objetivo, es obvio que la política ... netaria del estado ha de desempeñar un papel importante".

El fundamento teórico de esta posición fué suministrado por el profesor Gunnar Myrdahl, quien demostró que era errónea la creencia popular de que una política monetaria sana requiere un equilibrio anual entre los ingresos y los egresos del estado. La aceptación de esta doctrina ortodoxa había obligado a las finanzas del estado a ver un mero reflejo de las fluctuaciones en el proceso económico, impidiendo, al mismo tiempo, que éste fuese influenciado por medidas fiscales apropiadas. En tiempos de depresión el estado solía disminuir sus gastos, acelerando así la baja del poder adquisitivo; durante un período de alza, por el contrario, el estado ampliaba sus inversio-

nes, con riesgo de dar más ímpetu aún al auge. Todo gobierno encuentra difícil reducir los egresos durante una crisis, ya que la asistencia a los desocupados resulta ineludible. Pero la ortodoxia financiera mira con ceño tal "extravagancia" de las autoridades e insiste en obtener, por lo menos, algunos cortes de los gastos e impuestos adicionales. Al contrario, si se abandona ese axioma de un equilibrio del presupuesto dentro de un período limitado, el gobierno adquiere un cierto margen para la aplicación de medidas tendientes a mantener el poder adquisitivo a nivel estable; entonces puede aumentar los gastos públicos durante la depresión y reducirlos durante la prosperidad. Si es preciso equilibrar el presupuesto, no a base de un solo año, sino de un ciclo industrial entero, los ingresos crecidos de los años de prosperidad podrían aprovecharse para amortizar las deudas contraídas durante la depresión. Esta segunda parte de la nueva política fiscal constituía, desde luego, un elemento indispensable de la misma.

Otro requisito previo para el éxito de tal política expansionista consistía en que la moneda fuese libre, no ligada al oro ni a ningún otro patrón internacional susceptible de impedir la adopción de las medidas económicas necesarias. Suecia había abandonado el patrón oro en 1931; pero la corona quedaba atada a la libra esterlina. Sin embargo, este arreglo no estorbaba la "reflación" sueca, ya que la expansión económica tuvo lugar al mismo tiempo y con ritmo similar en Suecia y en Gran Bretaña. De haber surgido una discrepancia entre el mantenimiento del tipo de cambio y el de "reflación", el gobierno hubiera sacrificado la estabilidad del cambio a su meta principal, que era la expansión económica. Los suecos idearon un alza de los precios al mayoreo y determinaron sus límites desde el punto de vista del coste de la vida, más bien que del valor externo de la moneda.

3

Tal ruptura con una práctica consagrada, había de tropezar necesariamente con una enérgica resistencia. En el seno mismo del movimiento laborista, para mencionar las palabras del ministro de hacienda Wigforss, "pudo observarse cierta vacilación... en aceptar las

consecuencias de las demandas [del gobierno] respecto a las obras públicas, la expansión del crédito y el aumento del poder adquisitivo, tendientes a una subida general del nivel de precios. Ello parece tener su explicación principalmente en el hecho de que durante mucho tiempo el partido obrero protegiera los intereses del consumidor contra las demandas de medidas a favor de un alza de precios por parte de los diversos grupos de productores". Aunque estas dudas no tardaron en desaparecer, fueron, sin embargo, significativas de la lucha, dentro del movimiento obrero, entre las tradicionales fuerzas de grupo de presión y las del reformismo creador.

Este conflicto asumió formas agudas al buscar el gobierno una mayoría parlamentaria susceptible de asegurar su programa de "reflación". Al principio, los socialistas se mostraron reacios a aceptar las demandas de aumento de los precios agrícolas, formuladas por los campesinos, pues el partido social-demócrata hacía suya la renuencia de los consumidores a perder el beneficio de productos alimenticios baratos. Sin el apoyo de los campesinos, el gobierno difícilmente podía encontrar una mayoría a favor de la "reflación". Con el tiempo, el partido comprendió que el poder adquisitivo debilitado de las clases rurales dificultaría los progresos de la "reflación" y los dos grupos llegaron a un acuerdo para dar apoyo al programa económico del Gobierno. El convenio así logrado extendía los beneficios de la "reflación" tanto a la industria como a la agricultura.

Otro peligro para el programa del gobierno surgió cuando los bancos manifestaron su desagrado por las novedosas ideas del partido obrero provocando un estado de tirantez en el mercado de capital. El tipo de interés que había disminuído contínuamente hasta el advenimiento del gobierno obrero, volvió a subir desde noviembre de 1932 y siguió con esta tendencia hasta abril de 1933. En vista del proyectado programa de empréstitos en gran escala, ello fué una señal de gran peligro. No solamente aumentarían los pagos de intereses por la deuda pública, con la necesidad consecuente de disminuir los gastos deficitarios, sino que un tipo de interés más elevado, al ejercer una presión deflacionista sobre los negocios particulares, iría en contra del propósito mismo de aquellos. Mas confrontados con la implaca-

ble determinación del gobierno de llevar a cabo su política, los bancos desistieron pronto de su oposición y los tipos de interés volvieron a bajar.

Los resultados de la política del gobierno laborista fueron felices. Durante la segunda mitad de 1933, aparecieron los síntomas de un restablecimiento económico: aumentó la producción y disminuyó el número de desocupados. Este último bajó de un promedio de 164,000, en 1933, hasta 115,000 en 1934, continuando el retroceso hasta 1937, cuando la cifra total de los obreros sin trabajo ya no pasaba de 18,000. En 1938, Suecia era un país sin desocupados. El gobierno obrero sueco había vencido la crisis. Desde entonces las discusiones de cómo prevenir una alza excesiva suplantaron las angustiosas preguntas anteriores sobre cómo contener la desocupación.

Los precios subieron conforme los deseos del gobierno. Los de mayoreo aumentaron, entre 1932 y 1936, en cerca del 20 por ciento, mientras que el coste de la vida sólo creció en un 2 ó 3 por ciento. Es verdad que hacia fines de 1936 los precios al por mayor empezaron a subir aún más bruscamente debido al auge en el mercado mundial; ello hizo que la discusión pública se apartara de las medidas a favor de una expansión más acentuada hacia la necesidad de actuar para impedir un alza especulativa. Antes de que el peligro pudiese tomar una forma real, el alza cesó y los precios de mayoreo retrocedieron.

La favorable evolución económica permitió al gobierno amortizar aún más rápidamente de lo previsto las deudas contraídas durante los años de 1933-1934 para la lucha contra el paro forzoso. Así, pues, el principio básico de la nueva política fiscal, a saber, que los presupuestos no habían de ser equilibrados sino al cabo de un ciclo industrial completo, resultó plenamente justificado. Además de reembolsar las deudas procedentes de la crisis, el gobierno pudo extender grandemente los servicios sociales, entre los que figuraba en primer lugar la construcción de habitaciones obreras. Hacia 1935, los salarios reales eran más elevados que nunca y no cesaban de subir. Aunque los precios de los productos agrícolas habían crecido modestamente, el coste de la vida permanecía casi estacionario, al tiempo que subían los salarios. Una política fiscal tendiente a lograr una distribución

más equitativa del ingreso nacional coincidió con la prosperidad más grande que jamás había conocido la historia de Suecia al elevar el nivel de vida del país hasta alturas nunca vistas.

El país se percató muy pronto de las ventajas que le traía la política del partido laborista. En las elecciones generales de 1936, los votos a favor de la social-democracia aumentaron en 300,000, pasando de un 41.7 por ciento a un 45.9 por ciento del total. El número de diputados socialistas subió de 104 hasta 112. Contando el nuevo Riksdag 230 representantes, los social-demócratas, junto con los seis miembros de un partido socialista de izquierda y cinco diputados comunistas, disponían de una mayoría respetable en comparación con todos los partidos burgueses combinados. No obstante, los dirigentes del partido decidieron continuar la cooperación con el partido campesino, como en los cuatro años precedentes, prefiriendo tal alianza a la comunista que habría obligado al gobierno a adoptar medidas socialistas radicales en una situación internacional que consideraban francamente desfavorable. El partido social-demócrata logró movilizar un gran número de grupos de la población, indiferentes hasta entonces. Fué preciso que sobreviniera la crisis universal de la segunda Gran Guerra para debilitar el orgulloso edificio de la social-democracia sueca.

4

En Suecia misma no había unanimidad en la cuestión de si el restablecimiento económico era debido a los métodos del gobierno o sencillamente a la suerte, particularmente por lo que se refería al rápido crecimiento de las exportaciones suecas, estimuladas por la carrera de armamentos desde 1933. La oposición pretendía que los proyectos de emergencia tenían poco que ver con la vuelta de la prosperidad ya que ésta se había producido antes de haber comenzado la aplicación del grueso de las nuevas obras públicas. Como los efectos de aquellos proyectos no se materializasen hasta 1934, el mejoramiento de la situación económica se atribuía, más bien que a la política del gobierno, al aumento de las exportaciones que había empezado ya en 1933.

Los partidarios del gobierno oponían a tal opinión el argumento de que el incremento de las exportaciones apenas si había influído sobre el número de desocupados. El retroceso decisivo del paro forzoso comenzó en la primavera de 1934, precisamente después de que se había procedido a la aplicación del programa de obras públicas, aunque sus plenos efectos no aparecieron si no más tarde. Se admitía que las obras habían comenzado tardíamente, ya que el gobierno obrero había tenido que establecer primero los planes necesarios, tarea que su predecesor, opuesto a obras públicas en gran escala, se había negado a cumplir. Pero los resultados de las construcciones, aunque aparecieron tarde, no por eso dejaron de ejercer una enorme influencia. La nueva prosperidad se debió mucho más a la creciente demanda del mercado nacional que a las ventas al extranjero, hecho que resultaba claramente de una comparación de los considerables progresos de las industrias abastecedoras del consumo interior con los menores de las industrias exportadoras.

Cualesquiera que sean las opiniones atribuyendo a la suerte o al gobierno la derrota de la crisis, es innegable que el gobierno obrero sueco había creado un nuevo concepto del papel del estado en la crisis y que su política contribuyó al rápido restablecimiento del país. Esta nueva concepción que rompe radicalmente con la tradición y contrasta con la política ortodoxa del *laissez-faire* constituye el gran mérito del movimiento obrero sueco. Reconoce la imposibilidad de conservar las reformas sociales en tiempos de depresión con una mera resistencia a los ataques dirigidos contra estas conquistas desde el campo de la reacción. Demuestra que el éxito de una política social depende de una política económica no menos feliz. El movimiento obrero sueco comprendió que en una crisis el estólido trade-unionismo fracasaría inevitablemente. Los hechos mismos le obligaron a ampliar sus conceptos hasta más allá de la doctrina de los trade-unionistas tradicionales. Así, la social-democracia sueca se convirtió en la vanguardia del reformismo socialista constructor, compartiendo este papel, según veremos, hasta cierto punto, con los social-demócratas vieneses.

PARTE IV

EL ADVENIMIENTO DEL FASCISMO

CAPITULO XII

LA APARICION DEL FASCISMO: ITALIA

1

DURANTE el congreso socialista internacional de 1928, el informe de Otto Bauer sobre la situación política universal ocupó el centro de la atención. En un discurso relativamente breve, el líder austríaco examinó las perspectivas del movimiento obrero internacional. Trató de la Europa Central y Occidental donde parecían inminentes nuevas victorias socialistas de los obreros rusos; ya no estaban separados, en su opinión, de sus camaradas socialistas en el resto del mundo, después del reconocimiento por parte de los comunistas de una "estabilización temporal del capitalismo"; en fin, de los obreros de América, Asia y los dominios británicos, cuyo apoyo convertiría, proclamaba Bauer, la Internacional Socialista en una fuerza universal de importancia decisiva. Bauer abarcó en su informe el mundo entero —con una significativa excepción: apenas si mencionó en todo el discurso la palabra "fascismo". Y el manifiesto adoptado por el congreso no fué más allá de una protesta convencional contra el fascismo italiano.

Ni un hombre tan perspicaz como Otto Bauer logró ver la significación internacional del triunfo de Mussolini en Italia. El fascismo, según creían firmemente los socialistas, era un fenómeno peculiar de Italia, y el Duce parecía confirmar tal creencia por su bien conocida y frecuentemente reiterada observación de que "el fascismo no es un artículo de exportación". Aun cuando la crisis económica mundial le hizo cambiar de parecer y el fascismo se convirtió en un importante artículo de exportación italiano, muchos socialistas, y los espíritus progresistas en general, buscaron refugio en la teoría de Francis Delaisi, según la cual la seria amenaza fascista se limitaba a los "países del caballo de cuatro patas", mientras que la democracia constituía

la forma de vida natural en los países del "caballo de vapor". Fué necesario el progreso del hitlerismo en Alemania, el país más industrializado de Europa, para convencer al movimiento obrero de que se hallaba acosado en todas partes por su enemigo más acérrimo, el fascismo.

Este olvido de la experiencia italiana es difícil de justificar. El fascismo italiano contenía muchos elementos que se reprodujeron en otras partes y su conocimiento tal vez hubiera ayudado a organizar un antifascismo efectivo. Mientras el fascismo era considerado como un hecho puramente italiano, los socialistas extranjeros se mostraban inclinados a mirar a las Camisas Negras casi de la misma manera que el espectador curioso mira los animales extraños de un jardín zoológico: eran a sus ojos una especie interesante, pero de ningún modo unas fieras susceptibles de poner en peligro su propia vida. Su estudio podía satisfacer la curiosidad humana, pero rendía pocos conocimientos prácticos.

Y sin embargo, cualquier observación atenta de los sucesos que habían conducido al triunfo del fascismo en Italia habrían sacado a luz toda una serie de hechos vitales para el movimiento obrero de los demás países. Tal estudio hubiera mostrado que el fascismo nació como fuerza anticapitalista y que cobró ímpetu durante un período de decadencia económica como lo fué la crisis de postguerra. Estos antecedentes hubieran evidenciado que la situación que alimentó al fascismo se caracterizaba por una desintegración progresiva de la nación, debida en primer lugar al equilibrio estancado entre los dos antagonistas principales del escenario social italiano: la clase obrera y las clases medias. En tal situación, los conflictos sociales no pueden llegar a conclusiones decisivas. Por eso, las luchas se convirtieron en una característica permanente de la vida nacional. La constante inquietud resultó ser un suelo fértil para el advenimiento del fascismo, ya que los interminables conflictos avivaron el deseo de la población por un orden social más estable cualquiera que fuese su naturaleza.

Así, pues, un estudio a fondo de la Italia postbélica, hubiera puesto de manifiesto que el fascismo triunfó después de que tanto la clase

obrera como la burguesía habían demostrado su incapacidad para poner fin al empate de las luchas sociales y políticas del país.

2

"Esta guerra es también la revolución política y social más grande de la historia, mayor, incluso, que la Revolución francesa", dijo el primer ministro italiano, Orlando, en la Cámara de Diputados algunos días después del armisticio de 1918. Los formidables progresos de los socialistas italianos y su temperamento revolucionario parecían confirmar tal opinión. Con dos millones de votos socialistas conquistados en las elecciones generales de noviembre de 1919, de un total de cinco millones y medio, y con un desplazamiento general de los votos hacia la izquierda, el equilibrio político de las fuerzas señalaba grandes cambios sociales. El grupo director de los socialistas, los llamados "maximalistas" —unos típicos radicales de la preguerra— declaraba abiertamente que el próximo paso de los obreros sería la "creación de una república socialista y el establecimiento de la dictadura del proletariado". Serrati, el jefe de los maximalistas, estaba respaldado por la mayoría del partido, mientras que los moderados tales como Turati, Treves y Modigliani se veían relegados a segundo plano. Ya que la tensión revolucionaria cundía entre los obreros de la ciudad y que los campesinos de Sicilia y la Italia del Sur estaban sujetos a una servidumbre semifeudal, los maximalistas parecían los elegidos por el Destino para llevar a cabo una revolución social en el país.

Radicales auténticos, los maximalistas no hacían nada por prepararse ellos mismos y preparar a los obreros para su tarea. No establecieron contacto con los campesinos. Cuando, en 1919-1920, los labriegos de Sicilia y de otras regiones del sur de Italia se posesionaron de los latifundios de los absentistas, repartiéndolos entre sí, los socialistas permanecieron apartados de este movimiento en vez de coordinarlo con el de los obreros industriales concentrados en el norte. Los maximalistas pronunciaban discursos radicales en las ciudades señalando que Italia se hallaba en vísperas de una revolución, lo que

era la verdad misma; mas lejos de tomar la dirección, los maximalistas siguieron discutiendo con los reformistas y los comunistas sobre los mejores métodos para lograr los objetivos socialistas. Incapaces de llegar a un acuerdo interno, los socialistas permanecieron pasivos. Casi cualquier política hubiera sido mejor que dejar que los obreros y campesinos desperdiciaran sus energías en esfuerzos dispersos, sin dirección por parte del partido. Aun la derrota de una insurrección o el fracaso de un experimento de gobierno reformista hubieran sido preferibles, en interés del movimiento obrero y de la democracia, a un empate entre el proletariado y la burguesía, que no ofrecía ninguna salida.

Resultaba que la clase obrera era lo bastante fuerte para destrozar la débil estructura del capitalismo italiano y empujar a la burguesía hacia una dictadura totalitaria, pero se hallaba demasiado enredada en su radicalismo verbal y carecía demasiado de pensamiento creador para poder instaurar un régimen propio. El estado de ánimo revolucionario de las masas, la constante táctica de amenazas por parte de sus dirigentes y las acciones aisladas de los obreros y los campesinos no abrieron el camino al socialismo, sino a una dictadura tanto sobre la burguesía como sobre el proletariado.

Los maximalistas pretendían asumir el mando de la próxima revolución italiana. El manifiesto electoral del partido en 1919 concluía con las palabras: "¡Todo el poder del proletariado organizado para los Consejos [Obreros]! ¡El que no trabaje no comerá!" De hecho, todas las acciones revolucionarias o anticonstitucionales emprendidas por los obreros entre 1918 y 1920, eran espontáneas, no debidas de ninguna manera a la influencia del partido socialista.

Los discursos amenazadores de los maximalistas, sobre el fondo de la revolución rusa, "hacían estremecerse a todos los espíritus de temple tradicionalista".[1] La constante agitación, las huelgas, las ocupaciones de fábricas, las expropiaciones de tierras, todo esto convencía a las clases medias de la inminencia de una revolución y de la impotencia del estado dirigido por la burguesía democrática para hacer frente

[1] Carl T. Schmidt, *The Corporate State in Action*, p. 27.

al peligro. La opinión pública se puso a pedir a gritos cada vez más clamorosos un hombre fuerte que restableciese la ley y el orden.

El incidente decisivo fué la ocupación de las fábricas en agosto de 1920. Un conflicto de salarios en la industria metalúrgica provocó la resistencia pasiva de los obreros, a la que algunos patrones respondieron, a su vez, por un *lock-out*. Los obreros organizaron entonces una huelga dentro de las fábricas que abarcó unos 500,000 huelguistas. Estos, mientras ocupaban las plantas industriales, procuraban mantener en marcha la maquinaria, al tiempo que se armaban para oponer resistencia a la evacuación de los talleres y, además, acuñaban moneda propia. Todo ello creó la impresión de que los obreros pensaban quedarse donde estaban. Casi no hubo violencia, y los huelguistas, mandados por sus *consejos*, supieron mantener una disciplina tan estricta que las autoridades no osaron intervenir.

Al principio, el movimiento se limitó a las plantas metalúrgicas. Pero el personal de los demás ramos de la industria apremió a sus dirigentes a seguir el ejemplo de los obreros metalúrgicos cuyos sindicatos socialistas, católicos, libertarios y republicanos se habían apoderado de los medios de producción. "El país entero estaba en suspenso esperando la próxima jugada de los huelguistas, de los millones de otros obreros organizados y de sus líderes. Si en aquel momento los jefes socialistas hubieran estado preparados para tomar el poder político, tal vez hubiesen triunfado. Nadie parecía oponerse a su marcha. Pero los dirigentes del partido no estaban preparados para tal decisión. Al contrario, estaban divididos y se mostraban vacilantes... No —razonaban—, Italia aún no está madura para un nuevo orden social".[2]

Con esta conclusión fatal, los socialistas reafirmaron su política de grupo de presión. Lo hicieron en el preciso momento en que Italia, en su estado de disolución social, necesitaba más que nunca una fuerza integradora. De acuerdo con los planes de los dirigentes del partido socialista, la ocupación de las fábricas había de quedar en mero inci-

[2] *Ibid.*, p. 32.

dente de un conflicto sindical. Los representantes de los sindicatos rechazaron con escasa mayoría las sugestiones maximalistas tendientes a utilizar la ocupación de las fábricas como punto de partida de un movimiento revolucionario en todo el país. Los maximalistas se sometieron sin lucha, desperdiciando así su más grande oportunidad de subir al poder. Se entablaron negociaciones con representantes patronales que aceptaron "en principio" el control obrero sobre la industria, exigido por los sindicatos, y los huelguistas salieron de las fábricas. Fué, a primera vista, una victoria sindical, pero los obreros, amargamente decepcionados, la interpretaron como derrota. Los empresarios, por otra parte, se dieron cuenta de que se habían librado de la revolución en una tabla, sin que el gobierno hiciese el menor gesto por evitarla. Aunque la clase obrera se encontraba ahora en franca retirada, el gran capital, después de haberse hallado al borde de la revolución, se mostró ansioso de impedir la repetición de tal crisis. La malograda ocupación de las fábricas marca la decadencia del movimiento obrero italiano y el nacimiento del fascismo.

Una última oportunidad para asumir la dirección en la reconstrucción política y social de Italia se ofreció a los socialistas en el otoño de 1921, cuando se hizo un intento de formar un gobierno de coalición socialista-liberal para salvar el país de la amenaza de una guerra civil. Los socialistas de derecha, que abogaron por tal coalición, contaron con el más amplio respaldo por parte de la población rural socialista, deseosa de obtener el amparo del gobierno contra los desafueros fascistas. De aceptarse esta proposición, tal vez hubiera sido posible resolver mediante una transacción entre la burguesía y la clase obrera la crisis que debido a la indecisión de los maximalistas no había podido ser superada de un modo revolucionario. Pero los mismos maximalistas, que hacía un año habían aceptado mansamente la decisión antirrevolucionaria de los reformistas, rechazaron ahora, los planes de coalición de estos últimos. En consecuencia, la crisis había de resolverse en un sentido adverso a los obreros.

A principios de 1922, al comenzar la ofensiva fascista contra las ciudades y cuando la guerra civil se propagó sobre Italia, el gobierno y el gran capital se pusieron al lado de los fascistas. Uno tras otro

los baluartes urbanos del socialismo cayeron en poder de los *squadristi,* las tropas de choque fascistas. Bolonia, Novara, Génova, Liorna y, finalmente, Milán y Nápoles fueron ocupados por los camisas negras. Hecho significativo, muchos teóricos maximalistas consideraron ilusorio creer que los obreros pudiesen derrotar a los fascistas mientras éstos contaran con la protección del gobierno. Las experiencias posteriores demostraron que los maximalistas tenían razón al sostener que una alianza entre el fascismo y el gobierno resulta casi siempre superior a cualquier fuerza que la clase obrera pudiera poner en pie para su defensa. Diríase que la conclusión obvia sería impedir tal alianza formando un gobierno dispuesto y apto para resistir la violencia fascista. Y sin embargo, los mismísimos maximalistas que reprobaron las organizaciones proletarias de autodefensa, se negaron a recurrir al único método que le quedaba aún al movimiento obrero italiano para frustrar un triunfo del fascismo favorecido por las autoridades.

Los obreros no tenían ningún aliado en su lucha contra el movimiento fascista que crecía rápidamente, y al que apoyaban el ejército y la policía. La resistencia del proletariado no pasó de ser espontánea, sin dirección centralizada, desparramada en cientos de pequeñas revueltas, mientras que los fascistas actuaban de acuerdo con un plan y bajo un mando único. Las huelgas generales, con que los obreros respondían a menudo a la ocupación de una ciudad por los fascistas, resultaron en muchos casos más perjudiciales para su propia causa de los obreros que para sus adversarios. La opinión pública estaba harta de las eternas huelgas y cada nuevo paro aumentaba sus simpatías hacia los fascistas, quienes anunciaban que pronto pondrían fin, de una vez por todas, a esta agitación.

Así se explica que la huelga general italiana del 31 de agosto de 1922 fracasara pese a la participación de casi el cien por ciento de los obreros del país. Desbaratada la huelga, el periódico de los socialistas de derecha, *Giustizia,* escribió: "Si nuestra situación, hoy día, es tan aflictiva y tan desastrosa, se debe a que hemos empezado a actuar *demasiado tarde.*"

Ahora el camino estaba abierto a los fascistas. Mussolini, apoyado por el rey, una gran parte del ejército y por la burocracia y las

clases económicamente dominantes, ascendió a primer ministro. Para completar su triunfo e instaurar una dictadura totalitaria, hacía falta a los fascistas un estímulo final. Porque no obstante la aprobación de las fuerzas establecidas y de una gran masa de antiguos miembros de los partidos burgueses, el régimen fascista distó mucho, durante los dos primeros años que siguieron a la "marcha sobre Roma", de ser totalitario. No hubo poder centralizado, pues el estado fascista, tan altamente centralizado en el momento de su victoria, se disolvió luego en miles de dictaduras locales semi-independientes. La política económica fascista se empeñaba en restablecer la plena supremacía del gran capital y se inspiraba en las ideas del *laissez-faire* más anticuado.[3] Aún en 1924, el partido fascista entró en la campaña electoral como partícipe del bloque gubernamental más bien que como jefe totalitario.

En estas elecciones, el gobierno fué derrotado en todos los centros industriales a pesar del terror fascista denunciado en su último discurso ante la Cámara por el diputado socialista Giacomo Matteotti. Los socialistas y los comunistas obtuvieron juntos más de un millón de votos, cediendo los maximalistas su superioridad numérica a los reformistas del ala derecha. Sumando los electores rurales a los urbanos, los partidos de la oposición resultaron ser casi tan fuertes como el gobierno. Así, pues, aún un año después de la victoria militar del fascismo, el empate en la política italiana no había desaparecido completamente. El propio Mussolini comprendió que Italia estaba viviendo bajo una dictadura anticuada, de tipo zarista. Dijo, hacia fines de junio de 1924: "Quiero que el parlamento funcione... No es mi intención gobernar con decretos del poder ejecutivo."

Pero el empate ya no podía durar mucho. El asesinato de Giacomo Matteotti, perpetrado el 10 de junio de 1924, y la reacción que provocó el crimen en los partidos de la oposición, fueron los factores

[3] "Los dirigentes fascistas no tardaron en recompensar a los pudientes cuyo dinero había ayudado a llevarles al triunfo. Aquellos elementos de su programa que habían sido tomados a los socialistas, ahora estaban olvidados. Y hasta puede decirse que por entonces el partido se encaminaba en realidad hacia el *laissez-faire*". Carl T. Schmidt, *op. cit.*, p. 51.

que finalmente hicieron adoptar a Italia el nuevo modelo de dictadura totalitaria.

Como réplica al asesinato de Matteotti, ejecutado por orden de Mussolini, la oposición parlamentaria, el llamado "Aventino" salió de la Cámara de Diputados. Esta acción era típica de la debilidad del antifascismo italiano. El país se debatía en la angustia de una crisis moral. La responsabilidad directa de Mussolini en la muerte de su adversario, las condolencias hipócritas que ofreció a la viuda, escandalizaron no solamente a los antifascistas, sino incluso a muchos partidarios del régimen. Quienes habían creído en las consignas anticapitalistas de Mussolini sintieron decepción por su servilismo ante el gran capital. Una ola de asco y vergüenza pasó por el país. Al retirarse del parlamento, el Aventino dió expresión a este sentimiento general. Ciertos grupos de la coalición gubernamental, tales como los antiguos combatientes y algunos liberales de los que se habían unido al partido fascista después de 1922 se separaron de la mayoría gobernante como consecuencia de la salida del Aventino. La "reconciliación" entre el fascismo y las "instituciones tradicionales" que habían llevado a Mussolini al poder se vió amenazada.

Por peligrosa que resultase esta situación para Mussolini, se necesitaba algo más que meras protestas para provocar su caída. Los comunistas propusieron la constitución de un contraparlamento. Ello tal vez hubiese conducido a una resistencia organizada contra el régimen, caso de que Mussolini se hubiera atrevido a oponerse con violencia a tal autoridad rival. Mas los partidos de la oposición rechazaron la propuesta comunista esperando que el régimen se desintegrara por sí solo. Todavía no habían aprendido a pensar en términos de fuerza. El temor a que los comunistas pudieran acaudillar un movimiento de las masas fuera del parlamento probablemente constituyera un motivo adicional de su negativa.

Así, pues, la salida del Aventino de la Cámara de Diputados no pasó de ser más que una protesta moral. La oposición no desafió el poder de Mussolini con medidas eficaces. El Duce, que en el primer momento había vacilado esperando lo peor, pronto recobró su primitiva energía y pasó al contraataque. Su dictadura totalitaria brotó

directamente de la defensa del régimen contra el Aventino. Una nueva ola de terror preparó el terreno para la nueva evolución; los sindicatos, los partidos políticos y las organizaciones culturales fueron disueltos o puestos bajo el control fascista. El parlamento se convirtió en asamblea del partido fascista; se abolió la autonomía local y se destruyó a los últimos restos de la prensa de oposición. Hacia 1926, la fachada de un gobierno parlamentario había desaparecido por completo y el fascismo quedó establecido de una manera cabal.

CAPITULO XIII

UNA DERROTA FASCISTA: AUSTRIA

1

EL TRIUNFO de Mussolini se debió, en último análisis, a un empate constante en la política italiana. El movimiento obrero y la burguesía se habían mantenido en jaque a tal grado que ninguno de los dos se había encontrado en condiciones de adoptar una política constructora. Tal estancamiento había impedido el funcionamiento de la democracia italiana, y ya que ninguno de los dos grupos sociales adversos cedía el paso a otro, el fascismo aprovechó su inmovilización para sojuzgar a ambos bajo un régimen propio. Si uno de los dos grupos hubiese logrado derrotar al otro o si por lo menos se hubiera establecido una cooperación fructuosa entre partes de ellos tal vez el empate se hubiese superado. Cualquier método susceptible de impartir vida y libertad de acción al mecanismo de la democracia habría conjurado el peligro del fascismo.

Situaciones análogas crearon en otra parte conflictos parecidos. En Austria, ese empate político mantuvo peligrosamente indecisos la creciente fuerza de la social-democracia, por una parte, y el frente unido de la burguesía, por otra. Valiéndose de una hábil táctica parlamentaria, las clases medias austríacas supieron explotar, durante algún tiempo, su escasa mayoría en el parlamento. El movimiento obrero, persiguiendo el interés de la democracia, se abstenía de usar sus recursos políticos al grado de paralizar el régimen parlamentario. Pero se acentuó la tensión entre los dos grupos antagónicos y las fuerzas fascistas no tardaron en sacar provecho de tal situación.

Austria tal vez hubiese presenciado una repetición de la experiencia italiana de no sobrevenir, en el último instante, un acomodamiento entre el movimiento obrero y uno de los grupos burgueses de-

mocráticos. Las tendencias fascistas y reaccionarias habían existido en el país desde el nacimiento de la república; pero durante casi un decenio estas corrientes no habían tenido el apoyo de las masas. La transformación del fascismo austríaco en una fuerza política de importancia real está relacionada estrechamente con los incidentes de Julio de 1927, que pusieron al descubierto la enconada hostilidad entre los bloques de derecha e izquierda. El empate, que gracias a la prudente táctica socialista no había paralizado hasta entonces el régimen, se puso ahora de manifiesto.

2

El 15 de julio de 1927, un zafarrancho político en las calles de Viena degeneró en balacera entre la policía y los obreros. Al caer la noche, noventa cadáveres yacían en las calles. De esta sangrienta batalla debía surgir la gran embestida que lanzaría el fascismo austríaco.

Entre una capital gobernada por los socialistas y un gobierno federal violentamente antisocialista, Austria vivía en un estado de constante empate y tensión. Pese a la flexible táctica de los socialistas, el choque entre la provincia clerical y antisocialista y el partido obrero, atrincherado poderosamente en la ciudad de Viena, se había hecho casi inevitable. Los tumultos callejeros del 15 de julio de 1927 marcaron el climax de una larga evolución.

Durante el período revolucionario que siguió a la guerra, el movimiento obrero, aprovechando la favorable situación internacional, había arrancado concesiones a los partidos burgueses.

Mientras duró la República Soviética Húngara, su mera existencia ejerció presión sobre los partidos de clase media. Temerosos de ver extenderse la revolución bolchevique, los políticos conservadores austríacos no osaron oponer resistencia a las demandas democráticas de los socialistas. El parlamento expropió a la casa de Habsburgo, democratizó la administración, reorganizó la educación sobre una base democrática considerada como un modelo en toda Europa, y decretó amplias reformas sociales. Cuando, triunfante la reacción en

Hungría y Baviera, la situación internacional se volvió contra la clase obrera, la resistencia de la burguesía austríaca frente a la presión socialista recobró fuerza. Al mismo tiempo, las masas, debido a la reorganización progresista de la vida económica, estaban perdiendo su espíritu revolucionario. Fué entonces cuando comenzó a disminuir la influencia del movimiento obrero en el gobierno de la república.

De la misma manera que al día siguiente de la guerra la clase obrera austríaca no se había aventurado por el camino revolucionario tanto como sus hermanos alemanes, evitando cualquier intento serio de instaurar una dictadura del proletariado, así también la reacción resultó ser mucho menos vigorosa en Austria que en Alemania. Además, los comunistas austríacos habían perdido casi todo su ascendiente sobre las masas. Por ende, la clase obrera se hallaba unida por el partido social-demócrata. Ello le permitió resistir el asalto de la reacción con mayor éxito del que tuviera el dividido movimiento obrero alemán.

Tan pronto como se hizo evidente que el *Anschluss* austro-alemán no se convertiría en una realidad debido a la oposición de las potencias aliadas, el Ministro de Relaciones social-demócrata, Otto Bauer, presentó su renuncia. El gobierno de coalición continuó, pero los socialistas ya no ejercían en él la supremacía política. Dentro del partido social-cristiano, los representantes de la burguesía urbana suplantaron a los campesinos, que hasta entonces habían colaborado de buen grado con la clase obrera industrial. Los dirigentes de las clases medias se mostraron renuentes a aceptar el predominio socialista, y las requisiciones de víveres dieron origen a grandes rencores entre la población rural. Comenzó a producirse un empate en el seno del gobierno, donde los socialistas y los partidos burgueses se mantenían mútuamente en jaque. Pero cada vez que la situación internacional tomaba, por algún tiempo, un cariz más favorable a los obreros, los socialistas se mostraban capaces de sobreponerse a aquel empate, arrebatando a favor del proletariado ciertas ventajas políticas o sociales. En tales momentos fueron decretadas las leyes sobre defensa: obedeciendo a las condiciones del tratado de paz, se reorganizó el ejército, pero al mismo tiempo se conservó su carácter proletario y republicano. Fuera

de tales situaciones excepcionales, empero, el gobierno se mostraba cada vez menos apto para actuar.

Era fatal, en estas condiciones, que muchos obreros manifestaran gran descontento por los resultados de la participación socialista en el gobierno. Los éxitos militares de Rusia y una acción sumamente eficaz realizada por el proletariado internacional con objeto de impedir la llegada a Polonia de la ayuda aliada, durante la guerra de este país contra la Unión Soviética, reforzaron el espíritu revolucionario del movimiento socialista. Muchos socialistas abogaron por la salida de su partido del gobierno, en vez de seguir haciendo componendas con los partidos burgueses. De negarse los dirigentes socialistas a escuchar estas voces, el partido probablemente hubiera sido dividido como se dividió el partido social-demócrata independiente alemán bajo la presión de los comunistas. Los líderes socialistas austríacos se dieron cuenta del cambio ocurrido en el estado de ánimo de los obreros y prefirieron abandonar el gobierno antes que enajenarse una parte considerable del proletariado, y así lograron impedir una escisión en el seno de su partido.

El mejor barómetro para determinar cuál era el espíritu de los obreros lo constituían los *consejos* de obreros y soldados, aún existentes en aquel entonces. Sus miembros comunistas se habían opuesto desde un principio a la coalición de los socialistas con los partidos burgueses, pero después de las derrotas comunistas de la primavera de 1919, los dirigentes socialistas habían podido pasar por alto tranquilamente su oposición. Ahora bien, la reprobación de la "política de coalición" por los comunistas empezaba a encontrar un eco entre la llamada "nueva izquierda" de la social-democracia, grupo que pretendía orgullosamente ser el heredero de la izquierda internacionalista de los tiempos de la guerra mundial. Entonces, los ministros socialistas, luego de llevar a término apresuradamente algunas importantes reformas ya comenzadas, dimitieron en junio de 1920.

En las elecciones generales celebradas en el mes de octubre del mismo año, los social-demócratas perdieron 200,000 votos y los social-cristianos ganaron cerca de 150,000. Los comunistas no obtuvieron sino unos cuantos miles de votos. Aunque las elecciones habían

revelado claramente el retroceso de la influencia socialista, el movimiento obrero austríaco continuó siendo mucho más poderoso que el alemán. La unidad del proletariado dentro del partido social-demócrata austríaco era prácticamente completa. Para conservarla, los dirigentes socialistas habían abandonado su participación en el gobierno y siguieron fuera de él hasta que el fascismo disolvió el partido.

3

La salida de los socialistas del gobierno austríaco marcó el fin de la revolución. Desde este momento, la lucha contra los peligros contrarrevolucionarios continuó casi sin interrupción. Durante muchos años, estos peligros fueron mucho menos amenazadores e inmediatos que en Alemania, pero nunca en tal grado que hubieran podido ser descuidados. Las victorias de la reacción en los vecinos países de Hungría y Baviera y, posteriormente, el triunfo del fascismo en Italia, convirtieron la democracia austríaca en una isla en medio de un mar hostil. Todos los movimientos reaccionarios de Austria se sintieron alentados por el ejemplo de las derrotas obreras en los países limítrofes con la pequeña república. Los socialistas austríacos, a su vez, subrayaron con orgullo la diferencia entre la suerte de su propio partido y la de los movimientos obreros húngaro, bávaro e italiano, debida principalmente, según creían firmemente, a la mejor dirección y organización de los socialistas austríacos. En este período nació el orgullo de los socialistas austríacos con su partido, caracterizado, a menudo, como "patriotismo de partido".

El gran antagonista de la social-democracia era el Canciller social-cristiano, padre Ignaz Seipel, quien supo ganarse a todos los grupos burgueses para una cruzada contra el socialismo austríaco. La coalición de las clases medias y el movimiento obrero se enfrentaron una a otro como dos ejércitos adversos. La batalla sólo habría podido evitarse si cada bando hubiera consentido en aceptar alguna forma de cooperación a las condiciones formuladas por el adversario. Tal insinuación fué rechazada por los dirigentes de la burguesía austríaca, porque las derrotas sucesivas del obrerismo en los países adyacen-

tes los afirmaban en su fe de poder obtener el mismo resultado en Austria por una fuerte política antisocialista. Las organizaciones obreras, a su vez, confiaban en su fuerza de resistencia frente a las acometidas de la reacción. El resultado de este empate fué aquella lucha armada en las calles de Viena.

Diez días antes de aquel sangriento viernes de julio, había empezado el juicio contra varios miembros de una pequeña organización fascista. Los acusados habían tendido una trampa a un cortejo de manifestantes social-demócratas de Schattendorf, pequeña aldea del Burgenland, en Austria Oriental, matando a tiros a un mutilado de guerra y a un niño. El 14 de julio, el tribunal absolvió a los acusados. Este veredicto era un caso más en la larga serie de juicios considerados por los obreros como atropellos a la justicia. Se hizo hincapié en el hecho de que gran número de asesinatos políticos contra miembros de la izquierda habían quedado impunes. Habiendo aguantado durante varios años la indiferencia de las autoridades hacia la muerte de sus compañeros, los obreros perdieron ahora la paciencia. Los dirigentes del partido socialista, equivocados respecto a la gravedad de las protestas obreras, decidieron dejar que los sucesos tomaran su curso sin intervención por parte de la organización. Pensaban que sería útil que el gobierno y la población vieran una manifestación espontánea del proletariado, que no podría ser empequeñecida —como en los años pasados— por el argumento de haber sido puesta en marcha por la máquina del partido. Además, si esta manifestación había de ser dirigida por el partido, los líderes socialistas tendrían que indicar su objeto. ¿Contra qué se dirigiría la protesta? Los asesinos habían sido absueltos por un tribunal y el sistema judicial era una institución democrática contra la que los social-demócratas no podían protestar. Por vez primera desde 1918, el partido se abstuvo pues, de guiar y de someter a su control una manifestación obrera.

En la mañana del 15 de julio, los obreros afluyeron por decenas de miles hacia la famosa Ringstrasse para protestar contra el veredicto del jurado.

La policía, no acostumbrada ya a vérselas con manifestaciones obreras espontáneas, mandó fuerzas montadas. Estas cargaron a través de la calle —cerrando el camino a los miles de obreros excitados que atestaban la Ringstrasse— y se lanzaron sobre la muchedumbre. Por momentos llegaban más cortejos de obreros alarmados por la acción de los electricistas que habían cortado la corriente. A fin de contener los policías montados, se erigieron rápidamente barricadas de poca altura construídas con banquetas de la acera y tablas de un andamio cercano. Hubo disparos. La enfurecida muchedumbre, azuzada por el populacho que había acudido atraído por el espectáculo, tomó por asalto el palacio de Justicia y prendió fuego a los edificios.

Entonces intervino el partido socialista. Se mandaron pequeños destacamentos del Cuerpo de Defensa Republicano, tropa de choque del partido, para proteger a los obreros contra la policía, pero también para impedir excesos por parte de la muchedumbre. Desarmados, estos grupos resultaron demasiado débiles. Las masas impidieron a las brigadas de bomberos el acceso al Palacio de Justicia. Finalmente se presentó el propio alcalde, el socialista Karl Seitz, con la esperanza de poder poner fin a la insensata violencia. Seitz se subió en una de las bombas para llevarla junto al edificio. La muchedumbre le cerró el camino de modo que el carro tuvo que avanzar a paso de tortuga. Sin embargo, logró alcanzar un punto distante apenas un par de metros de la entrada. En este preciso momento, la policía, ahora armada con fusiles, comenzó a disparar. Descarga tras descarga barrió las calles. Enfurecidos por la resistencia y la violencia de la muchedumbre, los guardianes de la Ley hicieron uso de la fuerza.

Los obreros se hicieron fuertes frente al edificio del partido socialista, pidiendo armas para defenderse contra la policía. El partido disponía de depósitos de armas, pero éstas estaban destinadas a la defensa de la democracia contra los fascistas o los monárquicos y no a una guerra civil entre los obreros y la policía. Además, suponiendo que en esta guerra civil los obreros derrotasen al gobierno antisocialista del padre Ignaz Seipel, ¿podría un gobierno socialista revolucionario mantenerse en la pequeña Austria rodeada como estaba de países contrarrevolucionarios o fascistas y, en todo caso, hostiles? Era obvio que el fascismo italiano y la contrarrevolución húngara no tolerarían una dictadura del proletariado en Austria y el gobierno del

Reich, conservador en estos días, difícilmente acudiría en ayuda de una Austria socialista. Así, pues, en opinión de los dirigentes socialistas, no había que pensar en una lucha revolucionaria. Consiguientemente, el partido negó las armas a los obreros. En cambio, se proclamó una huelga general de veinticuatro horas, a la que había de seguir otra de los obreros del transporte fijada en tres días. De esta manera el partido esperaba recuperar el control sobre las masas dando a sus apasionados sentimientos de indignación la forma de una protesta organizada.

Un boletín de huelga, publicado por el partido social-demócrata al día siguiente del sangriento viernes dió cuenta de los progresos del movimiento y previno a los obreros contra los argumentos de los comunistas:

Las órdenes de la dirección del partido y del consejo de los sindicatos han sido obedecidas. El tránsito ferroviario se ha detenido en toda Austria desde medianoche. La huelga de correos, teléfonos y telégrafos abarca todo el país. La huelga de protesta de la clase obrera se ha llevado a cabo en todas partes con vigor y dignidad. El Cuerpo de Defensa Republicano está listo en toda Austria. Os invitamos, camaradas, a mantener plena disciplina y a no dejaros desviar de nuestras órdenes por ningún intento de provocación.

¡No os dejéis engañar por los comunistas!

Los comunistas están suscitando agitación a favor de un armamento instantáneo de la clase obrera. Debemos pronunciarnos en contra de tal acción. El armamento de la clase obrera en el momento actual significaría la guerra civil inmediata como resultado de la lucha armada entre la clase obrera y las formaciones militares del estado. La guerra civil significaría 1° nuevos y horribles sacrificios de vidas; 2° la más terrible catástrofe económica, el hambre, y un aumento de la desocupación; 3° la ruina de la clase obrera en los distritos rurales y mayor fortalecimiento del fascismo armado en estas regiones; 4° el más grave peligro para la existencia de la república.

No queremos experimentar los sufrimientos de la clase obrera de Italia y Hungría. Deseamos, por eso, realizar todos los esfuerzos posibles para evitar una guerra civil. Suplicamos a todos los camaradas que resistan a todos los provocadores comunistas y que respeten firmemente las órdenes del partido y de los sindicatos.

Por mucho que inquietara a los dirigentes socialistas la propaganda comunista, el partido comunista austríaco era demasiado débil y no tenía bastante prestigio entre los obreros para influir en los sucesos. La huelga pasó, por eso, sin más que algunos desórdenes pequeños. Mucho más grave resultó el peligro que amenazaba a los socialistas por parte de los grupos fascistas. En el campo, los acontecimientos del 15 de julio y la subsiguiente huelga de los empleados de comunicaciones dieron un poderoso ímpetu a las organizaciones armadas fascistas que amenazaron con una marcha sobre Viena e hicieron tentativas violentas para romper la huelga. La verdad es que el paro se terminó a punto para evitar lo peor a la clase obrera.

Desde el 15 de julio de 1927, el fascismo comenzó a tomar forma en Austria. Las *Heimwehren*, un ejército particular integrado, en su mayor parte, por hijos de campesinos acomodados y mandado por oficiales del ejército imperial, aristócratas y capitanes de los cuerpos-francos alemanes, se extendían contínuamente, patrocinadas, con el tiempo, por el gobierno, el gran capital (ansioso de aniquilar los sindicatos) y la Iglesia católica (interesada en debilitar a los socialistas). El 15 de julio de 1927 fué el primer acto de un drama que se prolongaría hasta fines de 1930.

4

La Internacional Socialista de postguerra veía en la social-democracia austríaca el modelo de un partido socialista. Comparado con el total de la población, el partido socialista austríaco era el más fuerte del mundo, tanto por el número de sus miembros efectivos como por el de los votos electorales que obtenía. En las elecciones generales del 24 de abril de 1927, algunas semanas antes del viernes sangriento, el partido reunió el 42 por ciento del total de los votos. En Viena, los socialistas dominaban de modo absoluto con una mayoría de dos terceras partes del consejo municipal. La organización del partido era el instrumento más eficaz que Europa jamás había visto. "El milagro de Viena", era como calificaban a esta organización socialista los periódicos alemanes: elogio de sumo valor, puesto que venía de los ale-

manes, maestros de organización. Los socialistas casi habían logrado construir un mundo propio dentro de la Austria capitalista. Una vez afiliado al partido, ya no había nada que obligase a tener contacto con el mundo burgués fuera de las horas de trabajo. Se vivía en casas construídas y administradas por los municipios socialistas; se compraba cuanto se necesitase en las cooperativas socialistas; se pasaban las horas de recreo en las sociedades culturales socialistas; en fin, se vivía en un mundo aparte dirigido por los socialistas.

Viena era el principal baluarte del partido. De los escasos dos millones de habitantes, 500,000 eran miembros efectivos del partido social-demócrata. En cuanto a su administración, Viena era probablemente el municipio más eficaz y mejor administrado del mundo. Mediante un sistema de imposición ingenioso, aunque draconiano [los socialistas vieneses], financiaban reformas paternalistas de cantidad y calidad inigualadas: construían clínicas, baños, gimnasios, sanatorios, escuelas, kindergartens y aquellos impresionantes bloques de casas, llenas de sol, que alojaban, en condiciones de decencia y limpieza, cuando no de lujo, a sesenta mil familias (socialistas). Eliminaban los barrios insalubres; reducían drásticamente el número de tuberculosos; tomaban el dinero a los ricos que pudieran pasarse sin él, y lo usaban en beneficio de los menesterosos. Los logros de los socialistas vieneses eran los monumentos sociales más relevantes de la Europa postbélica.[1]

Pero más allá del término municipal de Viena era el partido social-cristiano quien gobernaba y quien, ayudado por los partidos burgueses secundarios, hacía funcionar el gobierno federal en detrimento de los socialistas. Manteniendo todos los grupos de la burguesía en línea contra los socialistas, el padre Ignaz Seipel se las arreglaba para excluir a sus adversarios del gobierno, aunque eran más fuertes de unas elecciones a otras. Los obreros sentían que Seipel les privaba, de algún modo, de los bien merecidos frutos de sus victorias electorales, que les robaba el poder. Veredictos tales como el de Schattendorf, que había ido precedido por muchos casos similares, se consideraban

[1] John Gunther, *Inside Europe*, Harper & Brothers, 1933, 1934, 1935, 1936, 1937, 1938, 1940, p. 280.

inspirados por el gobierno. Los obreros se sentían demasiado fuertes para aguantar tal provocación indefinidamente.

¿Pero era cierto que el partido de la clase obrera fuese tan fuerte como lo suponían sus miembros? Los obreros pensaban que la burguesía no podía emplear el ejército y la policía contra el proletariado, porque tanto los soldados como los policías habían sido organizados, desde 1918, en sindicatos, y muchos de ellos eran, además, afiliados al partido social-demócrata. El gobierno, consciente de esta situación, se guardaba de emplear sus fuerzas ejecutivas contra el movimiento obrero mientras no se pudiera realizar un cambio lento y gradual. En el curso de siete años de gobierno antisocialista ininterrumpido, no pocos socialistas conocidos habían sido alejados del ejército y de la policía; para relevarlos llegaba del campo una juventud "de toda confianza", recomendada por los curas y las organizaciones social-cristianas. Hacia 1927, el gobierno de clase media había fraguado su nueva arma. El 15 de julio demostró el error de los obreros al confundir la policía y la tropa de este día con las que habían nacido de la revolución de 1918.

Y fué así como los social-demócratas sufrieron una grave derrota. Pero si anteriormente los obreros habían sobrestimado su poderío, fueron después de ellos los fascistas y reaccionarios quienes se entregaron a la ilusión de que había llegado, inopinadamente, el momento de la completa destrucción del partido social-demócrata. Las *Heimwehren* alentadas por el padre Seipel, desencadenaron una campaña a favor de una dictadura fascista en Austria. En vez de un período de estabilización, el "viernes sangriento" abrió uno de tensión política acentuada, que duró más de tres años.

5

Al principio, la tragedia de 1927 pareció un mero episodio sin repercusiones profundas. Los comienzos del año 1928 trajeron un mejoramiento de la situación económica, que se tradujo en una disminución del número de desocupados y en progresos de la paz interna. La social-democracia obtuvo varios triunfos electorales y el día del

primer aniversario del "viernes sangriento", el órgano socialista, el *Arbeiter-Zeitung,* declaró con orgullo que el partido era más fuerte que nunca.

Bajo la superficie, las cosas tenían un aspecto distinto. El empate político entre el gobierno y el movimiento obrero continuaba. Entretanto las *Heimwehren* se estaban organizando y armando. Hacia el otoño de 1928, esta tropa estaba lista para una gran ofensiva que había de culminar en 1930. Aquí no se trataba de lucha política, donde cuentan los argumentos, sino de propaganda respaldada por la fuerza. Ambos bandos, tanto las *Heimwehren* como los social-demócratas, se esforzaban por atemorizarse mutuamente mediante un despliegue de su fuerza de combate. Los desfiles militares de los ejércitos particulares de la derecha y de la izquierda se sucedieron en toda Austria. El gobierno veía con agrado que las *Heimwehren* llevaran sus manifestaciones hacia los distritos "rojos"; los obreros consideraban estas incursiones como provocación deliberada que debía contestarse con contramanifestaciones, celebradas al mismo tiempo y en el mismo lugar. Así, algún domingo, unos cien mil hombres armados de los dos bandos contrarios se concentraban en la misma ciudad, separados uno de otro por una pequeña fuerza de la policía o un destacamento del ejército, y la población esperaba entonces ansiosamente la noticia de que esta vez la temida guerra civil había comenzado de veras. De cuando en cuando, los social-demócratas proponían negociaciones sobre un "desarme interno", con la esperanza de aliviar así la constante tensión; pero cuando quiera que se hiciese tal sugestión, el Canciller, creyendo inminente la victoria sobre los "rojos" y temiendo que la aceptación de la propuesta socialista pudiera comprometer su triunfo, ni siquiera se dignaba dar una respuesta.

El líder de los socialistas, Otto Bauer, comprendió perfectamente los peligros de un empate político prolongado. En 1926, el partido social-demócrata adoptó un nuevo programa, según el cual los gobiernos de coalición se admitían como solución, aunque tan sólo en casos de extrema necesidad y en situaciones excepcionales, y la aplicación de la violencia se limitaba a la defensa de los proletarios contra

los actos de violencia anticonstitucionales, cometidos por los partidos o por el gobierno burgueses.

El llamado programa de Linz de la social-democracia austríaca fué aclamado en su tiempo por muchos socialistas de izquierda como escape entre la capitulación reformista ante los partidos burgueses y las instigaciones comunistas a aventuras violentas. Pero en la situación peculiar que prevalecía en Austria el programa probablemente haría más daño que bien, pues los reaccionarios explotaron hábilmente la amenaza velada de recurrir a la violencia que contenía la declaración.

Hubo muchos que comenzaban a buscar un hombre fuerte que pusiera fin al "débil gobierno parlamentario" y a la "chalanería política". Después del "viernes sangriento", surgieron nuevas figuras en el escenario político: el príncipe Ernst Rüdiger von Starhemberg, que había tomado parte en las actividades nazis en Alemania, usó la gran fortuna que había heredado para armar un cuerpo particular dentro de las *Heimwehren.* El príncipe estaba rodeado de oficiales del ejército imperial, tales como el mayor Fey; de aventureros de la calaña de Pabst, famoso organizador alemán de movimientos contrarrevolucionarios, quien se había expatriado después de que la estabilización económica del Reich le había dejado sin trabajo; y de hombres de negocios como Mandl, gran fabricante de municiones y agente austríaco de Mussolini.

En el momento en que la guerra civil parecía ya inevitable, se realizó un esfuerzo para salir del estancamiento político por medio de una transacción. El permanente peligro de una guerra civil determinó a unos grupos influyentes de la burguesía, conducidos por el prefecto de Policía vienés, Schober, a buscar un acomodamiento. La tirantez constituía una amenaza para la economía del país, y una guerra civil hubiera provocado una catástrofe económica, no solamente para la clase obrera, sino para todas las capas sociales. El acuerdo, consistente en una enmienda de la constitución, que aumentaba la autoridad del gobierno a expensas del parlamento, no satisfizo ni a las *Heimwehren,* ni a los socialistas, pero por lo menos resultó posible presentarlo a un público esperanzado como una salida del empate y

un método para conservar la estabilidad del estado frente a los perturbadores de la paz de izquierda y de derecha.

La tensión ya estaba dando señales de aflojamiento cuando las *Heimwehren* descubrieron que aquel acuerdo, lejos de abrirles el camino del poder, significaba una derrota para el fascismo. Como resultado de la trasacción, algunos grupos burgueses sostuvieron la resistencia de los socialistas contra la reanudada agitación fascista. Las *Heimwehren* se vieron ante la alternativa de dar un golpe o de perderlo todo.

En el último momento, se concluyó, en consecuencia, una alianza entre el ala Seipel del partido social cristiano, por una parte, y Starhemberg y sus lugartenientes por otra. Este bloque decidió forzar las cosas tanto en contra de los socialistas como de aquellos grupos burgueses que por vez primera después de muchos años se negaban a obedecer a Seipel. En el otoño de 1930, al ganar los nazis del Reich su primera gran victoria electoral, el padre Seipel, esperando inocentemente ver formarse en la república vecina un gobierno nacional-socialista, sorprendió a Austria con un gabinete de los social-cristianos y las *Heimwehren*.

Este gobierno no tuvo mayoría parlamentaria, ya que algunos partidos burgueses reprobaban la tendencia pro-fascista de Seipel. El parlamento fué disuelto y en noviembre de 1930 se procedió a nuevas elecciones para obtener un parlamento ajustado a un gobierno fascista. Mientras tanto, el Canciller Vaugoin y el vice-Canciller Starhemberg usaban todo su poder con objeto de debilitar la izquierda y de colocar a hombres "seguros" en todas las posiciones-claves, económicas y políticas, del país. Uno de estos hombres que por aquellos días ocupaba la atención pública, era un joven secretario de la Cámara de Agricultura de la Baja Austria, doctor Engelbert Dollfuss. En la mudanza administrativa, Dollfuss fué nombrado presidente de los ferrocarriles federales.

Pronto las *Heimwehren* se dieron cuenta de que las elecciones terminarían en una derrota del gobierno pro-fascista. Por eso, apremiaron a sus aliados social-cristianos a preparar un golpe de estado, a aplazar las elecciones por un tiempo indefinito y a gobernar de modo

dictatorial. Los social-cristianos se negaron, en parte porque sabían que muchos de sus partidarios se mostraban hostiles a seguir una política que hubiera conducido fatalmente a una resistencia armada de los socialistas y, por ende, a la guerra civil.

Fué, pues, el temor al movimiento obrero el que obligó al gobierno a dejar seguir su curso a las elecciones. Tal como ellos mismos lo habían previsto, los fascistas fueron derrotados. El gobierno siguió apoyado en una minoría parlamentaria. Los social-demócratas conservaron su posición y los grupos burgueses antifascistas obtuvieron diecinueve curules, lo bastante para impedir una mayoría fascista. De un total de ciento sesenta y cinco asientos, las *Heimwehren* sólo disponían de ocho, contra los setenta y dos de los socialistas, y los social-cristiano sufrieron pérdidas tan desastrosas que los social-demócratas se convirtieron en el partido más fuerte del parlamento.

Se constituyó un nuevo gobierno de las clases medias, esta vez bajo una dirección democrática y con exclusión de las *Heimwehren*.

El fascismo austríaco estaba derrotado —por lo menos de momento—. Había sido batido porque el empate político al que debía su existencia había podido liquidarse mediante una transacción entre el movimiento obrero y la burguesía, impuesto tanto a uno como a otra por el espectro de la guerra civil.

CAPITULO XIV

VICTORIA DE HITLER

1

La lucha austríaca era importante, pero la batalla verdaderamente decisiva para la suerte del movimiento obrero europeo se libró en el país más industrializado del Viejo Mundo: en Alemania. Ninguna derrota le resultó más fatal que la destrucción por los nazis de las organizaciones obreras alemanas. No menos preñado de consecuencias estuvo el hecho de que, después de un período de constantes guerrillas y de colosales preparativos para una batalla de vida o muerte, el proletariado alemán capitulara sin ofrecer resistencia.

En la noche del incendio del Reichstag, en febrero de 1933, tomé el tren para Berlín. Tenía instrucciones de llegar a la capital del Reich cualesquiera que fuesen los medios de transporte que pudiese utilizar. Nadie creía que los ferrocarriles continuarían funcionando después de que la primera ola de terror nacista había inundado a Prusia. Estaba bien provisto de dinero extranjero, ya que se consideraba posible que el esperado desencadenamiento de la guerra civil en Alemania haría que los alemanes se negaran a aceptar dinero de su país. Al subir en la frontera suizo-alemana al vagón-cama pensé que seguramente me despertaría durante la noche algún revisor para informarme que había estallado la tan esperada huelga general contra el gobierno Hitler. Cuál no sería mi sorpresa, al despertar en la madrugada, y enterarme que estábamos llegando a Berlín a la hora exacta prevista por el horario. Algunos pasajeros estaban cuchicheando con aire excitado. En Berlín vi muchas casas decoradas con svásticas. Fuera de este detalle, la capital alemana tenía un aspecto normal. En ninguna parte advertí preparativos precipitados para la defensa de la república democrática, y mis pláticas con los dirigentes

del movimiento obrero que aún estaban en libertad y en Berlín —muchos habían buscado un refugio temporal en Baviera— confirmaron mi impresión: el proletariado alemán se aprestaba a someterse tranquilamente a su enemigo nazi.

¿Cómo explicar esta huída del campo de batalla? ¿Por qué tanto los socialistas como los comunistas se retiraron en vez de hacer un último esfuerzo desesperado para impedir el triunfo del nacional-socialismo? Para comprender la completa resignación de los socialistas y las fantásticas ilusiones de los comunistas, que condujeron a ambas alas del movimiento obrero alemán a la capitulación, es preciso remontarse por lo menos hasta 1930, año del primer gran éxito electoral de los nazis.

Cuando, el 14 de septiembre de 1930, los nazis, en un gigantesco salto, conquistaron seis millones de votos, convirtiéndose en el segundo partido político de Alemania, el choque producido por este suceso paralizó no solamente al campo obrero, sino a todas las fuerzas democráticas. Los socialistas comprendieron que en adelante la tarea democrática principal consistiría en mantener a los nazis alejados del gobierno. Si éstos lograsen llegar al poder, su dinamismo, fortalecido por el control de la máquina del estado, resultaría irresistible. A fin de impedir su entrada en el gobierno, y conservar intacta de algún modo la democracia parlamentaria, sería necesario apoyar a todos los partidos burgueses antinazis aun cuando su política tuviese pocos atractivos para la clase obrera. De ahí la "tolerancia" socialista con el gobierno Brüning, a pesar de su política de grandes reducciones de salarios. La estrategia socialista partía de la idea de un repliegue tras las vallas protectoras de la democracia burguesa y conservadora.

Tal estrategia no era la apropiada para despertar o solamente mantener vivo el espíritu combativo entre los obreros, ya que la política de "tolerancia" obligó a los socialistas a ejecutar una serie de retiradas sucesivas. Cada nuevo sacrificio de posiciones hecho por la clase obrera aumentó el desaliento de ésta. Fueron pocos —sorprendentemente pocos, vistas las circunstancias— los socialistas que abandonaron su partido, y el número de votos socialistas apenas si disminuyó entre 1930 y 1933. Pero esto demostraba firmeza inconmovible más

bien que el valor agresivo de un ejército ansioso de combatir. Sin capacidad para operaciones ofensivas, la social-democracia alemana, al igual que cualquier otra tropa empeñada en hacer la guerra, estaba condenada a perecer. La prueba decisiva sobrevino el 20 de julio de 1932.

Este día, el Canciller Von Papen, violando descaradamente la constitución del Reich, desalojó el gobierno de Prusia, encabezado por socialistas. El primer ministro, Otto Braun, y el ministro del Interior, Karl Severing, ambos social-demócratas, fueron destituídos. El último gran baluarte de la república democrática se desmoronaba. En una reunión convocada a toda prisa, la ejecutiva del partido y los dirigentes de los sindicatos deliberaron sobre la respuesta que había de darse al golpe del Canciller. La decisión que tomaron los social-demócratas fué fatal.

Desde el 30 de mayo de 1932, fecha en que el Presidente von Hindenburg había obligado a dimitir al Canciller Brüning, el gobierno prusiano constituía el principal baluarte del antinazismo. Bajo una dirección socialista y con la aprobación de los partidos burgueses, opuestos al nacionalsocialismo, el gabinete prusiano controlaba la policía del más grande de los "estados" alemanes. Con la policía prusiana como piedra angular, los social-demócratas habían establecido un sistema de defensa propio. Se había constituído una organización de autodefensa, el Reichsbanner *Schwarz-Rot-Gold* (llamado así por llevar como símbolo los colores republicanos) que estaba formado en su mayor parte por socialistas y miembros de los sindicatos y se hallaba bajo el mando mancomunado de representantes del partido social-demócrata, del partido católico del centro y del partido demócrata. Su concepción estratégica preveía que, en caso de una insurrección de los nazis, el *Reichsbanner* cooperaría con la policía prusiana en la reducción de las tropas de choque nazistas. El *Reichsbanner* disponía de pocas armas y había perdido muchos hombres en aquella interminable serie de choques con los nazis que caracteriza el período entre 1929 y 1933, llamado comunmente "la pequeña guerra civil". Pero se esperaba que la policía prusiana, en caso de una sublevación en gran escala de los nazis, suministrara a los miembros del *Reichsbanner* el armamento necesario.

Así, pues, la estrategia socialista estaba basada en la cooperación de las fuerzas bien armadas y cuidadosamente adiestradas de la poderosa policía de Prusia, para hacer frente a una insurrección nazista. Bajo el ministro del Interior prusiano, el socialista Karl Severing, el personal y los oficiales de la policía habían sido "depurados" radicalmente de todos los hombres sospechosos de simpatizar con los nazis, y la tropa —aun cuando intervenía con más frecuencia contra los comunistas que contra los nazis— constituía, en conjunto, un arma antinazi segura.

El golpe del 20 de julio de 1932 puso esta arma en peligro de destrucción. Entregada a Papen y sus secuaces, la policía no tardaría en ser "reorganizada" en sentido antidemocrático. Si se quería salvar esta tropa, en su calidad de columna vertebral de la lucha antifacista, la acción de Papen había de ser la señal de una resistencia armada. Pero en el fondo del escenario alemán asomaba, vigorosa y amenazadora, una fuerza harto poderosa, que paralizaba cuanto deseo de luchar podía animar a los dirigentes socialistas: la *Reichswehr*. En las cábalas socialistas, los nazis representaban el único enemigo; la *Reichswehr* era neutral y ocupaba una posición de espectador. Tal pronóstico sobre la actitud del ejército era de dudosa sensatez aun en las circunstancias más favorables. En julio de 1932, siendo Hindenburg presidente y Papen canciller, parecía muy probable que la *Reichswehr*, cualquiera que fuese la naturaleza del conflicto, interviniera en la batalla como adversario de la clase obrera. El 20 de Julio, por débil que fuera la base constitucional del golpe de Papen, ya era patente que se trataba de un pleito de Prusia contra el Reich. No les quedaba ninguna duda a los dirigentes socialistas de que una resistencia abierta por parte del gabinete prusiano hubiera encontrado a la *Reichswehr* y a los nazis sólidamente alineados contra las fuerzas de la democracia. Tal batalla, los socialistas lo sabían, sólo podía terminar en una derrota aplastante del movimiento obrero.

Algunos de los líderes obreros, particularmente los sindicalistas, tal vez evocaran aquel golpe mortal que una huelga general había ases-

tado al *putsch* de Kapp en 1920. Un paro general, combinado con la resistencia pasiva de gran parte de la burocracia gubernamental, había cortado en flor aquel otro golpe reaccionario. Tal cosa ¿no podía ser repetida en 1932? Los dirigentes socialistas estaban convencidos de que una huelga general, proclamada cuando había millones de desocupados, no tardaría en degenerar en una violenta lucha entre los huelguistas y los sin trabajo, ávidos de ocupar los empleos de aquéllos. Al cabo de unas pocas horas, la huelga bien podía haberse convertido ya en una guerra civil total, en la que el movimiento obrero hubiera de ser aplastado necesariamente por la acción unida de la *Reichswehr* y de los nazis.

Hermann Goering, el lugarteniente de Hitler, dijo en cierta ocasión: "¡No cesad nunca el fuego! Preferiría disparar demasiado lejos o demasiado cerca, mas no me entregaría sin disparar." Pero Goering es un aventurero con poco sentido de la responsabilidad, para quien la violencia tiene un fuerte atractivo. Los dirigentes socialistas eran hombres de un tipo diferente. Eran parlamentarios, organizadores experimentados, hombres con alto sentido de la responsabilidad, a quienes la idea de conducir a sus partidarios a una batalla que no permitía casi ninguna esperanza de éxito repugnaba profundamente. Pero los mismos obreros socialistas, ¿por qué no se levantaron en armas espontáneamente, sin esperar órdenes de sus jefes? Porque una organización de grandes masas, demócrata, no crea la costumbre de acciones de grupo independientes. Un partido cuya estructura y vida estaban orientadas a ganar campañas electorales más bien que a la organización de insurrecciones violentas no puede convertirse de la noche a la mañana en un ejército dedicado a combatir con el fusil en las manos.

Pero un sentimiento del honor ¿no obligaría a los socialistas a poner en escena una lucha suprema y terrible, aunque sin esperanza?; indudablemente muchos socialistas habrían respondido a esta pregunta con un categórico "sí". Pero una cosa es morir y otra mandar a morir por una causa perdida a otra gente. Los dirigentes del partido socialista austríaco fueron capaces de hacerlo en 1934, quizá porque acostumbraban a contar en grandes espacios de tiempo y sabían que una lucha de última hora, aun cuando terminara en una derrota, significaba

mucho para una reconstrucción posterior del movimiento. Los dirigentes de los obreros alemanes, por el contrario, aturdidos por los sucesos y esperando algún milagro salvador —tal como la proclamación de la ley marcial y el establecimiento de una dictadura militar—, no eran capaces de ver que lo presente estaba perdido irremediablemente y que sólo contaba el futuro.

Así, pues, aparentemente no quedó a los dirigentes socialistas otra alternativa que aceptar —bajo protesta— la destitución del gabinete prusiano. Consciente de las consecuencias de tal capitulación, Otto Wells, el presidente del partido social-demócrata, pensó, como escapatoria, en una analogía bastante dudosa. En noviembre de 1930, los socialistas austríacos se habían encontrado ante las deliberadas provocaciones del gobierno católico-fascista de Vaugoin y Starhemberg, pero siguiendo los consejos de sus dirigentes, los obreros austríacos, aunque mejor armados que los alemanes, habían renunciado a usar sus armas contra el gobierno, poniendo su porvenir y el de la democracia austríaca en el resultado de las elecciones venideras. El uso de la violencia hubiera proporcionado al gobierno un pretexto para aplazar —tal vez para siempre— unas elecciones de las que las fuerzas fascistas salieron con una minoría tan insignificante que el gabinete se vió obligado a dimitir. Ahora, en julio de 1932, también en Alemania las elecciones eran inminentes. ¿No sería mejor —preguntaba Wells— que también los obreros alemanes confiasen la misión de derrotar el fascismo a las urnas electorales?

Fué una circunstancia desgraciada para la democracia alemana el que existiera una diferencia harto visible entre los resultados de las elecciones alemanes y los de las austríacas. Estas demostraron la debilidad de la influencia fascista entre las masas, aquéllas la fuerza del nazismo.

2

La política socialista de "tolerancia" hacia el Canciller Brüning tenía por objeto exclusivo mantener el contacto con los grupos burgueses opuestos al nazismo. Mientras esta política determinaba la actitud

del partido, no era posible ningún esfuerzo sincero por parte de los socialistas para llegar a un entendimiento con los comunistas. El anticomunismo constituía una parte del precio que los socialistas habían de pagar por la colaboración con la burguesía, pero aun cuando los socialistas hubiesen pensado seriamente en una acción mancomunada con el otro partido obrero, tal acercamiento habría sido imposible por la conducta de los comunistas.

Es cierto que los comunistas formulaban, a intervalos regulares, ciertas propuestas tendientes a un "frente único" contra el fascismo; pero resultaba difícil tomar en serio tales sugestiones. Desde 1928-1929, según recordará el lector, la política comunista se hallaba en su "tercer período", teniendo su foco en la lucha contra los "social-fascistas", como los comunistas llamaban a los social-demócratas. "Nuestro golpe principal —anunciaba el órgano comunista *Rote Fahne* en noviembre de 1913— va dirigido contra la social-democracia", conceptuada por este periódico de mera ala izquierda de las fuerzas fascistas. Las invitaciones a un "frente único" no eran más que unos esfuerzos abiertamente proclamados para separar a los obreros socialistas de sus dirigentes "traidores". El objeto primordial lo constituía la destrucción del movimiento socialista.

El espíritu con que se hacían los ofrecimientos de un "frente único" resalta de una discusión en la *Pravda* órgano del partido comunista ruso: " La República de Weimar está en quiebra. El proletariado revolucionario no piensa un solo momento en socorrer a los fracasados de Weimar; está movilizando sus fuerzas contra la República de Weimar, contra el Tercer Reich de Hitler, contra la ¿Segunda República? social-demócrata y por la república soviética".[1]

Fué en febrero de 1933, siendo ya Hitler Canciller del Reich, cuando los comunistas aceptaron, aunque de un modo evasivo una invitación de los socialistas para concertar un plan de resistencia común contra los nazis. La primera reunión había de celebrarse en la misma noche en que el Reichstag fué presa de las llamas. Como es

[1] El artículo del *Pravda* fué reproducido por la *International Press Correspondence* del 26 de julio de 1932, "The Situation in Germany" por V. Knorin.

obvio, la conferencia no pudo tener lugar. Así, estaba escrito que los socialistas y los comunistas se reunirían por vez primera en el exilio, después de una capitulación que descorazonó a los obreros del mundo entero.

CAPITULO XV

EI CAÑON DE FEBRERO

1

EN NINGUNA parte las repercusiones de la catástrofe alemana se hicieron sentir de un modo tan inmediato como en Austria. Algunos días antes de las elecciones alemanas del 5 de marzo de 1933, que confirmaron la dictadura de Hitler, una huelga de ferroviarios, provocada por un conflicto insignificante, terminó con pleno éxito de los obreros. Pocos días después, el Canciller Dollfuss, aprovechando un incidente en el parlamento austríaco, impidió una reunión de éste y estableció la dictadura sin encontrar de parte de los obreros más que una resistencia verbal. La única explicación de este brusco cambio en el clima político de Austria era el triunfo del nazismo en el Reich. La capitulación del proletariado alemán desanimó a los obreros austríacos y fortaleció inmensamente las fuerzas anti-demócraticas del país.

En las últimas elecciones generales austríacas, de noviembre de 1930, los social-demócratas, bajo la brillante dirección de Otto Bauer, habían derrotado, según sabemos, a sus dos adversarios fascistas. La organización clerical-fascista de las *Heimwehren,* acaudillada por el príncipe Starhemberg, quien disfrutaba de la protección italiana, obtuvo 8 puestos de los 165. En vísperas de las elecciones, el príncipe Starhemberg había soñado con la dictadura de sus *Heimwehren*. El día siguiente demostró claramente que su partido era el más pequeño de todos los representados en el parlamento. Los nazis resultaron ser aún más débiles que sus competidores católicos. Ni un solo nazi entró en el parlamento. Los comunistas no tuvieron más suerte que los nazis. Con sus 72 curules, los social-demócratas fueron el partido más grande del país, pero no obstante su número, su posición fué la de un grupo de oposición frente a la mayoría del gobierno, formada por los social-

cristianos, las *Heimwehren* y un partido campesino nacionalista, el *Landbund.*

Gracias a los progresos de Hitler en Alemania, la ola nazista en Austria creció rápidamente. Las elecciones provinciales del año 1932, dieron a los nazis un 16 por ciento de los votos de Viena, un 18 por ciento en la Baja Austria y un 22 por ciento en Salzburgo. Estas ganancias se lograban, en su mayor parte, a expensas de los social-cristianos. El gobierno dependía de una mayoría parlamentaria de un voto exactamente, respecto al conjunto de los dos partidos de oposición, los social-demócratas y los pangermanistas, y el avance nazi contribuyó a debilitar aún más la posición del gabinete. El Canciller social-cristiano, el doctor Dollfuss, católico devoto, estaba desesperado, pero la desesperación le dió audacia. Mientras todo el mundo esperaba verle llegar a un acuerdo con los nazis o con los socialistas, quienes le ofrecían su ayuda contra aquellos, Dollfuss creyó haber descubierto una tercera salida. Embistió simultáneamente contra ambos adversarios, haciendo frente al viejo peligro y también al nuevo, tanto a la amenaza socialista como a la nazi.

Tal política no podía sostenerse con un solo voto de mayoría. Por consiguiente, el 4 de marzo de 1933, el Canciller se desligo de toda la democracia parlamentaria. Al día siguiente de la huelga de ferroviarios, la Cámara había votado una resolución pidiendo al gobierno que se abstuviera de castigar a los participantes en la huelga. Un miembro socialista se equivocó al votar y posteriormente rogó al presidente rectificara su voto. El presidente accedió a su deseo, pero la mayoría de Dollfuss protestó. Como resultado, el presidente renunció. De acuerdo con la tradición, el presidente no podía votar. Ya que la mayoría del gobierno era tan escasa, sus victorias se debían, a veces, a la sola circunstancia de que uno de los socialistas, a saber, el presidente del parlamento, no tomaba parte en la votación. Karl Renner, el presidente, que había sido durante algún tiempo objeto de censuras por mantener al gobierno en el poder sencillamente con conservar su cargo parlamentario, aprovechó la oportunidad ofrecida por la protesta de la mayoría contra su decisión de rectificar aquel error de voto para renunciar. La oposición socialista disponía ahora de una mayoría de votos

en el parlamento, pero no pudo usarla porque los dos vice-presidentes imitaron el ejemplo de Renner. Explotando la situación creada, Dollfuss declaró que sólo el presidente tenía facultades para convocar el parlamento, y que puesto que ya no había presidente, el parlamento no podría reunirse.

Desde este momento, el Canciller Dollfuss gobernó de un modo dictatorial, mediante decretos de emergencia. La fuerza principal de su ataque iba dirigida contra los socialistas. El Canciller contaba, por lo visto, con algún arreglo con los nazis, que sacrificara lo poco que había quedado de la democracia austríaca, pero que conservase la independencia del país y la influencia predominante de la iglesia católica. Paso a paso, los socialistas tuvieron que retroceder. Bien es verdad que el partido nacional-socialista fué declarado fuera de la ley el 19 de junio de 1933; pero las atrocidades nazis continuaron impunes y se alentaban abiertamente desde Alemania por radio-difusiones y folletos arrojados por aviones germanos.

El cuerpo de defensa socialista fué disuelto; la ciudad de Viena, administrada por los socialistas, se vió despojada arbitrariamente de una parte considerable de sus ingresos; se obligó a los obreros socialistas, so pena de perder sus empleos, a afiliarse al nuevo partido de Dollfuss, el "Frente Patriótico", destinado a suplantar todos los demás partidos y a realizar así la "unidad nacional." No cabía duda de que se preparaba el asalto final contra el baluarte socialista: la administración municipal de Viena, con su mayoría de dos terceras partes del consejo. Mientras tanto, Dollfuss anunciaba oficialmente su plan de abolir para siempre la democracia parlamentaria y de reconstruir a Austria como estado cristiano, corporativo y federal, de acuerdo con la encíclica papal *Quadragesimo Anno*. Austria había de ser el primer país del mundo, gobernado conforme las ideas del Papa.

Los social-demócratas se mostraron ansiosos de evitar un conflicto abierto con Dollfuss. Es cierto que habían aprendido bien la enseñanza alemana de que la resistencia había de comenzar a la primera señal de una ruptura con la práctica democrática y que todo retraso sólo alentaba a las fuerzas antidemocráticas, desmoralizando a la izquierda. Mas en este punto existía una diferencia decisiva entre Alemania y Austria Los obreros austríacos se veían acechados simultáneamente por dos enemigos fascistas, por Dollfuss y las *Heimwehren*, de un lado, y por los nazis, de otro. Un conflicto abierto entre la clase obrera y Dollfuss podría terminar, como temían los socialistas, con el triunfo de los nazis. Había poca esperanza de defender a Austria contra Hitler, a menos de llegar a una especie de cooperación entre todos los elementos opuestos al nazismo —en sustancia, entre el gobierno y los obreros socialistas—; a los dirigentes del partido social-demócrata se les antojaba que la mejor solución era ganar tiempo y contemporizar, ya que así quedaba por lo menos, alguna esperanza de un acuerdo con Dollfuss. Los social-demócratas aguardaban y permanecían a la expectativa, mientras progresaba la ofensiva del gobierno contra las posiciones de la izquierda. Cuando, en febrero de 1934, se presentó la última y desesperada resistencia, la fuerza moral y material de la izquierda ya había sido quebrantada por el largo asedio.

Dollfuss —y, posteriormente, Schuschnigg— han sido elogiados por el mundo como héroes antinazis, a veces con su propio disgusto. Dollfuss era esencialmente un enemigo de los "impíos" social-demócratas. Había perdido el respeto por los socialistas austríacos en el momento en que el partido social-demócrata alemán se dejó aniquilar por Hitler sin ofrecer resistencia. Hasta entonces, estos adversarios habían impedido toda victoria decisiva de la variante católica representada por la política de Dollfuss; pero después del mes de marzo de 1934, el Canciller vislumbró nuevas posibilidades. También habría que hacer algo respecto a los nazis, quienes se mostraban renuentes a permitir al fascismo católico segar donde había sembrado el nazismo pagano. Hasta su muerte, Dollfuss estuvo convencido de la posibilidad de algún acomodamiento con los exponentes de la variedad nazi del pensamiento autoritario. Es más, Dollfuss y el príncipe Starhemberg, incluso entraron varias veces en negociaciones secretas con Hitler. Y no fueron los principios democráticos del Canciller los que impidieron que llegase a un entendimiento con él; lo fueron la insistencia de Berlín en una capitulación incondicional y los celos mutuos de Dollfuss y Starhemberg. Schuschnigg, que había representado un papel importante en los primeros esfuerzos de Dollfuss para aplastar la izquierda y

negociar con Berlín, tal vez aprendiera del fracaso de su predecesor. Empero, cuando ascendió a Canciller, ya era tarde: la situación internacional se había vuelto definitivamente en contra de Austria. Espíritu acaso menos reaccionario que Dollfuss, la política anti-nazi de Schuschnigg tropezaba con el grave inconveniente del nacionalismo germano de ésta. Schuschnigg sencillamente no podía soportar la idea de que los soldados austríacos pudiesen combatir contra el ejército alemán.

Los sucesos de 1933 le parecían a Dollfuss a la vez una amenaza y una oportunidad; una amenaza para lo que le era más sagrado, la autoridad de la iglesia católica de Austria, que los nazis se negaban a reconocer; y una oportunidad para aplastar el partido social-demócrata. Su mentalidad le imposibilitaba para transigir con los socialistas, quienes, no obstante, seguían con sus ilusiones de un frente unido anti-nazi.

Aferrados a este clavo ardiendo los dirigentes socialistas no arrostraron la realidad hasta que ya era tarde. Según admite Otto Bauer, el error decisivo lo cometieron él y sus colegas ya el 15 de marzo de 1933. Uno de los dos vice-presidentes de la Cámara que habían renunciado convocó para este día una sesión del parlamento. El Canciller Dollfuss anunció entonces que impediría tal reunión con la fuerza armada si fuese necesario. En un principio los social-demócratas actuaron como si estuviesen dispuestos a aceptar la lucha que les fué impuesta en esta ocasión y declararon que celebrarían la reunión a toda costa. Así, pues, el 15 de marzo parecía destinado a ser el día decisivo en la breve historia de la democracia austríaca. Ambos bandos publicaron declaraciones retadoras. Pero todo terminó con lo que los austríacos llaman un *pallawatsch*, esto es, una confusión típicamente austríaca. El parlamento se reunió con media hora de anticipación y el vice-presidente suspendió la sesión inmediatamente después de haberla abierto. La policía, enviada para impedir la reunión del parlamento, llegó tarde. Ambos bandos se atribuyeron la victoria. Lo cierto es que subsistieron dos hechos sobresalientes: el parlamento continuaba suspendido —para siempre— y los obreros que durante todo aquel día habían esperado ser llamados a la resistencia armada, estaban perdiendo su espíritu

combativo y la fe en su partido. A la larga, el vencedor del 15 de marzo resultó ser Dollfuss y el vencido, la democracia.

Dollfuss comprendió que había ganado la primera gran batalla contra la social-democracia. El 11 de Abril, el Canciller salió para Roma donde se entrevistó con Mussolini. Ofreció Austria y recibió en cambio la protección del Duce. En adelante, Austria sería un protectorado italiano con Dollfuss como virrey de Mussolini. Respaldado por este último, Dollfuss se halló en situación de proseguir en sus esfuerzos para aniquilar el partido social-demócrata. En esta empresa Mussolini secundó a Dollfuss tanto más gustosamente cuanto que los sindicatos austríacos habían sido los responsables del llamado asunto de Hirtenberg. En enero de 1933, la *Arbeiter-Zeitung* de Viena reveló que un transporte de armas italiano, destinado a Hungría, había llegado, con falsa declaración de destino, a la fábrica de pertrechos del señor Mandl en la ciudad austríaca de Hirtenberg. Como el tratado de paz prohibiera a Hungría cualquier importación de armas desde el extranjero, la denuncia socialista no tardó en provocar un penoso incidente y una derrota diplomática de Mussolini. Este se dió cuenta de que, para rearmar a su aliado húngaro, habría de destruir primero a los social-demócratas austríacos.

De regreso de Italia, Dollfuss publicó una serie de nuevos decretos contra los socialistas; mejor dicho, unos decretos, dirigidos oficialmente contra los terroristas nazis, pero que se usaron principalmente contra los social-demócratas.

Hacia septiembre de 1933, los socialistas consideraron que era inevitable un choque decisivo con Dollfuss. El partido pidió a los obreros que pusieran resistencia en caso de que ciertas posiciones clave socialistas fuesen atacadas; a saber, si el partido o los sindicatos fuesen disueltos, si se expulsase a los socialistas de la administración municipal de Viena o si se impusiera una constitución fascista. Pero Dollfuss era un estratega demasiado inteligente para actuar de modo tan abierto como lo esperaban los dirigentes socialistas. Continuó socavando las posiciones de la izquierda con medidas que no parecían tener gran alcance. Sus adversarios no juzgaron que ninguna de ellas fuera suficientemente grave para justificar una resistencia armada.

Y, sin embargo, estos ataques fueron precisamente los que terminaron destruyendo los últimos restos de la influencia socialista en Austria, a la vez que, por otra parte, las constantes retiradas de la izquierda desanimaron mortalmente a la clase obrera.

2

Parece poco probable que Dollfuss tuviera un plan bien concertado cuando se lanzó a la destrucción de la democracia austríaca. Era un hombre de pensamiento esencialmente pragmático, tomaba sus disposiciones al día ante los sinsabores y dificultades que le rodeaban, y sin percatarse de la significación histórica de sus actos. Una de las fuerzas principales que le impulsaban era su temor a Otto Bauer. Maestro en los debates parlamentarios, Otto Bauer, en cierta ocasión anterior a 1933, había hecho a Dollfuss blanco de su sarcasmo. Cuando, en 1933, alguien sugirió en presencia del Canciller la conveniencia de volver a convocar el parlamento para lograr un acercamiento entre el jefe del gobierno y los social-demócratas, Dollfuss exclamó: "¿Volver a sentarme en un mismo parlamento con Otto Bauer?! Nunca, jamás!"

Sin embargo, Dollfuss necesitaba un incentivo final para rematar la democracia austríaca. Este incentivo se presentó al verse la democracia francesa precipitada bruscamente hacia el borde del abismo y expuesta a la amenaza de una guerra civil, que parecía paralizar la potencia continental más fuerte en sus acciones internacionales. El 6 de febrero de 1934, día en que corrió sangre por las calles de París y en que el fascismo lanzó su primer asalto contra la democracia francesa, anunció también la caída de cuanto quedaba de libertad austríaca.

La posición de Dollfuss frente a Alemania dependía de la ayuda militar de Italia, pero el Canciller continuaba manteniendo ciertos lazos con Francia, en parte porque Austria necesitaba una ayuda financiera que Italia no podía suministrar y también porque nadie en la Europa Central podía creer en aquel entonces que Francia adoptaría una posición favorable a Italia. A cambio de un empréstito francés, Dollfuss había prometido a Francia que las instituciones básicas de la democracia austríaca no serían abolidas nunca. Sólo con tal condición consentirían los socialistas franceses en votar estos créditos, y su aprobación era imprescindible para conservar intacto el bloque de izquierda después de las elecciones de 1932. Los sucesos del 6 de febrero derribaron el gobierno francés con que Dollfuss había empeñado su palabra de no tocar a los fundamentos democráticos de Austria e hicieron desaparecer la última esperanza de que Francia no abandonaría completamente su baluarte austríaco. Al disparar sobre la muchedumbre reunida en la Plaza de la Concordia, los *gardes mobiles* franceses sellaron la suerte de la república austríaca. Como consecuencia de los sucesos del 6 de febrero, el ministro de Relaciones, Paul Boncour, a quien Dollfuss había hecho su promesa, dimitió junto con el presidente del consejo Daladier. Cuando, el 12 de febrero de 1934, estalló en Austria la guerra civil, Francia pasaba por una huelga general, proclamada para salvar al país del fascismo.

El grupo fascista más destacado entre los partidarios de Dollfuss lo constituían las *Heimwehren* del príncipe Starhemberg y del mayor Fey. Durante varios años, sus miembros habían sido entrenados para la guerra civil contra los obreros socialistas. Una parte de las *Heimwehren* se había unido a los nazis y Dollfuss no podía fiarse tampoco por entero del resto de esta tropa. Pero sí podía confiar en que las *Heimwehren* no desfallecerían en la lucha contra la izquierda, aunque los combates subsiguientes revelaron que su valor militar real se había sobreestimado mucho.

El 30 de enero de 1934, las *Heimwehren* del Tirol entraron en Insbruck y presentaron al gobierno provincial una serie de demandas de índole francamente fascista, entre las que figuraba la disolución del partido social-demócrata. Poco después, las *Heimwehren* repitieron el mismo hecho en la Alta Austria, y ocuparon Linz. Luego siguieron una tras otra, todas las demás provincias a excepción de Viena. El 9 de febrero, Dollfuss declaró: "Comenzaremos probablemente muy pronto a realizar nuestros planes". Dos días más tarde, el vice-canciller Fey anunció que Dollfuss estaba de acuerdo con los

planes de las *Heimwehren*. "Mañana, —dijo— empezaremos a limpiar a Austria. Y la limpiaremos a fondo."

"Mañana" era el 12 de febrero. En la madrugada, la policía procedió a una requisa de armas en el centro del partido socialista de Linz. Los obreros apostados en el edificio opusieron resistencia. Comenzaron los tiroteos. A las tres horas, los electricistas vieneses se declararon en huelga: la señal convenida para la huelga general. Entonces se desencadenó la lucha armada en Viena. La guerra civil había llegado.

Duró cuatro días. Toda la mala suerte imaginable parecía haberse acumulado contra la clase obrera. Una pequeña minoría de obreros socialistas, en su mayor parte miembros del Cuerpo de Defensa Republicana, se levantó en armas —en la medida en que había armas disponibles—. Algunos de los más grandes depósitos secretos de armas no pudieron encontrarse porque los pocos hombres que conocían su paradero habían sido arrestados. Resultó imposible difundir la llamada oficial a la huelga general porque se había olvidado hacer arreglos previos con los electricistas acerca del uso de las imprentas socialistas. Las masas obreras simpatizaron con los combatientes del Cuerpo de Defensa Republicana, pero no declararon la huelga. Desalentadas, desmoralizadas, siguieron trabajando, mientras que, cerca de ellas, se estaba diezmando a tiros de cañon y con ametralladoras a unos puñados de socialistas. Cuando el resultado de la lucha ya estaba claro, Otto Bauer y Julius Deutsch, los jefes de la insurrección, huyeron a Checoslovaquia. Hacia el 16 de febrero, todo había terminado. Once insurgentes, entre ellos el diputado Koloman Wallisch, fueron ahorcados. Un miembro del Cuerpo de Defensa Republicano, gravemente herido durante la lucha, fué llevado al patíbulo en una camilla.[1] Los mismos decretos de Dollfuss, dirigidos, según su propia declaración, contra los nazis, sin que hasta entonces el Canciller hubiese osado aplicarlos, ahora fueron puestos en práctica contra quienes habían luchado por la constitución democrática.

[1] Véase G. E. R. Gedye, *Betrayal in Central Europe*, Nueva York, Harper, 1939, p. 109.

Estaba expedito el camino hacia un régimen católico-fascista, nacido de la desesperación de las secciones más ardientemente antinazistas de la población austríaca. En adelante, la independencia de Austria dependería de un orden político que tenía por toda base popular un pequeño porcentaje de la población. La caida de la social-democracia austríaca fué un golpe mortal para esta independencia.

3

Después de 1934, el movimiento obrero austríaco llevó una existencia subterránea. Durante un breve período, los comunistas parecieron sacar provecho del rencor de la clase obrera y de la desesperación por la pérdida de la democracia; pero pronto los llamados "socialistas revolucionarios" lograron unificar los muchos grupos dispersos surgidos en los primeros días de la "ilegalidad". Conocidos comunmente como los "R. S.", los socialistas revolucionarios establecieron toda una red de sindicatos clandestinos y cuando, el 12 de febrero de 1938 —cuatro años, exactamente, después de la insurrección vienesa—, Hitler presentó a Schuschnigg un ultimátum, los "R. S." habían vuelto a ser un factor poderoso de la política austríaca.

Una de las condiciones impuestas a Schuschnigg por el ultimátum hitlerista de Berchtesgaden, consistía en una amnistía a todos los nazis que se hallaran en las prisiones o campos de concentración austríacos. Schuschnigg cumplió con esta parte del convenio, pero fué más allá de lo estipulado, poniendo también en libertad a casi todos los socialistas y comunistas encarcelados, miembros de organizaciones clandestinas de izquierda. Un día más tarde, en una gran alocución concebida como respuesta al discurso de Hitler ante el Reichstag, Schuschnigg definió a Austria como un "Estado cristiano, alemán y federal", suprimiendo la fórmula de Dollfuss "autoritario y corporativo", que eran las dos palabras más odiadas por la izquierda. Añadió algunos ataques contra el "comunismo internacional", frase que fué mal recibida por todos los obreros, incluso los no-comunistas, pues sabían de sobra que cualquier acción contra el movimiento obrero en Alemania y en Austria se disfrazaba de mero "anticomunismo". Sin

embargo, se dieron cuenta de que se estaba produciendo un cambio en el sistema que les había oprimido hasta entonces.

Según parece, Schuschnigg había comprendido lo desastroso del error cometido por Dollfuss al empujar a los social-demócratas austríacos a la ilegalidad y a una hostilidad violenta hacia el nuevo régimen de Austria. Fué un "arrepentimiento en el lecho de muerte", como lo llamó G. E. R. Gedye, el corresponsal del *New York Times*, y llegó tarde como casi todos los arrepentimientos de esta clase. Hasta el 4 de marzo, tres semanas preciosas después de Berchtesgaden, Schuschnigg no recibió por vez primera a los representantes del proletariado vienés, los auténticos y no sus propios figurones, impuestos a los obreros derrotados en virtud de su dictadura.

El 20 de febrero, después del discurso de Hitler ante el Reichstag, en el que no anunció la prometida garantía de la independencia de Austria, el trabajo cesó en algunas grandes fábricas vienesas. Se reunieron los delegados de taller, ex-social-demócratas en su mayor parte. Unas comisiones, elegidas en estas conferencias, presentaron una resolución a la central sindical oficial, dominada por los fascistas y patrocinada por el gobierno, ansioso de suprimir la influencia socialista entre los obreros. La resolución hacía constar que los obreros deseaban defender la independencia de Austria, pero que sólo podrían dar la medida de su fuerza combativa si recuperaban sus libertades. Los dirigentes sindicales del gobierno, al publicar esta declaración, la deformaron: en vez de una demanda de libertad, dieron una proclama de lealtad hacia Schuschnigg y hacia una Austria "corporativa", dando a este documento la forma de una petición de los obreros que había de ser firmada por el personal de los talleres. Habiendo regentado a los obreros durante cuatro años por medio de mañas mezquinas, los dirigentes sindicales fascistas seguían apegados a sus viejas prácticas —en un momento en que el enemigo se estaba aproximando rápidamente—. Como resultado de ello, los obreros se negaron a subscribir la petición falsificada y este episodio terminó en un alejamiento aún más profundo entre el gobierno y la clase obrera. Los "socialistas revolucionarios", que actuaban entre bastidores, los herederos "ilegales" del antiguo partido social-demócrata, distribuyeron un folleto

que ponía de relieve toda la gravedad de la situación, pero que concluía:

> No decimos que Austria esté perdida; decimos solamente que ya no se puede salvar por métodos patriótico-autoritarios. No decimos que los nazis hayan de triunfar necesariamente; decimos sólo que la política de Schuschnigg no puede impedir este triunfo. No decimos que la conservación de la independencia de Austria sea imposible; sólo decimos que es imposible sobre una base autoritaria.

El 4 de marzo, Schuschnigg aceptó recibir a los hombres que conducían la lucha subterránea de los obreros tanto contra los clérico-fascistas —así llamaban al sistema Dollfuss los socialistas— como contra los nazis. En aquel momento, Schuschnigg sabía ya que Mussolini le había abandonado a su suerte. Las *Heimwehren*, clerico-fascistas, que antes habían sido los agentes de Mussolini en Austria, y después una parte de las tropas de asalto del gobierno, apenas si daban aún señales de existencia, pues el grueso de sus miembros se habían pasado a los nazis. El Canciller estaba buscando afanosamente nuevos aliados. Los portavoces de los obreros perseguidos aun en este momento por la policía de Schuschnigg, le notificaron la disposición de los obreros a luchar contra los nazis con el mismo espíritu con que habían combatido, hacía cuatro años, a Dollfuss y su ministro de Justicia, Kurt von Schuschnigg. Agregaron, sin embargo, "que los hombres sólo luchan cuando son libres y no esclavos. ¡Dadnos algo digno de ser defendido!". Luego expusieron sus reivindicaciones, que incluían la "libertad de profesar ideas socialistas" —libertad que había sido concedida a los nazis para su "*Weltanschauung*"; la autonomía de los sindicatos en vez de una administración de funcionarios nombrados por el gobierno; y la autorización de publicar un periódico sindicalista.

Schuschnigg aceptó estas demandas en principio y nombró un comité autorizándolo para continuar las negociaciones en nombre del gobierno. Encareció a los obreros tuviesen presente que sería un yerro fatal hacer cualquier cosa que pudiese proporcionar a los nazis un pretexto para acusarle de "conspirar con los bolcheviques".

El 7 de marzo, se reunieron, por vez primera desde febrero de 1934, abiertamente los dirigentes de los sindicatos ilegales y antifascistas. Se deliberó sobre la recomendación de los delegados de apoyar a Schuschnigg y se establecieron las condiciones definitivas. Los comunistas abogaron por un respaldo incondicional a Schuschnigg, pero muchos de los socialistas revolucionarios dudaban que los obreros pudiesen olvidar tan fácilmente los sucesos de febrero de 1934: la ejecución de Wallisch, Weissel y otros socialistas; los campos de concentración, y el encarcelamiento de cientos de socialistas por haber leído un número del periódico clandestino *Arbeiter-Zeitung*. El gobierno debería demostrar que había cambiado definitivamente su actitud hacia los obreros y que les concedería por lo menos los mismos derechos que habían sido otorgados, bajo la presión alemana, a los nazis. Los socialistas revolucionarios disponían en esta conferencia de una gran mayoría; se aprobaron, por ende, las demandas formuladas por la delegación que había visto a Schuschnigg y se entablaron negociaciones con el comité del Canciller.

Las conversaciones resultaron sorprendentemente laboriosas; los negociadores del gobierno opusieron una resistencia obstinada a las demandas de los obreros, a pesar de su aceptación, en forma general, por Schuschnigg. El tiempo apremiaba, y las organizaciones obreras subterráneas se veían paralizadas en sus esfuerzos para movilizar el proletariado contra la amenaza nazi. Cuando Schuschnigg anunció, para el 13 de marzo, un plebiscito sobre la independencia de Austria, las negociaciones estaban aún lejos de un resultado y todavía no se había facilitado a los dirigentes obreros ningún medio, fuera de sus conductos clandestinos, para comunicarse con sus partidarios.

No obstante, los socialistas revolucionarios decidieron votar a favor de Schuschnigg. "El obrero austríaco —decía un folleto que tuvo que ser distribuído clandestinamente, como antes, aunque se solidarizaba con el gobierno— no puede contestar con un 'no' a la pregunta que le hará Schuschnigg el domingo que viene, porque tal cosa ayudaría al hitlerismo. Este domingo no es día para pagar al fascismo austríaco y al régimen autoritario los crímenes cometidos contra los obreros desde febrero de 1934, votanto contra Schuschnigg. El domingo será el día para mostrar nuestra mortal hostilidad hacia el fascismo de Hitler. Por lo tanto, en este día, ¡toda la clase obrera votará con un 'sí' !"

Esta decisión se adoptó y se publicó en la noche del 11 de marzo. En la tarde del día siguiente, los negociadores de los obreros habían de concertar con Schuschnigg los arreglos finales, y se tenía por entendido que Karl Hans Sailer, uno de los jefes de los socialistas revolucionarios, pronunciaría en la noche una alocución perifoneada por radio. En vez de esto, la radio difundió la despedida a Austria de Schuschnigg —y la catástrofe final—. Los esfuerzos para organizar la defensa austríaca habían sido poco sinceros y tardíos. Cuando las tropas nazis invadieron a Austria, no encontraron ninguna resistencia.

CAPITULO XVI

TÁCTICAS NUEVAS DEL MOVIMIENTO OBRERO: EL NEO-SOCIALISMO Y LOS PLANES DE TRABAJO

1

EL ADVENIMIENTO del nacionalismo y su triunfo en Alemania fueron un golpe terrible para el movimiento obrero europeo. Tradiciones y rutinas consagradas por el tiempo sufrieron un rudo quebranto y por vez primera en muchos años surgieron ideas nuevas en el seno del obrerismo.

La primera de estas nuevas concepciones fué la llamada filosofía neo-socialista, representada principalmente por dos socialistas franceses, el alcalde de Burdeos y diputado Adrien Marquet, leader de segunda categoría del partido socialista francés, y Marcel Déat, "príncipe heredero" del partido.

La filosofía neo-socialista fué expuesta por Marquet, en términos bastante prudentes, ante la conferencia socialista internacional de 1933, convocada para examinar las enseñanzas que se derivaban de la catástrofe alemana:

El socialismo, —dijo Marquet— se ha estancado y hasta se ha batido en retirada en algunos países. Creíamos que teniendo la doctrina tendríamos, al mismo tiempo, la fuerza de atracción. Pero desde la guerra estamos viviendo en un mundo donde la buena doctrina ya no tiene atractivo alguno. Hoy, la atracción la ejerce la acción y la fuerza de voluntad. Al verse amenazados por las bárbaras intenciones de nuestros enemigos, ¿han tenido nuestros dirigentes siempre la fuerza de voluntad y el espíritu combativo necesarios para resistir?

En estos momentos, cuando el desorden y la crisis están trastornando a la humanidad, hablar de orden es hablar un lenguaje auténticamente revolucionario. Si los socialistas no hablamos de los temas indicados por conceptos tales como la voluntad, la acción y el orden; si no demostramos a las masas que una democracia que se inspira en el socialismo, puede ser capaz, cuando tiene el poder, de dominar al capitalismo mismo, me temo que sufriremos en nuestro país y en los países vecinos la suerte de los países donde los socialistas han sido exilados.

Poco antes, en una conferencia del partido socialista francés, los neo-socialistas habían abogado por primera vez abiertamente a favor de divisas nuevas. De acuerdo con Déat y Marquet, la enseñanza cardinal del desastre de la social-democracia alemana estaba condensada en estas tres nuevas palabras: "Orden, autoridad, nación". El internacionalismo, afirmaban los neo-socialistas, era a todas luces un ideal romántico y utópico, ya que la social-democracia alemana había sido aniquilada por Hitler. "Orden" y "autoridad", he aquí los símbolos que habían de expresar la fuerza de voluntad necesaria para la acción decisiva.

Fué a estas divisas a las que se refirió Otto Bauer cuando decía en su informe a la conferencia socialista internacional:

La conferencia del partido francés ha producido una idea que considero como verdaderamente esencial. Esta idea se expresó allí en forma tajante y de una manera que dió lugar a muchos temores en el sentido de que la democracia sólo podría sobrevivir a los tiempos actuales si revelaba una gran fuerza y actividad... No cabe duda que las masas oprimidas —y aquí no me refiero solamente a los obreros, sino también a la pequeña burguesía, los campesinos y los intelectuales— que estas masas sufridas sienten hoy día profundo descontento ante el espectáculo diario del parlamentarismo, de las intrigas de pasillo y del juego de mayorías y coaliciones. Todo esto les bastaba y les satisfacía en aquellos tiempos de condiciones apacibles. Hoy, cuando lo están pasando mal, cuando se sienten desesperados, les parece que el parlamento carece de suficiente energía, de suficiente capacidad para dominar los problemas de este mundo inestable. No puede haber duda alguna de que fué esta impresión la que les indujo a capitular ante la esclavitud del caudillismo, ante la idea de que los hombres no son capaces de gobernarse a sí mismos y que necesitan un amo para librarles de sus calamidades...

Paul Henry Spaak, por entonces lider de la extrema izquierda del partido obrero belga y ulteriormente figura destacada del reformismo, primer ministro y ministro de relaciones de Bélgica, formuló las conclusiones antidemocráticas sacadas por algunos socialistas de aquella acometida contra la conducta de la democracia parlamentaria en la crisis. Dijo, durante las discusiones de la conferencia socialista internacional: "A nuestros ojos, los viejos métodos y caminos han llegado a ser insuficientes e impracticables. En nuestra opinión no se trata en absoluto de si se acepta o repudia la democracia, sino de si la democracia, tal como existe hoy, constituye o no un método eficaz contra el fascismo." Spaak concluyó "con una sola frase se expresa la voluntad y el pensamiento del ala izquierda y de la juventud: 'No basta con tener razón, ¡queremos vencer!'"

No había escapado a la atención de los neo-socialistas que el triunfo del socialismo constituía solamente un síntoma de una crisis originada por la decadencia intelectual del movimiento obrero. De acuerdo con la doctrina de Marx, la evolución económica y social llevaba a una lucha final que oponía la gran masa de los explotados a un puñado de explotadores. El advenimiento del fascismo no concordaba, en la opinión de los neo-socialistas, con las predicciones de Marx. El movimiento socialista no se enfrentaba a un pequeño grupo de industriales monopolistas, sino a un movimiento de masas que pretendía defender el bien público contra los intereses particulares del gran capital, que se valía de divisas socialistas similares a las de los propios socialistas y hasta se atribuía el nombre de "socialista". Consiguientemente, los neo-socialistas llegaban a la conclusión de que los métodos tradicionales de la lucha socialista habían perdido patentemente su valor en esta nueva fase histórica. "Se tiene la impresión —dijo Marcel Déat en la conferencia del partido de julio de 1933— de que se ha falsificado cierto elemento del socialismo, que una parte de su espíritu, de su programa, ha sido robado por su adversario" (fascista). Atacado y confundido por un enemigo tan inesperado como lo fué el fascismo, el movimiento socialista fué incapaz de resistir.

Ya que sus armas tradicionales no servían de nada contra un adversario que usaba instrumentos análogos con el mayor vigor de un

movimiento joven, los socialistas se encontraban ante el dilema de seguir inermes o bien recurrir a armas extrañas. Algunos, por ejemplo, combatían a los nazis en nombre del orden existente, convirtiéndose así inconscientemente en agentes de ideas conservadoras. Otros —como los neo-socialistas— empezaban a adoptar ciertas divisas fascistas, haciendo hincapié en la necesidad de un fuerte gobierno autoritario, en contraste con la lealtad tradicional de los socialistas hacia la democracia y la libertad personal. Intentaban repetir lo que el fascismo había hecho con tanto éxito respecto al socialismo: robarle su fuerza de ignición asimilándose algunas ideas particularmente sugestivas del adversario.

Al escuchar el discurso de Adrien Marquet en la conferencia del partido socialista francés de 1933, León Blum prorrumpió en otras palabras, que llegaron a ser célebres: "*Je suis épouvanté*" (Estoy aterrado). Acusó a los neo-socialistas de haber adoptado ideas fascistas para combatir mejor el fascismo.

Como respuesta a la insistencia de los neo-socialistas en la acción, Blum subrayó demasiado la necesidad de prudencia, lo cual, tal como él lo interpretaba, significaba pasividad. Habló de "períodos de transición", de "formas de sociedad intermedias", durante las cuales el movimiento socialista debía abstenerse de asumir la responsabilidad del poder a fin de no comprometer el ideal y la fuerza de atracción del socialismo. El fascismo, dijo, bien podría ser una de estas formas necesarias de transición desde el capitalismo hacia el socialismo. Tal manifestación de lo que los neo-socialistas atacaban como "inmovilidad estéril" vigorizó su incitación a los elementos más activos del movimiento. Estos no tardaron en explotar en su provecho cierta resolución de las juventudes socialistas, que terminaba con las palabras, sorprendentes en los labios de socialistas y hombres jóvenes: "¡Viva el socialismo tradicional!"

El movimiento neo-socialista era una amalgama de dos elementos; grupo de jóvenes de acción y algunos reformistas de derecha descontentos que se rebelaban contra el "extremismo" de Blum. Estos dos grupos, que formaron el partido neo-socialista después de su rup-

tura con el partido socialista de Blum, tenían poco en común, debilidad íntima que fué causa de su decadencia.

Al principio, Marcel Déat y Marquet hallaron eco entre los diputados socialistas del ala derecha, encabezados por Pierre Renaudel, quien desaprobaba violentamente la negativa de Blum de tomar parte en un gobierno de coalición con el partido radical de Herriot. La nueva Cámara elegida en 1932, al igual que la de 1924, tenía una mayoría de izquierda, pero los radicales y los socialistas no lograban ponerse de acuerdo sobre un programa común. Un gabinete tras otro fué derrotado por los socialistas que se oponían a la política monetaria del partido radical. Blum hacía hincapié en el hecho de que a pesar de coincidir con la plataforma electoral de los propios radicales, todas las propuestas socialistas eran rechazadas por aquel partido. Paul Faure, secretario del partido socialista, acusaba a los dirigentes radicales de tratar su programa electoral "de papel mojado tan pronto como se sientan en los escaños gubernamentales". A medida que un gabinete tras otro era derrotado, aumentaba la intranquilidad entre los socialistas de derecha, y la constante caída de gobiernos comenzaba a irritar a la opinión pública. Un grupo de treinta diputados, aproximadamente, conducidos por Renaudel, se separó del partido con objeto de apoyar los gabinetes radicales. Los disidentes fueron acogidos por la facción de Déat, pero el desacuerdo reinó desde el primer día entre los dos grupos.

Los desórdenes fascistas del 6 de febrero de 1934, acabaron con la mayoría de izquierda de la Cámara y, por ende, con la situación particular que había provocado la ruptura de Renaudel con los socialistas. Renaudel murió poco tiempo después, y la mayoría de sus partidarios volvieron al partido socialista.

Los activistas de Déat fueron arrollados por el brusco ímpetu que la izquierda francesa había recibido como consecuencia de la amenaza fascista y de la política de Frente Popular comunista. Ya que los socialistas formaban el centro de todas estas actividades, Blum dejó de abogar por una actitud pasiva de espera. Déat fué derrotado por un candidato del Frente Popular y los restos del grupo neo-socialista tuvieron que buscar refugio en el seno de otros grupos de izquierda. Pocos fueron los que siguieron a Déat por las fases posteriores de su carrera política. Repudiado por la izquierda, se lanzó a una defensa apasionada del "apaciguamiento" qué culminó con un artículo publicado en el verano de 1939 bajo el título de "Mourir pour Dantzig?" ("¿Morir por Dantzig?). Después de estallar la guerra, Déat fué detenido por la sospecha de haber sido agente nazi en Francia, acusación demostrada de modo concluyente por su campaña en favor de Laval al día siguiente de la derrota de Francia.

2

Algunas de las ideas neo-socialistas coincidían con los conceptos del "Plan de Trabajo", movimiento inaugurado en 1934 por el líder socialista belga Hendrik de Man.

La carrera política de De Man había sido extraordinariamente variada. Había comenzado, mucho tiempo antes de la primera guerra mundial, en la extrema izquierda del movimiento socialista belga. Durante la guerra, De Man combatió en las filas del ejército belga. Luego hizo un viaje por Estados Unidos, particularmente por el Oeste. Después de su regreso a Europa, se estableció como catedrático en Alemania, donde fué testigo de la ascensión al poder de Hitler. En 1933 volvió a Bélgica y preparó su "Plan de Trabajo". El movimiento socialista de su país le recompensó nombrándole vice-presidente del partido obrero belga. Brillante orador en ambos idiomas belgas, flamenco y francés, De Man sostuvo a favor de su "Plan de Trabajo" una campaña única en la historia política de Bélgica. Fué aclamado como salvador de los oprimidos y una anciana le besó las manos para expresarle su gratitud y admiración. Sin embargo, había en él un fondo de inestabilidad que contribuyó en grado sumo al fracaso de su plan.

Las ideas capitales del "Plan de Trabajo" se basaban, en gran parte, en sus experiencias alemanas y norteamericanas. Según De Man, la gran depresión de 1929 había sido el comienzo de un período de decadencia del capitalismo. Aun las reformas sencillas ya no podían ser realizadas dentro de la estructura de las instituciones capita-

listas. "El orden social existente —escribía De Man— se vuelve cada día más insufrible, y ya no puede reformarse. No merece más que el derrocamiento." En un período de decadencia capitalista y de ingresos nacionales decrecientes no resultaba posible —refiere De Man— llevar a cabo reformas; aun las logradas en el curso de muchos años de progreso social se hallaban amenazadas. La mera defensa de las conquistas precedentes requería una acción ofensiva. Esta ya no podía dirigirse hacia una distribución más equitativa del ingreso nacional entre las varias clases sociales. El propio reformismo había de convertirse en revolucionario, en el sentido de un cambio en los elementos esenciales del orden existente, si se quería realizar reformas. Las formas tradicionales de la lucha de clases, caracterizadas por el afán de cada grupo de conferir una parte mayor de una renta nacional creciente, quedaban condenadas, ya que el ingreso nacional mismo iba decayendo. Lo que importaba ahora era aumentar el ingreso nacional, lo cual sólo podía lograrse mediante un cambio en la estructura de la sociedad.

Puesto que en tales circunstancias el reformismo había de ser revolucionario, la división tradicional del programa socialista en metas inmediatas y metas finales, afirmaba De Man, ya no tenía sentido. Para el reformismo, la meta final no había sido nunca más que un vago símbolo. Sus componentes habían sufrido un triple aplazamiento: los programas redactados cuidadosamente mucho antes de las batallas electorales, habían sido suplantados por las plataformas de estas campañas, y los programas gubernamentales constituían, a su vez, un deterioro de estas plataformas electorales.

En vez de una división en tres o cuatro clases de reivindicaciones antagónicas —o, por lo menos, divergentes— De Man proponía la adopción de un programa único, de un "Plan". Este había de constituir, al mismo tiempo, un sistema de demandas inmediatas y una meta final, pues el derrocamiento del orden existente se había convertido, en opinión de De Man, en una necesidad inmediata. Los puntos cardinales del "Plan" serían la socialización de los bancos y de las industrias básicas de carácter monopolista y la expropiación de la gran propiedad rural donde quiera que aún existiese. El "Plan" había de establecer en detalle todas las medidas necesarias para una realización inmediata de estas demandas; incluso debía indicar el orden cronológico de su puesta en práctica.

Como resultado coexistirían, dentro de la estructura económica, un sector socializado y otro controlado todavía por el capitalismo particular. Pero un monopolio del estado en el dominio del comercio exterior aseguraría al gobierno, hasta cierto punto, también el control sobre el sector particular.

Tal "Plan", señalaba De Man, era susceptible de ser una meta no solamente de la clase obrera industrial, educada con espíritu socialista, sino igualmente de vastas capas de las clases medias, a las que ofrecería una protección contra la opresión monopolista, un libre desarrollo dentro del sector privado de la estructura económica y, como resultado de una recuperación general, créditos y posibilidades de expansión. Así, el "Plan" impediría que las clases medias se convirtiesen en un instrumento del fascismo utilizado para aplastar la democracia y el movimiento obrero.

La política establecida por el "Plan" era opuesta, en opinión de De Man, tanto al reformismo como al socialismo "insurrecto". Era revolucionaria porque, decía De Man, tendía a cambios fundamentales, pero podía ponerse en práctica con métodos constitucionales más bien que mediante sublevaciones que en las condiciones de la Europa Occidental resultarían desastrosas.

En lo esencial, el "Plan" constituía un programa de crisis que partía del hecho de que casi todos los grupos sociales, a excepción del gran capital y la alta banca, sufrían cruelmente por la depresión y se mostraban hostiles hacia una política deflacionista. La estrategia política de De Man preveía la posibilidad de que las clases medias bajas se rebelaran para concluir una alianza con los obreros industriales en vez de volverse contra ellos bajo la dirección del fascismo.

De una manera similar a la de los neo-socialistas, De Man trataba de "robar en beneficio del socialismo la fuerza de ignición que de otro modo acapararían los demagogos fascistas", como se decía en un comentario. Su "Plan" era un socialismo a la medida de las clases medias. Su economía planeada, dentro del armazón de un país domi-

nado por un gobierno poderoso, constituía una contrapartida a la divisa neo-socialista: "Orden, autoridad, nación".

Como el plan preveía una situación que en aquellos momentos era común a la mayor parte de los países europeos, presos de una depresión general y amenazados por políticas deflacionistas, muchos partidos socialistas de Europa occidental y septentrional se inspiraron en las ideas de De Man. El partido obrero belga fué el primero en adoptar el "Plan de trabajo" en su congreso celebrado en navidades de 1933. El "Plan" logro tender un puente entre el liderazgo derechista y la oposición de izquierdas encabezada por Spaak, que estaba a punto de provocar una escisión en el partido. Con la consigna "El Plan, todo el Plan sólo el Plan", se puso en movimiento en 1934 una fuerte campaña de propaganda.

De Man creía que su "Plan" estaba llamado a sustituir al reformismo. Mas el partido obrero belga hasta entonces no había sido reformista en un sentido constructor. En realidad, el gran mérito de De Man consistía en haber contribuido a derrotar la tradicional mentalidad de grupo de presión del partido y a transformarlo en un partido auténticamente reformista y determinado a realizar un programa constructor. Al igual que el partido obrero sueco, pero con métodos distintos, De Man ponía de relieve que en las circunstancias prevalecientes toda política de reformas había de basarse en ideas económicas apropiadas. Su "Plan" tendía a ciertas reformas, no meramente porque correspondiesen a unos ideales abstractos, sino, en primer lugar, porque se conceptuaban medidas necesarias para vencer la crisis. Las reformas socialistas aparecían así como metas inmediatas dictadas por una situación de emergencia. Por último, De Man había logrado dar a su "Plan" una forma que le hacía susceptible de servir de guía a la estrategia política de los socialistas belgas en su lucha por el poder.

3

No obstante sus ventajas, el "Plan" fracasó debido a tres razones principales. Primero, a ciertos factores meramente accidentales, como la quiebra del Banco Obrero Belga, que arruinó el movimiento en el

aspecto financiero; segundo, al hecho de que, pese a las promesas contenidas en el "Plan", De Man ofreciera un programa político concreto, pero no un programa económico de recuperación bien definido; tercero, a la incapacidad de De Man para comprender la importancia de los problemas de la política exterior socialista.

En un principio, la situación política de Bélgica fué favorable a la acción de De Man. El partido burgués más grande, el católico, contaba con un gran número de partidarios obreros. Si el partido obrero belga hubiese logrado meter una cuña entre los obreros católicos y su grupo dirigente reaccionario, habría resultado posible formar un gobierno obrero socialista y católico y llevar a cabo el "Plan". Al abandonar algunas ideas socialistas y concentrarse en las aceptables tanto por los obreros socialistas como por los católicos, De Man había preparado el camino a una inversión completa de la política belga a favor de un "gobierno del Plan" dirigido por los socialistas.

La política económica de los gobiernos burgueses belgas añadía ímpetu al movimiento del "Plan". Repetidas veces se habían hecho esfuerzos para reducir los salarios y los precios de modo que la industria belga pudiera competir con las exportaciones de otros países, especialmente de Gran Bretaña. Al conservar la paridad oro del belga, los gobiernos burgueses se habían visto arrastrados a una carrera entre su política deflacionista y la rápida devaluación de la libra esterlina. Tanto la clase obrera como la clase media baja se rebelaban contra la deflación. El plan de De Man fué aclamado entonces como alternativa a la miseria y la desocupación provocadas por aquella carrera entre la devaluación inglesa y la deflación belga.

Una ola de mitines invadió el país. Durante algún tiempo, el éxito de la campaña a favor del "Plan" pudo compararse al entusiasmo despertado, en Alemania, durante los últimos años de la República, por la propaganda nazi. Y es que el "Plan" ofrecía una meta inmediata, realizable dentro de poco tiempo y no en un futuro distante, como la "meta final" del socialismo. El "gobierno del Plan" acabaría con la deflación, proporcionaría empleos a los desocupados y estimularía la expansión económica. Un fervor casi religioso animaba los propagandistas del "Plan" y sus mítines atraían multitudes nunca

vistas. Y sin embargo, ya en el umbral del triunfo, la campaña se resolvió bruscamente en fiasco y decepción.

En 1934, el Banco Obrero Belga, depositario de los fondos de las organizaciones obreras, se declaró en quiebra, congelando, por lo menos temporalmente, los capitales destinados a la campaña a favor del "Plan". Poco después, una nueva, aunque liviana, depreciación de la libra esterlina hizo imposible la defensa del belga. El gobierno, incapaz de continuar su declarada política deflacionista, dimitió. De Man y el líder del ala izquierda socialista, Spaak, abogaron por la entrada del partido obrero en un gobierno de coalición que se empeñara en devaluar la moneda y en ejecutar un vasto programa de obras públicas tendientes a dominar la desocupación. Así, pues, el partido obrero belga asumió el poder antes que se hubiese alcanzado el objeto político de la campaña en pro del "Plan", a saber, la escisión en el partido católico. Se constituyó el gobierno Van Zeeland, formado por representantes de los tres partidos mayores del país: el católico, el obrero y el liberal. De Man mismo recibió el ministerio de la lucha contra la desocupación.

Durante algún tiempo, el partido se empeñó en persuadir a sus partidarios de que el gobierno Van Zeeland era un "gobierno del Plan". Mas la opinión pública pronto se percató de que la nueva tendencia política, por progresista y antideflacionista que fuese, distaba mucho de coincidir con los postulados originales del "Plan". A pesar de su grito de combate "¡El Plan, todo el Plan y sólo el Plan!", los socialistas apoyaban y compartían un gobierno que no realizaba sino una pequeña parte de las medidas previstas en su nuevo programa. El "Plan" había degenerado precisamente en aquello que siempre había encontrado la enconada oposición de De Man: un programa mutilado para servir al gobierno de base para una acción inmediata. Y volvió a abrirse el abismo tradicional entre el "programa inmediato" y la meta final". Lo que se había anunciado como punto de partida de la nueva práctica socialista terminó en una mera reedición de la política de coalición socialista, consagrada por el tiempo.

Sin embargo, la política económica del gobierno Van-Zeeland-De Man tuvo, no obstante, el mérito de reducir la desocupación. Aunque se hizo muy poco que respondiese al espíritu del "Plan", los esfuerzos combinados de la devaluación y de los gastos públicos provocaron una disminución considerable del número de desocupados. Pero el fascismo, cuyo crecimiento había sido llamada a impedir la nueva política de De Man, progresaba rápidamente. Los primeros efectos de la devaluación y de la política de precios del gobierno mermaron gravemente el nivel de vida de la pequeña burguesía. Nació un movimiento fascista católico, semejante al de las *Heimwehren* de Austria. Su jefe era León Degrelle, un joven aventurero, cuya buena apariencia y dones retóricos constituían su mayor capital; fundó el partido Rexista que hizo profundas brechas en el partido católico. En las primeras elecciones generales en que tomaron parte, los rexistas obtuvieron veintidós puestos. Durante el mismo período, las tendencias fascistas se acentuaron también entre los nacionalistas flamencos, y la coalición gubernamental se halló de pronto en una posición defensiva difícil de sostener. Sólo la impaciencia de Degrelle y su pretensión prematura al poder indiviso impidieron una crisis política de mayor extensión.

Las ideas de De Man habían ejercido una profunda influencia sobre el movimiento obrero fuera de Bélgica. Tanto los sindicatos franceses como los partidos socialistas danés, holandés y suizo establecieron "planes de trabajo", los cuales, bien es verdad, a menudo no tenían de la intención fundamental de De Man más que el nombre. Se celebraron conferencias internacionales de planificación socialista. Con el tiempo su fracaso en Bélgica y el advenimiento del triunfante Frente Popular relegaron la idea del "Plan" a segundo plano. Los problemas de la política internacional comenzaron a dominar el pensamiento del movimiento obrero europeo, De Man se pronunció enérgicamente por el "apaciguamiento". Antiguo combatiente de la gran guerra, De Man recomendó una actitud de confianza hacia aquel otro combatiente de la gran guerra, Adolfo Hitler, posición que le hizo perder una parte de sus amigos. En su calidad de ministro de hacienda de un gabinete belga ulterior, De Man no pudo anotarse éxitos importantes y tuvo que dimitir. Spaak sustituyó al autor del "Plan" en la dirección del partido obrero belga.

Pero en los momentos críticos de la confusión que siguió a la catastrofe alemana, las sugestiones del "Plan" tuvieron el gran mérito de impartir al movimiento socialista una nueva inspiración y una nueva confianza en sí mismo. Aunque fracasado, el "Plan" constituía, sin embargo, una contribución importante al progreso del movimiento en su avance desde la condición de grupo de presión hacia la de partido político.

PARTE V

EL FASCISMO EN EL ESCENARIO INTERNACIONAL

CAPITULO XVII

LA POLITICA EXTERIOR SOCIALISTA Y EL FASCISMO

1

Las sucesivas y venturosas violaciones del tratado de paz por Hitler (culminando con la ocupación militar de Renania en marzo de 1936, que no tropezó con ninguna resistencia internacional) hicieron que el fascismo dejara de ser un problema esencialmente nacional. La solidaridad entre las potencias fascistas, extendida posteriormente al Japón, se convirtió en determinante de las relaciones internacionales. El fascismo había llegado a ser definitivamente un artículo de exportación. En todas partes brotaron organizaciones fascistas, alentadas material y moralmente por las potencias del Eje. Así fué sobre todo por lo que respecta al sud-este de Europa, donde una borrasca de tendencias dictatoriales destrozó lo poco que aún quedaba de instituciones democráticas, hasta que finalmente no siguió en pie más que Checoslovaquia, isla democrática en medio de un mar de dictaduras. Al estallar la guerra de España, la resistencia al fascismo se convirtió manifiestamente en un problema internacional.

El momento crucial en la secuela de los sucesos que condujeron a la agresión internacional fascista fué el 7 de marzo de 1936, cuanto las tropas alemanas entraron en Renania. Ninguno de los pasos subsiguientes dados por Hitler en la Europa Central y Oriental hubiera sido posible sin la separación de la Europa Central de la Occidental por una línea de fortificaciones en el Rin. Esta fuerte jugada alemana amenazó a Austria, Checoslovaquia, Lituania y Polonia y quebrantó el sistema de alianzas de Francia. Fué, tal vez, la última oportunidad para poner término a los planes de conquista de Adolfo Hitler sin peligro de una nueva conflagración mundial, pues el ejército alemán

estaba aún lejos de igualar la máquina bélica francesa. Este momento no se aprovechó.

El movimiento obrero británico y el francés unieron sus fuerzas para impedir que sus gobiernos se opusieran de modo eficaz a la nueva violación del tratado de Versalles por los nazis. Cierto grupo dentro del gobierno francés era partidario de oponerse al paso dado por Hitler, basándose en los términos del pacto renano, que autorizaba a los franceses para considerar la ocupación de Renania por los alemanes como "acto de agresión no provocado". "El primer impulso del gobierno francés —escribía el *Survey of International Affairs*— parece haber sido decretar la movilización parcial". Nada de esto se hizo, con gran alivio del gobierno británico. El gobierno francés se abstuvo de actuar, en parte porque dudaba que la tesorería francesa resistiera los gastos de una movilización, en parte porque los ingleses no tenían deseos de secundar a Francia, y en parte también porque los socialistas se oponían firmemente a cualquier medida susceptible de llevar a una guerra. Como al parecer nadie sabía cual iba a ser la réplica de Alemania a una acción enérgica, no se hizo nada en absoluto.

Paul Faure, secretario general del partido socialista francés, escribió el 8 de marzo en el diario socialista *Le Populaire:*

> Los que favorecían una revisión de las posiciones francesas, que tenían escasa solidez teórica y en realidad estaban podridas, han sido tildados, en el pasado, de franceses malos.
>
> [Los adversarios políticos de Faure] han alardeado de seguir una política de prestigio.
>
> Los resultados son estos: ha quedado poco del texto y del espíritu de los tratados y de la política de prestigio...
>
> Una consecuencia posible, que nos negamos a arrostrar, es que la guerra pudiese resultar del conflicto diplomático provocado por el *coup de théatre* de Berlin.
>
> Hitler propone una discusión general sobre la situación creada. La respuesta debe venir de Ginebra, donde tres grandes potencias, Francia, Inglaterra y Rusia pueden salvar la paz del mundo.

Así, pues, Paul Faure descartaba cualquier acción militar e, incluso, la amenaza con una acción militar. Mientras el presidente del

Consejo, Sarraut, contestaba con un "¡no!" categórico a las invitaciones de Hitler a entrar en negociaciones políticas mientras Alemania no hubiese reparado aquella repudiación de sus obligaciones, Paul Faure parecía ansioso de entablar pláticas con el dictador alemán. A fin de no dejar la menor duda acerca de su propia actitud y la del partido socialista, Faure visitó al primer ministro a la cabeza de una delegación socialista, protestando contra la radio-alocución de Sarraut del 8 de marzo, concebida, a juicio de Faure, en términos amenazadores.

El Partido Laborista inglés estaba de acuerdo con los socialistas franceses en la reprobación de cualquier contragolpe serio a la ocupación de Renania. El gobierno británico se mostraba dispuesto a aceptar la amistad que en apariencia le ofrecía Hitler y daba muestras de una voluntad casi entusiasta de sustituir el tratado violado por Alemania por otro. Aunque el Partido Laborista, aparentaba oposición al gobierno, compartía por entero la política oficial en esta cuestión.

El mayor Attlee, jefe del Partido Laborista, declaró, el 10 de marzo, durante el debate en la Cámara de los Comunes, que

> no se proponía decir nada respecto a lo que había sucedido durante el fin de semana, excepto que la oposición se había pronunciado siempre a favor del respeto a la ley y del cumplimiento de las obligaciones de los tratados (aplausos), y no podía ser indiferente a los actos de unos gobernantes que se arrogaban el derecho de violar cualquier tratado a su antojo. La oposición se daba cuenta —y desearía que lo comprendiesen también los gobernantes— de la dificultad que tenían los hombres de buena voluntad en el mundo entero en tomar al pie de la letra unas promesas que venían inmediatamente después de actos de repudiación (aplausos).
>
> Empero, formaba parte del pleito de la oposición en estos momentos el que existiera un desprecio muy extendido a los tratados; éstos no eran inmutables; habían de ser modificados de cuando en cuando con el consentimiento de los firmantes. El mundo no podía seguir sojuzgado por ningún sistema de tratados. No vivimos en un mundo estático y la tarea de los verdaderos estadistas consistía en abordar las grandes cuestiones tal como se presentasen...

Hugh Dalton, Subsecretario de Relaciones en el segundo gobierno laborista, apoyó a su jefe:

...pensasen lo que pensaran sobre el régimen de Hitler, y por mucho que desconfiaran de este hombre y reprobasen la violación de un tratado libremente celebrado, era indiscutible que había que hablar a este hombre con sinceridad. A la oposición le complacía la intención del gobierno de entrar en francas discusiones, y él esperaba que se lograría persuadir al gobierno francés para que, se le uniese, sin demasiadas dificultades legalísticas, a tales discusiones...

Así, los socialistas franceses e ingleses estaban de acuerdo en recomendar la aceptación del *fait accompli* de Hitler.

2

Tal reacción ante la ocupación de Renania no constituía de ningún modo un caso aislado de la aceptación pasiva demostrada por los socialistas frente a las violaciones de tratados por la Alemania nazi. Siempre, desde la subida de Hitler al poder, los socialistas británicos y franceses se habían opuesto a los raros y débiles impulsos de sus gobiernos de impedir la resurrección de una potencia militar agresiva en la Europa Central. Vale la pena señalar algunos ejemplos.

El 15 de junio de 1934, durante los debates sobre el presupuesto militar en la Cámara de Diputados, León Blum se pronunció contra el aumento de los gastos de armamento exigido por el gobierno. Se dió cuenta de su discurso en la siguiente forma:

El lider socialista reconoce que el rearme alemán está lanzando al debate 'un acto nuevo e inquietante', sin que, por eso, quiera decir que en un régimen tal como el de Hitler el rearme corresponda a un firme deseo de hacer la guerra. El rearme puede perseguir otros propósitos.

Agrega el informe que estas observaciones estaban acompañadas por *mouvements divers*, una frase hecha que es empleada para indicar que había aplausos mezclados con protestas. A continuación, Blum expuso su teoría de que debía aplicarse a Alemania una presión de carácter no-militar, una presión basada, no en las cláusulas militares del tratado de paz, sino en un nuevo convenio de desarme internacional.

Un año después, el gobierno francés pidió la extensión del servicio militar a dos años, a fin de compensar el retroceso de la natalidad durante la guerra. También esta medida fué combatida por Blum en nombre del partido socialista. Blum caracterizó el plan del gobierno como tentativa de instaurar un militarismo francés:

Esto es, en efecto, lo que se está intentando fundándose en un peligro que de todas maneras no es inminente, y al que hubieramos podido y, según creo firmemente, aún podemos hacer frente con otros métodos.

Blum opinaba, de acuerdo con un informe de la prensa, que este plan se ideó para permitir unas ofensivas estratégicas de carácter napoleónico, cosa que ignoraba, tal vez, el gobierno. Estaba convencido de que todos los obreros franceses se unirían para contestar a una agresión por parte de Alemania.

El lider socialista declaró que, dada la superioridad númerica de Alemania, Francia no podría encontrar seguridad en nuevos armamentos, en los que Francia siempre se vería superada. Los socialistas creían que la verdadera protección de Francia consistía en la *levée en masse* (el levantamiento de la nación), en una defensa organizada, en la posibilidad de represalias y, sobre todo, en un desarme progresivo, en la ayuda mutua y en el arbitraje.

Sus amigos y él mismo, dijo León Blum, eran los enemigos más decididos del régimen de Hitler, como siempre habían sido enemigos de un rearme alemán; pero habían sostenido siempre que en caso de fracasar la conferencia de Ginebra, Alemania se declararía libre de todas sus obligaciones. En su opinión, la única perspectiva de paz residía en imponer a Alemania, en caso de necesidad, un sistema de desarme, de inspección y de ayuda (aquí el informe de la reunión menciona "risas en muchos escaños").

Durante el mismo debate, Maurice Thorez, hablando en nombre de los comunistas, rechazó también el proyecto del gobierno.

Edouard Herriot, el respetado jefe del partido radical, contestó a Blum:

Grandes cambios han ocurrido desde aquel período en que nacieran grandes esperanzas, esperanzas que —debemos pensar— un día volverán a nacer... Hemos conocido un tiempo en que han existido aquí y acullá unos partidos democráticos activos, cuando no poderosos. ¿Donde están hoy? Pregúntense a sí mismos si no somos responsables de los intereses democráticos en ciertos países donde la democracia ha sido destruida. Estamos defendiendo la idea democrática al mismo tiempo que la seguridad nacional...

El Partido Laborista era aún más categórico en su crítica de los esfuerzos del gobierno británico ya fuera para aumentar las fuerzas armadas de Inglaterra o para contrarrestar los preparativos bélicos alemanes. Hubo un tiempo en que el *Daily Herald,* órgano del partido laborista, era extensamente citado por la prensa alemana, ávida de demostrar que una parte importante de la opinión pública inglesa comprendía y aun aprobaba la política del gobierno alemán. Desde luego, el Partido Laborista era profundamente hostil a Hitler y el *Daily Herald* condenaba a los nazis en términos violentos. En materia de política exterior, empero, muchos voceros del partido, y señaladamente el *Daily Herald,* consideraban su deber principal enfocar la fuerza de su censura sobre la pretendida falta de amistad del gobierno hacia Alemania y su sumisión ante el militarismo francés. Tan poco realista era la política internacional del partido laborista en aquel tiempo que hasta los socialistas continentales se veían obligados a expresar públicamente sus temores.

Fué en aquellos días cuando cierto periodista inglés preguntó a un colega si creía que la política exterior pro-nazi del *Daily Herald* se explica acaso por la posibilidad de que el dinero de Goebbels hubiese encontrado el camino hacia la redacción del diario laborista. "Es peor —fué la respuesta—, lo hacen gratis".

Mientras Francia extendía la duración del servicio militar a dos años, el gobierno británico, aunque no dejaba de desear un entendimiento con Hitler, publicaba una "declaración concerniente a la defensa", denunciando abiertamente a Alemania como futuro agresor y sugiriendo ciertas medidas de rearme necesarias para acabar con

la creciente amenaza a la paz. El Partido Laborista declaró entonces la guerra al "Libro Blanco" y el artículo de fondo del *Daily Herald* del 6 de marzo de 1935 hizo este significativo comentario:

El efecto inmediato del Libro Blanco del señor MacDonald ha sido complicar la situación diplomática, hacer las conversaciones venideras más difíciles y las perspectivas de éxito más remotas.

Tanta torpeza en tal momento es grotesca.

Hay en el documento muchas frases que, aunque por cierto, no intencionadamente, hubieron de provocar necesariamente el resentimiento alemán y que fueron calificadas por la prensa conservadora londinesa de 'palabras firmes' y de 'advertencia' a Alemania.

Se acusa a ésta rotundamente de 'violar el tratado', de 'agravar' la situación y de tender a 'crear una situación que podría hacer peligrar la paz'.

3

Hasta casi 1936, los partidos socialistas de la Europa Occidental mostraban poco interés por las consecuencias del triunfo de Hitler en el dominio internacional. Su preocupación principal giraba en torno de las enseñanzas que debían sacarse de la derrota del movimiento obrero alemán para su propia filosofía y táctica. El interés despertado por ciertos aspectos del conflicto entre los socialistas y los llamados "neo-socialistas" en Francia, el movimiento del "Plan de trabajo" que desde Bélgica se propagaba por varios países europeos, en fin, las apasionadas discusiones sobre un frente único de los socialistas y comunistas, he aquí las formas en las que se expresaban los esfuerzos de los socialistas para adaptarse al triunfo del fascismo en el país más industrializado de Europa. Muy poco se hacía, por el contrario, para extender tal proceso de ajuste hasta convertirlo en una revisión de la política internacional del socialismo. La victoria de Hitler sacudió más de una tradición del movimiento obrero europeo, pero era escaso el número de quienes se percataron de lo seria y urgente que era la amenaza nazi para la paz europea.

La conferencia de la Internacional Socialista, celebrada en París durante el verano de 1933, se dedicó casi exclusivamente al examen

de cuestiones tácticas. El anuncio oficial contenía, como único punto del programa, "la táctica y estrategia del movimiento obrero durante el período de la ofensiva fascista." A la luz de las nuevas experiencias alemanas, la mayoría de los oradores examinaron los viejos tópicos del "camino del poder" y de la alternativa "democracia o dictadura del proletariado." Lo que mayor interés despertó entre los delegados fué la lucha entre Blum y sus adversarios "neo-socialistas" conducidos por Pierre Renaudel. Dentro del partido socialista ocupaban el centro de la atención general Adrien Marquet y Marcel Déat. El auditorio escuchaba con impaciencia a Paul Henri Spaak, el joven delegado belga que atacaba moderadamente la democracia como "ideal de la vieja generación", sin sospechar que no transcurrirían dos años sin que él mismo figurara entre los tan despreciados reformistas, convirtiéndose en ministro de Su Majestad el rey de los belgas. Muy pocos entre los delegados se preguntaban si la tradicional política internacional de desarme y arbitraje podría continuar después del advenimiento de Hitler.

Lo cierto es que la prolija resolución adoptada finalmente por la conferencia no parecía indicar que los socialistas viesen los grandes cambios ocurridos en la situación internacional como consecuencia de los sucesos alemanes. El párrafo esencial de la resolución era más bien ambiguo. Declaraba que la conferencia "reconoce a Alemania, lo mismo que a todos los demás países, la igualdad de derechos y deberes", pero se oponía a "cualquier rearme del sistema militar que mantiene sojuzgado al pueblo alemán". Ya que difícilmente podía esperarse que Francia hiciera ahora lo que se había negado a hacer desde 1919, a saber, desarmar en la misma proporción que la impuesta a Alemania por el tratado de paz, seguía siendo un misterio cómo podía lograrse la "igualdad de derechos" de Alemania sin un rearme alemán.

Además de esto, la resolución contenía una referencia a la política de seguridad colectiva; exhortaba "a todos los pueblos libres a unirse frente al peligro de guerra que constituían los régimenes fascistas de Alemania e Italia". Sin duda no se le había ocurrido a nadie que los gobiernos de los países occidentales pudieran mostrarse poco

dispuestos a hacerle la guerra al fascismo, pues la conferencia prevenía solemnemente a la clase obrera contra el error de servirse de la guerra como medio de "emancipar a los pueblos esclavizados". Aun una guerra de tal naturaleza, proclamaba la conferencia, terminaría en una guerra imperialista y crearía, según toda probabilidad, "fuerzas de despotismo todavía más terribles". En otra resolución, adoptada mancomunadamente por la Internacional Socialista y la Federación Sindical Internacional, se advertía una nota distinta. Aquí se postulaba el "deber imperativo de los gobiernos de no mostrar ningún espíritu acomodaticio hacia las violaciones de acuerdos internacionales". Pero es relativo que la frase concluyera con una exhortación a estos mismos gobiernos "a abstenerse de toda actitud de debilidad frente a la tarea del desarme".

Esto ocurría en 1933. Por entonces los socialistas europeos aún podían formular demandas de desarme internacional y de resistencia de los gobiernos democráticos ante las amenazas de guerra fascistas, sin hacerse culpables de inconsecuencia. La superioridad militar de Francia y Gran Bretaña no estaba todavía en tela de juicio. Ciertas medidas de desarme no hubieran debilitado a estos países de modo peligroso respecto al Tercer Reich y a la Italia fascista, y al mismo tiempo habría dado una mejor base moral a la oposición de las potencias vencedoras frente al rearme alemán. La ambigua referencia al derecho de Alemania a la "igualdad" dió lugar a muchas discusiones desde el día siguiente de la conferencia. Se esclareció de manera cada vez más evidente en el curso de estas controversias que Otto Bauer, quien había sido responsable de las ideas principales de aquella resolución y había actuado de *rapporteur*, se guiaba por dos consideraciones: en aquel entonces, los socialistas austríacos se hallaban metidos en una lucha en dos frentes, contra el fascismo católico de Dollfuss y las *Heimweheren*, por una parte, y contra la marea ascendente del nazismo, por otra. Estar afiliado a una organización que negara a los alemanes el mismo derecho a la defensa nacional otorgado de hecho por ella a los ingleses y franceses habría comprometido la posición de los socialistas austríacos contra los nazis. Además, Otto Bauer había sido desde hacía muchos años adversario decidido

de los ejércitos profesionales impuestos por los tratados de paz a los países derrotados. La *Reichswehr* alemana constituía un estado dentro del estado y había contribuído grandemente al advenimiento de Hitler. Habiéndo comenzado como tropa de la izquierda democrática, el pequeño ejército austríaco se había convertido lenta, pero irresistiblemente, por una sucesión ininterrumpida de gobiernos de coalición anti-socialistas, en instrumento de la reacción. Creía Bauer que un ejército popular del tipo de las milicias suizas y que representara todos los matices políticos de la población sería explotado con menor facilidad para fines de política interna. De ahí que abogara por la concesión de la "igualdad" a Alemania mediante una modificación de las cláusulas militares de los tratados de paz, que introdujese en ese país y en Austria un sistema de servicio militar de breve duración, disolviendo, al mismo tiempo, los existentes ejércitos profesionales. La pretensión alemana a la igualdad, podía ser satisfecha, según Otto Bauer, sin fortalecer "el sistema militar que mantiene sojuzgado al pueblo alemán", esto es, el ejército profesional mandado por oficiales reaccionarios y dominado por un espíritu anti-socialista.

Que tal política, útil tal vez desde un punto de vista democrático algunos años antes, fuera aún practicable en 1933 parece hoy dudoso. Sin embargo, era perfectamente lógica y probablemente la única que el partido de Bauer, dada la situación interna de Austria, hubiera podido adoptar en su lucha contra el nazismo.

Prácticamente, y dejando a un lado los motivos que la justificaban, aquella declaración de la conferencia socialista internacional permitió a los socialistas de la Europa Occidental continuar su débil política respecto a la Alemania nazi. El mantenimiento de su lucha tradicional contra los pretendidos planes militares de los gobiernos francés y británico parecía, por entonces, a los partidos socialistas de estos países más importante que una rápida supresión de los preparativos bélicos del Tercer Reich.

4

Durante los años siguientes, el pacifismo socialista continuó siendo más potente que las fuerzas del movimiento obrero que tendían a

una intervención inmediata contra el fascismo en el escenario internacional. Las resoluciones votadas por las conferencias internacionales no reflejaban plenamente el papel predominante que desempeñaba el pacifismo en los principales partidos obreros, como el francés y el británico. Durante varios años existió una brecha entre la política de seguridad colectiva, establecida por la Internacional Obrera Socialista y el obstinado pacifismo de los partidos afiliados a ella.

Se solía enviar a las reuniones internacionales a los socialistas conocidos por internacionalistas, y que, a menudo, combatían la política pacifista de sus propios partidos. Por ende, su voto no representaba la opinión que prevalecía entre los socialistas de sus países. Los delegados de partidos obreros de los llamados países neutrales votaban unas resoluciones antifascistas concebidas en términos enérgicos porque creían que tales resoluciones no se aplicaban a sus propios países, sino que concernían únicamente a las grandes potencias. Estaba muy bien que los socialistas de Gran Bretaña y Francia clamasen por una actitud firme de sus gobiernos frente a la agresión fascista, pero nadie —así opinaban estos delegados— podía esperar que sus pequeños países imitasen el ejemplo.

Ya en noviembre de 1933, el *buró* de la Internacional Obrera Socialista (I. O. S.) adoptó divisas que pedían acción. "¡contra todo rearme de Alemania! ¡contra cualquier concesión al nacionalismo y militarismo alemanes! ¡contra cualquier negociación por separado con el gobierno de Hitler!" Al mismo tiempo, la Internacional presentó una teoría que vinculaba tal política con un programa de paz general declarando que "una política que permitiese hoy a Alemania tales privilegios crearía la impresión de recompensar a Alemania por su salida de la Sociedad de Naciones". Este paso descarado hacia la agresión había sido dado por Hitler en octubre de 1933. La declaración proseguía señalando que cualquier concesión a Alemania "sólo conduciría a un fortalecimiento del nacionalismo y militarismo alemanes y, consiguientemente, a nuevas exigencias basadas en una fuerza militar mayor".

Tal era la política seguida firmemente por la Internacional durante los años que siguieron al de 1933. A medida que progresaba el

rearme alemán se hacían más raras las alusiones a la necesidad de un desarme internacional. Sin embargo, la política exterior de las dos ramas políticamente decisivas de la Internacional, la británica y la francesa, continuaban azotadas por emociones antagónicas: el pacifismo y la vergüenza por las injusticias del Tratado de Versalles, por una parte, y la admitida necesidad de una resistencia frente a la Alemania nazi.

El partido laborista inglés combinó estas tendencias contradictorias sin darse cuenta, al parecer, de su incompatibilidad. La conferencia del partido que tuvo lugar en Hastings, en octubre de 1933, adoptó una resolución que obligaba al partido "a no tomar parte en una guerra y a oponerse a ella con toda la fuerza del movimiento obrero". Hasta se consideró como arma en esta lucha la proclamación de una huelga general. Por otra parte, el partido afirmó su adhesión tradicional a la idea de la Sociedad de Naciones y de la seguridad colectiva, sin examinar de modo alguno si tal lealtad hacia la Sociedad de Naciones no implicaría, en ciertas circunstancias, la participación en una guerra.

La misma contradicción resaltaba al yuxtaponer cierta resolución que tildaba el fascismo alemán de inhumano y de "fuente permanente de peligro para la libertad y la paz" a la tendencia de explicar el rearme alemán por la pretendida renuncia de desarme de Gran Bretaña. El honorable J. R. Clynes hizo suya, abiertamente, la justificación por Hitler del rearme alemán:

> Estamos pagando muy caro los compromisos violados por muchas naciones del mundo desde la firma del Tratado de Versalles, pues en los días en que se fraguó aquel tratado estas naciones empeñaron su palabra en someterse en el debido momento a las mismas condiciones que las impuestas por ellas, en su calidad de vencedoras, a las naciones vencidas. Habían desarmado a Alemania, comprometiéndose a seguir su ejemplo. Pero no han cumplido en absoluto con su palabra y no es de extrañar que Alemania, viendo cómo se violaban los compromisos contraídos por aquellas naciones, reclamara para sí el derecho de rearme.

Ambas actitudes, la protesta contra la inhumanidad de Hitler y la apología de su política de rearme, continuaban coexistiendo, lado a lado, dentro del partido y tanto en la Cámara de los Comunes como en el *Daily Herald*. La defensa del rearme alemán resultó de gran utilidad para Hitler durante las fases preparatorias más peligrosas de su programa de rearme, sobrepujando con mucho, por su peso, a la posición antifascista general del movimiento obrero inglés. Después de todo, la protesta del Partido Laborista contra la persecución de los socialistas, sindicalistas y judíos en Alemania apenas si modificó las condiciones alemanas, si es que las modificó de modo alguno. La benevolencia del Partido Laborista y del *Daily Herald* hacia el pleito de Alemania contra las potencias occidentales, especialmente contra Francia, actuó, por lo contrario, de poderoso medio de disuasión sobre el escaso deseo de Downing Street de oponerse al hitlerismo en sus primeras fases.

Hacia 1934, empero, el grupo dirigente del partido comenzó a tantear el terreno de una política distinta. La contradicción entre una inflexible oposición a cualquier guerra y la lealtad hacia la Sociedad de Naciones se había vuelto demasiado evidente para ser ignorada. En su informe a la conferencia anual de Southport, en octubre de 1934, la ejecutiva del partido declaró:

> Si bien el movimiento se opondría vigorosamente a cualquier intento del gobierno de envolver al país en una acción manifiestamente agresiva contra otra nación, se ha reconocido, sin embargo, que podrían presentarse casos en que el movimiento tomaría parte en toda acción que se emprendiera para proteger a la nación y sus instituciones democráticas.

No obstante, el partido estaba lejos de arrostrar seriamente los problemas específicos de las sanciones y de la asistencia mutua, que hubiesen dado un significado real a su política hacia la Sociedad de Naciones. Por añadidura, subsistía la falta de toda concordancia entre su hostilidad hacia el régimen de Hitler y su política respecto a las demandas alemanas. Prevalecía la opinión de que valía más aceptar

los hechos consumados alemanes ya que así se "salvaba" la paz. El marcado pacifismo de los electores prometía un apoyo seguro al partido que adoptase una actitud puramente pacifista. Además, los sentimientos antifranceses habían sobrevivido de modo vigoroso entre los progresistas británicos y existía una tendencia muy extendida a reconocer que los actos de Hitler tenían su justificación en la estolidez y el espíritu de venganza demostrados anteriormente por los franceses.

La conferencia del partido laborista de Southport, en 1934, fué un paso más en la distinción entre "guerras agresivas" y "una guerra emprendida en defensa de un sistema de paz colectivo". "La política laborista —proseguía la resolución sobre "la guerra y la paz"— reconoce... el deber de apoyar firmemente a nuestro gobierno en todos los riesgos y consecuencias que resulten del cumplimiento con su obligación de tomar parte en acciones colectivas contra un violador de la paz". Esta nueva política, que se hallaba respaldada por Ernest Bevin, el influyente jefe del gran Sindicato de obreros del transporte, tropezó con una doble oposición. El ala extrema de los pacifistas, encabezada por George Lansbury, Lord Ponsonby y Wilfred Wellock, se opuso a la guerra en cualquier circunstancia. Por otra parte, la Liga Socialista, el grupo de izquierda del brillante polemista y eminente abogado Sir Stafford Cripps y de William Mellor, sostenía que la guerra constituía un fenómeno inherente al capitalismo y que no se podía confiar en una sociedad de naciones capitalistas. Ambas alas de la oposición eran débiles numéricamente, y se aprobó la política abogada por la resolución de la ejecutiva.

Pero el movimiento había de pasar por una doble prueba. Por lo pronto, el partido consideraba la seguridad colectiva esencialmente como medio de impedir una guerra. ¿Osaría sostener su política si ésta amenazará con envolver a Gran Bretaña en una guerra? ¿Y la sostendría aun cuando el gobierno británico se declarase en contra de la entrada de Inglaterra en la guerra? La resolución de Southport hacía depender la solidaridad del partido con el gobierno de ciertas condiciones; no se comprometía a oponerse al gobierno si éste se mostrase reacio a cumplir con las obligaciones que le prescribía la Sociedad de Naciones. El movimiento laborista, si bien estaba abandonando lentamente su ingenuo pacifismo anterior, aún no había llegado a una política internacional independiente, basada en su filosofía antifascista y hostil a la agresión.

A principios de 1935, cuando se perfilaba la amenaza italiana contra Abisinia, la Internacional Obrera Socialista declaró que sería "intolerable que la Sociedad de Naciones... no impusiese a Italia, el agresor, las estipulaciones de su Pacto". El congreso de los sindicatos ingleses, celebrado en septiembre de 1935, aprobó esta actitud, y los delegados británicos y franceses reunidos en la conferencia común de la Internacional Socialista y de la Federación Sindical Internacional de Ginebra, en septiembre de 1935, hicieron suyas la demandas de la Internacional, y pidieron la aplicación de sanciones contra Italia. En aquel momento, la política del laborismo inglés coincidía, pues, claramente con los conceptos de la Sociedad de Naciones y el movimiento obrero desempeñó un papel activo en el famoso "plebiscito por la paz" organizado por la Unión Británica Pro Sociedad de Naciones. En esta votación, más de diez millones de ciudadanos británicos se declararon a favor de sanciones para contener al agresor, mientras que cerca de siete millones expresaron conformidad con la aplicación, en caso de necesidad, de medidas militares. La nueva política del Partido Laborista correspondía, pues, a un cambio de opinión de una parte considerable de la población del Reino Unido.

Pero la ruda prueba de la realidad, provocó en el seno del partido una serie de violentos conflictos. La tensión llegó a su climax durante la conferencia del partido en Brighton, en octubre de 1935. El doctor Hugh Dalton habló en nombre de la ejecutiva:

> La política defendida por ellos, era una política de seguridad mancomunada... Las sanciones económicas y financieras, aplicadas rigurosamente, podrían resultar suficientes para impedir una guerra y, si la guerra estallase, suficientes para restablecer la paz... La cuestión que se presenta ante nosotros es ésta: ¿Debemos arrojar el peso entero de este movimiento a la balanza en favor del mantenimiento de la paz —de una paz inviolada, si podemos— y en caso de que la paz sea violada a despecho de nuestra acción, domar al agresor con un mínimo de tiempo y sufrimientos humanos?...

Sir Stafford Cripps, que había salido de la ejecutiva poco antes de celebrarse la conferencia como protesta contra la aprobación de las sanciones contra Italia por el partido, dijo que

Las sanciones económicas implicarían probablemente la aplicación de sanciones militares y las sanciones militares y la guerra eran la misma cosa. Someterían a los obreros a la máquina bélica del capitalista. El no podía esperar que éste no usase su poder militar en el futuro de la misma manera que lo había usado siempre en el pasado. De existir en este país un gobierno obrero tal como existía en Rusia, entonces la situación sería completamente distinta. Si los obreros controlasen la política exterior y la máquina bélica, entonces podrían impedir el uso criminal de la guerra.

George Lansbury encabezó la oposición pacifista. Aunque presidente del partido, combatió la política exterior del Partido Laborista:

Quisiera que todo el mundo comprendiese lo amargo y difícil que es para mí repudiar hoy públicamente, desde este lugar, una grande y fundamental parte de nuestra política. Si cupiese la menor duda acerca de esta política, no adoptaría la línea que adopto, pero ruego a la conferencia me crea cuando digo que nunca me he sentido más convencido que hoy de que tengo razón y de que el partido está cometiendo un terrible error. Comparto la opinión de aquellos de mis amigos que estiman intolerable que hable ante vosotros como líder un hombre que disiente de modo fundamental con el partido en una cuestión de esta naturaleza...

En ninguna circunstancia he creído que pudiéramos llegar al socialismo por la fuerza. Mi actitud está determinada por alguien cuya vida venero y que ha dicho que el que tome la espada perecerá por la espada.

Como siempre, la conferencia escuchó con profunda admiración la profesión de fe de Lansbury, pero votó la resolución de la ejecutiva, que obtuvo más de dos millones de votos contra unos cien mil de la oposición pacifista e izquierdista.

Si la posición de Cripps, hubiese logrado la aprobación de la conferencia, habría condenado al partido a una completa inactividad

en el terreno de los asuntos internacionales. El mismo declaró en Brighton que al temer más que ninguna otra cosa una solidaridad con el gobierno, no había nada que hacer, aunque le hubiese agradado ver refrenada a Italia. "Es un hecho desgraciado, es trágico, pero es cierto de modo ineludible, que en estos momentos los obreros ingleses no pueden influir en la política internacional." Cripps se daba cuenta claramente de lo necesario que era una política internacional independiente del partido, pero sacrificaba el contenido de tal política —la implacable lucha contra la agresión— al deber del partido de combatir al gobierno en cualquier circunstancia.

La campaña a favor de sanciones eficaces contra Italia, sostenida bajo la dirección del recién electo presidente del partido, mayor Clement Richard Attle, expuso al movimiento laborista a muchos ultrajes. Una fuerte sección del partido conservador tachó al Partido Laborista de organización de incitadores a la guerra, y durante algún tiempo —prácticamente hasta 1939— las posiciones tradicionales de los dos partidos parecían invertidas, el Partido Laborista recalcando la urgencia de una política exterior más intrépida, mientras que los conservadores predicaban la paz, la conciliación y la transigencia. Pero si la posición del partido respecto a Italia coincidía ahora con su política a favor de la Sociedad de Naciones, su actitud hacia la Alemania nazi seguía siendo contradictoria. Ya que Hitler no había cometido aún actos de franca agresión, sino que sólo los estaba preparando, el público inglés y la mayoría de los dirigentes laboristas no creían que hubiese llegado la hora de resistir. Apenas si se dejaba sentir alguna oposición al tratado naval anglo-alemán de 1935, aunque este convenio sancionaba las violaciones alemanas de las cláusulas de desarme del tratado de paz. Cuando, en marzo de 1936, Hitler ocupó Renania, el Partido Laborista estaba aún lejos de comprender el significado de este hecho y ello en tal grado que vió con agrado la celebración de negociaciones internacionales, propuesta por Hitler.

El paso decisivo hacia una política internacional antifascista, que a todas luces había de seguir por caminos opuestos al del gobierno británico, todavía se hacía esperar cuando estalló la guerra civil es-

pañola, la cual terminaría la evolución de la política exterior del movimiento obrero británico.

5

Los asuntos internacionales y la amenaza que representaba el tercer Reich para la paz, desempeñaron un papel sorprendentemente insignificante en las discusiones internas del movimiento obrero francés de la época subsiguiente al advenimiento de Hitler. En aquellos apasionados debates que sacudieron violentamente al partido socialista francés y lo condujeron, finalmente, a la escisión, los asuntos internacionales y los peligros que amenazaron a Francia desde la Alemania de Hitler apenas si se mencionaban. Fué preciso que sobreviniese la guerra de España para despertar a la clase obrera francesa y abrirle los ojos, aunque de modo incompleto, a los peligros exteriores que corría la República Francesa.

Dos corrientes habían determinado, durante la era que precedió a la primera guerra mundial, el pensamiento socialista francés en cuanto a la guerra y al militarismo. Jean Jaurès y sus amigos habían favorecido la idea de la *levée en masse*, un ejército popular del tipo suizo, con conscripción general, breve duración del servicio y un mínimo de cuadros permanentes. Tal ejército sería esencialmente democrático en asuntos domésticos y susceptible de movilizar todas las energías de la nación contra el enemigo exterior en caso de una guerra de defensa. Sería inutilizable, por el contrario, para una acción militar agresiva. Pierre Renaudel transmitió la tradición de Jaurès a la era postbélica.

Esta teoría había tropezado con una fuerte resistencia en el seno del movimiento. Edouard Vaillant abogaba por la huelga general como medio de impedir una guerra. Durante el congreso internacional de Stuttgart, en 1907, Vaillant fué derrotado y la política de Jaurès de apoyo a una guerra defensiva, determinó la política de los socialistas franceses en 1914. Mas durante y después de la guerra, el pacifismo hizo entre el proletariado francés progresos tan rápidos que a los ojos de muchos obreros el internacionalismo y el pacifismo llegaron a ser la misma cosa. Serían la tradición de Vaillant y el pacifismo nacido por la guerra los que rodearían la política de apaciguamiento de Paul Faure con el nimbo de la doctrina socialista francesa. La *levée en masse* de Jaurès se reflejaría, después de 1933, en la resistencia opuesta por la clase obrera francesa a una extensión de la duración del servicio militar como réplica al rearme alemán.

León Blum mismo no había sospechado nunca que Hitler lograría conquistar el poder. De acuerdo con la teoría de Blum, Hitler no era más que un instrumento del gran capital y de la reacción alemanas, destinado a usarse para reducir la influencia del movimiento obrero. Blum contaba con que Hitler sería abandonado por sus amos tan pronto como hubiese cumplido esta misión. Al asumir Hitler el poder absoluto en Alemania y al retirarse la clase obrera sin lucha del campo de batalla, Blum consideró, por un momento, si no debía dimitir como jefe de su partido. Después de haber peleado durante tantos años por una reconciliación con Alemania y afirmado el nacimiento, al día siguiente de la guerra, de una nueva Alemania dispuesta a una cooperación pacífica, Blum dudó que tuviese derecho a seguir representando ante su país a los socialistas franceses, ahora que se había instaurado otro régimen alemán que prometía ser una amenaza aún más grande que la Alemania imperial. Pero Blum disfrutaba todavía de la confianza de su partido al grado de aparecer en el conflicto subsiguiente con la facción "neo-socialista" como jefe indiscutible de la mayoría del partido.

En el curso del año de 1933, la cuestión del fascismo se presentó ante los socialistas franceses principalmente en su aspecto humanitario, pues Francia tuvo que acoger miles de refugiados alemanes. A principios de 1934 apareció en escena el fascismo francés, absorbiendo durante algún tiempo la atención del movimiento obrero de Francia. El frente único entre socialistas y comunistas y, más tarde, el Frente Popular se dedicaron, al principio, casi exclusivamente a la defensa del régimen democrático contra el enemigo interior. El partido socialista adoptó oficialmente la política de seguridad colectiva, como la habían adoptado prácticamente todos los partidos franceses. La masa del pueblo francés interpretaba tal política como una mera

obligación de los otros países de ayudar a Francia contra una agresión alemana. Pocos eran los que comprendían plenamente que Francia acaso hubiese de desempeñar un papel análogo. Ni siquiera la existencia de una red de alianzas que cubría todo el continente contribuía a generalizar la creencia de que las obligaciones de Francia con sus aliados podrían envolver el país en una guerra. Francia era aún tan superior a Alemania, desde un punto de vista militar, que una agresión alemana contra uno de sus aliados podía parecer irreal.

La política internacional de León Blum en estos años se basaba en dos puntos cardinales. En primer lugar, Francia no debía tratar nunca a solas con Alemania, sino que había de enfrentarse siempre a Berlín en compañía de Gran Bretaña. La colaboración franco-británica, razonaba Blum, aseguraría a las democracias una superioridad de fuerzas aplastante y excluiría todo peligro de conflictos armados. Pero éste no era sino un método para impedir la guerra. Lo que se precisaba aún más era una política constructora, y ésta la ofrecía la segunda parte del programa de Blum. Y como tanto la dictadura alemana como la italiana pretendían ser pacíficas y tener deseos de desarmar si el resto del mundo imitase su ejemplo, Blum proponía que las democracias "las obligasen a cumplir con sus rimbombantes promesas. Hágamos que desarmen; hagamos que demuestren que de veras desean desarmar". A tal efecto, las democracias deberían redactar un convenio de desarme basado en normas equitativas, que previese tanto su propio desarme como el de las dictaduras, y presentarlo a los dictadores. Si éstos se mostraban dispuestos a aceptarlo, tanto mejor, en el caso contrario, tal acuerdo justo, firmado sin participación de las dictaduras, resultaría un arma irresistible.

A fines de 1934, Blum expuso su teoría ante la Cámara de Diputados, con ocasión de ciertos debates sobre unos créditos militares suplementarios. Aludiendo a una controversia entre dos diputados de la derecha sobre la cuestión de si las aseveraciones de paz de Hitler eran hechas de buena o de mala fe, Blum dijo:

> Esta disputa no tiene importancia. Hoy no existe sino una sola prueba, una sola piedra de toque para la buena fe de Alemania y de Hitler: es su participación en la conferencia del desarme general y su retorno a Ginebra. Si Alemania se negase, hemos admitido siempre, y continuamos esperando, que entonces un acuerdo equitativo, aun firmado sin ella, se le impondría inevitablemente por la fuerza de la unanimidad y de la comunidad mundial.

Había algo de místico en la fe de Blum en la irresistible fuerza moral de lo que llamaba la unanimidad del mundo contra las dictaduras. Pero su política encerraba también otro elemento, más práctico: la comprensión de que el Tratado de Versalles ya no ofrecía una base lo suficientemente sólida para una acción contra el rearme alemán y que sólo un desarme francés, llevado hasta cierto punto, podía justificar ante el mundo la presión que se ejercería sobre Alemania con objeto de hacerle abandonar el rearme ilegal. Tal política parecía a la vez lógica y segura en 1934, cuando Francia aún era mucho más fuerte que Alemania. Mantenerla mientras el rearme alemán progresaba con prisa febril, ya era distinto. Y eso fué precisamente lo que hizo Blum como autor principal de una resolución adoptada por el *buró* de la Internacional Obrera Socialista en mayo de 1935 y que pedía que se redactase un acuerdo sobre el desarme "con la cooperación de Alemania, si ésta se decide a volver a Ginebra. Y deberá serle sometido para su firma aún en el caso de que persista en su actual aislamiento". En lo esencial, León Blum defendió la idea del desarme con o contra Alemania en una época aún más tardía, y la Internacional Obrera Socialista todavía abogaba por la política de Blum en marzo de 1936 y hasta después de la ocupación de Renania por las tropas alemanas. "Hitler está tratando ahora de disimular sus intenciones agresivas con profesiones de su buena voluntad" —decía una resolución sobre la situación internacional—. "Hitler se las da de pacificador; pero sólo podrá demostrar la sinceridad de sus propuestas si está decidido a firmar junto con las demás naciones un convenio internacional sobre la limitación de los armamentos y a someter los suyos a una inspección y un control internacionales".

En completo acuerdo con esta política, el partido protestó contra la idea concebida por algunos miembros del gobierno francés de decretar la movilización como medida contra la ocupación de Renania.

Blum y el partido estaban de acuerdo en excluir de su arsenal de armas políticas toda operación de índole bélica. El buen juicio hubiera debido mostrarles que una resistencia por todos los medios, incluso militares, podía ser, en ciertas circunstancias, la única conclusión lógica del principio de la seguridad colectiva, aceptado por ellos mismos. El rearme alemán y la fortificación del Rin impedirían toda ayuda eficaz de Francia a los vecinos de Hitler en la Europa Central y paralizaría, por ende, la seguridad colectiva. No obstante, los socialistas franceses se negaban a aceptar las exigencias específicas de una política general que ellos mismos estaban aclamando a gritos.

La crisis abisinia puso de manifiesto que la mayoría de los franceses compartiría la renuncia de los socialistas a aprobar las implicaciones de un programa que todos pretendían defender. Los partidos de derecha se opusieron con frenesí a la aplicación de sanciones contra Italia y lanzaron una rabiosa campaña contra los "instigadores a la guerra británicos" quienes, según se pretendió, se servían de la Sociedad de Naciones en general y de Francia en particular para promover los intereses imperialistas de Inglaterra. La izquierda francesa, o por lo menos una parte considerable de la izquierda, no mostró deseos de que se aplicaran a Italia sanciones efectivas. Los socialistas se pronunciaron a favor de sanciones económicas. Hasta Paul Faure, posteriormente el vocero principal del ala pro-Munich dentro del partido socialista, atacó la actitud vacilante del presidente del consejo Laval. "Al declarar de antemano la intención de oponerse a la aplicación de sanciones —escribía Faure el 4 de septiembre de 1935— sólo se da aliento a la agresión. Laval, con su 'mediación' y 'conciliación' no está sirviendo a la Sociedad de Naciones. Si Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética se pusiesen de acuerdo, no tardarían en imponer la paz." Pero no bien había surgido en el horizonte el problema de las sanciones militares, cuando también los socialistas comenzaron a dudar y toda la izquierda, a excepción de los comunistas, que guardaban silencio, manifestó su fe pacifista. Así, cuando la escuadra británica fué enviada al Mediterráneo, Blum público un artículo titulado "El error de Inglaterra" en el que acusó al almirantazgo inglés de "hacerle el juego a la prensa favorable a Mussolini insinuando que las sanciones han de ser inevitablemente militares. He notado en estos últimos dos días —agregó Blum— que la opinión francesa se halla en un estado de gran perplejidád." Los dirigentes del Frente Popular, en conjunto, no fueron menos ambiguos. En una resolución insistieron en que "se observen todas las estipulaciones del Pacto" de la Sociedad de Naciones, pero añadían que el Frente Popular "apegado apasionadamente a la paz, rechaza con horror la idea de un conflicto con Italia o cualquier otro país y se opone inflexiblemente a todo uso de la fuerza armada".

Comenzadas las hostilidades entre Italia y Etiopía, Blum escribió: "Una guerra defensiva es tan atroz como una guerra de agresión; pero es mejor así que si el mundo capitulase cobardemente ante las guerras de agresión." Aunque la razón le convencía de la necesidad de las sanciones, Blum estaba lejos de desear una acción que abría la perspectiva de una guerra de Francia contra Mussolini. Hasta los comunistas carecían de fervor en su campaña por el cierre del canal de Suez. De un modo ingenuo, sin ningún egoísmo consciente, los franceses creían que, después de todo, el propósito fundamental de la Sociedad de Naciones consistía en apoyar a Francia contra una agresión alemana. Que los papeles pudieran invertirse y que Francia pudiese apoyar a la Sociedad de Naciones contra un país considerado frecuentemente como aliado potencial de Francia en su lucha contra Hitler, rebasaba la fuerza de imaginación de muchos franceses. El plan de Hoare y Laval de entregar Abisinia a Italia, que provocó en Gran Bretaña una formidable ola de indignación y obligó a Hoare a dimitir como miembro del gabinete, no tuvo repercusiones similares en Francia. A excepción de Pierre Cot y Edouard Herriot, pocos radicales se unieron a las protestas de los socialistas y comunistas, aunque ni siquiera en estos momentos los primeros pensaban en pedir sanciones militares. Cuando poco después los radicales salieron del gabinete, su gesto se debió a la rebelión del país contra la política deflacionista del gobierno más bien que a la ambigua actitud de Laval hacia la Sociedad de Naciones.

En el momento de la caída de Laval, el pacto franco-soviético estaba firmado, pero no ratificado. Laval mismo había puesto su fir-

ma al pié de este pacto cuando aún mantenía relaciones amistosas con la izquierda y deseaba complacer a los radicales pro-rusos y a los comunistas. Al acercarse a la derecha, Laval dilató la ratificación. Esperaba llegar a un entendimiento con Alemania, que hubiera podido impedir el pacto con la Unión Soviética. Además, la opinión pública de Francia, que al principio había aclamado esta alianza, se halló dividida más tarde respecto a ella. La mayoría de los conservadores veían en una alianza italiana una solución preferible a la de una colaboración con los soviets. El propio Laval compartía ahora la hostilidad de la derecha hacia un pacto que él mismo había firmado. Con todo ello, prevalecía entre los conservadores la opinión de que valía más ratificar el pacto, no tanto para tener en la Unión Soviética una aliada, cuanto para impedir que Rusia llegara a un acuerdo con el Tercer Reich. Cuando el sucesor de Laval, Pierre Etienne Flandin, sometió el pacto a la Cámara, la ratificación fué votada por una mayoría imponente.

Los radicales, conducidos por Herriot y Pierre Cot, aprobaron la ratificación del pacto franco-soviético. Los comunistas, desde luego, hicieron lo mismo. Los socialistas, por lo contrario, se mostraron más bien tibios. Spinasse, el futuro ministro de Economía en el primer gobierno del Frente Popular, que intervino en nombre de la minoría socialista en el debate sobre la ratificación, dijo:

Todo el valor de tales pactos depende de la orientación que se les quiere dar. Son ventajosos cuando nos acercan más a la meta que nos habíamos trazado; cuando nos ayudan a reasumir la tarea interrumpida de un desarme general y de establecer un acuerdo que las naciones europeas puedan proponer u oponer a la Alemania nazi, y cuando crean una situación más favorable a un examen de los problemas reales de la paz, tales como los problemas económicos.

Si los socialistas votaron a favor de la ratificación, ello se debió mucho más a la necesidad de conservar intacto el Frente Popular que al entusiasmo por una alianza rusa. Muchos socialistas tenían por Rusia aún menos simpatías que algunos de los radicales, pues sufrían por la competencia comunista más que éstos; además, no eran pocos

los socialistas que abrigaban todavía la esperanza de un arreglo pacífico con Alemania, y se creía generalmente que una amistad con Rusia excluiría definitivamente toda perspectiva de entendimiento con el pretendido enemigo mortal del bolchevismo.

Así sucedió que el 7 de marzo de 1936, cuando Alemania repudió el tratado de Locarno, preparando el camino a las tragedias de 1938 y 1939, la derecha francesa se mostraba gozosa por no haber permitido que los ingleses arrastrasen a Francia a un conflicto con Italia, y los socialistas protestaban contra la advertencia del primer ministro Sarraut de que Francia no podía tolerar que Strasburgo se hallara expuesta a los cañones alemanes. Contados eran los dirigentes franceses que consideraban seriamente la posibilidad de una resistencia. Menor todavía era el número de quienes preveían que la inactividad de Francia conduciría, en un lapso sorprendentemente breve, al colapso del sistema de alianzas continentales francés y a una inmensa e irreparable pérdida de prestigio. No sospechaba que antes de dos años Hitler diría con mofa en Berchtesgaden a un Schuschnigg atemorizado por un ultimátum alemán: "¿Acaso cuenta Ud. con Francia e Inglaterra? Cuando en marzo de 1936 ocupé Renania, no se movieron. ¿Se imagina que vayan a molestarse por ustedes?"

Las disensiones de partido y la lucha de clases en torno a la política internacional continuaron en Francia, con los socialistas divididos entre la comprensión intelectual de lo que significaba el nazismo y la repugnancia humanitaria a aceptar el riesgo de una guerra. Así se preparaba el escenario para la postración de Francia ante la guerra de España.

6

Después del fracaso de la Sociedad de Naciones frente a la guerra de Abisinia y de la parálisis de Francia durante la ocupación de Renania en marzo de 1936, los pequeños países europeos se retiraron apresuradamente del campo de batalla y casi todos los partidos socialistas abandonaron en la práctica la política de seguridad colectiva, aunque seguían apegados a ella en teoría.

Los social-demócratas holandeses tal vez constituyeran la única

excepción en esta loca carrera hacia un aislamiento ilusorio. Habían favorecido, hasta 1934, un desarme completo de su propio país, ya fuera como parte de un convenio internacional, o bien, si ello fuese inevitable, como medida aislada. En 1934, el partido comprendió que tal política ya no podía sostenerse, y dos años más tarde, se abandonó la orientación hacia el desarme para seguir una política de fuerte defensa nacional y de activa colaboración en las medidas de seguridad colectiva.

En los Países Escandinavos regidos por gobiernos de dirección socialista, el fracaso de las sanciones contra Italia desencadenó una revuelta contra la Sociedad de Naciones. Los gobiernos escandinavos insistieron en una modificación del Pacto de la Sociedad que les exonerara de toda participación en acciones internacionales contra un agresor. En septiembre de 1938, estos gobiernos declararon oficialmente que en su opinión las cláusulas sobre las sanciones ya no eran obligatorias. Suecia decidió proceder a un rearme para poder defender su neutralidad en el caso de una guerra. Los social-demócratas daneses estimaban inútil cualquier esfuerzo militar tendiente a la defensa de su pequeño país. Su rearme se mantuvo en escala modesta. La cooperación entre las naciones escandinavas, tan completa en otros respectos, no llegó nunca al extremo de garantizar una asistencia mutua contra una agresión.

Desde la primera guerra mundial, los social-demócratas suizos habían reprobado el principio de la defensa nacional bajo el régimen capitalista. Ahora se adoptó un nuevo programa que reconocía la necesidad de una fuerza militar como garantía de la neutralidad de Suiza, consagrada por el tiempo.

En Bélgica, la remilitarización de Renania y el aumento numérico del sector flamenco de la población concurrieron a provocar un cambio en la tradicional política pro-francesa y pro-Sociedad de Naciones. Al resignarse ante el hecho consumado de la ocupación por las tropas alemanas de las zonas fronterizas franco-alemana y belgo-alemana, Bélgica se sintió amenazada y comenzó a dudar del valor de una ayuda francesa. El movimiento flamenco siempre se había opuesto a mantener relaciones íntimas con Francia, ya que tal amistad

debía fortalecer naturalmente a los valones, de lengua francesa, en detrimento de los flamencos. Muchos conservadores valones, después de defender con firmeza la alianza francesa, tuvieron miedo al Frente Popular, considerándolo como un primer paso hacia una revolución que podría extenderse a Bélgica si el país continuase sus viejos lazos con Francia.

El partido obrero belga, que había puesto una fe ardiente en la seguridad colectiva y en la estrecha colaboración con Francia y Gran Bretaña, perdió su unanimidad. Una nueva generación ocupó el primer plano y, con ella, unos líderes tales como Hendrik de Man y Paul Henri Spaak, quienes ya no eran tan fervorosos internacionalistas como sus mayores, los Emile Vandervelde y Louis de Brouckère. De Man declaraba su confianza en el ansia de paz de Hitler —un combatiente de la gran guerra que confiaba en otro—, mientras que Spaak predicaba un socialismo "nacional", por oposición a la "anticuada e impracticable" filosofía del internacionalismo. El partido belga se dividió en la cuestión de la política exterior. El factor decisivo fueron finalmente los sindicatos. Oponerse a la nueva política de neutralidad (favorecida abiertamente por el rey) habría puesto en peligro el existente gobierno de coalición de socialistas, liberales y católicos. Puesto que los partidos burgueses defendían la neutralidad, una declaración de los socialistas a favor de la seguridad colectiva sólo hubiera provocado disensiones internas. Los sindicatos, deseosos de conservar una representación en el gobierno, usaron, por eso, todo el peso de su influencia en apoyo de De Man y Spaak. Así, pues, Bélgica se embarcó en una política calificada como "independiente", pero que, de hecho, se reducía a una neutralidad unilateral bajo la dirección del Ministro de Relaciones socialista, Spaak. Fué el principio de aquel camino que conduciría hacia la impotencia de Bélgica frente a la agresión nazi y hacia el desastre de la primavera de 1940.

Los socialistas checos y polacos veían pocas razones para cambiar su política internacional después de la subida al poder de Hitler. Siempre habían apoyado tanto la defensa nacional como la seguridad colectiva. El resurgimiento del poderío alemán, al amenazar inmediatamente sus propios países, sólo contribuyó a fortalecer su posición

en pro de un estado de preparación militar y de una cooperación internacional contra la agresión.

Lo que contaba realmente, como expresión de la política socialista en el dominio de los negocios universales, no eran, sin embargo, las declaraciones de los pequeños partidos o de la Internacional Obrera Socialista, sino los actos del movimiento obrero británico y del francés. Bien es verdad que el partido laborista inglés se empeñó poco después de 1936 en una fuerte política de seguridad colectiva. Mas la actitud de los socialistas franceses continuó siendo ambigua, y durante los años decisivos, cuando Alemania se preparó para la futura agresión, las fuerzas del socialismo europeo se entregaron a una especie de pacifismo que, sin quererlo, se hizo cómplice eficaz de la política nazi.

CAPITULO XVIII

EL FRENTE POPULAR

1

"DESPUÉS de Hitler, nos tocará a nosotros" fué la divisa de los comunistas alemanes a fines de 1932, y aun después de marzo de 1933 la Internacional Comunista sostenía que en Alemania no había ocurrido ningún cambio de importancia. A los ojos de los comunistas, los social-demócratas seguían siendo social-fascistas y agentes de los nazis, aunque miles de socialistas estaban siendo encerrados en los campos de concentración de Hitler. Los comunistas no consideraban su partido derrotado. Es más, veían su triunfo a la vuelta de la esquina. Fritz Heckert, miembro del comité central del partido, escribía: "Las habladurías sobre la pretendida derrota y muerte política del partido comunista alemán son el mezquino cotorreo de gentes estúpidas e ignorantes." [1] El comité central de la Internacional Comunista declaraba: "La instauración de una dictadura fascista abierta, destruyendo todas las ilusiones democráticas de las masas, y libertándolas de la influencia de la social-democracia, acelera el ritmo de la evolución de Alemania hacia la revolución proletaria." [2] En otra parte los comunistas proclamaban: "La completa eliminación de los social-fascistas de la máquina del estado, la supresión brutal incluso de las organizaciones y de la prensa social-demócratas, no modifica en nada el hecho de que en el presente como en el pasado [la social-democracia] constituya el sostén principal de la dictadura del capital."

[1] Fritz Hecker, "What is happening in Germany?", *International Press Correspondence*, edición inglesa. Vol. 13, Nº 18 (21 de abril de 1933), p. 393.

[2] *International Press Correspondence*, edición inglesa. Vol. 13, Nº 17 (13 de abril de 1933), p. 378.

Que estas eran algo más que simples frases destinadas a mantener vivo el espíritu de lucha de los obreros comunistas resulta claramente de un discurso de Piatnizki ante el *buró* del comité ejecutivo del "Comintern" en julio de 1934. Piatnizki declaró: "Hemos dicho que los fascistas no conservarían el poder (en la resolución del *buró* del 1º de abril de 1933, inmediatamente de su llegada al poder). La resolución del *buró* ha sido corroborada; la crisis en el campo fascista está comenzando." [3]

De acuerdo con esta teoría, el movimiento comunista subterráneo de Alemania trabajaba sobre una base de "a breve plazo". Como la caída de Hitler se esperaba para un futuro próximo —Fritz Hecker "demostró" que su dictadura era mucho más débil que la de Mussolini— los comunistas llevaban su propaganda sin cuidarse mucho de la seguridad o de la vida de sus camaradas. Sus pérdidas, debidas a arrestos, eran terribles. Cuando la esperada revolución no se materializó, el partido, después de malgastar las vidas de miles de heroicos obreros, se vió obligado a adoptar métodos más cautos. La escasez de militantes fué la razón decisiva de este cambio.

También en el escenario internacional, la táctica comunista siguió al principio sin modificación alguna, pasando por alto los sucesos alemanes. El 6 de febrero de 1934, los comunistas tomaron parte en manifestaciones contra el gobierno Daladier, organizadas y dirigidas por los fascistas. El entendimiento con Alemania, que databa de los días de la conferencia de Rapallo, en 1922, se mantuvo tanto desde Moscú como desde Berlín, a despecho de que Hugenberg, el delegado oficial de Alemania en la conferencia económica mundial de Londres, había expuesto abiertamente la intención del Reich de "colonizar" a Ucrania. Moscú no temía a Hitler, a quien consideraba como mero peón en el juego del gran capital alemán y de la *Reichswehr*, con la cual Moscú había entretenido, durante muchos años, las más íntimas relaciones.

[3] *The Communist International*, vol. XI, Nº 16 (20 de agosto de 1934), p. 645.

2

Pero el anuncio de Hugenberg había despertado una inquietud en Moscú. Karl Radek, durante muchos años el más destacado representante comunista de un bloque ruso-alemán opuesto al Occidente, publicó en mayo de 1933 un artículo titulado "La revisión del tratado de Versalles",[4] que contenía la primera alusión a un cambio inminente de la política del "Comintern":

El camino de la revisión de la paz de bandoleros de Versalles es el camino de una nueva guerra mundial [escribía Radek]. Los intentos de las partes interesadas de presentar la cuestión como una transformación pacífica de los viejos tratados, no logran engañarnos. La agitación diplomática en torno al tratado de Versalles no es más que una de las formas de la preparación para la guerra. La palabra "revisión" es sólo otro nombre para la nueva guerra mundial...

Este programa de revisión del tratado de Versalles mediante una reedición peor del tratado de Brest [en Brest, la Alemania imperial impuso a la Rusia Soviética una paz que la privó de Ucrania y de grandes partes de la Rusia Suroccidental] constituye la política exterior del fascismo alemán.

Mas el cambio decisivo de la política rusa y, consiguientemente, la del "Comintern", no se produjo hasta que los sucesos del 30 de junio de 1934 hubieron convencido a Moscú de que Hitler dominaba de modo absoluto todas las facciones de su partido y que el régimen nazi se había consolidado.

Hasta entonces, la política internacional de Rusia se había basado en el entendimiento con Alemania. Esta *entente* había protegido a Rusia contra el aislamiento y hecho imposible la reanudación de los intervenciones contrarrevolucionarias extranjeras en la Unión Soviética. Rusia, en cambio, había respaldado al Reich contra Francia y Gran Bretaña. Desde el punto de vista ruso, el único peligro consistía en un acercamiento franco-alemán, el cual, según temía Moscú, podía conducir, finalmente, a un frente único dirigido contra la Unión So-

[4] *International Press Correspondence*, vol. XIII, Nº 22 (19 de mayo de 1933), p. 475.

viética. Según ya se ha observado anteriormente, Moscú había mirado siempre con recelo los esfuerzos de los social-demócratas alemanes para llegar a una reconciliación entre Francia y Alemania. Ahora que era preciso tomar en serio a Hitler, Moscú comenzó a temer un tipo diferente de aislamiento, una situación en la cual Alemania podría atacar a la Unión Soviética mientras la Europa Occidental adoptaba una actitud neutral o, incluso, favoreciese hasta cierto punto la aventura alemana. Todo nuevo progreso del partido nacionalsocialista a expensas de la *Reichswehr*, ese viejo amigo de Moscú, aumentaba las preocupaciones de Rusia.

En tales condiciones, la Unión Soviética había de buscar nuevos aliados para escapar al aislamiento. Ya que el Reich se estaba convirtiendo en el enemigo más peligroso, tanto de Rusia como de Francia, parecía lógico que Stalin esperara ayuda de este último país: "El enemigo de nuestro enemigo es nuestro amigo."

La evolución interna de Francia facilitaba tal cambio de la política internacional rusa. Al día siguiente del asalto fascista del 6 de febrero de 1934, en el que los comunistas habían tomado parte favoreciendo, sin quererlo, la táctica fascista, una ola de entusiasmo popular y democrático impuso a los comunistas franceses una acción mancomunada con los socialistas y los sindicatos. Los sucesos les obligaron así a abandonar, con o contra su voluntad, el dogma del "social-fascismo" aun antes de haber proclamado Moscú su nueva política.

De estos dos elementos: la necesidad de nuevas alianzas para reemplazar el perdido respaldo de Alemania y el Frente Popular espontáneo en Francia, se formó una nueva táctica comunista, que fué consagrada solemnemente, en julio de 1934, por la presidencia del comité ejecutivo de la Internacional Comunista. En su discurso ante este organismo, V. Knorin dijo:

> La situación en Alemania ha cambiado. Pero aun ahora es justo llamar a Wells [líder social-demócrata alemán] social-fascista, y es cierto que los fascistas y la social-democracia dirigida por Wells son gemelos. Sin embargo, los grupos social-demócratas ilegales que actualmente están luchando en Alemania no son social-fascistas y no constituyen un sostén social de la burguesía. Se encuentran en camino hacia el comunismo y deben ser ganados al partido comunista.[5]

El símbolo de la nueva política fué Gregori Dimitrov, el héroe del juicio sobre el incendio del Reichstag. Su influencia en el "Comintern" llegó a suplantar la de Molotov, Manuilski, Kuusinen, Bela Kun y Karl Radek, quienes habían sido sus jefes principales después de la eliminación de Bujarin. Miembro del partido comunista búlgaro, Dimitrov se había visto envuelto en las enconadas disputas internas que desgarraban la otrora fuerte organización desde el derrocamiento del gobierno Stamboliiski por el golpe de estado semifascista de 1923. Su brillante e intrépida defensa ante el tribunal de Leipzig le había hecho universalmente célebre. Había sido el antagonista de Goering y la extrema izquierda de su propio partido le elevó a símbolo de aquel cambio hacia una política moderada en interés de una campaña antinazi, que estaba preparando Moscú.

El séptimo congreso mundial de la Internacional Comunista, celebrado en 1935, nombró a Gregori Dimitrov secretario general del "Comintern". De hecho, había asumido la dirección de la Internacional ya algunos meses antes de esta fecha, llevando a cabo la transición desde el "tercer período" hacia la política de Frente Popular, inaugurada en 1934.

En adelante los enemigos mortales de la Unión Soviética serían Alemania y, en grado menor, el Japón. Consiguientemente, Rusia firmó en 1934 un pacto que prácticamente equivalía a una alianza con Francia y Checoeslovaquia, realizó un esfuerzo para llegar a un acuerdo análogo con Rumanía, entró en la Sociedad de Naciones e hizo proposiciones amigables a Inglaterra y a los Estados Unidos. En Asia, Rusia dió su apoyo a Chiang Kai-shek, autor de las matanzas de comunistas chinos. Seguridad colectiva, resistencia a la agresión simbolizada por el Tercer Reich y el Japón, defensa de la democracia, he aquí las nuevas divisas que venían a sustituir la lucha anterior contra el "tratado de bandoleros imperialistas" de Versalles. El estableci-

[5] Reproducido en *The Communist International*, vol. XI, Nº 16 (20 de agosto de 1934), p. 638.

miento de un frente unido democrático contra Alemania constituyó el mayor objetivo de la nueva política internacional rusa, en contraste con la antigua cooperación con el Reich contra el Occidente. Un año y medio de régimen de Hitler habían invertido la orientación tradicional entera de la política exterior soviética.

Toda una serie de cambios en la política interior de Rusia acompañó y completó el cambio de diplomacia. Una nueva constitución estaba destinada a probar que Rusia formaba legítimamente parte del círculo de las naciones democráticas. Hubo cierto relajamiento de la lucha contra la iglesia. En 1932 y 1933, los partidarios de Trotzki, que eran partidarios de la colaboración con los socialistas, habían sido presentados como traidores al servicio del social-fascismo; ahora los pocos comunistas que osaron oponerse a la reconciliación con los socialistas, se vieron estigmatizados de trotzkistas.

En el seno del "Comintern", la nueva línea del partido hizo trizas no solamente la táctica del "tercer período", sino también los principios que habían sido venerados como parte del sagrado evangelio leninista. Hasta entonces, la doctrina comunista había condenado la "defensa nacional bajo un régimen capitalista". Los comunistas se habían juramentado para votar contra cualesquiera créditos militares y sostener, en el caso de una guerra, una política de derrotismo revolucionario. Tal había sido la estrategia de Lenin durante la primera guerra mundial. Después de 1934, los comunistas se convirtieron en ardientes protagonistas de la defensa nacional destinada a fortalecer a todos los países que pudieran combatir a Hitler en el caso de una guerra. Los oradores comunistas hicieron gala de un patriotismo casi jacobino apenas distinguible de un nacionalismo pequeño-burgués torpemente disimulado. Si los jacobinos habían basado su patriotismo en el progreso de una revolución, los neo-jacobinos comunistas habían abandonado precisamente la parte revolucionaria de su programa, conservando sólo las referencias patrióticas al pasado revolucionario de Francia y Checoslovaquia. La prensa comunista que hasta entonces se había burlado del ejército, se lanzó a publicar relatos entusiastas sobre maniobras militares y descripciones delirantes de la participación de los obreros en la defensa de su patria contra la agresión fascista. Hasta 1934 los comunistas no se habían cansado de repetir que no existía sino una diferencia escasa entre el fascismo y la democracia burguesa. Ahora esta diferencia era vital y los partidos comunistas venían a ser los campeones de las libertades democráticas.

La consigna de social-fascismo se relegó al olvido. En vez de esto, los comunistas ofrecieron su cooperación a los mismos dirigentes socialistas a que habían tachado anteriormente de enemigos principales de la clase obrera. Y no fueron sólo los socialistas quienes se vieron elevados al grado de aliados potenciales de los comunistas: lo mismo les sucedió a los demócratas burgueses. En una fase ulterior, prácticamente, cualquiera susceptible de ser inducido a combatir el Tercer Reich fué cortejado por los dirigentes comunistas. Los católicos, el Papa, los monárquicos austríacos y hasta los fascistas italianos "sinceros" fueron objeto de ofrecimientos comunistas de frente único. La "reconciliación nacional" frente a las amenazas de la Alemania de Hitler suplantó la vieja fórmula de aquella lucha de clases que ni siquiera la primera guerra mundial había logrado detener.

Con objeto de crear en la Europa Occidental una corriente de simpatías hacia la Unión Soviética, se invitó a Moscú a destacados intelectuales, artistas, escritores. Surgió un sistema de organizaciones para encauzar a las masas hacia la solidaridad con la nueva política internacional y las actitudes de frente único de los varios partidos comunistas. Las declaraciones de André Gide, favorables a la Unión Soviética, fueron aclamadas como una gran victoria. Mientras Stalin elogiaba en Rusia a "los comunistas que se hallan fuera del partido comunista" —cosa inaudita e inimaginable antes de 1934—, los pocos sindicatos comunistas aún existentes allende las fronteras rusas fueron disueltos o fusionados con las uniones dirigidas por los socialistas. Hasta hubo un momento en que los comunistas franceses pretendieron considerar seriamente la fusión de su partido con el socialista.

Al cabo de poco tiempo, los comunistas, que antes eran la extrema izquierda del movimiento obrero, habían virado completamente hacia la extrema derecha.

El país sobre el que se enfocó la atención de los comunistas y donde se inauguró su nueva política, era Francia. El partido comu-

nista francés ocupó en la Internacional el lugar de honor perdido por los comunistas alemanes cuya derrota se admitía ahora oficialmente.

3

El 8 de enero de 1934, la policía francesa descubrió en un hotelito de Chamonix un cadáver. El muerto fué identificado como el señor Alexandre Stavisky a quien los periódicos habían acusado de ser el héroe de un escándalo financiero ocurrido recientemente en Bayona. Una bala le había atravesado el cérebro. Stavisky tenía amigos tan influyentes entre la policía y la magistratura y en el parlamento, que una causa abierta contra él había sido suspendida diecinueve veces. La prensa de la extrema derecha, encabezada por el diario monárquico *Action Française,* denunciaba a la izquierda y sobre todo el partido radical de Daladier como amigos y protectores de Stavisky.

Las elecciones a la Cámara de 1932 dieron a los grupos de izquierda una mayoría, pero, según hemos dicho, los dos partidos izquierdistas más grandes, los radicales y los socialistas no habían podido ponerse de acuerdo sobre un programa monetario y económico común. No menos de cinco gobiernos se formaron y fueron derrotados entre mayo de 1932, fecha de las elecciones, y septiembre de 1933. El ministerio Chautemps, en el poder cuando estalló el escándalo Stavisky, no tuvo más suerte que sus predecesores. El ministro de Justicia, Raynaldy, complicado en otro asunto oscuro, se vió obligado a dimitir, y el 25 de enero de 1934, el gobierno imitó su ejemplo. Edouard Daladier, el nuevo presidente del consejo de ministros, tuvo que resistir el embate más violento del asunto Stavisky.

Como el dedo de Stavisky señalara desde la tumba a uno tras otro de los altos dignatarios del régimen, una febril atmósfera agitó el país. Ministros, diputados, jueces y funcionarios superiores se vieron acusados de complicidad con Stavisky. Los fascistas no tardaron en explotar tan desgraciada situación. El 6 de febrero de 1934, mientras la Cámara estaba deliberando sobre un voto de confianza para el gobierno Daladier, que acababa de presentarse ante el parlamento, una multitud de turbulentos fascistas, mezclados con comunistas, casi

logró tomar por asalto la Cámara de Diputados. Doce asaltantes y un policía fueron muertos. Daladier, difamado por la derecha y también por los comunistas como *le fusilleur* (el fusilador), capituló ante la tempestad de indignación y dimitió. El fascismo parecía triunfar. Un gobierno elegido democráticamente se había visto obligado a dimitir por la violencia. El coronel De la Roque, jefe de los "Croix de Feu", la más prometedora de las muchas organizaciones fascistas surgidas en aquellos días, anunció que "la primera meta ha sido alcanzada". Daladier fué sustituído por Doumergue, antiguo Presidente de la República y candidato de los partidos de derecha.

Los socialistas fueron los primeros en comprender la gravedad de lo sucedido. El partido radical estaba sencillamente aturdido, mientras que los comunistas continuaban llamando "asesino" a Daladier. El 7 de febrero, la federación sindical (C. G. T.) junto con los socialistas y algunos grupos menores de izquierda, anunció, para el 12 del mismo mes, una huelga general de veinticuatro horas. A los tres días, los sindicatos comunistas (C. G. T. U.) dieron su adhesión a la huelga. Durante estos tres días fué cuando los comunistas comenzaron a darse cuenta de que los obreros franceses consideraban el incidente del 6 de febrero como un golpe fascista y de que los dirigentes del partido comunista se hallaban en peligro de ser abandonados por sus propios partidarios. Después de haber anunciado el 9 de febrero una huelga puramente comunista, los comunistas cedieron a la contínua e irresistible presión de los obreros y se sometieron a la dirección de la C. G. T. y de los socialistas. Ninguna organización de la izquierda hubiera podido atreverse a oponer resistencia a la presión del proletariado hacia la unidad de acción. Lo que ordinariamente se censuraba como punto débil del movimiento obrero francés, a saber, la falta de organizaciones de masas bien disciplinadas se reveló en aquellos momentos como una fuente de fuerza. La lealtad al partido había impedido en Alemania el establecimiento de un frente único. En Francia, los obreros no organizados habían tomado la iniciativa. Fueron ellos quienes impusieron su voluntad a los dirigentes de las organizaciones obreras que eran relativamente débiles.

Como demostración de fuerza, la huelga general resultó un éxito

completo. Fué una huelga todo lo próxima a una participación del cien por ciento de los obreros como puede serlo una huelga general, y respondió perfectamente a las intenciones de sus autores. Cientos de miles de socialistas y comunistas se manifestaron, convocados cada uno por su partido, pero juntando sus fuerzas en el corazón de París. Así nació el "frente común" de socialistas y comunistas. Para establecerlo de modo definitivo, los dos partidos entraron en negociaciones que resultaron lentas. El 27 de agosto se firmó solemnemente un "pacto pro acción unida".

El partido socialista aceptó el pacto por una mayoría aplastante. La minoría disidente estaba encabezada por Frossard, uno de los fundadores del partido comunista francés, que se había separado de sus amigos al comenzar a inmiscuirse el "Comintern" en los asuntos internos de los comunistas francés, y que posteriormente se había unido al partido socialista. Frossard temía que éste, al cooperar con los comunistas, "se separara de la democracia". Los comunistas que habían reconocido, por su aceptación del pacto, la fuerza de la presión de las masas, se vieron obligados a admitir que los mutuos ataques se suprimiesen durante el período de acción común. En los tiempos de las primeras maniobras comunistas de "frente único", tales ataques habían constituído la finalidad principal de sus ofrecimientos.

Mucho más difícil resultaba una cooperación entre socialistas y comunistas en escala internacional. En febrero de 1933, la Internacional Obrera Socialista había hecho a la Internacional Comunista ciertas proposiciones "tendientes a un convenio sobre una defensa unida contra el fascismo". Anticipándose a la firma de tal convenio, la I. O. S. "recomendó a sus partidos afiliados que no celebrasen ningún pacto local." Mas por entonces los comunistas se habían negado a aceptar la invitación "social-fascista", prefiriendo continuar su vieja práctica de buscar acuerdos de "frente único" con los obreros socialistas a fin de incitarles contra sus dirigentes.

Hacia 1934, el "Comintern" y la Internacional Socialista habían cambiado de posiciones: el Partido Laborista inglés y los socialdemócratas holandeses y escandinavos no querían saber nada de negociaciones con los comunistas, mientras que Moscú se mostraba dispuesto a un

entendimiento con la I. O. S. Cuando, el 15 de octubre de 1934, Emile Vandervelde y Friedrich Adler, el presidente y el secretario de la Internacional Socialista, se entrevistaron en Bruselas con Marcel Cachin y Maurice Thorez, delegados del "Comintern" con objeto de discutir una ayuda a los mineros asturianos que acababan de sublevarse, los representantes socialistas no estaban en condiciones de contraer ningún compromiso. Una reunión de la ejecutiva de la I. O. S. no pudo ponerse de acuerdo sobre la respuesta definitiva que debiera darse a los comunistas. Con la mayor dificultad se llegó finalmente a una transacción, con protesta de León Blum, entre los socialistas españoles, representados por Del Vayo, los austríacos y algunos otros grupos. Ya que en Francia se había establecido un "frente común", la Internacional se inclinó ante el hecho consumado. Si bien resultaba imposible entablar negociaciones internacionales con la misma finalidad a causa de la resistencia de los ingleses, holandeses y escandinavos, se logró, sin embargo, que la I. O. S. invirtiera su posición anterior declarando a los partidos afiliados "libres de obrar, en esta cuestión, de acuerdo con su completa autonomía" (esto es, la del partido socialista dentro de la Internacional). El camino estaba, pues, abierto a una acción socialista y comunista común en cualquier país donde los socialistas la aceptasen. Pero tal gesto representaba un visible debilitamiento del control ejercido por la Internacional Socialista sobre sus afiliados: a diferencia del disciplinado "Comintern", los partidos socialistas hicieron públicas sus disensiones internas en una cuestión vital.

En Francia, el "frente común" no fué aclamado, de ningún modo, con un entusiasmo unánime por los dirigentes de los dos partidos obreros. Al principio, entre febrero y julio de 1934, los socialistas tomaban la iniciativa, mientras los comunistas vacilaban. En febrero, estos últimos habían cedido a la presión de las masas, pero por entonces Moscú aún no había ratificado la nueva política y los dirigentes comunistas resistieron en la medida en que se lo permitió la masa de los miembros de su partido. La prensa comunista, en particular la revista teórica del partido, los *Cahiers du bolchévisme,* continuó vituperando a los líderes socialistas. En julio, consagrada la nueva política

por el "Comintern", los comunistas franceses comenzaron a manifestar un sincero entusiasmo por el "frente común". Pero a estas fechas los socialistas ya se mostraban considerablemente más fríos. No solamente el ala derecha, bajo su nuevo jefe, el ex comunista Frossard, sino también León Blum parecía escéptico. Blum admitía, sin embargo, que los obreros destruirían cualquier organización proletaria que se opusiera a la nueva corriente.

"Las masas populares no habrían comprendido —escribía Blum, el 25 de febrero de 1935, en su período *Le Populaire*,— y hubieran llegado a mostrarnos hostilidad. Existía también el peligro de una escisión en el partido... La acción unida ha sido, y tal vez siga siendo, objeto de aprensiones, pero era, no obstante necesaria o, si se prefiere, inevitable."

El recelo de los socialistas era aún más comprensible si se consideraba la rapidez de la conversión comunista. Pero por lo pronto no había en las actividades de los comunistas casi nada que justificase el reproche de una violación del pacto. Al contrario, se lanzó, incluso, la idea de una fusión de los dos partidos, aunque de hecho ambas partes se conducían de una manera que puede caracterizarse de modo más certero como una maniobra para conquistar posiciones. La "unidad orgánica" (unidad por fusión completa) se convirtió en una divisa de las manifestaciones obreras tan frecuente y entusiasta como lo había sido la "unidad de acción" antes de agosto de 1934.

Las dos centrales sindicales, la C. G. T. y la C. G. T. U. comunista fueron unificadas efectivamente. León Jouhaux, el presidente de la C. G. T., conservó su cargo como jefe de la nueva organización.

Se hicieron tanteos para extender la alianza obrera a otros grupos, particularmente al partido radical. A este respecto, los comunistas tomaron la iniciativa, mientras los socialistas procuraban actuar de freno. Blum no estaba convencido de que una mayoría de izquierda en la existente Cámara de Diputados fuese sólida, y menos al verse ante la grave situación financiera del país. Anticipando las elecciones de 1936, Blum abogaba por una cooperación de la que pudiese nacer una Cámara con una mayoría de izquierda definitiva y capaz de trabajar sin estorbos. Pero una victoria preliminar de la izquierda

en las elecciones comunales de mayo de 1935, estimuló el plan de incluir a los radicales en la unión izquierdista y ampliar el "frente común" convirtiéndole en un "frente popular".

Símbolo y climax de esta victoria fué la elección del profesor Paul Rivet en el barrio de Saint Víctor que forma parte del hasta entonces ultrarreaccionario Barrio Latino, el distrito estudiantil de París. El cargo había sido ocupado por un tal Lebecq, uno de los cabecillas del *putsch* del 6 de febrero. En la primera votación, cuatro candidatos de cuatro partidos de izquierda distintos obtuvieron, en conjunto, 42 votos más que el candidato reaccionario. Todos renunciaron a favor de un nuevo candidato, el profesor Rivet, socialista de gran reputación científica, quien se convirtió así en portaestandarte de la izquierda unida. Aumentando su mayoría hasta 150 votos, Rivet derrotó al reaccionario Lebecq. Las elecciones en el Barrio Latino corrieron parejas con otros progresos considerables de los socialistas y los comunistas en las afueras de París.

Este triunfo fortaleció a aquellos radicales que abogaban a favor de una ruptura con los partidos de derecha y del centro. Daladier, relegado a segundo plano desde su afrentoso mutis en febrero de 1934, salió en defensa del Frente Popular y fué secundado por los llamados "jóvenes turcos", los elementos jóvenes del ala izquierda de su partido, encabezados por Pierre Cot y Jean Zay, que lograron persuadir al partido a tomar parte en una manifestación conjunta de los socialistas y comunistas, fijada para el 14 de julio de 1935, día de la toma de la Bastilla. Esta manifestación, la más grande que París había visto jamás, marcó el nacimiento del Frente Popular. Sin embargo, quedaba aún parte del camino por recorrer hasta llegar a un entendimiento real, más allá del mero entusiasmo sentimental. En materia de política internacional, cuestión más vital para los comunistas, los partidos estaban lejos de concordar. Los comunistas eran los partidarios más ardientes de la seguridad colectiva y del pacto franco-soviético, pero no mostraban un celo excesivo en pedir sanciones contra Italia que se disponía a lanzarse a su guerra contra Abisinia. Los socialistas, si defendían la seguridad colectiva, como todos los franceses pretendían hacerlo en aquel entonces, dudaban de las ventajas de

un pacto con Rusia, y parecían aún más tibios que los comunistas respecto a las sanciones contra Italia. El partido radical, en fin, que estaba menos expuesto a la competencia comunista que los socialistas, reservaba al pacto franco-soviético una acogida más cordial, pero rechazaba casi con unanimidad la aplicación de sanciones contra Italia. En tales condiciones, la izquierda no podía derrotar a Laval en el problema de su hostilidad a las sanciones. Cuando, finalmente, se logró arrastrar a los radicales hacia una rebelión contra la política deflacionista de Laval, el gabinete no tardó en dimitir. La elección simultánea de Daladier como presidente del partido radical fué simbólica del triunfo de la idea del Frente Popular entre los radicales.

No obstante la dimisión de Laval en enero de 1936, el Frente Popular estimaba que aún no había llegado su hora. Blum prefería aguardar las elecciones generales que habían de celebrarse en el mes de mayo. Los nuevos diputados de izquierda, debiendo sus curules al voto combinado de los grupos izquierdistas, se mostrarían más ansiosos de conservar intacto el bloque del Frente Popular que sus predecesores en la Cámara existente. Se invitó, por eso, al líder radical Albert Sarraut a formar un gabinete de transición.

Fué durante el gobierno Sarraut cuando el Tercer Reich ocupó Renania. Francia no dió a este acontecimiento toda la inportancia que tenía. Excepto en las provincias fronterizas, la subsiguiente campaña electoral giró en todas partes en torno al programa doméstico del Frente Popular: la defensa de la democracia contra las ligas fascistas y el restablecimiento del poder adquisitivo como remedio para dominar la crisis económica. Las consignas más populares eran las dirigidas contra "las cien familias", esto es, los pretendidos gobernantes secretos de Francia; contra los "mercaderes de cañones", o sea, los fabricantes de armamento; y contra las reducciones de salarios, llevadas a cabo en virtud de los decretos de emergencia de Laval. Bien es verdad que hubo en el programa también un capítulo dedicado a la "defensa de la paz", que contenía las fórmulas tradicionales de la seguridad colectiva, las sanciones automáticas, transición pacífica y la extensión de los convenios internacionales según el modelo del pacto franco-soviético. Pero la política exterior no desempeñó en la campaña electoral sino un papel subalterno y muy pocos de los dirigentes de la izquierda, sin hablar de las masas, se daban cuenta de todas las demás consecuencias de su propio programa.

Los comunistas hicieron más que los otros partidos del Frente Popular por crear, cuando menos, un estado de ánimo favorable a una política exterior fuerte. En mayo de 1935, cuando Laval visitó Moscú para firmar el pacto franco-soviético, Stalin aprobó abiertamente el rearme. En estos mismos momentos, los comunistas y socialistas franceses combatían el plan de Laval de ampliar a dos años el servicio militar. Después de aquella declaración de Stalin, los comunistas suspendieron inmediatamente su campaña, aunque los socialistas la continuaron. Ello constituyó uno de los muchos motivos de discordia entre los partícipes en el "frente común". Durante la campaña electoral los comunistas siguieron dóciles el fallo de Stalin: su divisa fué *¡Pour une France libre, forte et heureuse!* (¡Por una Francia libre, fuerte y feliz!) Los temas revolucionarios fueron proscritos. Los comunistas se convirtieron bruscamente en mansos progresistas y en unos patriotas ávidos de situar el origen de sus ideas en los remotos tiempos de la Revolución Francesa de 1789.

La nueva unidad del movimiento obrero rindió utilidades en las elecciones del 3 de mayo de 1936: el Frente Popular ganó una victoria decisiva, obteniendo una clara mayoría en la Cámara de Diputados. Los socialistas, con 146 diputados —una ganancia de 45— representaban el grupo director del Frente Popular. Los comunistas aumentaron su número de 10 a 72, mientras que los radicales perdieron 42 de sus 158 puestos anteriores. Blum era el jefe predestinado del gobierno venidero. Tomó posesión de su cargo el 4 de junio, en un momento en que Francia estaba atravesando su más grave crisis social.

El 15 de mayo, poco antes de formar gobierno, Blum expuso las líneas fundamentales de su política exterior. "Deseamos cooperar con todas las naciones del mundo, cualquiera que sea su política interior, en la eliminación de las causas de conflicto que pudieran conducir,

algún día, a la guerra", declaró Blum. "Deseamos trabajar con todas las naciones y en bien de todas las naciones a condición que deseen sinceramente trabajar con nosotros en la edificación de la paz. No se crea por un sólo momento que los socialistas pudiéramos soñar jamás con adoptar una actitud agresiva, con vengar a nuestros perseguidos camaradas o con destruir tal o cual régimen. No creemos, como lo hacían nuestros antepasados de 1792 y de 1848, que la guerra pueda tener una virtud liberadora y revolucionaria. La rechazamos de modo absluto".

El temor a ser sospechoso de desear la guerra por la causa del antifacismo o para vengarse del antisemitismo sería un factor dominante en la política internacional de Blum.

Otra gran corriente que pasaría por todos los actos de la política exterior de Blum y de su Ministro de Relaciones, Yvon Delbos la constituiría el deseo de la más íntima colaboración con Inglaterra. Jamás la amistad franco-británica había sido tan entrañable como bajo el gobierno de León Blum, quien llegó a ser un héroe popular en Londres. Mientras Inglaterra y Francia obraran de concierto, pensaba Blum, no habría guerra en Europa. La paz dependía, en su opinión, del éxito o fracaso de los frenéticos esfuerzos de Hitler para meter una cuña entre las dos democracias occidentales. En la práctica, la colaboración franco-británica se pareció mucho a una subordinación del gobierno del Frente Popular francés a los gobernantes conservadores de Gran Bretaña. Así principió la fatal política que durante algún tiempo hizo actuar a Francia como si fuese una colonia inglesa.

La ventaja principal que trajo a Blum su dependencia de la dirección británica residió en que así pudo cargar a Londres con la responsabilidad por el fracaso del experimento de las sanciones. De esta manera, Blum logró apaciguar, hasta cierto punto, a aquellos de sus partidarios que pedían una política enérgica de acción colectiva contra la agresión italiana; pues nadie podía esperar de Francia que se mostrara en este caso más apegada a la Sociedad de Naciones que los ingleses. Poco antes de asumir el gobierno, Blum había abrigado aún alguna esperanza de una transacción que salvara a la Sociedad de Naciones. "Haremos cualquier esfuerzo —escribía— para salvar

cuanto se pueda del derecho internacional en el asunto abisinio". Mas cuando, el 16 de junio, el gabinete británico abandonó las sanciones sin más rodeos, Francia imitó alegremente su ejemplo. Tanto los conservadores franceses como gran parte de la izquierda esperaba que este paso estuviese seguido por una reconciliación completa con Italia y que Mussolini volviese a encargarse de la "guardia en el Brenero" que defendía la independencia de Austria. Lo que sucedió en realidad fué todo lo contrario. Una vez levantadas las sanciones, Mussolini se creyó en libertad de colaborar sin reservas con Hitler.

El pacto austro-alemán que ponía en grave peligro la defensa de Austria contra el Reich, fué el primer fruto del entendimiento entre Italia y Alemania. El segundo, la abolición de la constitución democrática de Danzig, garantizada por la Sociedad de Naciones, por el senado nazista de la ciudad libre, le siguió en una semana. La respuesta francesa fué una visita a Londres de Blum y Delbos y un esfuerzo para cimentar las relaciones anglo-francesas más sólidamente. Los aliados no habían abandonado la esperanza de un acuerdo con Alemania, de algún nuevo Locarno para sustituir el viejo tratado que Hitler acababa de romper. Llegaron incluso a considerar seriamente, en caso de éxito, "una ampliación del área de la discusión" con Alemania, lo que significaba la firma de pactos de seguridad para la Europa Oriental.

La contestación de Hitler fué aterradora. El dictador declaró que no negociaría jamás con los rusos. Al cabo de unas pocas semanas Francia descubrió que Alemania había ido más allá de un mero rechazo de negociaciones diplomáticas. Hitler se estaba moviendo con rápidez. La guerra civil española iba adquiriendo el aspecto de una guerra de intervención germano-italiana.

El 23 de junio, Yvon Delbos dijo en la Cámara que Hitler había manifestado con frecuencia su deseo de mantener relaciones amistosas con Francia. El Ministro de Relaciones de León Blum prosiguió: "No pretendemos dudar de las palabras de un hombre que conoció durante cuatro años los horrores de las trincheras."

Hitler comprendió entonces que no había nada que temer del gobierno de Frente Popular francés. La guerra de España y Austria

demostraría que tenía razón al pensar así. Las democracias seguían bajo el encanto de las ilusiones pacifistas. Con la guerra de España el pacifismo democrático, compartido por extensos sectores del movimiento obrero, llegaría a su climax.

CAPITULO XIX

LA GUERRA EN ESPAÑA

1

CUANDO en julio de 1936 las tropas del general Franco se sublevaron en Marruecos y en España, el gobierno español se hallaba en un estado de parálisis casi completa. La alianza de los partidos de izquierda que cuatro meses antes había ganado su gran victoria se vió debilitada de modo decisivo por la defección de los anarquistas y las luchas intestinas entre los socialistas. Al día siguiente de las elecciones, los anarquistas, cuyos votos habían contribuído al triunfo de los partidos gubernamentales, se habían retirado a su posición tradicional de hostilidad hacia cualquier política parlamentaria. En el seno del partido socialista, el grupo más grande de la coalición, las disputas faccionarias habían llegado a su climax. La breve historia de la República Española, llena de violentos conflictos de partido, había sembrado las semillas de la parálisis del gobierno republicano y de la guerra civil.

En abril de 1931, el rey Alfonso XIII se había visto obligado a huir al extranjero como consecuencia del triunfo republicano en las elecciones municipales españolas. Su abdicación fué el resultado final de un pacto firmado el 17 de agosto de 1930, en San Sebastián, por los socialistas, los republicanos —incluyendo su ala conservadora— y los grupos catalanes de izquierda. El convenio establecía un plan de acción revolucionaria contra la monarquía y estaba reforzado por la promesa de la federación de sindicatos socialista, la U. G. T., de proclamar la huelga general en cualquier momento en que lo desease la junta revolucionaria. Los candidatos nombrados mancomunadamente por los partidos de la coalición en las elecciones municipales de abril del año siguiente, triunfaron prácticamente en todas las ciudades, mientras que el campo seguía fiel a la monarquía. Esta se de-

rrumbó, ante tal derrota, sin siquiera ofrecer resistencia. En medio de una oleada de entusiasmo republicano se instauró el régimen democrático.

En el momento del triunfo electoral, los comunistas consideraban todavía la lucha contra los "social-fascistas" su tarea principal, y, por ende, se sustraían e incluso se mostraban hostiles al movimiento democrático. En una conferencia del partido, se decidió "combatir con máxima energía los intentos del ala derecha y de la izquierda de los social-fascistas, quienes, con la ayuda de sectores importantes del movimiento anarquista (Pestaña), trataron de formar un frente unido con la burguesía liberal y republicana." Tal amenaza, sin embargo, apenas si tenía consecuencias, proferida como lo fué por un partido insignificante numéricamente y que, por añadidura, estaba sacudido por una sucesión de crisis internas ya que se expulsaba a un grupo tras otro por trotzkista, calificación que daban los comunistas por entonces a todo deseo de un frente único con los socialistas.

A los tres años de su nacimiento, la República se halló en mortal peligro. Habían entrado a la mayoría gubernamental ciertos grupos católicos-fascistas acaudillados por Gil Robles y con opiniones similares a las de la dictadura de Dollfuss en Austria. Después de la experiencia de este último país, los obreros habían decidido aplastar el fascismo antes de que pudiese desarrollarse plenamente. Gil Robles, aliado de los monárquicos durante las elecciones de 1933, pero desde entonces partidario de la república, era sospechoso a la mayoría de los republicanos. Opuesto tanto a la reforma agraria como a las reformas sociales en favor de la clase obrera y a la autonomía local, Gil Robles propugnaba un programa casi idéntico al del fascismo católico austríaco.

El 5 de octubre de 1934, se declaró una huelga general contra la amenaza fascista. Cataluña, que tenía un gobierno de izquierda, proclamó su independencia. A la cabeza de la sublevación se hallaban los socialistas, pero los comunistas se unieron a ellos, pues el "Comintern" acababa de adoptar su nueva política. Sin embargo, tal solidaridad estuvo más que compensada por la indiferencia de los anarquistas, numéricamente mucho más importantes, cuya pasividad contribuyó a la derrota de la insurrección de Cataluña.

El otro centro de la sublevación fué Asturias donde los mineros lograron dominar a las autoridades. Mas aislados por la derrota de los catalanes y por la defección de Madrid, que no se había alzado, su suerte quedó sellada. Los aviones y buques de guerra del gobierno bombardearon Oviedo, la capital asturiana, y después de una prolongada y heróica defensa, los mineros fueron aplastados. Durante esta lucha fué cuando Dolores Ibarruri, "La Pasionaria", ocupó un lugar en las primeras filas del partido comunista español.

No obstante el desastre asturiano, la idea del Frente Popular progresó a paso largo. La salvaje represión que siguió a la derrota sólo logró reforzar el bloque de los socialistas y los republicanos burgueses. Los comunistas se adhirieron a esta *entente* y hasta los anarquistas se vieron obligados por la masa de sus partidarios a darle, por lo menos tácitamente, su apoyo. Las noticias de las atrocidades cometidas por el gobierno después de la derrota de los insurgentes fortalecieron moralmente a la izquierda. Un panfleto de Fernando de los Ríos, futuro embajador de España en Wáshington, que denunciaba los suplicios de los obreros capturados durante la lucha, circulaba clandestinamente en miles de ejemplares. Otro relato, cuyo autor era el antiguo ministro republicano Gordón Ordás, concluía con las palabras: "Si la República, para poder vivir, tiene que apoyarse en crímenes, entonces más vale que desaparezca en seguida antes que mancharse hasta ese punto."

Así, pues, la victoria del gobierno en la guerra civil se convirtió en una causa de debilidad. El gobierno estaba perdiendo rápidamente terreno en el país, hecho que quedó de manifiesto cuando, en noviembre de 1935, el presidente del partido socialista, Largo Caballero, fué absuelto del cargo de haber incitado a los obreros a la sublevación armada.

Bajo la dirección del oportunista Lerroux —renegado de la antigua junta conspiradora antimonárquica— y del reaccionario católico Gil Robles, el gobierno se lanzó a borrar todo vestigio de las conquistas de la República. Fué un simple retorno a un pasado inglo-

rioso, sin el menor esfuerzo sincero para edificar algo nuevo. El rencor cundió entre las masas. El odio, nacido de la cruel represión de la insurrección asturiana, fué como aceite vertido sobre las llamas.

Desde mediados de 1934, el partido socialista se estaba moviendo hacia la izquierda. La insurrección de Octubre fué, primero, resultado y luego causa de tal evolución. Anteriormente, el partido socialista español había representado una forma particularmente tímida del reformismo y Largo Caballero había sido uno de los defensores principales de su política. Cuando la dictadura de Primo de Rivera, Caballero estableció una especie de tregua entre el dictador y los sindicatos. Siendo ministro del primer gobierno republicano, no dió señales de su futuro radicalismo. Su conversión a ideas más extremas se debió, al parecer, a la decepción causada por la destrucción, bajo el gobierno Lerroux, de cuanto había realizado la República, pero probablemente también por los sucesos en Alemania y Austria. En Alemania, el fascismo había triunfado, según Largo Caballero, porque los obreros no habían ofrecido ninguna resistencia armada; en Austria, porque los obreros se habían levantado en armas cuando el fascismo ya era dueño de todas las posiciones clave. Caballero decidió que el proletariado español combatiría a los primeros síntomas de un avance del fascismo. El adiestramiento de los obreros para esta acción fué, desde entonces, su idea principal.

Aunque el centro del partido socialista, bajo la influencia de Indalecio Prieto, y el ala derecha conducida por Julián Besteiro, se opuso a ello, el partido siguió a Largo Caballero en su nueva orientación hacia la izquierda. La primera tarea consistía en ganar las elecciones de 1936. A tal efecto, los socialistas firmaron una alianza con los partidos republicanos progresistas. El pequeño partido comunista y un grupo de la oposición comunista, el Partido Obrero de Unificación Marxista (P. O. U. M.) se adhirieron también al Frente Popular. Lo que determinó la victoria electoral del 16 de febrero de 1936 fué el hecho de que los anarquistas, que hasta entonces, por razones de principio, se habían abstenido de tomar parte en las elecciones, decidieron votar a favor del Frente Popular. Entre los prisioneros políticos figuraban miles de libertarios cuya única esperanza de liberación

era el triunfo del Frente Popular. Los dirigentes anarquistas ante la presión de sus partidarios y el voto en masa de éstos contribuyó grandemente a la victoria de la izquierda.

La izquierda había vuelto al poder, triunfo simbolizado por la elección a Presidente de la República de Manuel Azaña. Esta ya no era aquella izquierda moderadamente progresista que había tomado el poder en 1931, ni aun un Frente Popular del mismo tipo que el francés. Aunque los socialistas se negaron a entrar en el gabinete formado por Casares Quiroga, el nuevo gobierno español estuvo animado con un espíritu mucho más militante que el del Frente Popular francés donde dominaban los socialistas. En cambio, el gobierno tuvo mucho menos autoridad, ya que el espinazo del Frente Popular, el poderoso partido socialista, quedó fuera del gabinete. Caballero prefería aguardar una oportunidad que permitiese al partido actuar con una fuerza no limitada por las reglas parlamentarias. Las masas —tanto las campesinas como las obreras— ya no estaban satisfechas con reformas tan moderadas como las de 1931. Insistían en cambios radicales, sobre todo en una reforma agraria auténtica.

Con 98 diputados en las Cortes, el partido socialista constituía el grupo más fuerte del Frente Popular; le seguía a poca distancia la izquierda republicana del Presidente Azaña, que contaba con 81 puestos. Los comunistas, con 16 curules, continuaban teniendo poca importancia. Dentro del partido socialista dominaba la izquierda bajo Largo Caballero. *Claridad*, el órgano madrileño de Caballero, que competía por su influencia con el monitor oficial del partido, *El Socialista*, describía la nueva política socialista diciendo que apoyarían al gobierno para ayudarle a llevar a cabo, con toda la determinación necesaria, el programa común, aun cuando este programa no les satisficiera enteramente. No darían, al gobierno, sin embargo, su confianza sin reservas, como lo habían hecho entre 1931 y 1933. La enseñanza había resultado demasiado dura y no renunciarían a su derecho de crítica a fin de mantener la vigilancia del proletariado, que ahora marcha hacia la meta final de la clase obrera, y a fin de movilizar al proletariado, a la señal más leve de un debilitamiento, contra sus aliados actuales.

En la práctica, esto equivalía a una inactividad combinada con amenazas apenas veladas de una revolución socialista inminente. Para el gabinete, la actitud de los socialistas resultó fatal. Sólo un primer ministro con habilidad y energía extraordinarias hubiera podido evitar un fiasco; Casares Quiroga, por grande que fuese su reputación, no poseía ni una ni otra de estas cualidades. Es cierto que intentó depurar al ejército de los oficiales contrarrevolucionarios. El general Franco, por ejemplo, quien había anunciado ya en febrero un inminente golpe de estado contra el nuevo gobierno, fué transferido, nombrándosele gobernador militar de las Islas Canarias. Es evidente, que el presidente del consejo creía que ésta y algunas medidas similares serían suficientes para cortar en flor los preparativos de una rebelión del ejército. En todo caso, él mismo lo proclamó así al anunciar que ya no existía ningún peligro inmediato. El 17 y el 18 de de julio, sin embargo, los generales se sublevaron.

El gabinete de Casares fué barrido inmediatamente por los que acudieron en ayuda de la república. El nuevo presidente del consejo, Martínez Barrio, quien se negó a armar los sindicatos, compartió la suerte de Casares. Giral, el tercer jefe de gobierno en un solo día —el 19 de julio— armó a las masas como pudo. Los obreros dominaron rápidamente a las tropas sediciosas en Madrid, Barcelona, y seis de las siete ciudades más grandes del país; en suma, en la mitad de España. Así, la clase obrera, representada principalmente por los socialistas y los anarquistas, fué investida por los sucesos con el poder, aunque sus jefes de partido continuaban negándose a gobernar. La sublevación de los generales obligó a los socialistas a hacer lo que en su flamante radicalismo no habían querido hacer: actuar.

La guerra civil estaba en marcha. Pronto había de convertirse en un ensayo de la Segunda Guerra Mundial.

2

El levantamiento del ejército dejó al gobierno prácticamente sin fuerza ejecutiva. Las tropas que luchaban contra los sediciosos en Madrid y en Cataluña eran, en su mayor parte, milicias de obreros

armados, pertenecientes o a la U. G. T. socialista o bien a los sindicatos anarquistas (C. N. T.). El poder real se hallaba, pues, en manos de la clase obrera donde quiera que se derrotó a Franco; pero el gobierno burgués continuaba.

Al cabo de algunas semanas, el Presidente Azaña comenzó a organizar un nuevo ejército. Tanto los socialistas de derecha como los comunistas aprobaron este paso. Estaba claro que la creación de una verdadera fuerza militar se imponía, ya que las inexperimentadas milicias obreras no eran iguales a las tropas de Franco. El problema político decisivo residía en la cuestión de si el nuevo ejército había de estar formado con las milicias o independientemente de ellas; la respuesta a esta cuestión determinaría la relación de fuerzas en el seno del gobierno. Si la nueva organización fuese un ejército obrero, mandado por técnicos que gozaran de la confianza de los obreros, el poder permanecería en manos del proletariado. Pero si Azaña lograse poner en pie un ejército bajo su mando supremo personal y nombrar oficiales escogidos por él, entonces las milicias habrían de perder necesariamente la mayor parte de su influencia y el poder volvería al gobierno burgués constitucional. En esta forma se planteó la cuestión de si la nueva España habría de ser una república burguesa o una república obrera.

Prieto, el rival de Caballero en la lucha por la dirección del partido socialista, estaba convencido de que la clase obrera española aún no había alcanzado el grado de desarrollo en que podía pretender al poder indiviso. Esta era la razón que le determinó a hacer suyos los conceptos del gobierno respecto a la estructura del nuevo ejército. Los comunistas coincidieron con él, aunque por motivos distintos. Ansiosa de reforzar su política internacional antinazi, el gobierno soviético deseaba ver triunfar en todas partes, y particularmente en Francia, la nueva fórmula del Frente Popular. Ahora bien, era preciso convencer a sus aliados potenciales de la sinceridad de los comunistas a convertirse, allende la Unión Soviética, en defensores de la democracia burguesa. El 22 de julio, pocos días después de estallar la guerra civil, el diario comunista londinense, *Daily Worker*, escribió: "En España, los socialistas y los comunistas lucharon hombro a hombro en batalla armada para defender sus sindicatos y organizaciones polí-

ticas, para proteger la República Española y salvaguardar las libertades democráticas a fin de poder avanzar hacia una república soviética española." Pero ya el 6 de agosto, uno de los jefes del partido comunista español, Jesús Hernández, negó toda intención revolucionaria. Escribía en *Mundo Obrero:* "Es absolutamente falso que el movimiento obrero actual tenga por objeto la instauración de la dictadura del proletariado una vez terminada la guerra. No puede afirmarse que nuestra participación en la guerra tenga un motivo social. Los comunistas somos los primeros en rechazar tal afirmación. Estamos movidos exclusivamente por el deseo de defender la República democrática." [1] Y la *Humanité* de París publicó la siguiente declaración oficial: "El comité central del partido comunista de España nos encarece informemos al público, en contestación a los fantásticos y tendenciosos relatos publicados por ciertos periódicos, que el pueblo español no está luchando por la dictadura del proletariado, sino que sólo conoce una meta: la defensa del orden republicano, respetando al mismo tiempo la propiedad privada." [2]

Largo Caballero se opuso a la creación de un nuevo ejército independiente de las milicias. Declaró, el 20 de agosto, en *Claridad:* "Pensar en otro tipo de ejército que sustituyese a quienes están luchando realmente y controlan, en cierto modo, su propia acción revolucionaria, es pensar en términos contrarrevolucionarios." El artículo citaba, a continuación, a Lenin contra los comunistas y sacaba la conclusión de que los socialistas habían de "tener cuidado de que las masas y el mando de las fuerzas armadas, que deberían ser, ante todo, el pueblo en armas, no se nos deslicen de entre las manos." [3] Ello concordaba con la posición de Caballero a favor de una dictadura del proletariado, formulada en el nuevo programa de la organización socialista de Madrid —adicta a Caballero— de abril de 1936. Tal dictadura, decía el programa, había de ser ejercida por el sólo partido socialista, ya que éste representaba la aplastante mayoría de la clase obrera no-anarquista.

[1] *Morrow, Revolution and Counter-Revolution in Spain*, p. 33.
[2] *Ibid.*
[3] *Ibid.*, p. 37.

Existía, pues, entre Prieto, los socialistas de derecha y los comunistas una especie de coalición contra una revolución proletaria; mientras que el ala "caballerista" dentro del partido socialista y la oposición comunista del P.O.U.M. —constituída bajo la hegemonía trotzkista, concentrada en Cataluña y dirigida por Andrés Nin y Joaquín Maurín— deseaban transformar la guerra en revolución proletaria. Gracias a la influencia rusa, el partido comunista, aunque el más pequeño de estos grupos, después del P. O. U. M., pronto habría de desempeñar un papel decisivo.

El 30 de julio de 1936, seis misteriosos aviones volaron sobre Argelia. Uno se estrelló, otro hizo un aterrizaje forzoso en suelo francés. Los oficiales franceses no tardaron en descubrir que se trataba, en ambos casos, de aviones militares tripulados por oficiales italianos que habían sido movilizados para el servicio en España tres días antes de estallar la guerra civil. La "Internacional" fascista actuaba. ¿Dónde estaba la solidaridad de la izquierda?

Razones de peso aplastante obligaban al gobierno de Frente Popular francés a ayudar a los republicanos españoles. De acuerdo con las leyes internacionales, los ciudadanos y el gobierno franceses "estaban autorizados para suministrar material bélico al gobierno de Madrid que, a los ojos de la ley, era un gobierno legítimo empeñado en suprimir una rebelión ilegal." [4] Los partidos gubernamentales de Francia no podían menos que simpatizar con Madrid ya que unos gobiernos idénticos ideológicamente ejercían el poder en ambos países. Hasta los patriotas conservadores franceses debían desear el triunfo de Madrid, pues una victoria de Franco como resultado de una intervención de Italia y Alemania significaría una grave amenaza para la seguridad de Francia.

Desde el principio, empero, la guerra civil española dividió a Francia en tres facciones opuestas una a otra de modo irreconciliable: el grupo pro-franquista, la extrema izquierda solidaria con los republicanos, y un numeroso sector pacifista y, por ende, prácticamente

[4] Arnold Toynbee and V. M. Boulter, *Survey of International Affairs*, 1937, vol. II, "The International Repercussions of the War in Spain" (1936-37). Oxford University Press, 1938 (Royal Institute of International Affairs).

neutral. Los partidos de derecha, pasando por alto los intereses nacionales de Francia, asociaron la lucha de Franco contra el Frente Popular español a su propia oposición al gobierno Blum. En consecuencia, los grugos "nacionalistas" de la derecha embistieron, casi unánimemente, contra toda ayuda al gobierno de Madrid, aun a riesgo de permitir a Alemania e Italia tomar pie allende los Pirineos bajo el disfraz de un triunfo de Franco. Los comunistas franceses y el grupo socialista de Jean Zyromski pidieron una intervención inmediata a favor de los republicanos mediante transportes de armamento y de municiones en gran escala. El grito de *Des avions pour l'Espagne!* (¡Aviones para España!) se convirtió en divisa principal de los elementos más activos del Frente Popular. Pero en la izquierda no había unanimidad. Muchos radicales se mostraban hostiles a una ayuda drástica para España por temor a complicaciones internacionales y a una agravación peligrosa de la tensión interna de Francia. Las tendencias pacifistas eran particularmente fuertes entre los socialistas, debilitando su posición oficial en pro de la República Española. La federación parisina del partido socialista, controlada por Marceau Pivert y sus partidarios medio pacifistas y medio trotzkistas, lograron el milagro de combatir la demanda de un desarme completo de Francia con una campaña a favor de una ayuda francesa a España.

Estaba claro desde el primer día a donde iban, en las cuestiones internacionales, las simpatías de Franco. Y sin embargo, las consideraciones de política nacional tenían más peso, en la mente de los conservadores franceses, que los intereses de su propio país. No bien había estallado la guerra civil, cuando la prensa derechista francesa comenzó a atacar al gobierno por abastecer de armas a los "rojos" españoles. Las informaciones sobre la ayuda italiana y alemana a Franco fueron puestas en duda o suprimidas.

La presión inglesa alentó a los conservadores franceses y determinó la política oficial del gobierno de Frente Popular. Hablando de la guerra de España en julio de 1936, Sir Samuel Hoare trató al gobierno de Madrid y a los rebeldes de "facciones rivales" frente a cada una de las cuales Inglaterra había de observar neutralidad. El embajador de Gran Bretaña en París informó a Blum que Inglaterra no respaldaría a Francia si su ayuda a los republicanos españoles la pusiera en conflicto con el Reich o con Italia. La presión conservadora se hizo realmente formidable. Algunos periódicos reaccionarios apelaron abiertamente a Hitler para que impidiera una intervención de Francia a favor del gobierno español. Al publicar informaciones sobre pretendidos envíos de armas a España, proporcionaron a Hitler la justificación moral para intervenir. Tanto los radicales como gran número de socialistas se mostraron reacios a aceptar el riesgo de una ingerencia en la situación de España, especialmente después de la amenaza de Gran Bretaña de permanecer neutral en el caso de un conflicto entre Francia y las potencias fascistas. El 25 de julio, el gobierno francés decidió no exportar ningún material bélico a España, y una semana más tarde, Blum apeló a Italia y Gran Bretaña para "la rápida adopción y rigurosa observancia de un convenio de no-intervención en España". Mientras tanto, Francia abandonaba espontáneamente su indiscutible derecho, reconocido por las leyes internacionales, de vender armas al gobierno español.

Fué una decisión fatal. Al doblegarse ante la violenta presión de los adversarios de una intervención, Blum subordinó definitivamente la política exterior de Francia a la de Gran Bretaña. Puesto ante el dilema de decidir cual de las dos aliadas de Francia, Inglaterra o la Unión Soviética, había de ocupar el primer lugar, Blum optó por una Gran Bretaña que representaba la no-intervención, en vez de una Rusia que pronto anunciaría su abierta ayuda a los republicanos. No fué, de parte de Blum, una opción libre, pues sólo yendo a remolque de Inglaterra podía esperar conservar su mayoría gubernamental. La política exterior francesa se convirtió en una mera extensión de los pleitos domésticos al escenario internacional. Un semanario satírico francés pudo llamar con razón a Yvon Delbos "subsecretario de estado británico de negocios franceses". La subordinación de París a Londres tomó rasgos casi abyectos. La presión de la derecha francesa y la debilidad íntima de la izquierda en materia de política exterior, desplazaron pronto el centro de gravedad de las democracias europeas hacia aquellos ultraconservadores ingleses, cuyo símbolo era Neville Chamberlain. La decisión de Blum condujo directamente a Munich.

La política de no-intervención abrió, por vez primera, un abismo entre el gobierno de Frente Popular y por lo menos una parte de sus adictos. Si bien Blum se las arreglaba para enviar a España algunas armas y aviones —proporcionando a la prensa reaccionaria oportunidades para acusar al gobierno de violar su compromiso de no-intervención— lo poco que podía hacer en el estrecho marco de su política no podía satisfacer a los comunistas, ni a Zyromski y sus amigos socialistas de izquierda. Este último se abstuvo de atacar a Blum, prefiriendo concentrar su fuego sobre el gobierno británico y la derecha francesa, pero los comunistas y los dirigentes de los sindicatos manifestaron abiertamente su indignación. Toda la violencia de sus sentimientos se tornó contra Bllum, a quien acusaron de haber "aplicado sanciones contra el gobierno legal de España".

Desde el primer día de su actuación como primer ministro, Blum había mantenido el más íntimo contacto con la clase obrera, en un grado mucho mayor del que jamás habían considerado necesario un Ramsay MacDonald o cualquier ministro social-demócrata alemán. Tuvo, por eso, amplias oportunidades de percatarse de la reacción de los obreros ante su política española. Hacia fines de julio, cuando Blum habló en memoria de Jean Jaurès, el gran líder socialista francés, un coro de gritos de "¡Aviones para España!" interrumpió su discurso. La tirantez se hizo más intensa por momentos. El 4 de septiembre, después de una heroica defensa, la ciudad española de Irún cayó en manos de Franco. La toma de Irún se debía principalmente a la escasez de pertrechos del lado de los republicanos y el rencor del proletariado francés por la política de no-intervención de Blum llegó a su cúspide. En las provincias, los obreros se mostraban más inclinados a defender a Blum contra los ataques comunistas, pero en París las pasiones entre los elementos proletarios extremistas se exasperaron. A los dos días de la caída de Irún, Blum justificó en una reunión en masa su política española. Fué recibido con hostilidad. Pero al final de su discurso, el inmenso auditorio, compuesto en gran parte de comunistas, se mostró tan entusiasta por Blum como lo había sido antes. Ello no quería decir que estuviesen de acuerdo con su política, pero

muy pocos seguían creyendo que era un "traidor"; quedaba de manifiesto que Blum obraba, desde su punto de vista, en interés de la clase obrera francesa. "Sabéis que no he cambiado —dijó Blum—. ¿Acaso créeis que no comparto vuestros sentimientos?.... Cuando leí en la prensa la caída de Irún y la agonía de los últimos milicianos, ¿creeis que mi corazón no estaba también con ellos?... ¿Y creeis que de pronto me he vuelto incapaz de reflexión y de perspicacia? ¿Suponéis que no comprendo lo que significa todo aquello? Creedme, si he obrado como lo hice, fué porque supe que era necesario."

Si Francia hubiese enviado armamentos a Madrid —prosiguió,— otros países habrían enviado armamentos a Burgos, capital de Franco. "La consecuencia más inmediata hubiera sido una carrera de envíos de material bélico a ambos bandos. Y recordad que existen países donde todo se halla concentrado en manos de un solo hombre y donde la intensidad de la producción de armamentos y la capacidad industrial son mucho más grandes que aquí". Blum admitió que había esperado que los otros países imitasen el ejemplo de Francia, cesando en seguida las exportaciones de armas hacia España. Llegó hasta afirmar que "no existe ni una sola prueba, ni un sólo indicio circunstancial que tienda a demostrar que el convenio ha sido violado desde el día de su firma. Fué esta absolución de Italia y Alemania la que provocó, más que ningún otro punto, la crítica de los comunistas. Pero para la mayoría de los franceses, el gran argumento de Blum era éste: "¿No creeis que después de todo hemos salvado a Europa de la guerra en un momento particularmente crítico?"

Por razones diplomáticas harto obvias, Blum no mencionó la presión inglesa a favor de la no-intervención, de la que le culpaban a él, pero la mayor parte de los franceses sabía o creía saber cual había sido el papel de Londres. Incluso los sindicatos franceses, tan hostiles a la no-intervención y tan insistentes en sus demandas al gobierno de "reconsiderar su política respecto a España", añadían prudentemente: "de acuerdo con el gobierno inglés y con los demás gobiernos democráticos."

En Inglaterra, la opinión pública, si se exceptúa al pequeño partido comunista y los medios en que éste influía, se pronunció durante un año y medio casi unánimemente a favor de la no-intervención. Es cierto que inmediatamente después de estallar la guerra civil el mayor Attlee había logrado que la conferencia laborista de Londres votase una resolución comprometiendo al partido a dispensar "toda la ayuda practicable a nuestros camaradas españoles en su lucha por la defensa de la libertad y democracia de España". Ello significaba asistencia financiera —dada de buen grado por los obreros ingleses— pero no solidaridad política, la cual sólo hubiera podido consistir en una lucha contra la no-intervención. Poco después, los comunistas adoptaron consignas en contra de la no-intervención, pero los sindicatos pasaron entonces a la defensa abierta de la misma.

El 28 de agosto, un manifiesto del Partido Laborista denunció la intervención italiana, alemana y portuguesa en España y poco después se expresaron "graves preocupaciones por el retraso en la puesta en vigor del convenio de no-intervención". Italia y Alemania continuaban dilatando la firma del pacto. No obstante la manifiesta reticencia de las naciones fascistas de tomar parte en la partida, el consejo nacional laborista, que representaba el Partido Laborista, el Partido Parlamentario (el grupo de diputados laboristas) y el Congreso de Trade-Unions, aprobó solemnemente, el 9 de septiembre de 1936, la no-intervención. Tal acto, sin embargo, no impidió que los delegados laboristas y trade-unionistas presentes en una reunión común de la Internacional Obrera Socialista y de la Federación Sindical Internacional, celebrada en París a fines de septiembre, votasen la resolución oficial, documento dirigido no solamente contra las violaciones de la política de no-intervención por Alemania e Italia, sino contra el principio mismo de la no-intervención. Los delegados franceses hicieron lo mismo, aunque por lo menos algunos de ellos respaldaban en Francia la política de Blum. La situación embarazosa de las dos organizaciones internacionales de la clase obrera, cuyas secciones inglesa y francesa votaban en sus países a favor de una política y en el extranjero a favor de otra, quedó de manifiesto en el comunicado oficial de aquella reunión, publicado el 29 de septiembre. El boletín hacía constar que las dos Internacionales "reafirmaron su declaración del 28 de julio, de que, de acuerdo con las leyes existentes del derecho de gentes, se debería permitir al gobierno legal de España conseguir los medios necesarios para su defensa". Pero el mismo comunicado señalaba que "la violación de esta nueva empresa internacional (el pacto de no-intervención) por Alemania e Italia debe conducir inevitablemente a un nuevo estudio de la situación por parte de las otras potencias" —lo cual significaba, desde luego, que por lo pronto la no-intervención recibía el apoyo tácito de ambas organizaciones obreras.

La conferencia del Partido Laborista, celebrada en Edimburgo a principios de octubre del mismo año, aceptó la decisión trade-unionista a favor de la no-intervención. Después de la intervención de dos representantes españoles, Jiménez de Asua e Isabel de Palencia, se adopto una resolución en la que se pedía una investigación sobre las violaciones del convenio de no-intervención por las potencias fascistas. Si se comprobase que el pacto "ha sido violado de modo definitivo, los gobiernos francés y británico, siendo los responsables de la iniciación de la política de no-intervención, deberían tomar sin tardanza medidas para volver a reconocerle al gobierno español el derecho de adquirir armas en el extranjero". Durante la discusión, el principio de la no-intervención fué defendido por los dirigentes de los grandes sindicatos, tales como Ernest Bevin (obreros del transporte), Charles Dukes (empleados municipales) y George Hicks (construcción). Arthur Greenwood y D. R. Grenfell, hablando en nombre de la ejecutiva del partido, apoyaron la resolución. Sir Charles Trevelyan y un joven diputado de izquierda galés, Aneurin Bevan, encabezaron la oposición. Herbert Morrison, cuya hostilidad hacia la no-intervención era notoria, se dió cuenta, sin embargo, que toda oposición al "voto en bloque" [5] de los sindicatos estaba condenada de antemano al fracaso.

[5] En una conferencia del Partido Laborista, el total de los votos de un sindicato se atribuye a la votación, en pro o en contra de una resolución, de la mayoría del sindicato. La opinión de la minoría no encuentra expresión alguna en el voto.

Greenwood sostenía que al abastecer sin restricciones con armamento a ambos bandos, los que habrían de ganar a la larga serían los rebeldes y no el gobierno español. El gobierno británico, decía Greenwood, haría seguramente muy poco para ayudar a los republicanos, ya que muchos conservadores les eran hostiles, considerándolos como comunistas. Francia sola no podía competir con las poderosas industrias alemanas e italianas combinadas. Greenwood opinaba, por eso, que a los republicanos españoles les convenía más la no-intervención que el tráfico de armas ilimitado.

La ejecutiva triunfó con 1.836,000 contra 519,000 votos, pero las masas comenzaron a sentir inquietud. Menos de tres semanas después de la conferencia, Herbert Morrison atacó abiertamente la no-intervención, mientras que el mayor Attlee y Sir Walter Citrine defendieron sus esfuerzos para hacer la no-intervención impermeable.

Las divergencias de opinión entre las organizaciones obreras nacionales y las internacionales resurgieron cuando las Internacionales Socialista y sindical llamaron públicamente a todas las organizaciones obreras para que trabajasen a favor de un levantamiento del embargo declarado contra el gobierno español. La resolución, adoptada por unanimidad, señaló que la no-intervención había fracasado y declaró como "deber común de la clase obrera de todos los países, organizada política e industrialmente, hacer valer su influencia sobre la opinión pública y sus respectivos gobiernos para imponer la firma de un convenio internacional —para el cual los gobiernos francés y británico habrían de tomar la iniciativa— que restableciese la libertad de comercio completa para la España republicana". No obstante ello, los socialistas franceses se negaron en la comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara de Diputados a apoyar una proposición de los comunistas que invitaba al gobierno a abandonar la no-intervención. Una proposición análoga, de Jean Zyromsky, en febrero de 1937, en una reunión del Consejo Nacional del partido socialista, fué derrotada por gran mayoría, aprobándose la política de Blum por 4,661 contra 732 votos. Fuera de París, la mayoría de los obreros conceptuaban la no-intervención como garantía de la paz.

La no-intervención provocó en Francia un agudo conflicto entre los comunistas y los socialistas. El 23 de octubre de 1936, el gobierno soviético anunció oficialmente que "no podía considerarse ligado por el convenio de no-intervención en grado mayor que cualquiera de los demás participantes". Dos meses más tarde, los comunistas franceses se abstuvieron, por vez primera, de votar una moción de confianza relativa a la política exterior del gobierno, explicando, en una declaración pública, que si bien no estaban de acuerdo con la política española del gobierno, le darían su apoyo a todos los demás respectos. León Blum pensó dimitir, pero finalmente decidió continuar en su puesto. Los radicales favorecían abiertamente la no-intervención y los extensos grupos pacifistas dentro del partido socialista seguían respaldando a Blum. Entre la derecha, Franco era aclamado todavía como campeón del antibolchevismo. Algunos nacionalistas sinceros, tales como Henri de Kerillis, el conocido director del diario nacionalista *Echo de Paris* (relacionado íntimamente con el estado-mayor), comenzaban a dudar de si los intereses nacionales de Francia no quedarían mejor salvaguardados con un triunfo republicano. Pero la influencia de Inglaterra a favor de la no-intervención seguía siendo la clave de la situación.

4

A principios de septiembre de 1936, los republicanos españoles se percataron de que su victoria dependía tanto de la actitud de los gobiernos de Gran Bretaña y Francia como de su propio esfuerzo militar. La no-intervención era debida, en gran parte, a la creencia de los conservadores ingleses y de la derecha francesa de que el gobierno español se hallaba en manos de los comunistas. A fin de hacerles abandonar la no-intervención, era preciso convencer a la Europa Occidental de que los republicanos españoles estaban defendiendo un régimen democrático y capitalista que, aunque progresista, no dejaba de ser esencialmente un régimen burgués.

Los comunistas habían defendido tal punto de vista desde el principio de la guerra civil. Que el ala de Prieto dentro del partido socialista y los republicanos burgueses lo compartieran, era cosa na-

tural. Ahora Largo Caballero y, algo más tarde, los anarquistas se adhirieron también a este programa moderado. El 4 de septiembre de 1936, Largo Caballero asumió la jefatura del gobierno. En el nuevo gabinete estaban representados los grupos burgueses opuestos a Franco, los comunistas, ambas alas del partido socialista y, después de noviembre de 1936, los anarquistas. El presidente del consejo de ministros declaró: "Este gobierno ha sido constituído —renunciando sus partícipes de antemano a la aspiración de defender sus propios principios y tendencias particulares a fin de permanecer unidos en una sola aspiración— para defender a España en su lucha contra el fascismo." [6]

En interés de una guerra eficaz, todos los grupos del Frente Popular, excepto el P. O. U. M., estaban representados en el gobierno español desde aquel momento. Los anarquistas, aunque opuestos, por razones de doctrina, a participar en el gobierno, hicieron a un lado su credo político para salvar la República ante el avance incontenible de las columnas de Franco. Mas la entrada de los grupos extremistas de izquierda en el gobierno no significaba que la revolución social, comenzada el día en que se había armado a los obreros, tuviese que continuar y desarrollarse. Al contrario, los grupos obreros habían entrado en el gobierno con objeto de detener el movimiento revolucionario y aquél se había mostrado ansioso de tener representados en el gabinete a todos los grupos obreros, con el fin de estar revestido con la autoridad necesaria para impedir la continuación de las medidas revolucionarias. Los conservadores británicos y franceses, después de obligar al Frente Popular francés a aceptar sus puntos de vista acerca de España, lograron detener, ahora, la marcha de la revolución española. *El Socialista* de Madrid lo admitió abiertamente el 5 de octubre de 1936, explicando que las leyes de la geografía de España no son, ni mucho menos, las de la inmensa Rusia, y al definir la propia actitud había que tener en cuenta el criterio de los estados que la rodean. No había que esperar todo de la fuerza espiritual, ni de la razón, sino del saber cómo perder cuatro para ganar ciento. Había

[6] Morrow, *op. cit.*, p. 44.

que continuar esperando que cambiase la idea que se tuviera de los sucesos españoles por parte de ciertas democracias, y sería una lástima, una tragedia, comprometer estas posibilidades precipitando la velocidad de la revolución que por entonces no conducía a ninguna solución positiva.[7]

Los comunistas eran los que más se adelantaban, entre los grupos deseosos de ganar las simpatías de los conservadores británicos y franceses, hacia la República Española. Su actitud reflejaba la política exterior de la Unión Soviética. Por la presión comunista se terminó la revolución española apenas dos meses después de comenzar. Se llegó a suspender la reforma agraria y se permitió solamente el reparto de las tierras que pertenecían a franquistas notorios. En la industria se aminoró la intervención de los consejos de taller instituídos durante los primeros días de la guerra civil. El P. O. U. M. quedó casi aislado con sus protestas. Fiel a las ideas comunistas originales, que el "Comintern" había abandonado en 1934, el P. O. U. M. declaraba que sólo se podía ganar la guerra por medio de una revolución victoriosa en la España republicana. Una revolución de esta clase, predecían los dirigentes del P. O. U. M., pondría "en movimiento a las grandes masas, y podría llegar a separar el ejército franquista de sus oficiales reaccionarios; para realizar tal cosa sólo se necesita adelantar, con sinceridad y valentía, el programa de la revolución socialista". En consecuencia, el P. O. U. M. y con él la mayoría de los anarquistas insistían para ganar la guerra más con las armas políticas que con las militares, diferenciándose en esto del gobierno que, por temor a que se pudiese desorganizar la producción bélica, suspendía la acción en el campo social. La necesidad de armas y pertrechos le obligaba a asegurar la firme colaboración de sus aliados burgueses y los buenos favores de Inglaterra y Francia. Durante la crisis de septiembre de 1936, el P. O. U. M. lanzó el grito de combate: "¡Abajo los ministros burgueses!" En la Generalidad de Cataluña, sin embargo, el P. O. U. M. cooperaba con los socialistas y

[7] Morrow, *op. cit.*, p. 45.

los comunistas que habían unificado sus organizaciones al tomar parte en el gobierno.

Después de dos meses de una revolución proletaria y caótica, España se hallaba, bajo una dirección comunista socialista, de vuelta hacia una república burguesa. Una figura destacada del anarquismo, Federica Montseny, declaró: "Tanto los destinos del mundo como el resultado de esta guerra, dependen de Inglaterra." Para complacer a los conservadores británicos, los comunistas habían impuesto un curso moderado a la revolución española.

A fines de octubre, las tropas de Franco tomaron Toledo y a principios de noviembre llegaron a los suburbios de Madrid. El gobierno republicano se trasladó a Valencia. Alemania e Italia reconocieron la Junta de Burgos como gobierno legal de España. La España republicana parecía perdida.

Dos acontecimientos contuvieron la marea. Las Brigadas Internacionales —voluntarios antifascistas de muchos países— dieron al ejército español, que apenas si estaba organizado entonces, el espinazo que hacía falta para resistir las legiones franquistas. Al mismo tiempo comenzaron a llegar a Madrid las primeras armas rusas. Unas y otras juntas salvaron la capital.

Desde este momento, la influencia rusa en el gobierno republicano se hizo casi irresistible. Los soviets habrían podido desarmar a España retirando su ayuda. A cambio de la imprescindible asistencia rusa, se dió al pequeño partido comunista un poder cada vez mayor. Las tropas comunistas eran las que estaban mejor armadas de la República y, lenta pero irresistiblemente, gracias a la presión de la Unión Soviética, el partido se infiltró en la administración. Franco había acusado a los republicanos de ser comunistas cuando aún no había guerra civil. El partido comunista no era entonces más que una secta insignificante. La sublevación de los generales, lanzada contra el pretendido régimen comunista, había producido lo que pretendía destruir: el predominio de los comunistas en la España republicana.

Los comunistas españoles, aunque seguían siendo un partido relativamente pequeño, ejercieron una gran influencia, debido a la posesión de las posiciones clave de la administración, y particularmente

al control de la policía. Su flamante poderío fué aprovechado por ellos para acabar con los trotzkistas españoles. Los comunistas consideraban como tales a los partidarios del P. O. U. M. y también a los anarquistas. Esta lucha se llevó a cabo con extrema violencia y con métodos ilegales. Los trotzkistas fueron "depurados" especialmente en Cataluña, según los mejores procedimientos rusos. Los comunistas establecieron "prisiones de partido" y una "policía de partido" propias y más de un hombre sospechoso como simpatizante de Trotzki desapareció para siempre sin dejar huellas de su existencia. Entre los socialistas extranjeros, la creciente influencia de los comunistas y de la Unión Soviética provocó mucho resentimiento. Pero, mientras la frontera francesa siguiera cerrada casi herméticamente, la Unión Soviética tendría en sus manos la clave de la defensa republicana. La "no-intervención" convirtió a Rusia en el monopolista de la ayuda a España.

Los conflictos en la retaguardia de la España republicana llegaron a su climax en Cataluña, cuando, en mayo de 1937, el P. O. U. M. y los anarquistas lucharon en las calles de Barcelona contra los comunistas y socialistas unificados (P. S. U. C.). Respaldado por el gobierno, el P. S. U. C. derrotó al P. O. U. M. Los comunistas pidieron entonces la disolución del P. O. U. M. que tildaban de agencia de Franco. Caballero se negó, y los comunistas formularon toda una serie de otras demandas, dirigidas, en su mayor parte, contra el control de Caballero sobre el ejército, acusándole de ser "completamente incapaz de crear un ejército popular y de unificar el mando". El mismo hombre a quien la propaganda comunista había llamado el "Lenin español" resultaba ser ahora un gobernante inepto sólo por querer la unificación de todos los elementos proletarios y antifranquistas del país, incluyendo al grupo trotzkista. Caballero presentó un contraproyecto según el cual las dos grandes centrales sindicales, la U. G. T. y la C. N. T. tenían que constituir el espinazo del gobierno. En esta forma, Caballero pensaba poner fin a las disputas de partido pero fué abandonado por el suyo propio que cedió a la fuerte presión de los comunistas, quienes por entonces habían llegado a controlar las juventudes socialistas y comunistas unificadas. Juan Negrín formo el

nuevo gobierno en el que ya no estaba representada la facción de Caballero. En cambio, el centro socialista de Prieto fué el preponderante en el gabinete. Los comunistas habían adoptado una política de derecha, el centro y el ala derecha del partido socialista les resultaban mejor como colaboradores que el ala izquierda del partido Caballero. El retorno a la república burguesa era un hecho consumado, y —como lo formuló un autor favorable a los comunistas, los experimentos económicos extravagantes se liquidaron en vista de las necesidades bélicas, y ciertas industrias fueron descolectivizadas.

La fuerza armada, fué subordinada al poder del Estado. Los ejércitos partidaristas cayeron así bajo el control del gobierno. Fueron borrados los últimos vestigios de aquel período revolucionario que había marcado el principio de la guerra civil. El P. O. U. M. fué disuelto y sus dirigentes arrestados. La España republicana, aunque dominada por los partidos obreros, se había convertido en una república progresista controlada por el Estado, pero definitivamente burguesa, bajo la presión comunista.

Caballero lanzó una campaña contra el gobierno, pero algunos de sus más íntimos amigos se alejaron de él, entre otros Del Vayo, quien no deseaba crear al gobierno dificultades mientras durase la guerra. En octubre, Caballero fué destituído de su cargo de secretario general de la U. G. T., que fué dirigida a partir de aquel momento por los socialistas de derecha.

En una declaración hecha en 21 de septiembre de 1937, el doctor Negrín, nuevo presidente del consejo, puso de relieve que no habría "ni nacionalización, ni confiscación de propiedad extranjera . . . durante o después de la guerra civil", ya que la República dependía de la ayuda de otros países.

5

Mientras la España republicana cortejaba así a Gran Bretaña y a Francia, las democracias occidentales se sentían cada vez más apegadas a la no-intervención.

El Partido Laborista había comenzado a darse cuenta de las consecuencias de la no-intervención. En julio de 1937, el consejo nacional de dicho partido declaró que después del ensayo de la política de no-intervención durante un año el resultado era que nadie podría negar la necesidad de conceder al gobierno español el derecho de comprar armamentos en el extranjero. Desde aquel momento, el partido laborista se empeñó en hacer campañas contra la no-intervención. Se constituyó un comité destinado a propagar las demandas del partido en pro de España, especialmente el retiro de las tropas extranjeras de España y el restablecimiento de la libertad del gobierno español en cuanto a la adquisición de armas. Además, el comité lanzó un plan de ayuda práctica e inmediata. Las colectas de dinero en diversas formas dieron resultados extremadamente satisfactorios. El mayor Attlee visitó España, ¡gesto que fué censurado severamente por algunos conservadores por considerarlo como una violación del espíritu de la no-intervención! pero, a pesar de la presión hecha por el movimiento obrero, los conservadores británicos mantuvieron implacables hasta el trágico final su línea de conducta no-intervencionista.

En Francia, la mayoría del partido socialista continuó dicha política doble al defender la no-intervención en su país mientras que la combatía en los consejos del movimiento obrero internacional. Al progresar y extenderse la guerra civil, una nueva forma de justificar la no-intervención surgió entre ciertos socialistas. Al principio habían pretendido que la no-intervención les había sido impuesta por los reaccionarios ingleses y franceses, de tal modo que ellos se habían visto obligados a ceder para salvar el Frente Popular francés. Ahora, la no-intervención comenzó a tener méritos en sí misma. Ante la conferencia del partido celebrada en julio de 1937, Blum defendió su política española sosteniendo que había salvado la paz.

Admito que se han cometido errores, que hemos sufrido cierta decepción —dijo Blum—, pero os ruego ante todo, que meditéis el hecho de que durante un año Europa haya sido mantenida a salvo de una guerra general. Algún día en el futuro, los archivos descubrirán sus secretos ante vosotros o vuestros hijos y mostrarán cómo, en agosto y septiembre del año pasado, nos hallábamos bajo la amenaza, al borde

mismo de la guerra. La no-intervención ¿es una mentira? El control ¿es una ficción? ¡Sí! si queréis, mil veces sí. Y, sin embargo, no estoy seguro de que esta mentira, esta ficción no haya sido la que ha permitido evitar la catástrofe.

Un año después, en junio de 1938, el partido socialista reafirmó su posición. Esta vez, ya no pedía que la no-intervención fuese abandonada, sino que expresaba el pío voto de que fuera aplicada también, de modo eficaz, a los países fascistas.

El partido laborista se había convertido ya a la política de seguridad colectiva, pero en cambio aunque proclamaban su fidelidad a tal política, los socialistas vacilaban cada vez que se tenía que tomar una decisión concreta. La tragedia de Munich se anunció en la tragedia española.

Bien es verdad que el control de los envíos de armas, vía Francia, a la España republicana no era muy severo bajo el segundo gobierno de Blum y mientras Paul Boncour seguía actuando como ministro de Relaciones. El subsiguiente gobierno de Daladier continuó por algún tiempo el mismo curso. El cambio se produjo el 13 de junio, cuando Bonnet, el ministro de Relaciones de Daladier, obtuvo el apoyo de Chamberlain para convencer al recalcitrante primer ministro francés de que la amistad italiana tenía que ser comprada al cambio de abandonar a España. Flandin, un destacado diputado pro-hitlerista, respaldó a Bonnet. Una vez más la frontera fué cerrada herméticamente, mientras que los puertos del territorio rebelde y la frontera hispano-portuguesa quedaban sin ningún control efectivo del tráfico italiano y alemán con Franco. Los comunistas franceses protestaron, tan pronto como se enteraron, contra la decisión que se mantenía en secreto por el gobierno de cerrar la frontera completamente, y los socialistas imitaron también su ejemplo. Pero la suerte de España estaba sellada. Los gobiernos de Gran Bretaña y Francia se habían resuelto a no intervenir en el curso de los acontecimientos. Ya era tarde para cambiar esta política, por mucho que Blum lo hubiese querido. Los socialistas y los comunistas se vieron impotentes para cambiar la política exterior francesa.

En Francia, la no-intervención se halló por última vez bajo el fuego de sus adversarios a principios de 1939, después de que Mussolini había lanzado su campaña por "Djibuti, Túnez y Córcega". En aquel momento los radicales comenzaron a dudar de que pudiesen fiarse de las promesas que Mussolini hacía de retirarse de España una vez estuviese asegurada la victoria de Franco. La importancia de las Islas Baleares para el mantenimiento de las comunicaciones de Francia con su imperio fué objeto de vivas discusiones. Cuando las tropas de Franco se hallaban casi a la vista de Barcelona, Blum hizo un supremo esfuerzo para salvar la República española. El 17 de enero de 1939, el líder socialista declaró en la Cámara de Diputados: "Si pudiese creer que la política de no-intervención podría ser llevada a cabo honradamente, no cesaría de pronunciarme a su favor. Pero ¿cómo puede uno aceptar un arreglo que nos ata las manos mientras que los otros disfrutan de completa libertad de acción? Los gobiernos británico y francés o deben denunciar el pacto de no-intervención o modelar su conducta según la de los demás signatarios. Y la Cámara debe tomar una decisión sobre este punto." Blum fué apoyado por Izard, un joven diputado socialista novato cuyos discursos en la Cámara despertaban un interés considerable. Izard demostró que la influencia de Mussolini en España colocaba a la falange fascista en posición clave a expensas de los "nacionalistas españoles auténticos". Así, aun después del retiro de las tropas italianas, España sería gobernada, por unos hombres completamente dominados por la influencia italiana. "El señor Chamberlain —agregó Izard —ha provisto a Mussolini con una formidable arma de presión contra nosotros."

El 26 de enero, cuando Bonnet contestó en nombre del gobierno, Barcelona había caído. Los restos de un ejército que había luchado valientemente por una causa perdida afluían a través de los Pirineos, sobre una Francia destinada a sentir, dentro de dieciocho meses, todo el peso de la Internacional fascista.

CAPITULO XX

EL MOVIMIENTO OBRERO CAMINO DE MUNICH

1

LA TRAGEDIA más grande de la izquierda en la guerra civil española fué el que los partidos conservadores de la Europa Occidental fuesen los primeros en comprender la conexión entre sus propios intereses sociales y políticos y su política exterior. Los llamados nacionalistas de Francia e Inglaterra se dieron cuenta de que habían de elegir, en la Europa de 1936, entre la defensa eficaz de sus intereses nacionales y la de sus intereses de clase. La protección de los intereses nacionales de Gran Bretaña y Francia les dictaba que apoyaran a la República Española, a una alianza con la Unión Soviética y a una acción contra Alemania e Italia. Mas tal política internacional hubiera fortalecido no solamente la democracia europea, sino también aquellas fuerzas progresistas que el conservador británico y el reaccionario francés identificaban como bolchevistas. Los "nacionalistas" se vieron ante la imposibilidad de reconciliar sus intereses nacionales y los de su clase, y optaron, con raras excepciones, a favor de sus inclinaciones sociales y políticas, sacrificándoles la defensa de los intereses vitales de la nación, que antes había sido reclamada por ellos como monopolio exclusivo.

Al estallar la guerra de España, los partidos de derecha de Francia e Inglaterra definieron su actitud, sobre todo al considerar los efectos que pudiese tener para sus propios intereses de clase, la victoria de uno u otro bando. No se les escapaba que un triunfo del gobierno republicano, controlado por los grupos de izquierda, socialistas, anarquistas y comunistas, robustecería las fuerzas progresistas europeas, particularmente en Francia y, quizá también, en Gran Bretaña. Esto constituía una razón suficiente a sus ojos para simpatizar con Franco.

La derecha francesa se opuso a que se tomaran sanciones contra Italia durante la guerra de Abisinia porque presentía que una derrota de su dictador podía ser motivo para dar principio a una revolución italiana. Gran Bretaña, considerada como protagonista de las sanciones, aunque era la gran aliada de Francia contra el Reich fué violentamente atacada por la prensa reaccionaria francesa. La propia Sociedad de Naciones, que antes era para los franceses un objeto casi sagrado, se vió difamada como institución de instigadores a la guerra y un periódico nacionalista, la *Action Française* la llamó "plaga". Aun cuando los "aviadores y técnicos alemanes aparecieron en la Península Ibérica y los pilotos y buques de guerra italianos se establecieron en las Islas Baleares a horcajadas sobre la línea marítima de comunicaciones entre los puertos mediterráneos de Francia y el Africa Septentrional francesa",[1] los "nacionalistas" franceses, imperturbables, siguieron tomando la causa de Franco como suya. Habían decidido menospreciar el peligro de que se hiciere una presión convergente desde la Europa Central y desde la Península Ibérica en contra de Francia y consideraron únicamente la "anarquía" en el territorio de la izquierda española contra la que Franco estaba luchando en nombre de la ley y del orden burgués o por lo menos así lo creía la reacción francesa.

En Gran Bretaña, los conservadores tuvieron que recurrir a una teoría inventada especialmente para reconciliar sus intereses de clase y sus intereses nacionales antagónicos. Se pretendió que una vez terminada la guerra, el orgullo nacional de los españoles se enfrentaría apasionada e irresistiblemente contra todos los que hubieran intervenido en los asuntos internos del pueblo español. España, alegaban los conservadores, jamás se doblegaría a obedecer a ningún yugo extranjero y aquellas naciones que más ganarían serían aquellas que cumpliesen escrupulosamente con su promesa de no-intervención sin que importase cuál de los dos bandos saliera triunfante. La no-intervención respondía, pues, al mejor interés de Gran Bretaña; el que trabajara por Franco no importaba. El hecho de que Gibraltar hubiera

[1] Arnold Toynbee and V. N. Boulter, *Survey of International Affairs*, 1937, vol. II, "The International Repercussions of the War in Spain" (1936-37), Oxford University Press, 1938 (Royal Institute of International Affairs.)

quedado en poder de los ingleses durante unos 230 años después de su intervención en una guerra que llevó a cabo la casa de Habsburgo y la de Borbón por la posesión de la corona de España, no perturbaba a quienes profesaban tal fe en la fatalidad de una rebelión española contra los intervencionistas extranjeros. La derecha europea se daba cuenta de que había llegado la hora de abandonar su papel tradicional como defensora de los intereses nacionales e imperiales contra los pacifistas y demás "traidores". La izquierda se mostró mucho más lenta en comprender la identidad de sus propios intereses políticos y sociales con los de sus países. No supo aprovecharse de la misma única oportunidad que ya había favorecido a los jacobinos durante la Revolución Francesa: la de defender sus propios intereses defendiendo los de la nación.

Entre los partidos de izquierda, el comunista fué el primero que comprendió la naturaleza de la nueva situación en que la lucha contra la Internacional fascista coincidía con la defensa de las democracias. Bien es verdad que a muchos debió parecer sospechosa la brusca conversión de los partidos comunistas a un ardiente patriotismo que tanto contrastaba con su anterior hostilidad hacia la "defensa nacional bajo un régimen capitalista" y su sagrado dogma de antaño: el "derrotismo revolucionario", es decir, el deber de la clase obrera de provocar, en interés de la revolución, la derrota de su propio país. La subordinación de la nueva línea de conducta a los deseos de Moscú era tan obvia que pocos creyeron que la conversión fuese duradera. No obstante este escepticismo, la nueva orientación de los comunistas realzó su prestigio en muchos países y Rusia se convirtió en directora de la política antifascista mundial.

Miembros de un partido internacional dirigido desde un solo centro y mediante un sistema de organización que Lenin había llamado cortesmente el "centralismo democrático", los comunistas supieron ajustarse más rápida y fácilmente a la nueva situación internacional, que las ramas autonomas de la Internacional Obrera Socialista. La influencia ejercida por esta última sobre sus afiliados había sido precaria aun con anterioridad a 1933 y el desastre alemán invalidó la poca autoridad moral que pudiera quedar a la Internacional Socialista. Dentro de los partidos socialistas, con sus vastas y bien establecidas organizaciones, la tradición y la rutina se revelaban como poderosos obstáculos para cualquier cambio de política o táctica. Era una tradición socialista mirar los "intereses nacionales" con suspicacia y el pacifismo constituía una fuerte corriente del socialismo postbélico. En Francia, una extensa sección de la unión de trabajadores de la enseñanza, sindicato particularmente influyente desde el punto de vista político, rechazaba la defensa nacional cualesquiera que fuesen las circunstancias, y oponía la divisa "más vale ser esclavo que muerto". Los pacifistas religiosos de George Lansbury retardaron la evolución del movimiento obrero inglés hacia la seguridad colectiva por algún tiempo. Los derrotistas revolucionarios del tipo leninista habían tenido acceso al partido socialista francés —especialmente en París— y permanecieron fieles a su doctrina aun después de que sus primeros defensores, los comunistas, la habían abandonado en favor del patriotismo nacional; tanto en Inglaterra como en Francia, pero sobre todo en Inglaterra, los elementos progresistas opinaban que Alemania había sido tratada con iniquidad por los aliados victoriosos. Muchas demandas alemanas y particularmente las basadas en el principio democrático de la auto-determinación se consideraban justificadas. Durante muchos años después de Versalles, los laboristas británicos y los socialistas franceses habían incorporado el ansia de Alemania por una revisión del tratado de paz y no era cosa fácil borrar tal tradición. En todas partes, los socialistas, temerosos de ser tildados de incitadores a la guerra, se sentían molestos en su nuevo papel de defensores de los intereses nacionales aunque combatiesen contra los partidos nacionalistas.

Así, pues, el ajuste de la izquierda a la nueva orientación internacional fué obstruído y retardado por fuerzas poderosas, entre las cuales la tradición era la más importante. Y aquellos cuya vocación era la de modificar el mundo se aferraban a sus tradiciones y a su rutina con más tenacidad que los llamados conservadores.

2

En 1935, el partido laborista inglés dió un paso decisivo hacia el abandono de su cándida y contradictoria combinación de pacifismo y lealtad hacia la Sociedad de Naciones, pasando definitivamente a la política de seguridad colectiva. Hasta entonces, la Sociedad de Naciones había aparecido ante los ojos de casi todos los laboristas como una fuerza misteriosa que poseía la cualidad mágica de hacer que el derecho triunfara sin recurrir a la fuerza. Pocos eran los que comprendían que la actividad de la Sociedad de Naciones bien podía envolver a la Gran Bretaña en una guerra. La adhesión a los principios de aquella parecía perfectamente compatible con un credo pacifista absoluto. Tan dulce sueño fué disipado violentamente por las sanciones contra Italia, que pusieron al partido laborista ante el dilema de elegir entre la política de la Sociedad de Naciones y el pacifismo. Como el gobierno apoyara a la Sociedad de Naciones (sosteniendo una política de seguridad colectiva), el partido laborista pudo seguir la dirección del mismo, pauta política que todavía acreditó más la idea existente en la mente de muchos laboristas de que sólo la clase gobernante penetraba los misterios de la política exterior. En tales condiciones, los partidos de la seguridad colectiva tuvieron una victoria fácil. Los pacifistas fueron derrotados y George Lansbury renunció como jefe de partido.

La guerra de España enfrentó al movimiento obrero inglés con la necesidad de persistir en la política de seguridad colectiva frente a la posición no-intervencionista del gobierno. Durante cierto tiempo, esta tarea le pareció estar por encima de sus fuerzas. El hecho de que León Blum y su Frente Popular francés aparecieran como autores de la no-intervención ante el mundo, imposibilitaba peligrosamente a aquellos laboristas conscientes que comprendían que este asunto planteaba una prueba crucial para la fidelidad del partido en vistas a su nueva política internacional. Algunos dirigentes del partido, y sobre todo los dirigentes de los sindicatos, se inclinaban a sobreestimar la fuerza de las simpatías existentes entre los ingleses en favor de Franco al grado de retroceder ante la perspectiva de luchar solos en contra del gobierno. El movimiento obrero inglés necesitó un año entero para

entender la realidad: que sus propios intereses eran idénticos a los de la nación británica y que esta similitud de puntos de vista les ofrecía una magnífica oportunidad para hacer presión en el gobierno.

Aun antes de llegar a esta fase, el partido había modificado su oposición tradicional a la política de armamento. Antes, el partido laborista se había mostrado hostil hacia cualquier medida de rearme, propugnando un desarme internacional sin tener en cuenta cual pudiese ser la situación internacional. Esta política fué desechada en la conferencia del partido de 1936, cuando el ejecutivo hizo votar una resolución declarando que la fuerza armada de los países leales a la Sociedad de Naciones tenía que ser condicionada por el poderío bélico de los agresores potenciales. De acuerdo con tal concepto, la política del partido laborista debía tender al mantenimiento de un ejército defensivo que correspondiera a las obligaciones de cada país como miembro de la Sociedad de Naciones. Pero en vista de los deplorables antecedentes del gobierno, el partido laborista manifestó que rehusaba aceptar la responsabilidad de un programa de rearme que se basara en motivos puramente de competencia. Ello significaba que el partido consentía el rearme como principio, sin considerarse obligado a votar créditos militares a un gobierno cuya política exterior reprobaba. Bien es verdad que por entonces la oposición del partido a la política gubernamental era muy débil, tan débil que casi se convertía en un verdadero apoyo, particularmente durante el período en que aceptaba la doctrina de no-intervención de los conservadores. Sin embargo, aquella fórmula proporcionó al partido una excusa para continuar su práctica, consagrada por el tiempo, de votar contra los créditos militares mientras aceptaba el principio de rearme. Este esfuerzo que se hizo para reconciliar a los pacifistas de dentro del partido fracasó. Durante el acalorado debate que siguió a la lectura de la resolución, Hugh Dalton, que había sido el ponente en la conferencia, defendió el argumento de que frente al rearme fascista la Gran Bretaña tenía que rearmarse también con el fin de defender la democracia. Los síndicatos, ansiosos de llegar a un entendimiento con el gobierno sobre las industrias de armas, se pronunciaron en favor del apoyo sin reservas a su política de rearme. Ernest Bevin, hablando en nombre de la

unión de los obreros de transportes, pidió a la conferencia una declaración en este sentido. Los pacifistas y la izquierda, encabezada por Sir Stafford Cripps, volvieron a atacar a la ejecutiva del partido, aunque por razones distintas. No obstante, la resolución fué votada obteniéndose una mayoría de tres contra uno.

El año siguiente marcó el paso del partido hacia la lucha abierta en contra de la política de no-intervención en la cuestión española. Así sucedió que mientras el gobierno y la oposición se aseguraban la defensa de la seguridad colectiva, el partido laborista divergía de la política gubernamental en cuanto al asunto de España. Una declaración publicada por el consejo nacional del partido en septiembre de 1937 ponía de manifiesto que cualquier gobierno laborista que actuase en aquel momento debería armarse poderosamente para poder defender el país, para desempeñar plenamente el papel que le incumbía respecto a la seguridad colectiva y resistir ante cualquier intimidación que las potencias fascistas pudieren hacer para frustrar el cumplimiento de sus obligaciones. Esta declaración preparó el camino para que se aceptase plenamente por el partido el rearme británico, sin que se tuviera en cuenta la actitud crítica hacia la política exterior del gobierno "nacional". Hacia 1937, sólo continuaban en desacuerdo con la política de la ejecutiva Lansbury y su grupo pacifista, mientras que Sir Stafford Cripps se abstenía de toda oposición. Este fué elegido miembro de la ejecutiva junto con el profesor Harold Laski y D. N. Pritt quienes estaban de acuerdo en lo esencial, con el primero. La ejecutiva obtuvo una mayoría de diez contra uno; los votos a favor del punto de vista de los pacifistas no pasaron de unos 250,000.

Cuando en Febrero de 1938, la cuestión del apaciguamiento motivó la dimisión del Ministro de relaciones exteriores, Anthony Eden, el gobierno ya no pudo mantener que perseguía una política de seguridad colectiva. Los grupos de dentro del partido conservador que entonces asumieron la dirección eran partidarios de colaborar con la Alemania nazi y la Italia fascista para levantar un dique contra aquellas corrientes progresistas que ellos designaban sin distinción como bolchevistas. Desde este momento, el partido laborista pudo combatir al gobierno no solamente a raíz de dos o tres incidentes, sino a causa de toda

su política exterior. Tanto el apaciguamiento de Mussolini como la constante comedia de la no-intervención fueron objeto de violentos ataques. Un manifiesto del Partido Laborista publicado en aquel mismo mes, declaraba que el gobierno había violado la conciencia de la Nación y perdido el derecho para reclamar apoyo; y que aquel no era el momento para hacer concesiones a los dictadores. Necesitaban la clara declaración de que la Gran Bretaña se manifestaba en favor del fortalecimiento de los tratados contra la violencia desaforada y contra la ingerencia agresiva en los asuntos internos de estados independientes (una alusión a la guerra civil española y el ultimátum de Hitler al Canciller austríaco, Schuschnigg). En particular, se debía asegurar a Checoslovaquia sin tardanza que Gran Bretaña y las demás potencias de la Sociedad de Naciones hacían honor a sus compromisos de defender su integridad e independencia. Era en esta política donde residía la única verdadera esperanza de poder evitar una guerra general en Europa.

La inminente catástrofe austríaca y la amenaza nazi a Checoslovaquia fueron anticipadas claramente por el partido laborista. Este, sí estaba dispuesto a correr riesgos con el fin de impedir una guerra, aunque no creía que la guerra se pudiese convertir en realidad. Y en efecto, no hubiera estallado de haber sido cortada en flor antes de su triunfo contra Austria la agresión nazi.

3

Las tendencias de apaciguamiento fueron más marcadas en Francia que en Inglaterra durante los primeros meses de 1938. Todos los que habían pedido la reconciliación a gritos creyeron que la partida estaba ganada al ser abandonadas las sanciones. El camino estaba despejado para hacer un acuerdo con las potencias fascistas, que acabara con todo el peligro que significaba la izquierda de Francia y del resto de Europa.

En Francia, oficialmente, casi todo el mundo continuaba favoreciendo la seguridad colectiva; pero este término era interpretado de modo diferente por los diferentes partidos. Los comunistas eran casi

los únicos en pedir ayuda para la España republicana. En el seno del partido socialista, solo el pequeño grupo de Jean Zyromski apoyaba a los leales llegando hasta a reclamar decisiones que podían complicar a Francia en una guerra. En cambio, los socialistas todavía parecían unidos al considerar que cualquier agresión que se hiciera contra Checoslovaquia tendría por consecuencia el que Francia corriera en ayuda de su aliada. En una conferencia del partido obrero social-demócrata checoslovaco, en mayo de 1937, Louis Levy presentó un mensaje personal del primer ministro León Blum en el que aseguraba que Francia consideraría como un ataque contra sí misma cualquier agresión militar que se hiciera contra Checoslovaquia. Por entonces, todos en Francia parecían aprobar la promesa de Blum; seguramente todos los miembros del partido socialista, pues el congreso del partido de julio de 1937 celebrado en Marsella, reafirmó su fe en la idea de una paz indivisible mediante seguridad colectiva, y expresó la esperanza de que la Francia republicana continuaría trabajando sin reservas para establecer pactos que redundaran en garantías y en asistencia mutua. El tratado franco-checo se ajustaba exactamente a este tipo. Por cierto que el peligro que se pudiera cernir sobre Checoslovaquia parecía lejano, mientras que el problema español estaba pendiente y esto explicaba tal vez la diferencia de actitud en la izquierda francesa hacia una y otra de las dos repúblicas. La promesa de ayudar a Checoslovaquia aún no tenía aquel riesgo de guerra que suponía el asistir a la España republicana. Cuanto más remota quedaba la posibilidad de que la fidelidad hacia el principio de la seguridad colectiva pudiese significar la guerra, tanto más ardiente resultaba el deseo de abrazar las obligaciones de esta doctrina. Una explicación adicional de aquel fenómeno puede encontrarse, acaso, en la creencia de que al ayudar a Checoslovaquia Francia se hallaría unida, aunque en realidad estaba dividida por la cuestión española.

Mas la esperanza de una unidad nacional se reveló como ilusión respecto a la ayuda a Checoslovaquia. Hacia fines de 1937 y después de una visita a Berlín, Pierre Etienne Flandin, antiguo presidente del consejo de ministros, se lanzó a predicar una política de "atrincheramiento", que tendía a abandonar las posiciones francesas en el extranjero porque ya, pretendía Flandin, no podían ser defendidas. Flandin tuvo como partidarios a algunos de los elementos más reaccionarios de Francia que estaban impacientes de que se llegase a un entendimiento con el Tercer Reich para fortalecer el frente anti-progresista europeo. Los socialistas reaccionaron inmediata y vehementemente declarando que si se tuviese que adoptar la política de atrincheramiento del señor Flandin, Francia desaparecería, no temporalmente, sino para siempre del tablero de ajedrez mundial. Ello fué dicho durante un debate en la Cámara, en febrero de 1938, a pocos días del ultimátum que se dió a Austria en Berchtesgaden. Nadie sabía qué proponer para impedir el temido *Anschluss*. Yvon Delbos, que había continuado como Ministro de relaciones en el gabinete Chautemps tal como lo había sido en el de León Blum, reafirmó solemnemente la promesa francesa a Checoslovaquia. Era siempre la próxima víctima y no la presente, a favor de la cual se movilizaba la izquierda francesa.

La promesa a Checoslovaquia ponía de manifiesto implícitamente que Francia no ayudaría a Austria. Chamberlain anunció, sereno, en la Cámara de los Comunes que no se debía hacer creer a los países pequeños que la Sociedad de Naciones pudiese garantizar su independencia en caso dado. Y así sucedió que las potencias occidentales, presionadas fuertemente por los partidarios del apaciguamiento, abandonaran a Austria. El camino de Viena estaba abierto al ejército de Hitler.

4

La Internacional Obrera Socialista y la Federación Sindical Internacional, cuando se reunieron al día siguiente de la invasión de Austria, expusieron la creencia que tenían de que este acontecimiento había disipado las últimas ilusiones acerca de las verdaderas intenciones de Hitler. Declararon que toda Europa estaba expuesta a una dictadura fascista que la reduciría a la miseria y a la esclavitud; tal era la situación creada por unos pocos años de errores y de temor. El movimiento obrero pedía que se pusiese fin a la política de no-intervención en España y que la independencia de Checoslovaquia fuese garantizada efi-

cazmente por medio de unas empresas precisas y positivas, tomando Francia y Gran Bretaña la iniciativa.

Francia, según señalaba esta resolución, se hallaba expuesta de modo particularmente grave a la amenaza fascista desde España, el Danubio, las Islas Baleares y Africa. Pero en realidad, el *Anschluss* robusteció la política de atrincheramiento de Flandin en vez de la posición de quienes, en Francia, se percataban de toda la extensión del peligro nazi. Ya se estaba preparando una campaña para que se abandonase la próxima víctima, Checoslovaquia; lo que la izquierda rechazaba con vigor. *Le Populaire, L'Humanité,* el diario de los sindicatos, *Le Peuple,* todos ponían de relieve el doble papel de Checoslovaquia como última democracia allende el Rin y como eslabón vital en la cadena de defensas francesa contra la Alemania nazi. Una voz aislada, pero significativa, que venía desde el campo de la izquierda, rompió la aparente armonía. *Syndicats,* un semanario sindical dirigido por René Belin, uno de los más influyentes entre los jóvenes secretarios de la C. G. T., adoptó una actitud francamente pacifista. Aquella revista había sido creada para combatir la influencia comunista en el movimiento sindicalista unificado y para defender el trade-unionismo puro, apolítico; más por entonces su interés se concentraba cada vez más en la defensa del pacifismo con casi los mismos argumentos utilizados por la Unión de Trabajadores de la Enseñanza.

A principios de enero, León Blum, presintiendo la inminencia de una acción nazi contra Austria, había tratado de formar un gobierno nacional, pues creía que éste sería capaz de conjurar el peligro. Su plan se había desbaratado al rechazar los partidos conservadores la insinuación de sentarse junto con los comunistas en el banco de los ministros. Ni el *Anschluss* pudo modificar su actitud, aunque esta vez, Blum llegó a sugerir un gabinete, en el que se representase "la Francia entera", según su propio término, con la única excepción de los fascistas, de aquellos que se habían excluído ellos mismos de la comunidad nacional conspirando contra las instituciones republicanas para convertirse en agentes de potencias extranjeras.

Era una idea enteramente ajena a la tradición socialista. A muchos de éstos se les antojaba que era como ir en contra de lo que se consideraba la enseñanza más importante de la última guerra, es decir que, en un gabinete donde estuvieran representados todos los partidos, la izquierda perdería, necesariamente, su influencia y su prestigio. Pero fué la izquierda socialista, la misma que había constituído el bloque del partido contra la "unión sagrada", la que comprendió la gravedad de la situación y el nuevo papel que habían de desempeñar los socialistas en los negocios internacionales. Jean Zyromski, el vocero de aquella sección de la izquierda, que había rechazado que se mezclaran el pacifismo y el derrotismo revolucionario según proponía Marceau Pivert, había llegado a desempeñar un papel importante aunque, derrotado en las elecciones generales, no figurase entre los diputados de la Cámara. Zyromski se había separado de su aliado Pivert a causa de la política internacional, y había sido uno de los primeros socialistas franceses que comprendieron la importancia esencial de la resistencia al nazismo, como factor de una política antifascista general. Era campeón de la lucha contra la no-intervención en el seno del partido durante la guerra de España, y reconocido como el mejor oficial de enlace entre los socialistas y los comunistas. Zyromski apoyó a Blum cuando propuso formar un gobierno nacional, que según decía tenía que ser el primero de este tipo que obedeciera a la dirección de la clase obrera en vez de la de sus enemigos, como lo habían sido anteriormente los gobiernos de Poincaré y Doumergue. Como España y Europa se veían amenazadas por una hegemonía fascista mientras que la clase obrera se hallaba ante la amenaza de ser expulsada de la comunidad nacional, rogaba a todos: "¡respaldad a León Blum!" Los partidarios de Pivert, que iban a salir del partido poco más tarde, fueron los únicos que votaron contra la proposición de Blum, que fué aprobada por la gran mayoría.

En cuanto al partido radical, Edouard Daladier aprobó el proyecto de Blum, que a pesar de todo fracasó. El odio hacia la izquierda tenía más importancia que la guerra contra Hitler a los ojos de la mayoría de los diputados de derecha. En balde Blum llamó la atención sobre el hecho de que, en caso de guerra, habría que tener en cuenta a un millón y medio de comunistas que estaban en el ejército y en las fábricas, y que sus propias experiencias anteriores demostraban

que él no sería dominado por los ministros comunistas. En vano Paul Reynaud y Henri de Kerillis, "nacionalistas" de derecha, pero nacionalistas antes que conservadores, dieron también su apoyo al líder socialista. Flandin se llevó la victoria, al sostener que Inglaterra se alejaría de Francia si los comunistas entraban en el gabinete. Por añadidura, la mayor parte de los diputados, sabiendo que el Frente Popular ya no era más que una sombra de sí mismo, esperaban seguirle muy pronto en el poder.

Derrotado su plan, Blum formó un gobierno de coalición de socialistas y radicales, aunque él mismo admitía que éste no era el gobierno que necesitaba Francia. Obviamente, este gobierno no correspondía a la reducida influencia de la izquierda, pero Blum esperaba, al parecer, que algún milagro haría modificar la actitud de la derecha, provocando la transformación de su gabinete en el deseado gobierno nacional. En su declaración ministerial, discutiendo la situación internacional, Blum insinuó: "que si Checoslovaquia fuese amenazada —hipótesis que él prefería descartar— ¿no se estaría en mejores condiciones para conjurar el peligro caso de poder lanzar la advertencia en nombre de toda la nación francesa?" Esta vez, el ministro de Relaciones de Blum ya no era Yvon Delbos cuya debilidad y dependencia de Gran Bretaña inspiraba temores en la izquierda, sino Paul-Boncour quien, pese a su pasado, se había ganado la reputación de ser más decidido. Blum y Paul-Boncour informaron inmediatamente a Londres que Francia combatiría por Checoslovaquia. No consultaron primero a Inglaterra tal como Yvon Delbos lo había hecho siempre, sino que sencillamente anunciaron su decisión, confiados en que Gran Bretaña imitaría el ejemplo de Francia. Como paso siguiente, Paul-Boncour intentó asegurarle a Checoslovaquia un sistema más poderoso de defensa haciendo un acercamiento más íntimo de las potencias de la Pequeña Entente y alentándolas a una colaboración militar con la Unión Soviética para prevenir el caso de una agresión alemana. También "aflojó" el control, hasta entonces severo, sobre los transportes de armas a través de la frontera franco-española. Paul Boncour, antiguo socialista que había dejado el partido amistosamente para poder continuar como delegado en la Sociedad de Naciones bajo un gobierno hostigado violentamente por los socialistas, creía sinceramente en la seguridad colectiva. En ninguna forma era un "hombre fuerte"; se fiaba más de sus dones de orador que de la acción. Sin embargo, Paul Boncour, comparado con Yvon Delbos, constituía para el gobierno una gran ventaja. Cuando, el 8 de abril, después de haber rechazado el Senado la política monetaria de Blum, Paul-Boncour dimitió junto con el gabinete, el camino estaba abierto a una política de apaciguamiento ilimitada.

El nuevo gabinete, encabezado por Daladier, rompió abiertamente con el Frente Popular. Aunque Blum abogaba por que los socialistas participasen en este gabinete, su partido se negó; no obstante, Blum continuó fingiendo que el Frente Popular era aún un elemento viviente. Se aferraba de un modo casi desesperado a su creencia de que el gobierno nacional, que él consideraba inevitable, podría ser constituído bajo la dirección del Frente Popular con que sólo se pudiera conservar la cooperación de socialistas y radicales.

Daladier y Bonnet, el nuevo ministro de Relaciones, parecían, al principio, dispuestos a continuar la política exterior de Blum y Paul-Boncour. Daladier anunció su fidelidad hacia todos los pactos y tratados que se hubieran firmado. Los socialistas y los comunistas votaron por el gobierno. Fueron particularmente los comunistas los que pusieron una confianza entusiasta en Bonnet cuando el nuevo ministro de relaciones, inmediatamente después de haber tomado posesión de su cargo, hizo llamar al ministro de Checoslovaquia, Osuski, para ponerle de manifiesto que la posición del gobierno no había sufrido ningún cambio con relación a la Europa Central.

5

Mientras tanto, el Partido Laborista inglés se había empeñado en obligar a Chamberlain a contraer claramente el compromiso de proteger a Checoslovaquia. Aunque Chamberlain no lo hizo, el partido laborista pareció tener éxito a pesar de todo, cuando, durante la crisis del 21 y 22 de mayo, el embajador de Gran Bretaña en Berlín, Sir Nevile Henderson, advirtió a Hitler que secundaría a Francia en caso

de que Checoslovaquia fuese atacada. Tal advertencia, unida a la aparente firmeza de Francia, detuvo todos los planes agresivos que Alemania pudiera tener en aquel momento. Los socialistas británicos y franceses se apresuraron a explotar este triunfo para convencer a la opinión pública de que la guerra podría ser evitada definitivamente caso de que toda amenaza de agresión tropezara con una actitud firme. Una semana después de la crisis, la ejecutiva de la Internacional Obrera Socialista declaró:

Hace una semana, sólo la firme actitud de ciertos gobiernos logró evitar una guerra general europea. Pero una crisis aguda puede volver a producirse en cualquier momento. La experiencia reciente demuestra que si se quiere conservar la paz, es preciso hacer ahora mismo un esfuerzo supremo para organizar la defensa colectiva, sobre una sólida base, bajo la dirección de las grandes potencias miembros de la Sociedad de Naciones. Ello debe ser hecho si es que nuestro patrimonio europeo, la civilización y la democracia, han de ser salvados de una completa destrucción por la despiadada marcha de la Alemania nazi hacia la dominación del mundo.

Las fuerzas de la democracia acababan de obtener un primer éxito; si éste se debió a su vigor y no tan sólo al hecho de que Alemania aún no estaba preparada para la prueba decisiva, era cosa que quedaba por ver. Lo cierto es que el apaciguamiento resurgió bajo una nueva forma cuando en junio se entablaron negociaciones entre el gobierno de Praga y Konrad Henlein, el caudillo de los alemanes nazis de los Sudetes.

6

Después de la invasión de Austria se derrumbó en Checoslovaquia el llamado frente "activista" de los partidos antinazis alemanes. De los tres partidos alemanes que en el pasado habían colaborado en el gobierno dos abandonaron la lucha. El pequeño partido agrario alemán y la mayoría de los miembros del apenas más importante partido cristiano-social alemán se arrojaron en los brazos del nazi Henlein. Los social-demócratas alemanes, el mayor de los tres partidos,

continuó luchando, entre la población de habla alemana de Checoslovaquia, en contra de los nazis.

Su tarea era casi vana. Los pobladores de los Sudetes habían sido siempre los germanos más nacionalistas del mundo. Los Sudetes fueron la cuna del nacionalsocialismo, y allí se había efectuado, mucho tiempo antes de Hitler, la fundación del primer partido nacionalsocialista. Graves errores de los checos habían creado un sordo rencor entre los alemanes de los Sudetes y los esfuerzos para mejorar la situación fueron débiles y tardíos. Los social-demócratas alemanes del país sostenían que ciertas reivindicaciones nacionalistas y sociales que pretendía la población de habla alemana eran justificadas, particularmente desde que la crisis económica había afectado las industrias de exportación concentradas, en gran parte, en el territorio de los Sudetes. La política económica del gobierno checoslovaco, favorable a la agricultura, tendía a reducir aún más las exportaciones. No obstante, los social-demócratas alemanes creían que las reformas necesarias podrían ser realizadas cooperando con los checos. Durante una conferencia del partido, que se celebró a fines de marzo de 1938, pocas semanas después del *Anschluss,* el presidente del partido, Wenzel Jaksch, definió lo que él llamaba "las tres realidades de la política sudeto-alemana": se conservarían las fronteras estatales, la constitución democrática del gobierno checoslovaco y Praga continuaría siendo el centro económico y administrativo del país. El partido, naturalmente, basaba su política en la confianza de que Francia e Inglaterra no abandonarían nunca a Checoslovaquia.

Henlein, a su vez, se sentía seguro del triunfo. Había obtenido las cuatro quintas partes de los votos de los Sudetes, mientras los socialdemócratas no pasaban de una pequeña minoría expuesta al terror nazi que se organizaba desde el suelo vecino del Reich y que se valía de los patronos alemanes en contra de los obreros alemanes. Después del *Anschluss,* una oleada casi irresistible de propaganda nazi envolvía la región. Pero el hecho de que los social-demócratas continuaran existiendo y combatiendo contra el nazismo, después de que los partidos burgueses habían desertado del campo de batalla, fortalecía la autoridad moral del partido. El primero de mayo se hicieron unas manifestaciones socialistas sorprendentemente poderosas y las sema-

nas siguientes confirmaron la creencia de que una resistencia enérgica y prolongada de los checos en contra del Tercer Reich podría romper también el ascendente nazi sobre los alemanes de Sudetenland. El éxito de la defensa de Checoslovaquia contra Hitler dependía manifiestamente de la fidelidad de sus aliados. Nadie lo sabía mejor que los mismos checos. Tal como confesaba Wenzel Jaksch cuando en un informe a la ejecutiva de la Internacional Obrera Socialista de mayo de 1938 decía que contaban con una paz armada hasta que llegase el otoño. Checoslovaquia poseía todas las condiciones militares, morales y económicas para llevar a cabo el penoso experimento, y que sólo la traición de sus amigos podría obligarla a capitular.

El 25 de julio, Chamberlain anunció que había invitado al vizconde Runciman a trasladarse a Praga en calidad de "consejero y mediador" oficioso.

Francia sintió inquietud, y la *Humanité* acusó a Runciman de estar predispuesto a favor de los alemanes. Pero en conjunto la izquierda se inclinaba a ver en el interés de Inglaterra por el arreglo del litigio checo, una prueba de que Chamberlain se había comprometido definitivamente a unirse a Francia en su intervención para salvar a Checoslovaquia caso de que Alemania la atacase. Hasta la izquierda, exceptuando tal vez los comunistas, estaba dispuesta a dejar que Inglaterra asumiera la iniciativa, ligándola así aún más a la causa checa. En agosto, cuando Hitler decretó la movilización, la izquierda apeló inmediatamente a Inglaterra para que reasumiese, y con mayor vigor, su posición de mayo. Nadie, entre los socialistas ni aun entre los comunistas, dudaba de que el gobierno francés cumpliese su compromiso con Checoslovaquia. Georges Bonnet a veces había sido criticado en *L'Humanité* por no dar a entender con suficiente claridad a Berlín que la integridad de Checoslovaquia era vital para la seguridad de Francia; su falta de agresividad se interpretaba como cuestión de forma, más que de esencia. La única tarea real, según la izquierda francesa, era la de mantener a Gran Bretaña en la línea de combate.

Una conferencia de los sindicatos británicos puso de manifiesto que por extendido que hubiese estado anteriormente el cándido pacifismo, entre el movimiento obrero inglés, en aquel momento prácticamente se había abandonado. Aunque la política exterior del gobierno no dejó de ser objeto de censura, el consejo aprobó la cooperación de los sindicatos con el gobierno para que se acelerase el rearme. La oposición más fuerte a esta decisión surgió de la unión de obreros de la industria de maquinaria, proponiendo que la resistencia a la política exterior del gobierno se llevase hasta el grado de negarle toda colaboración. Tan pronto como se abandonara el embargo español, aseguró el vocero de este sindicato, su organización retiraría todas las objeciones que había hecho en contra de que se acelerase el rearme.

A principios de septiembre, se puede decir que culmina la crisis. Praga, apremiada duramente por Gran Bretaña y Francia para que consintiera en un acuerdo con los nazis sudeto-alemanes, presentó sus "propuestas definitivas". La izquierda las aprobó aunque sus comentarios estaban entremezclados con expresiones de duda acerca de si las concesiones hechas a los nazis no resultarían ser demasiado grandes para no poner en peligro la defensa nacional del estado checoslovaco. León Blum escribió que la presión anglo-francesa no se debía continuar. París ya no debía actuar en Praga, sino en Londres, e Inglaterra ya no debía actuar en Praga, sino en Berlín.

Pese a los crecientes temores, persistía la confianza de que París protegería a Checoslovaquia si las cosas llegasen al extremo. Hasta *L'Humanité* declaró que los garantes de Checoslovaquia no permitían que se pusieran en peligro los tratados que los ligaban a Praga, y que desde que el gobierno francés había tomado las medidas de protección, Europa sabía que Francia respetaría su firma. Entonces sería cuando el acuerdo anglo-francés adquiriría su plena significación. Los ingleses, incluyendo la mayor parte de la izquierda, no comprendieron —como tampoco lo comprendieron los franceses— el significado internacional de las reformas internas checas, pero el partido laborista se dió cuenta, por lo menos, de que Checoslovaquia constituía la prueba decisiva para la seguridad colectiva. El consejo nacional laborista manifestó que "había llegado el momento de hacer una acción positiva e inequívoca a favor de la defensa colectiva contra la agresión y para salvaguardar la paz. El gobierno británico no debía dejar lugar a la menor duda en la mente del gobierno alemán acerca de que se uniría

a los gobiernos francés y soviético para oponerse a cualquier ataque que se hiciera contra Checoslovaquia."

En Checoslovaquia, los social-demócratas checos protestaron contra las concesiones hechas a "los nazis sudetes hostiles hacia la democracia y hacia el país". A fin de fortificar al gobierno checo en contra de una presión franco-británica prolongada, el partido reunió más de un millón de firmas para hacer una petición exigiendo que no se hicieran más concesiones a los nazis. El periódico comunista *Rude Pravo* declaró que pensar que si se accedía a las demandas de los alemanes sudéticos se salvaría la paz era un error. La paz se conservaría mientras Checoslovaquia permaneciera fuerte y soberana.

El 12 de septiembre, Hitler pronunció en Nuremberg, ante el congreso del partido nacional-socialista, un discurso amenazante que demostró cómo ninguna concesión sería lo suficientemente grande para satisfacer al Führer. En Praga, Wenzee Jaksch hablando en nombre del partido social-demócrata alemán de Checoslovaquia, le respondió, que la igualdad de derechos de las nacionalidades y una amplia autonomía administrativa podían ser logradas sin guerra. Alemania se lanzaba una vez más por el desastroso camino de la política de poder, negando la igualdad de derechos y aspirando a tener la hegemonía sobre las demás naciones. Un mundo en armas se levantaría contra la nación alemana. Los alemanes de los Sudetes serían las primeras víctimas.

Jaksch seguía teniendo fe en la ayuda franco-británica. Pero como resultado del discurso de Hitler, la derecha de Francia comenzó en serio una campaña contra Checoslovaquia. En términos casi idénticos a los usados por la propaganda nazi, su prensa denunció a Checoslovaquia como plantel del bolchevismo que se empeñaba en arrastrar a Francia a una guerra con Alemania para servir los intereses de Rusia. La reacción, consciente de los peligros revolucionarios que pudieran resultar de una guerra contra el Reich, había resuelto sacrificar a Checoslovaquia, aun arriesgándose a aislar a Francia en el Continente. También la izquierda empezó a titubear ante el aparente colapso de su teoría de la seguridad colectiva que excluía el tener que recurrir a la violencia ya que la mera amenaza sería suficiente para intimidar a

cualquier agresor. Los pacifistas volvieron a atacar el principio de la seguridad colectiva. La unión de empleados de correos, telégrafos y teléfonos abrió el fuego sobre las posiciones de la Confederación General del Trabajo (C.G.T.) que continuaba pidiendo energía. Los empleados de correos se oponían a la actitud de la C.G.T. en nombre del "internacionalismo proletario y del antimilitarismo tradicional de los obreros". Aun cuando tuviesen que marchar solos, decía su resolución, "los empleados de correos lucharían hasta el final contra todas las guerras fuesen cuales fueran sus pretextos y fuese cual fuera la actitud de los gobiernos y partidos incluyendo a la propia C.G.T. Este sindicato no quedó aislado, pues a los pocos días la Unión de Trabajadores de la Enseñanza publicó una declaración análoga, y *Sindicats*, aquel órgano de sindicalistas anticomunistas, se solidarizó con los pacifistas. El vocero oficial de los sindicatos, *Le Peuple*, *Le Populaire* y *L'Humanité* mantuvieron su posición intransigente durante algunos días más. El 14 de septiembre, León Blum propuso el envío de fuerzas de policía inglesa y francesa a los Sudetes con el fin de impedir más incidentes.

Al día siguiente, Chamberlain voló a Berchtesgaden. En Londres, la izquierda mostró ante este juego una candidez asombrosa. El *Daily Herald* del partido laborista le deseó "suerte" y habló de un "paso audaz" que "recibirá la aprobación general". La izquierda creía que el primer ministro había emprendido su viaje por avión para impresionar a Hitler con la decisión de lucha que tenía la Gran Bretaña. El *Daily Herald* declaraba que el propósito no sería ni podía permitirse que fuese entablar por sorpresa un convenio privado. Herbert Morrison continuaba previniendo contra una "paz ilusoria" preñada con "guerras futuras aún más terribles y peligrosas". Hablando ante un mitin de masas, convocado por la "Campaña Internacional en pro de la Paz", éste sugirió que los alemanes que desearan vivir en el Reich fuesen canjeados por los que estaban deseosos de salir de Alemania, dejando las fronteras intactas.

La izquierda francesa fué menos unánime en su interpretación —o, mejor dicho, en su mala interpretación— de la jugada de Chamberlain. Blum, adoptando la misma actitud que el *Daily Herald*, expresó su "admiración sin reservas". *L'Humanité*, al contrario, voci-

feró contra el viaje de Chamberlain, que sólo aumentaría el prestigio de Hitler. Gabriel Péri, el perito comunista en cuestiones de política exterior, escribió que no era la paz la que sería salvada en Berchtesgaden. La paz era inseparable de la protección de Checoslovaquia; y con el fin de organizar el sacrificio de Checoslovaquia el primer ministro había salido hacia Berchtesgaden. La frialdad manifestada por Inglaterra y Francia respecto a la Unión Soviética, en el conflicto checo, llenaba a los comunistas en todas partes de recelo hacia Chamberlain y Daladier. El órgano de los sindicatos, *Le Peuple,* fué ambiguo. Su redactor en jefe vaticinó que el viaje de Chamberlain terminaría en otra derrota para la causa de la paz. Al día siguiente, René Belin, editor de *Syndicats,* y futuro miembro del gobierno Pétain, escribió un elogio del primer ministro británico, agregando que un arreglo mediocre y aun uno malo era preferible, incluso, a una guerra victoriosa. Los comentarios de los sindicatos, en los que estaban representadas todas las tendencias izquierdistas, reflejaban así los antagonismos existentes en el seno de la C.G.T.

Apenas se conocieron los términos de la paz de Chamberlain, cuando se produjo claramente el colapso de la izquierda. Los ingleses, quebrantada por rudo golpe su extraña confianza en la fidelidad de Chamberlain hacia la seguridad colectiva —después de todo, habían atacado durante años su repugnancia a acatar este principio— protestaron violentamente contra la "ignominiosa traición". La izquierda francesa, por lo contrario, resultó completamente paralizada por disensiones internas. Mientras tanto los socialistas de los países "neutrales", con pocas excepciones, se preocupaban, sobre todo de cómo mantener sus países alejados de la guerra.

7

El 13 de septiembre, los gobiernos de Holanda y de los países escandinavos declararon en Ginebra que intentaban permanecer neutrales sin tener en cuenta lo que pudiese suceder en Europa. Al hacerlo, los gobiernos escandinavos, encabezados por socialistas, expresaban el punto de vista de los partidos obreros. Por el contrario, los social-demócratas holandeses, siendo un partido de oposición, protestaron contra la decisión de su gobierno de observar neutralidad. J. W. Albarda, presidente del partido social-demócrata de Holanda, escribió en un amargo artículo: "Creo que estamos equivocados al atribuir la culpa de las negras perspectivas (después de Munich) exclusivamente a Francia e Inglaterra." Una parte grave de la responsabilidad recaía en su opinión, sobre los países pequeños de Europa, particularmente sobre Bélgica, Holanda y los cuatro países escandinavos. La prensa socialista escandinava contestó que los pequeños países habiendo sido excluídos por las grandes potencias, durante varios años, de participar en las decisiones de los asuntos europeos, no se podía esperar que tomasen parte en unas guerras, cuyos únicos responsables eran las grandes potencias. Subsistía, sin embargo, el hecho de que los socialistas escandinavos, aunque, obligados a defender el principio de la seguridad colectiva, apoyaran ahora la determinación de sus gobiernos de permanecer neutrales en la guerra que pudiera ser provocada por la agresión de una gran potencia contra un país pequeño.

Los partidos socialistas de los pequeños países europeos habían aceptado la política de no-intervención sin entusiasmo, manteniéndola como una necesidad inevitable mientras las grandes potencias democráticas la favorecieran. Cierto incidente que se produjo entre Bélgica y el gobierno republicano español demostró, sin embargo, que algunos socialistas de los pequeños países neutrales consideraban la "no-intervención" como una justificación de su completa falta de interés en la suerte de la democracia española. Un belga, el barón de Borchgraeve, había sido hallado muerto cerca del frente de Madrid. Aunque las circunstancias que rodeaban el asesinato y su pretendida conexión con la embajada de Bélgica quedaban envueltas en profundo misterio, el socialista Spaak, ministro de Relaciones belga, desplegó notable energía en establecer las responsabilidades del gobierno español. Los miembros católicos y liberales del gabinete hostiles a la República Española aplaudieron al ministro. El presidente del partido socialista, Vandervelde, prefirió dimitir de sus cargos de vice-primer ministro y ministro de Sanidad antes que verse asociado a tal acción. Indalecio Prieto, ministro de Marina y de Aviación de la República Española, envió a Van-

dervelde un telegrama que daba testimonio de la impresión que los socialistas españoles tenían de haber sido traicionados por sus camaradas extranjeros. Decía: "Usted, camarada Vandervelde, por la conducta tan valiente que adopta hoy, ha logrado conservar inmaculada su vida de socialista, y nos consuela, a sus camaradas españoles, de la terrible amargura que nos causó la contradictoria e incomprensible conducta de otras eminentes personalidades del socialismo europeo." El partido obrero belga fué teatro de graves conflictos. De Man y Spaak expusieron en discursos los principios de un "socialismo nacional" basado en el reconocimiento del colapso de la Internacional y en la necesidad de acciones de la clase obrera dentro de los límites del aislamiento de cada país. Aunque posteriormente los dos líderes trataron de dar a su nueva teoría una interpretación que la sustrajera a una desaprobación cada vez más severa, la atmósfera de inquietud continuó reinando en el partido obrero belga.

Durante todo el período de la crisis checoslovaca, Spaak y De Man defendieron la política de neutralidad belga de conformidad con el llamado bloque de Oslo que incluía a los Países Escandinavos y a Holanda. Cuando el ala izquierda del partido obrero belga les llamó la atención sobre el hecho de que la Internacional Obrera Socialista a la que estaba afiliado el partido belga, propugnaba el principio de la seguridad colectiva, De Man replicó que ello se debía únicamente a la influencia ejercida por los refugiados políticos, particularmente por los de Alemania y Austria, sobre las decisiones de la Internacional. Argumento poco feliz pues, el antiguo lugarteniente de De Man, Max Buset, no tardó en señalar que todas las resoluciones importantes de la Internacional habían sido adoptadas por unanimidad, es decir, también por los delegados del partido obrero belga. Imperturbables, los sindicatos continuaron respaldando a Spaak y a De Man, pues cualquiera otra conducta hubiera hecho reventar la coalición gubernamental y obligado a los socialistas a salir del gobierno, acontecimiento que los dirigentes sindicales temían más que nada.

La política de neutralidad de los "socialistas de Oslo" compartida por los socialistas suizos y los conflictos internos del partido francés paralizaban la Internacional Obrera Socialista. Los esfuerzos para

lograr por lo menos una cooperación entre los socialistas británicos y franceses fracasaban a pesar del gran número de reuniones que se celebraron. Aunque los informes oficiales sobre estas conversaciones anunciaban invariablemente que en ellas había prevalecido una completa unanimidad, se omitía siempre cuidadosamente el definir en forma clara la política de la Internacional. También la Internacional Comunista guardaba un extraño silencio. Los comunistas ingleses y franceses se oponían a la política de apaciguamiento de Chamberlain, pero cierto llamamiento común publicado por ambos partidos no llevaba la firma del partido comunista ruso. Diríase que Rusia no deseaba llegar a comprometerse en una política exterior determinada, pues un manifiesto firmado por la Internacional Comunista o por el partido comunista de la Unión Soviética habría ligado, desde luego, al país de la dictadura comunista. Las mentes recelosas descubrirán, tal vez, en el silencio de Moscú en septiembre de 1938 los indicios de la media vuelta de Rusia en 1939.

El centro de la resistencia izquierdista al apaciguamiento lo constituía Inglaterra. El partido laborista británico condenaba las proposiciones anglo-francesas sin reservas. El consejo nacional laborista habló de "ignominiosa traición", de concesiones arrancadas por la "violencia brutal de una fuerza armada". Y añadió que cada vez que se capitulase ante la violencia, se alejaría la paz. El partido organizó en Londres y en las provincias 2,500 reuniones de masas en contra de Chamberlain. Como los comunistas apoyaron esta campaña, los únicos izquierdistas partidarios de la política de apaciguamiento, fueron el pequeño grupo pacifista dirigido por George Lansbury y el Partido Laborista independiente. Su actitud importaba poco comparada con las grandes organizaciones sindicales que estaban de acuerdo en condenar la traición a la seguridad colectiva. La política del I.L.P. era muy peculiar: durante la gran guerra había sido el meollo de la resistencia pacifista y muchos *conscientious objectors* (adversarios del servicio militar por razones de conciencia) engrosaron sus filas. Después de su ruptura con el Partido Laborista, el I.L.P. había sufrido una infiltración de influencias comunistas y, posteriormente, de trotzkistas, adoptando entonces el principio del "derrotismo revolucionario" de acuerdo con

la fórmula aplicada por Lenin a la guerra mundial. Presionado por la crisis de 1938, este derrotismo revolucionario, llegó a coincidir, en la interpretación de James Maxton, el presidente del I.L.P., con la aprobación incondicional de la política de apaciguamiento de Chamberlain.

La protesta de los dirigentes del partido laborista, aunque unánime, resultó impotente. La opinión pública, en su casi totalidad, aclamaba al primer ministro quien creía sinceramente que había salvado la paz durante "nuestra generación". Añadíase al desaliento de la izquierda el hecho de que el Partido Laborista tuviese pocas esperanzas de obtener la mayoría en un futuro próximo. Las propuestas que tendían a la constitución de un Frente Popular británico que incluyese al Partido Laborista, a los liberales contrarios de Chamberlain y al partido comunista, habían sido rechazadas invariablemente por el Partido Laborista que era hostil a una alianza con los comunistas y estaba convencido de que un bloque laborista-liberal difícilmente podría llegar a un acuerdo en las cuestiones de política doméstica. Si bien es verdad que un entendimiento sobre una política interior común entre laboristas y liberales hubiera sido difícil, sin embargo, el predominio de la política exterior era tan decisivo que muchos dirigentes del partido, entre ellos Sir Stafford Cripps y Harold Lasky, se pronunciaban en favor de tal alianza. Pero los sindicatos se negaban a conceder ante sus demandas económicas la precedencia de los asuntos internacionales. Como resultado, la izquierda se veía constantemente estorbada en su lucha por las divisiones que existían dentro de las fuerzas contrarias a Chamberlain.

Parece cierto, según señalaban los adversarios a un frente popular inglés, que el Frente Popular francés no supo sostener una política exterior antifascista. Pero éste había sido creado, en primer lugar, para combatir al fascismo francés. Aunque su programa expresaba la voluntad de defender la seguridad colectiva, este compromiso no había constituído nunca el principio fundamental de la plataforma del Frente Popular. Ante el peligro de una guerra inmediata, muchos grupos del Frente Popular de Francia prefirieron el pacifismo a la solidaridad internacional.

Sobre este punto, París difería del resto del país. El 25 de septiembre, los obreros de la construcción parisinos suspendieron una huelga para no debilitar la posición de Francia frente a Hitler. Pero París era el centro del movimiento comunista y el partido comunista era claro y franco el repudiar el apaciguamiento. Un manifiesto comunista decía que obedeciendo los mandatos de Hitler, Chamberlain había inducido a los ministros británicos y franceses a consentir en la desmembración de Checoslovaquia cuya integridad era inseparable de la seguridad de Francia y de la paz europea. Renegando de los tratados que llevaban la firma de Francia y del compromiso reanudado por él solemnemente hacía apenas un par de días, el gobierno Daladier había aceptado esta nueva capitulación ante el fascismo internacional. Y el manifiesto terminaba con un pronóstico que resultó ser una profecía sumamente acertada: "después de esto, Hitler estará en condiciones de pedir las colonias francesas y Alsacia-Lorena, en tanto que Mussolini reclamará Túnez, Córcega, Niza y Saboya".

Los socialistas estaban lejos de compartir tal condenación del apaciguamiento. Los artículos de León Blum en *Le Populaire* reflejaban la confusión que reinaba en el seno del partido. Paul Faure, secretario general del partido y por dos veces ministro en los gabinetes de Blum, se pronunciaba categóricamente en contra de la opinión de que Francia tenía que hacer la guerra por Checoslovaquia. El deber de los socialistas, alegaba, consistía en imitar la política de los internacionalistas durante la gran guerra. Según Faure, el internacionalismo se reducía a cumplir en 1938 con lo que hubiera debido ser la conducta de los socialistas en 1914. Al creer que la obligación de los socialistas siempre era la de oponerse a la guerra, Faure olvidaba que en 1914 la clase obrera tenía escaso interés en influir en el resultado de la guerra. Ninguno de los beligerantes representaba por entonces un sistema social que los socialistas pudiesen defender. En 1938, por lo contrario, cuando el fascismo amenazaba la existencia misma de un grupo de países democráticos, el interés de los obreros en derrotar el fascismo era vital. La seguridad colectiva no constituía, pues, sino una ampliación de la política internacional del antifascismo socialista.

Faure recibió un apoyo poderoso por parte de los sindicatos paci-

fistas en todo el país. Entre los electores socialistas figuraban muchos campesinos que, poco afectados por los asuntos internacionales, preferían el aislacionismo de Faure a la seguridad colectiva. En París, Faure podía contar con los "derrotistas revolucionarios" de Marceau Pivert, que seguía la línea trazada por el I. L. P. en Inglaterra y cuyo espíritu perduraría aun después de la expulsión de Pivert de la sección parisina del partido socialista.

Jean Zyromski y su ala izquierda, después de combatir la no-intervención en España, asumieron la dirección en la lucha contra el apaciguamiento. Los sucesos posteriores demostraron que Faure disponía por entonces sino de la mayoría del partido de una minoría extremadamente fuerte. Blum, ansioso de conservar la unidad de los socialistas, adoptó una posición intermedia que respondía, por lo demás, a sus inclinaciones. Pensaba acertadamente que Francia no debía perder la guerra de nervios, sostenida por Hitler de modo evidente. Cuanto más grande el riesgo de una guerra —había él mismo observado en cierta ocasión— tanto más determinadas habían de mostrarse las democracias a aceptar el reto. Por desgracia, Blum vacilaba en seguir sus propios consejos tan pronto como se enfrentaba al peligro inmediato de una conflagración. Creía en lo íntimo de su corazón que Hitler se declararía satisfecho con ciertas concesiones; Blum era incapaz de darse cuenta del dinamismo del régimen nazi, que empujaba constantemente al Tercer Reich a formular demandas cada vez más exigentes. Convencido de que Hitler no era más que un instrumento del gran capital, creía —o por lo menos lo esperaba— que sus amos le obligarían a detenerse ya que la industria acaso perdiera más de lo que ganara en una guerra. Blum no había abandonado nunca la esperanza de concertar algún arreglo con las dictaduras. Según había dicho un día, estaba dispuesto a aceptar la paz aunque viniese de manos de un dictador manchado de sangre.

Divulgado el plan anglo-francés, y estando reunidos los ministros franceses y británicos en Londres para establecer sus detalles, Blum protestó no tanto contra el plan como contra la ausencia de delegados checos. Declaró que sería un acto intolerable por parte de las grandes potencias hacia un país pequeño, el que dispusieran de Checoslovaquia

sin que Checoslovaquia estuviese siquiera representada. Al día siguiente, Blum escribió estas palabras citadas más de una vez:

Suceda lo que suceda, las consecuencias del Plan de Londres serán transcendentales tanto para Europa como para Francia. La guerra probablemente haya sido evitada. Pero ha sido evitada en condiciones tales que, quien como yo, ha luchado siempre por la paz, quien durante muchos años ha consagrado su vida a la paz, no puede sentir ninguna alegría y sólo estar lleno de sentimientos mezclados de cobarde alivio y de bochorno.

Gabriel Péry contestó en *L'Humanité* sin hacer alusión a Blum que no era cierto que el peligro de guerra hubiera sido conjurado. Lo que sí parecía cierto era que las aventuradas empresas bélicas de Alemania, refrenadas hasta la fecha, podían desarrollarse libremente ya que el dique que las había contenido había sido roto. Sin duda, Blum habría compartido tal opinión de atender sólo a su buen juicio. Mas sus sentimientos, a la par que la necesidad de salvar la unidad del partido socialista, impidieron que escuchase la voz de la razón. Por añadidura, todo el mundo en Francia se hallaba bajo la presión, ejercida hasta el extremo por la casi totalidad de la prensa, del pánico de guerra.

Incluso el Partido Laborista sufrió de esta presión de la opinión pública. Cuando Chamberlain anunció que una conferencia iba a celebrarse en Munich, el mayor Attlee "saludó" la declaración del primer ministro. El *Daily Herald* escribió al día siguiente que el alivio era natural, pero en cambio el órgano obrero se apresuró a añadir que: "Cuando se conocieran los detalles, la opinión pública de Gran Bretaña se horrizaría de que tal alivio hubiera sido comprado a cambio de abandonar a una nación pequeña, valiente y democrática."

Tan pronto como se supieron los resultados de Munich, el Partido Laborista lanzó su ataque en contra del gobierno. En la Cámara de los Comunes, el mayor Attlee, Herbert Morrison, Hugh Dalton, Arthur Greenwood, Philip Noel Baker y Sir Stafford Cripps hicieron al gobierno objeto de severas censuras. Attlee dijo que Munich no fué una verdadera conferencia de paz sino un armisticio consentido bajo la amenaza de la fuerza; que se sentían humillados porque no hubiera

habido una victoria de la razón y del humanitarismo. Había sido, en cambio, una victoria de la fuerza bruta. La causa de la democracia que, en su opinión, era la causa de la civilización, había sufrido una terrible derrota. Hugh Dalton protestó contra la exclusión de la Unión Soviética de las negociaciones de Munich. Sir Stafford Cripps que había abandonado definitivamente su anterior oposición a la seguridad colectiva declaró que no podrían satisfacer por tiempo indefinido a los imperialismos rivales entregándoles las naciones menores del mundo y llegaría el día en que el choque se produjera en las propias puertas.

Una enmienda oficial del Partido Laborista al voto de confianza expresó que el acuerdo de Munich era repudiado por el partido. Concebida en los términos consagrados por el tiempo en el parlamentarismo inglés decía que:

Esta Cámara, aunque profundamente aliviada porque la guerra haya sido evitada de momento, no puede aprobar una política que ha conducido al sacrificio de Checoslovaquia por la amenaza de la fuerza armada, a la humillación de nuestro país y a su exposición a graves peligros.

Y, haciéndose cargo del ansia de todos los pueblos por conseguir una paz duradera, pide un apoyo activo del principio de la seguridad colectiva, representado por la Sociedad de Naciones, y la iniciación inmediata por el gobierno de Su Majestad de propuestas para que se convoque una conferencia mundial que considere el eliminar los motivos de queja económicos y políticos que pongan en peligro la paz.

Seis diputados pacifistas del Partido Laborista, con George Lansbury a la cabeza, se negaron a votar esta enmienda. Además, cuatro miembros del Partido Laborista independiente se abstuvieron de votar la moción de no-confianza, tal como lo hizo también un número considerable de conservadores.

Difícilmente se podía sostener la idea de que una conferencia mundial sería capaz de allanar los motivos de queja en forma satisfactoria para los nazis. La única justificación de aquella proposición residía en el hecho de que ofreciera la única alternativa a una espera pasiva de la guerra que era inevitable. Parecía más realista que el

apaciguamiento de Chamberlain y la recepción entusiasta de la noticia de Munich por el movimiento obrero francés. Porque los sindicatos franceses, a pesar de la fuerte influencia comunista, habían perdido el equilibrio. La ejecutiva de la C. G. T. invirtiendo su posición anterior, descubrió de pronto razones para felicitarse de que este acuerdo, al suspender la carrera que llevaba a la guerra, hubiera evitado lo peor. La única protesta formulada por los sindicatos se dirigía contra el peligro de que Munich pudiera ser el "prólogo de un pacto de cuatro potencias" contra el cual, decía la C. G. T., la opinión democrática en todas partes siempre había protestado. León Jouhaux, el presidente de la C. G. T., quien tal vez pensara en forma distinta, regresaba entonces de un viaje que había hecho a América.

Los diputados socialistas, con sólo siete disidentes, decidieron aprobar la política exterior de Daladier. En la ejecutiva del partido, la influencia de Zyromski resultó ser mucho más fuerte. Allí la mayoría a favor de Munich fué sólo de quince contra doce, con una abstención de cuatro miembros. Ansioso de evitar la impresión de una discrepancia entre los diputados y la dirección del partido, éste procedió a una segunda votación y esta vez dieciocho miembros se pronunciaron en favor de Munich y doce en contra.

En consecuencia, Blum hizo en la Cámara una exposición extremadamente débil y confusa de la posición de los socialistas. Recalcó que sentían a la vez alegría y preocupación y que consideraba como principales responsables de Munich a aquellos que se habían negado a aceptar su proyecto de formar un gobierno nacional. Francia debía ser sincera consigo misma examinando todos los tratados que hubiese firmado y abandonando abiertamente los que no tuviera la intención de respetar. Ello equivalía a una política de atrincheramiento, tal como la había recomendado Flandin, con la sola e importante diferencia de que Blum la profesara después y no antes de la desmembración de Checoslovaquia y del golpe que se había dado al poderío y prestigio de Francia en la Europa Central. Finalmente, Blum previno al país contra los intentos que se hacían de explotar a Munich en favor de los propósitos reaccionarios; advertencia que pronto hallaría una plena justificación por los sucesos. La derrota diplomática de Francia fué

interpretada por mucha gente como victoria de la derecha, que había sido el campeón de la lucha contra la ayuda a Checoslovaquia, a diferencia de la izquierda que no había abandonado sino mucho más tarde el principio de la seguridad colectiva. Munich sirvió, pues, de punto de partida de una campaña triunfal de la reacción contra el movimiento obrero y la democracia del continente.

Los comunistas, un solo socialista y un miembro aislado de la derecha fueron los únicos diputados que votaran contra Munich. Los socialistas apoyaron al gobierno, cuando se debatió la cuestión, pero se abstuvieron de votar sobre la concesión de plenos poderes a Daladier. Parecía simbólico que esta expresión externa de la desintegración del Frente Popular tuviera por objeto un tema de política internacional.

El 1º de octubre, los ejércitos alemanes cruzaron la frontera checa e invadieron el territorio de la última democracia centroeuropea. El mismo día, el partido social-demócrata alemán de Checoslovaquia, última rama alemana libre de la Internacional, disolvió su organización. Su manifiesto de despedida, dirigido a los obreros alemanes que iban a ser sojuzgados por el régimen nazi, terminaba con las sombrías palabras:

> Quizás vendrá el día en que los que nos sacrificaron serán a su vez escogidos como víctimas. Sólo la Historia podrá dictar el veredicto definitivo sobre nuestra actitud y la suya...
>
> Abatimos nuestra bandera ante la gloriosa herencia que hemos defendido firmemente y nos retiramos del campo de batalla con la esperanza de que le quepa en suerte a una generación más feliz servir mejor a nuestro ideal al que seguiremos fieles hasta el fin.
>
> ¡Viva el socialismo!

CAPITULO XXI

HACIA EL ABISMO

1

MUNICH fué seguido por una desintegración acelerada del movimiento obrero europeo. El abismo entre los socialistas y los comunistas, que había disminuído durante el período del Frente Popular francés, volvió a acentuarse. La Internacional Obrera Socialista, aunque no disuelta de forma oficial, cesó, prácticamente, de funcionar como agencia política. En el seno del movimiento obrero francés se llevaba a cabo una enconada lucha entre las tendencias favorables y hostiles a Munich. En todas partes avanzaban las fuerzas de la reacción. El triunfo del Tercer Reich; la derrota de la democracia occidental; el desdén hacia Rusia manifestado durante todo el período de Munich por la diplomacia y la consecuente caída del prestigio de los comunistas; el golpe aplastante asestado a la seguridad colectiva y a sus partidarios; todos estos hechos concurrieron a acentuar en toda Europa el sentimiento de hostilidad hacia la izquierda.

El comité ejecutivo de la reunión celebrada en octubre de 1938 por la Internacional Obrera Socialista en Bruselas, publicó un largo manifiesto de protesta contra Munich. Pero para que fuera aceptada por los socialistas británicos y franceses partidarios de Munich, e inofensiva a los ojos de los partidos obreros de Bélgica, Suiza y Escandinavia que se habían declarado neutrales, esta protesta tuvo que dirigirse necesariamente contra la forma, en vez de serlo contra la substancia del "apaciguamiento". Sus cargos principales se reducían a que el acuerdo de Munich había sido preparado con precipitación, sin consultas imparciales y expertas, y firmado en una conferencia celebrada en la ciudadela del vencedor, lo que era muy distinto de la conferencia internacional propuesta por el Presidente Roosevelt; a que

ni siquiera se había escuchado a Checoslovaquia; a que no se hubiera hecho ninguna consideración de la justicia o de la igualdad de las naciones; la brusca entrada de las tropas alemanas y la entrega de las fortificaciones fué aceptada sin que se tomara la menor medida de protección de los demócratas y de las personas de opinión independiente. ¡A penas había una protesta substancial contra Munich!

Con la disolución del partido social-demócrata de Checoslovaquia, la Internacional Obrera Socialista había perdido también su ramificación en aquel país, pues el partido checo se declaró disuelto después de abandonar la Internacional. Para cubrirse tras de una medida protectora, este partido se desembarazó de sus miembros judíos y se constituyó en "partido obrero checo-eslovaco" que renegó de los principios de la lucha de clases y del internacionalismo. En Eslovaquia, el naciente régimen totalitario del Partido Popular Católico suprimió el partido obrero poco después de su fundación. Hacia marzo de 1939, la destrucción final de cuanto quedaba de la República Checoslovaca acabó también con la sección checa del partido y muchos de sus dirigentes fueron arrestados por los nazis alemanes. La organización comunista había sido disuelta por las autoridades poco después de Munich.

El partido social-demócrata húngaro siguió el ejemplo checo expulsando a los judíos de todos los cargos de importancia que ostentaban dentro del partido y del parlamento. Ya después del triunfo de la contrarrevolución en 1919, el partido social-demócrata había tenido que pagar el derecho de existencia por la adhesión a la campaña nacionalista a favor de una revisión de las fronteras húngaras. En aquel momento los social-demócratas aclamaban "la realización de la auto-determinación" por la que un trozo del territorio checoeslovaco, la Ucrania carpática, acababa de ser cedido a Hungría. Una declaración del partido decía que los social-demócratas, acogían este acontencimiento histórico con el mismo sentimiento de esperanza y la misma alegría que todo el pueblo húngaro estaba sintiendo en aquellos días.

El partido socialista polaco (P. P. S.) adoptó una actitud similar respecto a la anexión de partes del territorio checo de Silesia. Pero el P. P. S. comprendió lo que aparentemente no veía el gobierno polaco, esto es, que la derrota diplomática de Francia amenazaba la propia

existencia de Polonia; en una declaración pública, los socialistas polacos deploraron los métodos políticos aplicados en Munich. Esta conducta fué la que dió derecho posteriormente al partido para desarrollar un papel de primer orden en la heroica, aunque inútil, defensa de Varsovia contra el ejército nazi. Los socialistas polacos constituían la fuerza principal de oposición, tanto como adversarios de la política del coronel Beck, como cuando se resistieron a las ideas fascistas de la oposición de derecha.

En resumen, quedaba muy poco de las libres organizaciones obreras libres al este del Rin después de Munich. El avance del nazismo confinó el movimiento obrero a una angosta faja de territorio de la Europa occidental y noroccidental. Perdida su sección checa, la Internacional Comunista sólo poseía un partido europeo, aparte del ruso, digno de ser mencionado, este era el partido comunista de Francia.

2

La primera consecuencia de Munich que se hizo sentir en la política doméstica francesa fué una violenta campaña anticomunista en la que participó el gobierno. Los comunistas habían sido derrotados en Munich; ahora tuvieron que pagar el precio del derrumbe de su política. Su responsabilidad en la creación del Frente Popular, destinado a dominar la marea ascendente del fascismo francés, era mayor que la de ningún otro partido. Habían dado, por supuesto, demasiadas cosas al presumir que el antifascismo en el interior del país implicaba también un antifascismo en el escenario internacional. Entre los socialistas, el pacifismo tenía fuertes raíces. Muchos radicales y representantes de los grupos intermedios entre el partido socialista y el radical, como por ejemplo Marcel Déat, se revelaron, con el tiempo, como los adversarios más pronunciados de la seguridad colectiva y los partidarios más ardientes de Munich.

La crisis provocada por el acuerdo de Munich en el seno del partido socialista fué terrible. A principios de octubre se constituyó un comité de investigación sobre la política exterior del partido. Este comité fué el teatro en que la lucha en torno a Munich llegó a su punto

culminante. El grupo de Faure, secretario general del partido, rechazó todos los acuerdos de asistencia mutua, incluyendo el pacto franco-soviético. Algunos de los miembros justificaron prácticamente la desmembración de Checoslovaquia erigiendo el derecho de auto-determinación como un principio que había de tener la prioridad ante cualquier factor, incluso ante la democracia. Blum juzgaba la situación interna del partido como desesperada. Resultaba imposible encontrar una fórmula reconciliadora entre el grupo de Faure, favorecido por la epidemia de pacifismo simplista que invadía a Francia desde Munich, y la facción de Jean Zyromski que propugnaba una política enérgica antifascista y se mostraba categórica en su condenación de Munich.

Los asuntos domésticos volvieron a ocupar el primer plano a comienzos de noviembre cuando la semana de cuarenta horas, aunque respetada en principio en la práctica, fué abolida en interés del rearme. Ninguna de las conquistas del Frente Popular era tan apreciada por los obreros como la "*cinq fois huit*", la semana de cinco días y de ocho horas cada uno. Al proclamar por radio el ministro de Hacienda, Paul Reynaud, que la semana de dos domingos había dejado de existir en Francia, los obreros sintieron que se les había despojado de la ganancia más preciosa conseguida por el Frente Popular. Ninguno de los dirigentes de la clase obrera les había dicho que la producción francese caía en proporciones peligrosas, que la seguridad de Francia se veía amenazada por una industria bélica alemana que trabajaba casi sin interrupción con una semana de sesenta horas, y que sólo unos esfuerzos gigantescos hechos tanto por parte de los obreros como por la del patronato podrían salvar a Francia. Así, teniendo ante sus ojos un número de desocupados que no decrecía y no existiendo, de parte del gobierno, ningún programa de rearme extenso que pudiera emplearlos, los obreros no veían razón por la que sus horas de trabajo tuvieran que ser aumentadas.

Hablando ante el congreso de sindicatos, celebrado el 16 de noviembre, León Jouhaux, presidente de la C. G. T., consideró, en términos prudentes, la posibilidad de hacer una huelga general contra aquel decreto del gobierno. Tal amenaza era proferida, desde luego, con propósitos de regateo. El que, a pesar de todo, se convirtiera en realidad, se debió principalmente a la presión de los comunistas. Para éstos, la huelga tenía que ser en primer lugar, una acción de protesta contra la política exterior de Daladier y Bonnet. Jouhaux aplazó la huelga todo el tiempo que le fué posible, esperando hasta el último momento que sobreviniese una mediación; pero Daladier y Reynaud estaban determinados a aplastar de una vez por todas lo que consideraban como la ingerencia ilícita de los sindicatos en los asuntos del gobierno. La opinión pública, convencida, al parecer, de que los sindicatos estaban retardando el rearme francés, que era tan vital, aplaudió la decisión que tomó el gobierno de precipitar las cosas y de acabar con la huelga.

Por vez primera, Daladier justificó su reputación de "hombre fuerte". El que no había osado ofrecer resistencia a los agitadores fascistas en los días que siguieron al 6 de febrero de 1934, ni al nazismo alemán durante Munich, movilizó ahora todas las fuerzas que tenía a su alcance contra los sindicatos; requisó los ferrocarriles y otros servicios públicos y abrió juicios en masa, de legalidad dudosa, contra aquellos obreros que habían cesado de trabajar antes de que comenzara la huelga general. Los obreros se daban cuenta de que se les pedía que arriesgasen sus empleos por un mero gesto, pues la huelga general había sido limitada por la C. G. T. a una manifestación de veinticuatro horas. No se trataba pues de conquistar poder, sino de hacer una advertencia al gobierno. Dada la brutal represión por parte de las autoridades, los riesgos de la huelga excedían a las ventajas que pudiera traer. En consecuencia, el día de la huelga general, el 30 de noviembre, fué un fracaso.

A la derrota sucedieron despedidas en masa de huelguistas. La C. G. T. perdió una porción considerable de sus miembros más recientes. Las disensiones entre los sindicatos comunistas y anticomunistas se hicieron más encarnizadas que nunca. René Belin, uno de los portavoces de la facción anticomunista, culpó a los comunistas del fracaso de la huelga. Sin embargo, estas controversias no impidieron que los socialistas se unieran a los comunistas en su violenta oposición a Daladier.

El 30 de noviembre marcó el momento culminante de la ofensiva de las fuerzas favorables a Munich. En los labios de un Daladier, el

argumento de que los intereses de la defensa nacional habían dictado la supresión brutal de la huelga debió sonar a muchos obreros como una mofa. Tan evidente era que el propio Tercer Reich había ayudado a la reacción francesa para derrotar a la clase obrera. No había sido por mera casualidad que la visita de Ribbentrop a París y la firma de una declaración de amistad franco-alemana se hubieren hecho después de la huelga general. La derrota de los obreros era un requisito previo a este acto que coronaba la política de Munich.

Mas el colapso del programa de apaciguamiento no se hizo esperar: Las manifestaciones italianas pidiendo la anexión de Túnez, Córcega y Niza, organizadas el mismo 30 de noviembre, quebrantaron la confianza de quienes creían sinceramente que Munich había salvado la paz cuando menos "por nuestra generación". Aunque las primeras informaciones sobre las pretensiones de Roma fueron acalladas por la prensa francesa siguiendo la orden del gobierno, que se mostraba ansioso de no estropear lo que se aferraba en considerar como una promesa de entendimiento franco-italiano, la noticia de la insistente campaña de prensa italiana contra Francia, a la larga, no se pudo suprimir. Cuando, a fines de diciembre, se reunió el congreso del partido socialista, la política "pro-Munich" de Faure había perdido casi todo su esplendor y gran parte de sus partidarios. La federación del Sena, que había aclamado a Daladier a su regreso de Munich, votó ahora por León Blum que una vez más alzó la voz en defensa de la seguridad colectiva y cuando Zyromski unió sus fuerzas a las de Blum, la derrota de Faure quedó sellada.

Respaldado por este triunfo, Blum hizo un supremo y desesperado esfuerzo para obtener que Francia diera su ayuda a la República Española. Era tarde. El 27 de febrero, la Cámara de Diputados ratificó el reconocimiento oficial de Franco.

3

El 15 de marzo de 1939, hubo debate en la Cámara de los Comunes sobre la noticia que se tenía de la ocupación por Alemania después del convenio de Munich del territorio mutilado de Checoslovaquia.

Chamberlain, dando señales evidentes de consternación, anunció el aplazamiento de la visita del presidente de la junta de comercio a Berlín. El primer ministro reiteró, no obstante, que tenía fe en los acuerdos de septiembre, y declaró no tener dudas de que lo acordado había sido justo. David Grenfell, hablando en nombre del Partido Laborista, sostuvo un punto de vista opuesto. El acto más reciente de la agresión nazi, señaló, era la consecuencia directa de Munich. Hugh Dalton, otro laborista, lamentó que en aquella ciudad el primer ministro hubiese sido engatusado, atropellado y embaucado por Hitler. Pero en el campo conservador, el espíritu de Munich siguió sin debilitarse. Fué preciso que sobreviniese aquella ola de protesta que sacudió el país después del 15 de marzo para que Chamberlain y sus partidarios se dieran por convencidos de que el "apaciguamiento" agonizaba. Dos días más tarde, en un discurso pronunciado en Birmingham, Chamberlain admitió que su política había fracasado.

Hubiera debido ser un día de triunfo para el Partido Laborista opuesto desde el primer momento a Munich y al espíritu de Munich, pero el vencedor real fué Winston Churchill, cuyas advertencias contra el nacional-socialismo alemán habían sido mucho más poderosas y quien las había manifestado con tanta anterioridad que más bien él que el Partido Laborista simbolizaba el espíritu de la resistencia en contra de Hitler a los ojos de la nación. El partido laborista había perdido la gran oportunidad de llevar la nación a la lucha contra el nazismo; probablemente la mejor oportunidad de compensar su funesta derrota de 1931. Una vez más, la acción del partido había sido demasiado lenta. Durante los meses venideros, los pocos que separaban al país del comienzo de las hostilidades, el Partido Laborista tuvo que abandonar la iniciativa y la dirección nacional a otros.

El 3 de abril de 1939, después de que la garantía inglesa había sido dada a Polonia, Arthur Greenwood, vice-presidente del Partido Laborista —por encontrarse enfermo el mayor Attlee— expresó el deseo de que se estableciera un sistema de protección y asistencia mutuas sobre bases mucho más amplias. El capítulo del "apaciguamiento", consideraba que había concluído y las primeras palabras del nuevo, al que él daría el título de "Ayuda Mutua", iban a ser formula-

das. Greenwood abogó por un entendimiento con la Unión Soviética. Cualquiera que fuese la apreciación de los miembros del parlamento acerca de la potencia militar de la U.R.S.S., era indiscutible que la Unión Soviética al final, podría muy bien resultar como el factor decisivo y aplastante de los que deseaban salvaguardar la paz mundial. La demanda más enérgica de un acuerdo inmediato con la Unión Soviética vino de parte de David Lloyd George. James Maxton, portavoz del Partido Laborista independiente, protestó contra los "discursos belicosos" y pidió que la política de apaciguamiento fuera continuada. Sir Stafford Cripps caracterizó el gobierno Chamberlain como un instrumento poco propio para unir al mundo en torno del salvamento de la democracia y de la libertad. Mas por acertada que fuese su aseveración, el pasado del Partido Laborista no le confería confianza y autoridad lo suficiente grandes para que el partido pretendiese el poder legítimamente.

Los acontecimientos se aproximaban rápidamente al momento decisivo. El 7 de abril, Albania fué ocupada por Italia, acto que dió el golpe final al desmoronado edificio del apaciguamiento. Algunas semanas más tarde, Gran Bretaña hizo obligatoria la instrucción militar. El Partido Laborista se puso furioso. La conscripción no sólo iba en contra de una tradición venerable del movimiento obrero inglés, sino que el partido se encolerizó porque el primer ministro había violado la promesa de no decretar el servicio militar obligatorio en tiempos de paz. Los dirigentes del partido temerosos de las repercusiones que esta medida podía tener en las normas laboristas y principios sindicales, sostuvieron que nada había probado el fracaso del sistema de servicio voluntario. El Partido Laborista se puso al frente para oponerse a la conscripción, aunque sus dirigentes declaraban que estaban dispuestos a aprobar todas las medidas que tendieran a asegurar la defensa de la nación y el cumplimiento de sus obligaciones internacionales. George Hicks, líder trade-unionista, hablando en la Cámara de los Comunes, se quejó declarando: "Nos han engañado".

Chamberlain no era muy hábil en el trato de la oposición. Especialmente tenía la costumbre de tardar demasiado tiempo en anunciar sus planes. El Partido Laborista, a su vez, pedía una política de resistencia a la agresión, pero se negaba a consentir que se proveyese a la nación con el instrumento, considerado por la mayoría de los expertos indispensable para ejecutar tal resistencia. Los franceses, incluyendo a los socialistas, habían insistido mucho tiempo en que Inglaterra adoptara la conscripción para impedir la posibilidad de que el ejército francés hubiese de aguantar sólo todo el peso del empuje de las fuerzas alemanas hasta que se hubiere organizado un cuerpo expedicionario británico, preparativo que tal vez tardaría un año a partir del comienzo de la guerra. El sentimiento popular en Inglaterra era hostil al servicio militar obligatorio, en tal grado que incluso los comunistas ingleses votaron en su contra, no obstante que sus camaradas franceses lo aclamaban con entusiasmo. Sin embargo, mucha gente había esperado que el Partido Laborista, a pesar de la predisposición de las masas, no desperdiciaría la oportunidad para acaudillar patentemente la defensa nacional contra el fascismo.

Aunque el Partido Laborista luchaba contra la instrucción militar obligatoria en su propio país, su campaña en favor de una resistencia a la agresión fascista continuaba sin menoscabo, y comenzó a producir frutos después del golpe de Hitler contra Praga. Las amenazas de Hitler contra Polonia fortalecieron la voluntad inglesa de no ceder.

4

El cambio ocurrido en los sentimientos ingleses tuvo fuertes repercusiones en Francia. Desde principios de la Guerra de España, París, deseoso de evitar el aislamiento y de asegurarse la ayuda inglesa en la contienda final contra Hitler, había ido a remolque de Gran Bretaña en los intentos que ésta hacía para apaciguar a los dictadores. Parecía haber llegado el momento cuando Londres decidió no retroceder ni un solo paso más. París, aunque en estos momentos estaba más comprometido en el apaciguamiento que su aliada, volvió a imitar el ejemplo de Inglaterra que marchaba en dirección opuesta. Empero, la izquierda, no aprovechó el viraje. Daladier, el gran responsable de Munich, conservó el poder en la misma forma que siguió gobernando Chamberlain en Gran Bretaña.

Después de la desaparición definitiva del Frente Popular, el partido radical se acercó más a las derechas pasando a ser, de hecho, un grupo del centro. Durante el verano de 1939 se derrumbó el bloque de socialistas y comunistas. El golpe de gracia fué constituído por ciertos ataques comunistas en contra de sus coligados, si bien es verdad que el ala derecha socialista había esperado impacientemente la ocasión de disolver una alianza que, muerto el Frente Popular, tenía poco que ofrecer a los socialistas. La separación había sido apresurada por la malograda huelga general.

Tanto los socialistas como los comunistas perdieron gran número de partidarios. La fuerza numérica de los sindicatos se redujo aproximadamente a la mitad de la cifra récord de 1936 y el constante retroceso amenazó borrar todas las ganancias de afiliados conseguidas durante el período de las huelgas *sur le tas*. Aún más importante que la disminución del número de sus miembros, fueron las disensiones en el seno de los movimientos socialistas y sindicales que continuaron sin ceder en violencia hasta el principio de la guerra.

Fué así como la fuerza de la izquierda francesa se vió incesantemente socavada. Los grandes días del Frente Popular en pleno avance ya no eran más que un pálido recuerdo cuando la apertura de las hostilidades puso al movimiento obrero europeo delante del día de la revisión de cuentas.

SEXTA PARTE

PERSPECTIVAS

CAPITULO XXII

EL MOVIMIENTO SUBTERRANEO

1

MIENTRAS los cañones rujan en los campos de batalla de Europa, puede parecer inútil especular sobre el porvenir del movimiento obrero europeo. La gran guerra determinará si sobrevivirán las libres organizaciones obreras, si verán su resurrección en Europa o si continuarán aplastadas durante las décadas venideras. Un triunfo del nazismo sería el fin de aquel movimiento obrero europeo que en tan alto grado había contribuído al desarrollo de la civilización democrática occidental. Si, por el contrario, el hitlerismo fuera derrotado, una nueva oportunidad de *libre* progreso se ofrecería a la clase obrera.

Estas predicciones no pasan de ser lugares comunes y podrían llevar a la conclusión de que el factor militar y no el obrero decidirá sobre los destinos del movimiento socialista. Mas a medida que progresa la guerra se hace cada vez más evidente que la victoria no será menos fruto de las armas políticas que de las militares. Para completar el colapso del nazismo se tendrá que unir a los hechos victoriosos de los ejércitos la sublevación de las naciones sojuzgadas y una resistencia del proletariado de Alemania y Austria que pueda estorbar por lo menos el ritmo de la producción bélica alemana.

En los países que se hallan en franca lucha contra Hitler, la contribución del movimiento obrero a la guerra es de naturaleza económica y política. En esta guerra de inmensas fuerzas mecanizadas depende la victoria, en un grado nunca previsto, del rendimiento de las industrias de la retaguardia. Sin la devoción en cuerpo y alma del proletariado a la causa comprometida, ningún país puede esperar ganar la guerra. Con la entrada del Partido Laborista en el gabinete de guerra británico se ha dado un paso decisivo hacia el pleno desarrollo de la

potencialidad bélica de Inglaterra. La incapacidad del Frente Popular francés para poner en pie una defensa nacional efectiva y los esfuerzos estériles de los gobiernos franceses subsiguientes para hacer el rearme sin la cooperación de la clase obrera e, incluso, contra ella, figuran entre las causas principales de la derrota de Francia. Las dificultades en el dominio del trabajo, con la renuencia manifestada por un capitalismo que tiende al monopolio, a la expansión de las plantas industriales, contribuyeron a retardar sensiblemente la ejecución del programa de rearme norteamericano. La colaboración de la clase obrera constituye, pues, un elemento de orden militar tan importante como el propio ejército.

Una gran estrategia victoriosa —ello ha sido señalado más de una vez— será en esta guerra, una estrategia revolucionaria que tienda a provocar conflictos domésticos en el vasto estrato del continente europeo, dominado por los nazis. Tan pronto como el Tercer Reich se tambalee bajo los duros golpes del enemigo, el *coup de grâce* le será asestado por los países oprimidos, levantados en lucha por su libertad nacional, y por el proletariado que aspira a su emancipación social y política. Las organizaciones obreras de los países opuestos a Hitler adquieren, por ende, la significación de enlaces imprescindibles con todo movimiento subterráneo que pueda existir dentro del Tercer Reich. La influencia política que ejerzan en y sobre los países democráticos ha de ser encaminada a imponer a los gobiernos antinazis tal estrategia revolucionaria.

¿Es consciente el movimiento obrero europeo de su gran tarea? ¿Ha superado su mentalidad de grupo de presión, su filosofía de *laissez-faire?* ¿Ha llegado a aquel grado de madurez que le permita pretender al papel director en el proceso de la resurrección victoriosa de un nuevo mundo democrático?

Estas preguntas han de ser dirigidas, ante todo, a aquellos pequeños y dispersos grupos subterráneos en el interior del Tercer Reich, que, impotentes hoy, bien pueden acaudillar mañana, una vez triunfante la democracia, un poderoso movimiento popular.

Estas preguntas han de ser contestadas, también, con respecto al primer país democrático de Europa: a Gran Bretaña. El movimiento

obrero inglés detenta la clave a los "secretos de guerra" vitales, al esfuerzo y la estrategia bélicas de Inglaterra.

2

Medida por el grado de heroísmo y sufrimiento humanos, es larga la historia de los grupos obreros subterráneos. Tales organizaciones clandestinas han existido, en una u otra época, en casi todos los confines de Europa desde los tiempos en que los sindicatos ingleses habían sido declarados ilegales por la *General Combination Act* de 1799. Los partidos obreros rusos, tanto sea el menchevique como el bolchevique, se han formado bajo el terror del zarismo. Mas las dictaduras fascistas y totalitarias, a las que se halla expuesto el proletariado italiano, desde 1926, y el alemán, desde 1933, son esencialmente distintos de aquellos viejos regímenes autoritarios. No solamente se ha llevado el terror fascista a un extremo nunca visto con anterioridad: sino que los gobiernos italiano y alemán, han sometido y "coordinado" al control del estado todos los aspectos de la vida, el político, el social, el económico y el privado. A los medios de poder políticos, usados por las antiguas dictaduras, el fascismo ha añadido unos tremendos instrumentos de presión económicos y sociales. Con una violencia exenta de restricciones legales el partido gobernante ha sofocado todo intento de crear organizaciones independientes. El mero contacto entre individuos hostiles al régimen es castigado ya como delito de alta traición.

Los movimientos obreros subterráneos del período actual de guerra han sido obstruídos por una decepción y un escepticismo profundos. Ya no los anima la invencible confianza en sí mismas de las organizaciones subterráneas de la era prebélica para las que la "ilegalidad" no significaba más que una etapa transitoria en el irresistible ascenso al poder de la clase obrera. El movimiento clandestino moderno brotó de la derrota de unas poderosas organizaciones de masas, que parecían hallarse en el umbral del triunfo. Se necesitó una convicción diamantina, un heroísmo sin límites y —virtud rara entre revolucionarios— una paciencia infinita para poder continuar, en tales circunstancias, la lucha subterránea. Cualesquiera que fuesen sus resultados, por fuerza

tenían que ser insignificantes comparados con los gigantescos despliegues de fuerza con los que las dictaduras fascistas abrumaban a sus súbditos. La victoria parecía en extremo lejana, tal vez más allá de los límites de la vida de los luchadores. Y, sin embargo, miles de obreros continuaron en nuevas condiciones y con nuevos métodos la eterna lucha de la humanidad por la libertad.

3

Las condiciones diferían mucho en los principales países de la dictadura fascista, Italia, Austria y Alemania. En cada uno de ellos, el movimiento subterráneo partió de puntos de evolución social y económica distintos. Por mucho que tuviesen en común, la forma y la historia de estos tres movimientos tenían que asumir necesariamente características individuales particulares a cada uno de ellos.

El movimiento subterráneo italiano era el más antiguo de los tres. Se había mantenido en condiciones de semilegalidad desde octubre de 1922 hasta fines de 1925, las organizaciones obreras italianas fueron destruídas como consecuencia del viraje que hizo Mussolini hacia la dictadura totalitaria. Muchos dirigentes obreros tuvieron que huir, otros fueron encarcelados y deportados. Fué preciso formar nuevos núcleos que surgieron de entre los obreros jóvenes, menos familiarizados con los problemas de las organizaciones obreras y más expuestos, también, a los influjos de la propaganda fascista. Los contactos entre los centros del partido socialista y sus secciones locales, por una parte, y dentro de estas mismas, por otra, se hicieron más precarios a medida que se acentuaba el terror fascista y que la policía adquiría mayor experiencia en la supresión de organizaciones clandestinas.

Hacia la primavera de 1927, las organizaciones comunistas y socialistas habían llegado a un estado tal que existía una "separación casi completa entre el núcleo y los militantes y entre éstos y las masas". Un nuevo grupo antifascista, *Giustizia e Libertá*, se constituyó para unificar los elementos activos de las diferentes tendencias antigubernamentales. Cuando la política deflacionista de Mussolini despertó el descontento general, provocando huelgas y movimientos a favor del alza

de los salarios, *Giustizia e Libertá* desplegó una gran actividad: el grupo organizó vuelos de propaganda sobre Milán y Roma, libertó a prisioneros políticos que estaban en las Islas Lipari y esparció su literatura y polémica por todo el país.

Mas, la policía acabó por descubrir la maquinaria secreta de la nueva organización. Aprisionados sus jefes, el grupo decayó rápidamente. Entre 1932 y 1935-36, los movimientos clandestinos de Italia estaban prácticamente paralizados. La guerra de Abisinia, al acarrear la subida de los precios de los productos alimenticios y crear un ambiente de agitación en las fábricas, ofreció nuevas oportunidades a la propaganda y acción antifascistas.

En aquel tiempo el movimiento subterráneo ya se había convertido en una organización enteramente nueva. Estaba integrado, principalmente, por hombres jóvenes, en su mayor parte intelectuales y estudiantes que no habían pasado por la época prefascista del movimiento obrero. No veían su movimiento como continuación de los viejos partidos socialista o comunista, sino como una cosa totalmente nueva. Gran parte de sus adictos se habían criado bajo el régimen fascista; para ellos las viejas divisas del socialismo o del comunismo tenían escaso sentido. Como que su lucha se desarrollaba dentro de una sociedad dominada por el estado, el socialismo significaba, ante todo, un movimiento por la libertad, que se dirigía contra un gobierno todopoderoso. El nuevo movimiento insistía, por ende, en las libertades personales y civiles más que en la consigna de la planificación socialista.

No obstante, aún quedaban en Italia muchos obreros de los que habían tomado parte en las luchas de la era prefascista y que seguían pensando en los términos del socialismo tradicional. De más edad que los miembros de las organizaciones subterráneas, se mostraban menos inclinados a participar en actividades ilegales. Por otra parte, estos obreros eran más numerosos que aquellos y estaban más íntimamente asociados a los talleres. Miles de obreros italianos residentes en el extranjero, y particularmente en Francia, eran organizados por los partidos obreros italianos que se encontraban exiliados en los países democráticos. Al regresar a Italia, estos obreros, que habían sido educados dentro del pensamiento socialista tradicional, ayudaban a establecer

el contacto entre los movimientos clandestinos y las grandes masas del proletariado.

Del contacto entre las nuevas ideas de los movimientos subterráneos y la experiencia y tradición representada por los obreros de mayor edad, brotó un nuevo tipo de pensamiento y acción socialista. Su eficiencia tenía que depender esencialmente de las grandes decisiones políticas y sociales que estaban a punto de producirse en Europa.

4

Después de la derrota de 1934, el movimiento obrero austríaco se puso a organizar grupos subterráneos únicos en su clase dentro de la historia de los movimientos clandestinos: eran organizaciones de masas. A pesar de su victoria militar, el régimen de Dollfuss fué incapaz de inspirar a sus adversarios aquel terror y desaliento que constituyeron una de las armas más eficaces de los nazis alemanes. El hecho de que los obreros hubiesen ofrecido resistir, aunque sin éxito, a las tropas de Dollfuss, dió al movimiento subterráneo austríaco confianza en sí mismo, mientras que, en Alemania, la capitulación destruyó la moral combativa de la clase obrera. Esperanzas utópicas de reproducir un "octubre revolucionario" modelado según las bases de la revolución rusa animaban a sectores extensos de los luchadores subterráneos, muchos de los cuales después del decepcionante final de los métodos democráticos, buscaban inspiración y directivas en la Unión Soviética. Los comunistas ganaban terreno rápidamente a expensas de los social-demócratas.

Por débil que fuese, el régimen de Dollfuss logró sobrevivir a la muerte de su creador y al asalto nazi de julio de 1934. Fué entonces cuando los movimientos subterráneos abandonaron la esperanza de una revolución inminente y comenzaron a darse cuenta de que tenían delante de sí una larga y ardua tarea de organización.

El grupo socialista de mayor importancia era el de los "socialistas revolucionarios" (R. S.) que mantenían contacto con la delegación en el extranjero establecida en Brno, en Checoslovaquia, cerca de la frontera austríaca por Otto Bauer y Julius Deutsch los dirigentes del

malogrado levantamiento de febrero. Bauer había reconocido desde un principio que la dirección efectiva del movimiento debía cederse a quienes luchaban en suelo austríaco y que su propio papel no podía ser otro que el de consejero y representante en el extranjero. A pesar —o, tal vez, a causa— de esta apreciación, este líder socialista continuó ejerciendo una gran influencia sobre los "R. S.".

Los socialistas revolucionarios instalaron en Viena un comité central, arreglaron la distribución del semanario *Arbeiter Zeitung*, cuya circulación llegaba a 30,000 ejemplares y supieron absorber todos los demás grupos socialistas clandestinos que habían nacido, independientes el uno del otro, después de febrero de 1934. Imitando el ejemplo francés, los "R. S." firmaron un pacto de acción común con el movimiento subterráneo comunista, que no dió resultados satisfactorios. Fieles a la nueva línea del "Comintern", los comunistas desplegaban gran celo en buscar aliados, entre los grupos más reaccionarios de Austria, con objeto de unirlos a todos en una poderosa liga antinazista. Los "R. S." se negaron a hacer causa común con fascistas y monárquicos. Mientras que inmediatamente después de febrero de 1934 los comunistas habían ocupado el primer lugar en los movimientos clandestinos, los "R. S." lograron construir, gracias a una organización eficiente, una organización subterránea superior a cuantas se habían conocido hasta entonces.

En septiembre y diciembre de 1934 se celebraron dos conferencias destinadas a organizar el movimiento socialista revolucionario en Viena y en todo el país. La organización se estableció sólidamente, pero la policía desplegó una creciente habilidad para descubrir grupos de "R. S". Lentamente, los socialistas revolucionarios fueron obligados a abandonar su acción en "masas semi-abiertas" y a dedicarse a otras formas de actividad, principalmente a la educación. Creando núcleos de taller y cooperando con los sindicatos "ilegales", que habían surgido entretanto, los "R. S." se mantuvieron en contacto con la clase obrera. Constituían un verdadero partido y no solamente un núcleo de partido como las organizaciones subterráneas italianas y alemanas.

En el momento en que Schuschnigg tuvo que buscar en Austria aliados para luchar en contra de Hitler, los "R. S." y los sindicatos "ile-

gales" que cooperaban con ellos controlaban el movimiento obrero austríaco. Los sindicatos fascistas no eran más que cáscaras vacías; unos dirigentes nombrados por el gobierno, carentes de partidarios. De establecerse a tiempo una colaboración entre Schuschnigg y la clase obrera, Austria hubiera tratado de resistir a la anexión, aunque, desde luego, tal resistencia, sin tener apoyo alguno desde el mundo exterior, hubiera fracasado fatalmente. El que Schuschnigg tardase en revisar el nefasto error cometido por Dollfuss en febrero de 1934 inutilizó todos los esfuerzos para organizar la defensa contra la máquina nazi de guerra.

Bajo el régimen de Hitler, los movimientos subterráneos austríacos compartieron la suerte de sus contrapartidas alemanas. Los más conocidos y, por tanto, más expuestos de los líderes de la oposición austríaca de la época Dollfuss-Schuschnigg se expatriaron. Las organizaciones de masas fueron reducidas a simples núcleos. Apremiada por las autoridades checas, la "delegación en el extranjero" de los "R. S." se trasladó a París, a tal distancia del país que ya no pudo ejercer sobre el movimiento la contínua e íntima influencia de los años precedentes. En consecuencia el movimiento austríaco fué asimilado en parte por las organizaciones clandestinas alemanas. Pero los socialistas austríacos se negaron a abandonar su condición independiente en favor de una organización austro-alemana unificada mientras no existiera un movimiento socialista alemán único. En vez de tal fusión, los socialistas austríacos establecieron acuerdos de colaboración con ciertos grupos socialistas alemanes, especialmente con el grupo *Neu Beginnen (Comienzos Nuevos)*. El *Sopade*, la ejecutiva del partido socialista alemán en el extranjero, rehusó su adhesión a este convenio.

5

Hasta el último momento, la izquierda alemana se había negado a creer que Hitler fuese capaz de establecer una dictadura totalitaria. Los comunistas, a pesar de ser perseguidos con anterioridad a los demás grupos izquierdistas, contaban con la caída del nuevo régimen en un futuro próximo. Durante un breve intervalo, muchos dirigentes socialistas acariciaban la ilusión de poder salvar el partido abandonando el carácter internacionalista de sus prácticas y programa; mas cuando Hitler destruyó los sindicatos y disolvió el partido social-demócrata, no hubo ya otra alternativa que la de proceder a la construcción de organizaciones subterráneas.

En un principio, los grupos clandestinos socialistas y comunistas constituían unas formaciones bastante extensas en las que miles de obreros e intelectuales desempeñaban un papel activo. Los comunistas, mas expertos en el trabajo "ilegal" y menos comprometidos a los ojos de muchos obreros por el derrumbe poco glorioso de la democracia alemana, llevaban cierta ventaja a los socialistas; su confianza en el carácter inminente de la revolución les hizo sacrificar frívolamente a sus partidarios, pues no dudaban de que serían devueltos a la libertad dentro de poco. Sus acciones en masa a la luz del día y la circulación pública de su prensa clandestina les costó un número prodigioso de encarcelamientos, pero también les significó durante algún tiempo, asumir el papel director en el movimiento subterráneo de la izquierda. Los socialistas fueron más lentos en poner en pie grupos clandestinos; éstos se componían de cinco hombres, de los que cada uno conocía a un solo miembro de otro grupo. La ejecutiva del partido socialista, además de haber descuidado la organización a tiempo de tales grupos, se había opuesto a las actividades de un círculo de activistas que habían comenzado, durante los gobiernos de Papen y Schleicher, los preparativos para la lucha subterránea. Después del triunfo de Hitler, las organizaciones socialistas se dividieron en varios grupos clandestinos, los más importantes de los cuales fueron el comité ejecutivo oficial del partido —llamado *Sopade* por sus iniciales alemanas— que tenía su cuartel general primero en Praga y después en París, y el grupo *Neu Beginnen*. Amén de estas facciones han existido, y siguen existiendo en parte, gran número de otros grupos izquierdistas.

El movimiento *Neu Beginnen* surgió al unirse las juventúdes socialistas con algunos comunistas opuestos a la dirección oficial de su partido. El nuevo grupo se propuso fomentar un único futuro movimiento obrero. La primera tarea de *Neu Beginnen* habría de ser, de acuerdo con sus líderes, el educar y entrenar a los miembros en tal for-

ma que estuviesen en condiciones de tomar el mando de la revolución alemana cuando llegase el momento de llevarlo a cabo. A diferencia de los comunistas cuyas actividades partían de la suposición de que la revolución estaba "a la vuelta de la esquina", el grupo *Neu Beginnen* creía que el fascismo se había consolidado. Era insensato derrochar vidas y energías preciosas en acciones que sólo podían culminar en un desastre. La tarea principal de acuerdo con aquel pronóstico, consistía en adiestrar a los propios socialistas. El resultado fué la tendencia de *Neu Beginnen* a aislarse del grueso de la clase obrera.

Los otros movimientos subterráneos, sobre todo el comunista, al principio se inclinaban a mirar de soslayo a las tendencias aislacionistas del grupo *Neu Beginnen*. Empero hacia 1936 poco había quedado de sus organizaciones primitivas, especialmente de las dedicadas a acciones en masa. La temida Gestapo había aniquilado muchos grupos, arrestando comités directivos enteros. Los éxitos diplomáticos de Hitler, la lenidad de las potencias democráticas y la desaparición del paro obrero bajo la dictadura económica de los nazis acabaron por desanimar a gran número de antinazistas. Por otra parte, el mejoramiento de la situación económica robusteció la confianza de los obreros en sí mismos. A despecho del terror, el temor de perder el empleo ya no obraba de modo tan poderoso para frenar la acción obrera como lo había hecho durante el período de desocupación en masa. Aquí y allá ocurrían intentos de resistencia pasiva en las fábricas o movimientos coordinados para conseguir salarios mayores.

Fué así como se desarrollaron nuevos grupos clandestinos. Unos y otros eran herederos de organizaciones más viejas, pero sus miembros eran, en gran parte, hombres nuevos. Constituían entidades de tamaño muy reducido, pues pocos eran los que osaban desafiar la máquina de terror nazi. Y es que las organizaciones grandes apenas si podían evitar el ser descubiertas. Frente a un Hitler que marchaba de triunfo en triunfo, los luchadores subterráneos habían de tener una fe casi sobrehumana en su ideal antifascista. Tenían que abandonar su vida privada cada vez que algún contacto personal ponía en peligro sus actividades políticas. La mayor parte de sus energías se consumía en el constante esfuerzo que tenían que hacer para escapar a la policía.

Una sola llamada telefónica —escribía uno de estos elementos activos de la "ilegalidad"— suponía horas de arreglos complejos. El encontrarse con alguien para una conversación de un par de minutos requería un día entero de preparación; pues dos o tres personas no podían verse simultáneamente sin llamar la atención sobre sus actividades subversivas. La energía entera de unos hombres altamente especializados se agotaba en mantener intacto el enlace con unas cuantas docenas de amigos de la misma ciudad o pueblo. La comunicación con otras localidades del mismo distrito tenía que ser interrumpida. Con frecuencia, no se tenía conocimiento en una aldea de la resistencia local que había aflorado en la vecina. A veces no era sino después de varios meses y aun entonces sólo a través de una niebla de chismes como llegaban a saberse los acontecimientos ocurridos en la misma ciudad. Pueden calcularse en millares los pequeños grupos de resistencia esparcidos, durante aquel período, por toda Alemania, a tiempo que ninguna de las organizaciones más poderosas contaba con más de unos cientos de miembros disociados.

Para poder influir en los obreros de las plantas industriales, estos pequeños grupos clandestinos tenían que dirigirse a las formaciones más grandes de socialistas o comunistas que no habían renegado de sus opiniones políticas, pero que no deseaban ser envueltas en empresas "ilegales". Tales antiguos funcionarios subalternos de los sindicatos o del partido, que gozaban aún de la confianza de sus compañeros de trabajo, constituían el puente que unía los movimientos subterráneos a la misma clase obrera. Mantenían a los grupos clandestinos al corriente de cuanto ocurría en los talleres y los informaban del estado de ánimo de los obreros. Ellos, a su vez, estaban ansiosos de recibir de los "ilegales" información de sucesos que se guardaban en secreto o que eran falsificados por la propaganda nazi. A través de sus amistades personales, los antiguos funcionarios del movimiento obrero legal transmitían las consignas del subterráneo a los obreros fabriles. En tiempos políticamente desesperados, este puente entre los movimientos clandestinos y el proletariado se desmoronaba, aislando a unos de otros. Y viceversa: cuando las perspectivas mejoraban desde el punto de vista de los antifascistas, aquellos antiguos dirigentes sindicales de segunda categoría volvían a manifestar deseos de ver y escuchar a los representantes de la lucha subterránea.

La crisis de Munich fué el gran punto crucial en la historia de los movimientos antinazis de la preguerra en el interior del Tercer Reich. Si el *Anschluss* de Austria había sido saludado por la mayoría de los alemanes, el descubrimiento de que Hitler estaba dispuesto a hacer la guerra por la cuestión de los Sudetes, sorprendió a muchos. Las corrientes antinazis cobraron ímpetu y los movimientos subterráneos progresaron. Las brutales matanzas de noviembre de 1938 aumentaron el abismo entre el partido nacional-socialista y algunos sectores del pueblo alemán.

La vieja división entre socialistas y comunistas había perdido su significación a los ojos de los "ilegales", casi por completo. Los temas de sus discusiones tenían poco que ver con aquellos argumentos tradicionales que habían diferenciado las dos tendencias. Los viejos razonamientos acerca de los métodos reformistas como opuestos a los revolucionarios no eran aplicables a las condiciones de un país fascista, donde cualquier reforma sólo podía imponerse con métodos revolucionarios. Las cuestiones técnicas de propaganda tenían, para la mayoría de los "ilegales", mucha más importancia que el discutir cuanta culpa tenían los partidos obreros en el triunfo de Hitler. La influencia de los centros extranjeros que habían podido acentuar la división entre los grupos subterráneos socialistas y los comunistas iba menguando a medida de que el contacto con el mundo exterior se hacía más dificultoso. No obstante, si no se verificó ninguna fusión entre los diferentes grupos, ello se debió esencialmente a la repugnancia que tenían en establecer unos vínculos nuevos que se sustrajesen, en parte, a su control. Los riesgos de tal fusión parecían demasiado graves y las ventajas demasiado pequeñas para justificar el experimento. Además no había quien tuviese autoridad para hablar en nombre de los muchos grupos aislados unos de otros y dispersados por todas las ciudades y aldeas alemanas. Una fusión sólo hubiera podido hacerse desde los comités establecidos en el extranjero, pero estos eran precisamente los que galvanizaban el viejo espíritu partidista y las viejas divisiones.

El pacto germano-ruso metió una cuña en aquellos grupos que lo defendían y en la gran mayoría que lo condenaban como traición descarada e inexplicable inferida a la causa obrera por el gobierno soviético. Los comunistas intentaron continuar sus actividades, pero pronto descubrieron que no podían lanzar ninguna consigna que no los colocase en la situación poco envidiable de escoger entre el apoyar a Hitler u oponerse a la Unión Soviética. La mera divisa de "paz inmediata" —adoptada por el "Comintern"— ya equivalía a ser cómplice de Hitler en los esfuerzos que hacía para explotar sus éxitos militares iniciales obligando a Inglaterra y Francia a capitular. Después de un largo período de confusión, los sobrevivientes de la organización subterránea comunista idearon una nueva política basada en la pretendida división entre los nazis partidarios del pacto con los soviets y los que le eran hostiles.

Walter Ulbricht, presidente del comité central del partido comunista alemán desde 1935, emigrado en Moscú, escribió un artículo en el que atacaba la política pro-aliada de los socialistas alemanes diciendo:

> Si Hilferding y el resto de los antiguos dirigentes social-demócratas están dirigiendo su propaganda bélica contra el pacto germano-soviético lo hacen porque el plan inglés de provocar una guerra entre Alemania y la Unión Soviética tendrá tanto menos perspectivas de éxito cuanto más profundamente arraigada en las masas trabajadoras resulte la amistad entre el pueblo alemán y el soviético. Es esta la razón por la que no solamente los comunistas sino también muchos obreros social-demócratas y nacional-socialistas consideran su deber el no permitir en ningún caso que el pacto sea roto. Quien quiera que intrigue contra la amistad entre el pueblo alemán y el soviético, está estigmatizado como cómplice del imperialismo británico. Aumentan entre el pueblo trabajador de Alemania los esfuerzos para desenmascarar a los secuaces de la camarilla de Thyssen, esos enemigos del pacto germano-soviético. En gran número de casos se ha formulado la demanda de que se expulsen a estos enemigos del ejército y de la maquinaria de estado y de que se confisquen sus bienes.[1]

El deber comunista consistía, en combatir a la llamada camarilla de Thyssen mientras que el resto del partido nacional-socialista, inclu-

[1] Citado en Paul Hagen, *Will Germany Crack?*, Nueva York, Harper's, 1942, pp. 223 *s*.

yendo al parecer, a Hitler y a Ribbentrop, había cesado de ser un enemigo de la clase obrera por lo menos de momento.

La declaración de guerra trajo un inmenso aliento a los movimientos subterráneos no-comunistas a pesar de la media vuelta que habían dado los comunistas. Por vez primera desde su ascenso al poder, Hitler se veía enfrentado a una resistencia armada. Aunque criticaban la dirección aliada, sus intenciones y sus métodos en el manejo de la guerra, los grupos "ilegales" no-comunistas se daban cuenta clara de que sus propios destinos y los de la futura revolución alemana estaban ligados inseparablemente a los de las democracias francesa y británica. Una revolución alemana victoriosa bien podría verse obligada a ponerse en contra de los posibles planes aliados que se dirigían a desmembrar a Alemania o a imponer condiciones de paz excesivamente duras. Pero no por eso dejaba de ser verdad que hasta la caída del régimen de Hitler los ejércitos aliados estaban defendiendo la libertad de Alemania a la vez que la de la Europa Occidental.

6

Bien escasa es la información que nos llega sobre la suerte y el desarrollo de las organizaciones subterráneas desde que estalló la guerra, pero lo referido en las páginas precedentes puede ayudarnos a contestar a la pregunta vital que incumbe a la madurez política de aquellos movimientos.

Como *élite*, moral e intelectual, los miembros de los grupos clandestinos han de ser necesariamente superiores, por su madurez política, al término medio del obrero alemán y engañoso sería tomar como único criterio el espíritu de los luchadores antinazis activos. Sin embargo, aun en lo que respecta a la mayoría de los simpatizantes de los grupos subterráneos, los acontecimientos han contribuído mucho para quitar de su camino el ramaje muerto del pasado. Estos simpatizantes son bastante numerosos y podrían constituir, junto con los "ilegales" el grupo dirigente de las futuras organizaciones obreras alemanas.

Tanto los socialistas como los comunistas han procedido a una revisión radical de sus credos. Los socialistas admiten, como cosa que

se sobreentiende, que su lucha es revolucionaria, que hace caso omiso de la legalidad nazi y que está encaminada a derrocar la constitución del Tercer Reich. Habiendo pasado por la experiencia de un régimen totalitario hostil, los comunistas, a su vez, han llegado a reconocer el valor de las libertades democráticas. Los constantes vuelcos de la política internacional soviética han contribuído a destruir el prestigio de los comunistas, realzado considerablemente durante el período del Frente popular. La entrada de Rusia en la guerra tal vez haya influído mucho para restablecerlo. Es sobre todo, desde que la guerra ha interrumpido las comunicaciones con los centros de las organizaciones políticas situadas en el extranjero (ansiosos de eternizar los viejos conceptos y, por ende, las viejas divisiones) cuando los términos "socialista" y "comunista" han perdido valor casi por completo en cuanto a su aplicación en países tales como Alemania.

La vuelta a un orden democrático con la importancia que concede a la individualidad humana, ha llegado a ser el anhelo general de los antinazis, pero todos coinciden en que la república de Weimar se ha perdido para siempre. No sólo se ha reconocido que la debilidad de la República frente a sus enemigos había sido suicida y también la cooperación de elementos obreros y democráticos con protagonistas del antiguo régimen sino que el injerto de reformas democráticas sobre una estructura social y administrativa de tipo semifeudal —características, ambas, de la República de Weimar— se consideran hoy como cosas claramente irrealizables sea cual sea el orden venidero.

A menos que Alemania caiga —directa o indirectamente— bajo el control de tropas extranjeras, la derrota alemana y la caída de la dictadura nazi van a convertir en realidad, por vez primera, los viejos sueños radicales: la ruptura completa con un régimen y la apertura de una nueva era.

La tarea de la reconstrucción no permitirá desarrollar una actividad de grupos de presión por parte de la clase obrera y a menos que los aliados victoriosos tomen en sus manos la administración de Alemania, el país se enfrentará con un problema único en la historia moderna y cuya solución constituirá el primer deber del proletariado.

Uno de los baluartes más fuertes de la dictadura fascista reside

en la destrucción total de las autoridades que puedan reemplazarla. El ejército, la administración, la justicia y todos los organismos sociales se hallan incorporados al dominio nacional-socialista y ello significa que un colapso de su autoridad dejaría al país en un estado igual al de una masa amorfa. No existe ningún gobierno que espere su hora, tal como es la regla bajo el sistema parlamentario inglés, ni ninguna oposición organizada que se encabezara por un jefe de prestigio nacional y capaz de relevar al régimen nazi. Hasta en la comunidad más pequeña, la dictadura nacionalista ha extirpado el último vestigio de una vida social independiente.

El derrumbe del orden nazi no es fácil que sea el producto de un proceso parcial. Derrotado el nazismo, la inmensa maquinaria construída y controlada por él caerá, con toda seguridad en la ruina. El ejército, la administración y todas las organizaciones sociales controladas por el régimen, caerán con la derrota del nacional-socialismo y se perderá toda autoridad en el país, acaso, exceptuando solamente a ciertas comunidades eclesiásticas. El totalitarismo no constituye sólo una maquinaria política en extremo centralizada comparable a la de una ciudad americana, sino que es algo esencialmente distinto de cuanto se conoce en los países libres.

Sin embargo, el proceso de nivelación nazi, si ha logrado aplastar todos los estratos de la sociedad opuestos al nacional-socialismo, transformando los ciudadanos en una masa uniforme de súbditos políticamente impotentes, no ha sido capaz de hacerlo con los grupos sociales como tales. Aunque no se les permite reunirse a discutir sus problemas, ni organizarse en defensa de sus intereses, los obreros organizados continúan comunicándose todos los días en los talleres. No pueden constituir sindicatos libres, como tampoco pueden elegir a sus dirigentes; pero el taller mismo modela grupos de clase obrera y el contacto cotidiano crea dirigentes. Así, la fábrica tal vez represente el núcleo de la futura sociedad organizada en una Alemania democrática.

Ello constituye, en cierto modo, una situación similar a la que diera nacimiento a los soviets rusos. Puesto que las organizaciones obreras eran demasiado pequeñas para controlar el inmenso territorio de Rusia, los revolucionarios de 1905 —y, después de ellos, los de

1917— sentían la necesidad de un sistema que incorporara t[o] clase obrera tanto la organizada como la no organizada, a la ma[qui]naria gubernamental. Tal fué el origen de la idea de los soviets. E[l] taller alemán bien puede desempeñar el mismo papel en el Reich de mañana. La idea de los soviets no implica necesariamente el principio de la dictadura; entre marzo y noviembre de 1917, los soviets han sido el espinazo de la democracia rusa. Un gobierno alemán basado en soviets podría ser un gobierno democrático y teniendo en cuenta la repugnancia popular hacia un régimen totalitario que zozobró entre la guerra y la derrota, el futuro gobierno alemán no sería, casi con toda seguridad, totalitario.

Erigidas las plantas industriales en los centros de la sociedad, el proletariado alemán constituiría el baluarte mayor del nuevo régimen. Y es que los nacional-socialistas que en sus comienzos pretendieron contener la "proletarización" de la clase media alemana e incluso invertir el proceso, han creado la clase proletaria más vasta del mundo. Encontrándose con que el ritmo violento de su rearme y la expansión de sus industrias estaban comprometidos por una mano de obra reducida; los nazis "racionalizaron" el comercio y la distribución con la intención declarada de incorporar forzosamente a los hombres de negocios independientes a la clase obrera. Por eso, ningún régimen alemán podrá esperar mantenerse en el poder si no se hace plenamente cargo de que en la actualidad es un hecho que la clase obrera industrial representa, casi, la mayoría de la población alemana. La futura Alemania antinazi tendrá una complexión proletaria, sea cual sea la significación de este hecho en el estrato de las instituciones sociales.

Ocurrirá pues, otra vez, aunque en condiciones muy distintas, lo de 1918: el movimiento obrero será llamado a gobernar la nación. Esta vez no habrá recurso alguno para que haya cooperación voluntaria de los elementos del antiguo régimen; la división entre el pasado y el futuro será trazada clara y limpiamente. No se podrá poner ninguna esperanza en la iniciativa de los demás, pues "los otros" resultarán menos capaces de actuar que la clase obrera. No podrá haber ningún intento de salvar las instituciones básicas del pasado y de ponerlas al

servicio de una política democrática y socialmente progresista, pues las instituciones del Tercer Reich han sido creadas expresamente para finalidades antidemocráticas y militaristas. Ninguna confianza puede ser depositada en los procesos automáticos del capitalismo por haber cesado de existir en Alemania la auténtica sociedad capitalista. La vuelta al sistema capitalista de libre competencia en las condiciones postbélicas de hambre, miseria y desocupación en masa equivaldrá a un suicidio deliberado del grupo que lo intente.

Así, pues, ya no le queda al movimiento obrero ningún camino para eludir la carga del gobierno en el caso de que Alemania pierda la guerra. La práctica de grupo de presión como la política de *laissez-faire* resultarán en igual forma inaplicables a la situación de postguerra. La caída del fascismo plantea necesariamente problemas gigantescos; una nueva sociedad ha de ser modelada con una aglomeración de seres humanos casi completamente sin estratificar. Sin poderlo evitar la clase obrera se verá enfrentada a una tarea que pondrá a prueba, hasta donde llegan sus aptitudes constructoras.

CAPITULO XXIII

UNA NUEVA OPORTUNIDAD

1

La historia de todos los países demuestra que la clase obrera, abandonada a sus propios esfuerzos, sólo es capaz de desarrollar una conciencia sindical; esto quiere decir que puede comprender por sí misma la necesidad de asociarse en sindicatos para luchar contra los patrones y para ejercer una presión que obligue al gobierno a promulgar la legislación de trabajo necesaria, etc. La teoría del socialismo, por el contrario, nació de las teorías filosóficas, históricas y económicas elaboradas por los representantes cultos de las clases propietarias, los intelectuales. Por su condición social, los fundadores del socialismo científico moderno, Marx y Engels, pertenecían a la *intelligentsia* burguesa. De modo análogo, en Rusia, la doctrina teórica de la socialdemocracia brotó independientemente del desarrollo espontáneo del movimiento obrero, como resultado natural e inevitable de la evolución de ideas entre la *intelligentsia* socialista revolucionaria....

Así escribe Lenin en su célebre folleto *¿Qué hacer?*[1]

Con arreglo a esta teoría, Lenin basó su sistema de organización en un grupo de líderes capaces de orientar a la clase obrera y llevarla mediante una sintetización de sus actividades cotidianas a una lucha por el poder que se encaminase a la transformación fundamental de la sociedad. Sus esfuerzos tuvieron éxito en Rusia, donde apenas si existía un proletariado industrial organizado, pero fracasaron por doquier que los bolcheviques tropezaron con movimientos obreros bien organizados. El derrumbe de las esperanzas revolucionarias abrigadas por el "Comintern" después de la primera guerra mundial terminó con el traspaso del mando del movimiento comunista fuera de Rusia a manos

[1] Lenin, *What Is to Be Done? Burning Questions of Our Movement.* Marxist Library, vol. XIV, Nueva York, International Publishers, 1929.

de los radicales quienes ya habían sido derrotados en los partidos socialistas.

Allende las fronteras de Rusia, el progreso del movimiento obrero, desde la condición de grupo de presión hacia la de partido político, sólo podía tener lugar en la medida en que las masas mismas llegaban a comprender sus propias tareas. Ello no podía ser logrado por una jefatura dictatorial, pues en la Europa Occidental y Central cualquier realización un poco importante de los partidos obreros dependía de la comprensión y la libre cooperación de toda la clase obrera. Sólo un mejor discernimiento de las situaciones a las que se enfrentaran podía inducir a los obreros a abandonar sus estrechos conceptos sindicalistas en favor de una amplia política constructora que, a la vez que sirviese a toda la nación, creara las condiciones necesarias para los nuevos avances sociales del proletariado.

Tal proceso evolucionista no podía ser sino lento. Avanzando a tientas a través de una densa niebla de tradiciones, románticas divisas radicales, herencias del *laissez-faire* e inercias colectivas, los socialistas se empeñaban en desarrollar una política independiente respecto a la totalidad de los problemas nacionales, que permitiera al movimiento obrero cumplir con su papel de partido dirigente del país. Aún se hallaban lejos de su meta, cuando la gran crisis que comenzó en 1929 y el advenimiento del nazismo sometió al movimiento a una prueba decisiva. El proceso que hemos presenciado desde entonces ¿ha enriquecido al movimiento obrero en los pocos países democráticos que aún quedan con la sabiduría y la experiencia necesarias para mostrarse a la altura de su gran misión, caso de que una derrota nazi presentara nueva oportunidad para emprender una labor constructiva?

El partido laborista inglés, la única libre organización obrera de importancia que existe aún en Europa ha sufrido, desde su gran derrota electoral de 1931, una rápida transformación. Ha sido obligado a abandonar el sueño agradable de la "fatalidad del progreso gradual", de la transición automática de la sociedad capitalista hacia el socialismo— aquella quimera que había recibido una expresión tan característica en las palabras de MacDonald sobre la necesidad de apacentar hasta

que el trigo haya cesado de ser verde. La práctica fascista en Alemania ha demostrado —por citar a un grupo de intelectuales socialistas del Partido Laborista— que "el próximo paso hacia una economía integral capaz de poner término a la desocupación en masa y de impedir la reaparición de las crisis económicas, no debe producirse necesariamente como resultado de los esfuerzos del movimiento obrero, sino que puede imponerse a la sociedad por procedimientos brutales y reaccionarios, en el curso de los cuales los instrumentos económicos y políticos de la clase obrera son hechos trizas." [2] La conclusión que debe sacarse de estos hechos es amarga, pero ineludible: el movimiento obrero ya no puede seguir fiel a su vieja fe de que el socialismo es el heredero inevitable del capitalismo. Ya no es posible sostener que el proletariado tiene que limitarse a la cotidiana lucha económica y social, dentro del marco de las instituciones capitalistas, y que el socialismo resultará finalmente de la suma total de las realizaciones logradas en aquellas luchas. El movimiento obrero ha sido llevado a comprender que tiene que elegir entre la aceptación del orden social existente, ajustando las acciones de la clase obrera a las leyes de la economía capitalista, y el encauce consciente dirigido hacia la acción constructora, transformando las propias bases de la sociedad.

Una reflexión de este proceso de entendimiento creciente puede verse en los trabajos de la conferencia del Partido Laborista, celebrada en Bournemouth, en mayo de 1940, poco después de la dimisión de Chamberlain y de que el partido laborista se decidiese a entrar en el nuevo gabinete que encabezaba Winston Churchill.

Harold Laski, actuando en nombre de la ejecutiva, sometió a la conferencia una declaración sobre la política socialista. Esta política se caracterizaba por tratar de recobrar el dinamismo de la democracia mediante un método basado en el socialismo. Decía que sólo una audaz planificación socialista de los fundamentos de su orden podía proporcionar la fe y la fuerza para la satisfacción de las justas demandas de

[2] Véase *"U. S. S. R.?" Our estimate of its significance for the British Labour Movement.* Publicado por el Socialist Charity Group, Greenford, Middlesex. Véase también las valiosísimas *Labour Discussion Notes* publicadas por el mismo grupo (M. Chance, Greenford, Middlesex).

quienes les traerán la victoria. Los soldados podían tener la legítima confianza de que sus sacrificios no serían hechos en vano.

La política del Partido Laborista era de índole triple; abarcaba primero, la planificación para la propia guerra; segundo, las medidas para hacer frente a las condiciones que pudiesen producirse al día siguiente de la victoria; tercero, el establecimiento de un programa de largo plazo que tenía que aplicarse al comenzar la desmovilización. La declaración explicaba que la demanda del partido de una planificación de guerra eficaz había motivado la entrada de sus dirigentes en el gobierno. Y proseguía: "El mensaje que les dirigimos es que serán útiles en la medida en que aprovechan plenamente los recursos de sus conocimientos y experiencias sindicales para la planificación de la guerra..."

Debemos recordar que Gran Bretaña ha sido conquistada solamente dos veces en su historia. La primera en 1066 por Guillermo el Normando, y la segunda en 1931 por Montagu el Normando, [alusión a Montagu Norman, presidente del Banco de Inglaterra, y a la parte que tuvo en los sucesos que acarrearon la derrota, en 1931, del segundo gobierno laborista]. Opinamos que el reinado de Montagu el Normando debería ya inclinarse apaciblemente a su fin.

Hoy hacemos la advertencia al gobierno de que nosotros, como movimiento, no consentiremos nunca más en tolerar una sociedad en la que existan tres millones de desocupados. Advertimos, y lo hacemos también a nuestros dirigentes, que no toleraremos nunca más una sociedad en la que estratos enteros de nuestra civilización sean estratos de angustia. Los obreros deben recibir su parte de los beneficios que correspondan a la que tienen en la dura labor, dijo Laski, agregando que los cruentos meses de la guerra habría que aprovecharlos para acercarse más a la meta de la democracia social.

Esta política, aprobada unánimemente por la conferencia del partido, era un claro indicio del hecho de que el movimiento obrero inglés comenzaba a comprender que todo cambio social sólo podía ser resultado de esfuerzos conscientes para hacer que este cambio se produjese.

3

Cuando el movimiento obrero haya visto las enseñanzas que proporcionan el triunfo nazi y la segunda guerra mundial, entonces su evolución hacia la forma plenamente desarrollada de un partido político habrá terminado. La comprensión de los nuevos problemas nació de la derrota de 1931, al abandonar el laborismo británico su cándida fe en el *laissez-faire*, dirigiéndose hacia una política económica que pudiera servir de base a sus reivindicaciones sociales. El siguiente paso decisivo procedió de la crisis que se produjo en torno a Lansbury: se sacrificó entonces la utópica creencia de que existía una íntima armonía entre la fidelidad hacia el pacifismo y los principios de la Sociedad de Naciones, en favor de un esfuerzo colectivo de resistencia a la agresión. Los negocios internacionales ya no estaban relegados a ocupar un lugar fuera de lo que Keir Hardie había llamado "el verdadero trabajo del partido", y el movimiento obrero inglés comenzó a percatarse de las dimensiones del papel que le incumbía en aquella lucha de la democracia por su propia conservación. Su hostilidad a la política de Munich y a la "falsa guerra" de Chamberlain; su insistencia en reformas fundamentales que elevasen la fuerza política del país a la altura de sus tareas de guerra; las medidas de planificación económica adoptadas por el gobierno de coalición de Churchill y el laborismo, eran otros de los muchos testimonios del espíritu nuevo que anima a la clase obrera británica.

Queda aún por establecer la prueba definitiva. En los países sojuzgados por el fascismo, las viejas organizaciones obreras han sido aniquiladas y apenas si pasan de ser unos lazos sentimentales —honorables por cierto y, a veces, incluso poderosos— lo que une el presente a las vastas formaciones de masas del pasado. Las viejas formas han desaparecido. Cuando, algún día, el obrerismo recupere su poderío, surgirán, en el escenario político, hombres nuevos, exentos de responsabilidad en la gran derrota anterior. Así, pues, las perspectivas de una acción constructora, emprendida con espíritu nuevo y libre de las trabas del pasado, parecen halagüeñas.

Bien es verdad que aún se advierten muchas sombras inquietantes del pasado. El espíritu nuevo que hace concebir la guerra actual como una cruzada por la democracia política y social viene a ser oscurecido, en ciertos estratos obreros, por una especie de patriotismo convencional, no exento, en modo alguno, de jingoismo. Estos grupos siguen acatando la dirección del nacionalismo conservador y sucede con demasiada frecuencia que la alianza con las clases medias, por cierto indispensable y benéfica hasta cierto punto, motiva el sacrificio del derecho a la libre iniciativa por parte de la clase obrera. Con todo, la transformación social, que tendrá que venir a la Gran Bretaña como resultado de la guerra, ha progresado tanto que las tradiciones del *laissez-faire* y de la era caracterizada por la mentalidad de grupo de presión se han debilitado de modo decisivo.

Aunque trascienda de las facultades humanas adivinar la estructura de aquel mundo que se levantará sobre los escombros del hitlerismo, puede predecirse con seguridad que será tan distinto del mundo anterior a 1939 que nadie ya osará soñar con una vuelta a la "normalidad prebélica", como lo hiciera tanta gente después de la primera guerra mundial. Se impondrá, de un modo más imperioso que lo fué después de aquella gran guerra, la necesidad de una reconstrucción de Europa mucho más radical. Poderosas como son indudablemente las fuerzas de la tradición y enfrentada con los problemas del mundo de la postguerra, la clase obrera británica será compelida por los nuevos hechos de la vida social y por las nuevas cuestiones que surgirán ante ella, a seguir adelante. Y es que se presentará ante el movimiento obrero inglés y sus aliados en el continente una tarea que no podrá ser abarcada sino por medio de la acción constructora. Ahí está la oportunidad. Sólo la historia podrá juzgar si el movimiento obrero se mostrará o no en la nueva Europa a la altura de su misión.

4

Permítasenos aquí decir algunas palabras sobre lo que probablemente sea el papel futuro del movimiento obrero norteamericano. Una derrota de las potencias del Eje —la única presuposición que da a

la especulación sobre cosas del futuro algún valor como guía hacia la acción— acrecentará inevitablemente la influencia de Norteamérica en los negocios mundiales. En la actualidad, los sindicatos americanos con sus casi diez millones de afiliados representan la fuerza obrera más poderosa líbremente organizada del globo. El movimiento obrero norteamericano tendrá, pues, una inmensa oportunidad para influir en los rumbos que ha de tomar el universo y su responsabilidad corresponderá a esta oportunidad. Ahora bien, ¿cuál es la probabilidad de que el laborismo norteamericano se percate de esta responsabilidad y sea capaz de cumplir honorablemente con su tarea?

Durante el último período de la primera guerra mundial, los representantes del movimiento obrero americano habían cooperado con sus compañeros europeos en preparar las reivindicaciones obreras ante la conferencia de paz. Tal colaboración no parece improbable en cuanto a la fase final de la conflagración actual. Es verdad que la división de los sindicatos norteamericanos en la C. I. O. y la A. F. L. así como algunas nuevas escisiones, no del todo imposibles en vista del conflicto entre John L. Lewis y el grueso de la C. I. O., hacen esta colaboración con el movimiento europeo un tanto dificultosa. La A.F.L. está afiliada a la Federación Sindical Internacional, mientral que la C.I.O. no se halla unida a aquella por ningún lazo de organización. En el pasado, este hecho había tendido a crear ciertas dificultades para la cooperación sindical europeo-americana, pero dado el acercamiento general entre la A. F. L. y la C. I. O. parece probable que los problemas de organización ya no obstruyan el camino de una acción internacional eficaz.

Mucho más grave resulta la resistencia opuesta, hasta en tiempos recientes, por algunos dirigentes "chapados a la antigua", a acciones que a su modo de ver caían en el "campo político". Si esta tendencia existe aún y es probable que siga existiendo, entonces planteará un problema doble.

La política de grupo de presión del laborismo norteamericano continuará impidiendo el funcionamiento perfecto de la maquinaria democrática. Ello no significa necesariamente que en los Estados Unidos tenga que surgir una seria amenaza fascista. No es forzoso que

América imite al patrón europeo como tampoco Gran Bretaña ha seguido en grado notable las tendencias continentales. La unidad nacional de los Estados Unidos bien puede superar, con mucho, la fuerza desintegradora de los conflictos sociales durante un período caracterizado por el equilibrio de las fuerzas de clase. Pero aun siendo así, el problema del mantenimiento de la unidad nacional frente a eventuales conflictos sociales agudos y en las condiciones de equilibrio de las fuerzas de clases se presentará de cualquier modo. Si este problema podrá ser resuelto sin provocar una peligrosa crisis en la democracia americana es una cuestión que dependerá en grado sumo del juicio político de los obreros estadounidenses.

La madurez política del movimiento obrero norteamericano determinará también el grado de influencia que los sindicatos podrán ejercer sobre la evolución del mundo de postguerra. Indudablemente, las fuerzas progresivas de Europa van a depender en grado considerable de la ayuda del movimiento obrero norteamericano, máxime si los conservadores norteamericanos intenta, por su parte, influir en los acontecimientos europeos. De modo análogo, los demócratas podrán esperar que el movimiento obrero norteamericano les ayude contra los esfuerzos de los comunistas para imponer sus metas a las corrientes revolucionarias de la postguerra. Pero si el laborismo norteamericano se inspira en el estrecho pensamiento de grupo de presión se privará de gran parte de las posibilidades que tiene de imponer su voluntad a la gran política de los Estados Unidos y se mostrará, al mismo tiempo, poco inclinado a preocuparse seriamente por los problemas de las organizaciones obreras europeas.

Cierta presión en favor de acciones de orden más general y político acaso la puedan ejercer, sobre los sindicatos norteamericanos, algunos de los antiguos dirigentes del movimiento obrero europeo refugiados en suelo americano y, de modo más eficaz, el laborismo británico. Aun cuando los sindicatos norteamericanos se muestren dispuestos a cooperar en el establecimiento de finalidades políticas, podrá suceder que la gran divergencia entre el modo de ver de muchos de sus dirigentes y el de sus colegas europeos resulte un serio tropiezo para

una declaración común de las metas postbélicas del movimiento ob[rero]. Queriendo o no, los grupos obreros europeos se verán compelidos a apoyarse tanto más en la ayuda de Rusia cuanto menos comprensión muestren los obreros norteamericanos hacia las aspiraciones pol[íticas] del proletariado inglés y continental. Parece dudoso, además, en los momentos actuales, que una declaración política, aun suponiendo que obtenga la firma de los sindicatos americanos, sea seguida por alg[una] acción seria de apoyo en los Estados Unidos.

La política mundial en general y la política obrera en parti[cular] serán determinadas, en el caso de una derrota del Eje, por el triángulo Wáshington-Londres-Moscú. La meta primaria del movimiento eu[ropeo] consistirá, probablemente, en tener libertad respecto a toda ingerencia ejercida desde fuera, bien sea una presión por parte de Moscú en favor del comunismo o una intervención de las fuerzas conservadoras, encaminada a impedir cambios sociales en Europa. Si el laborismo norteamericano continúa siendo prisionero de una mentalidad de grupo de presión, entonces faltará una parte indispensable en aquel triángulo enérgico y la atracción ejercida por Rusia podrá hacerse en extremo poderosa.

Así, el grado de madurez política que poseerán los sindicatos norteamericanos cuando termine la guerra bien puede contribuir a determinar en sentido positivo o negativo el curso futuro del movimiento europeo.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

La fuente principal que se ha utilizado para componer el presente libro está constituída por la extensa literatura que las propias organizaciones obreras europeas han creado. Además de la prensa diaria de los partidos socialistas y comunistas de Europa, de las publicaciones de los congresos de partido y de las conferencias sindicales, ofrecen una documentación valiosa los cientos de folletos publicados esporádicamente. Algunos de ellos han sido citados en el texto mismo y en las notas.

También han estado asociadas, en forma variada, al movimiento obrero una multitud de revistas. Contienen un material interesante sobre las discusiones en el seno de los diferentes grupos. Más información sobre los hechos relacionados con el tema puede extraerse de la *Correspondencia Internacional* que presenta el punto de vista comunista y de la *Información Internacional*, boletín semanal publicado por el Secretario de la Internacional Obrera Socialistas. Este último refiere, en primer lugar, los sucesos ocurridos dentro del movimiento social-demócrata. Se publicaban además, por la Federación Sindical Internacional, resúmenes semanales de noticias.

La siguiente enumeración contienen tan sólo una pequeña parte de la literatura utilizada y se refiere casi exclusivamente a obras que podrían ofrecer un interés especial al grueso de los lectores. El lector que desee obtener una información más detallada tendrá que recurrir a la documentación mencionada en los dos párrafos precedentes. Algunos títulos omitidos en este lugar están indicados en las notas.

El índice bibliográfico sigue el orden de los capítulos del libro.

La fuente principal de información relativa a las divisiones postbélicas del movimiento obrero la constituyen las publicaciones sobre los trabajos de los varios congresos internacionales celebrados después de la guera, en particular los de la Unión Vienesa y de la Internacional Obrera Socialista. Para una plena comprensión de los hechos es preciso, también, remontarse a los congresos anteriores a la guerra, especialmente a los de Stuttgart, Copenhague y Basilea. La fuente más fácil de manejar en lengua inglesa es la obra de Merle Fainsod, *International Socialism and the World War*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1935.

Para la historia de los comienzos de la República Alemana véase Arthur Rosenberg, *A History of the German Republic*, Londres, Methuen, 1936. Tam-

bién, por el mismo autor, *The Birth of the German Republic, 1871-1918*, Londres, Milford, 1931.

La mejor historia sobre los orígenes de la República Austríaca es el libro de Otto Bauer, *Die oesterreichische Revolution*, Viena, Wiener Volksbuchhandlung, 1923 (Versión inglesa: *The Austrian Revolution*, Londres, Parsons, 1925). Véase también Friedrich Adler, *Vor dem Ausnahmsgericht; die Verhandlungen vor dem § 14 Gericht am 18. und 19. Mai 1917. Nach dem stenographischen Protokoll.* Berlín, Paul Cassierer, 1919. (Versión inglesa: *J'accuse; an Addres in Court*, Nueva York, The Socialist Publication Society).

Sobre Hungría véase Wilhelm Böhm, *Im Kreuzfeuer zweier Revolutionen*, Munich, Verlag für Kulturpolitik, 1924.

La más concisa historia del movimiento obrero inglés es la de G. D. H. Cole, *A Short History of the British Working Class Movement, 1879 to 1937*, Londres, Allen and Unwin, 1938. Nueva York, Macmillan, 1937. El libro de Allen Hutt, *The Post-War History of the British Working Class*, Nueva York, Coward-McCann, 1938, representa un punto de vista más favorable a los comunistas. Ciertos aspectos están bien tratados en: Carl F. Brand, *British Labour's Rise to Power; Eight Studies*, Stanford University, Calif., Stanford University Press; Londres, H. Milford, Oxford University Press, 1941.

De la literatura sobre Francia, utilicé particularmente: David I. Saposs *The Labor Movement in Post-War France*, Nueva York, Columbia University Press, 1931; Marjorie Rurh Clark, *A History of the French Labor Movement (1910-1928)*, Berkeley, California, University of California Press, 1930; Paul Louis, *Histoire du socialisme en France de la Révolution à nos jours*, 3ª edición, Paris, Rivière, 1936.

Sobre el *Putsch* de Kapp véase Wilfrid Harris Crook, *The General Strike; a Study of Labor's Tragic Weapon in Theory and Practice*. Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1931.

La historia del movimiento sindical internacional durante el período entre las dos guerras está expuesta en el excelente libro de Lewis L. Lorwin, *Labor and Internationalism*, Nueva York, Macmillan, 1929. Véase también H. A. Marquand y otros, *Organized Labour in Four Continents*, Londres y Nueva York, Longmans, Green & Co., 1939. Una fuente particularmente buena para el conflicto hullero en Gran Bretaña.

Algunos aspectos de la más reciente evolución del Partido Laborista británico están tratados en Dean E. MacHenry, *The Labour Party in Transition, 1931-1938*, Londres, Routledge, 1938.

Para la última parte de la historia de Francia utilicé la obra de Alexander Werth *France in Ferment*, Londres, Jarrolds, 1934; y el libro del mismo autor, *The Destiny of France*, Londres, Hamilton, 1937.

Sobre Suecia, informa, en particular, un tomo de estudios realizados por miembros del New Fabian Research Bureau y publicados por Margaret Cole y Charles Smith, *Democratic Sweden*, Londres, Routledge, 19386; *The Annals of the American Academy of Political and Social Sciences. Social Problems and Politics in Sweden*, Filadelfia, Mayo de 1938; un estudo valioso es el de Brinley Thomas, *Monetary Policy and Crises; a Study of Swedish Experience*, Londres, Routledge, 1936; Rudolf Heberle, *Zur Geschichte der Arbeiterbewegung in Schweden*, Jena, G. Fischer, 1925; Nils Herlitz, *Sweden; a modern Democracy on Ancient Foundations, Minneapolis*, University of Minnesota Press, Londres, Oxford University Press, 1939. G. Henrickson Holmberg, *Die Entwiklungsgeschichte der Arbeiterbewegung in Schweden, Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, Lepzig, 1916, vol. VI, ofrece una documentación que nos ilustra sobre el trasfondo de estos movimientos..

De la extensa literatura sobre la Italia fascista sean mencionados en particular: G. A. Borgese, *Goliat, The March of Fascism*, Nueva York, Viking Press, 1937; Carl T. Schmidt, *The Corporate State in Action; Italy under Fascism*, Nueva York-Toronto, Oxford University Press, 1939; Gaetano Salvemini, *The Fascism Dictatorship in Italy*, Nueva York, Holt, 1927; también, por el mismo autor, *Under the Axe of Fascismo*, Nueva York, Viking Press, 1936; Ignazio Silone, *Der Faschismus, seine Entstehung und seine Entwicklung*, Zürich, Europa Verlag, 1934; A. Rossi, *The Rise of Italian Fascism, 1918-1922*, Londres, Methuen, 1938.

La historia reciente del movimiento obrero austríaco es el tema del libro de Pertinax (seudónimo de Otto Leichter) *Oesterreich*, Zürich, Europa Verlag, 1934; véase del mismo autor, bajo el seudónimo de Georg Wieser, *Ein Staat stirbt, Oesterreich 1934-1938*, Paris, Les Editions Nouvelles Internationales, 1938; también: G. E. R. Geyde, *Betrayal in Central Europe; Austria and Czechoslovakia: the Fallen Bastions*, Nueva York, Harper, 1939. Sobre la historia del 15 de Julio de 1927 véase Crook, *op. cit.*, p. 586 y siguientes; también Oskar Pollak en *International Information* publicada por el Secretariado de la Internacional Obrera Socialista, Zurich, 1927.

Un informe detallado sobre los Trabajos de la Conferencia Socialista Internacional se encuentra en *International Information*, Zurich, 1933.

Una exposición de las ideas de Hendrik de Man sobre el Plan Obrero se encuentra en *Die sozialistische Idee*, Jena, Diederichs, 1933 y en su *Planned Socialism: the Plan du Travail of the Belgain Labour Party*, Londres, Gollancz, 1935; New Fabian Research Bureau, Londres, Publication nº 25. Véase también Hendrik de Man, *The Psychology of Socialism*, Nueva York, Holt, 1927.

La historia de la Internacional Comunista de más fácil acceso es la de

Arthur Rosenberg, *A History of Bolchevism from Marx to the First Five Years' Plan*, Londres, Oxford University Press, 1934. F. Borkenau, *World Communism; a History of the Communist International*, Nueva York, Norton, 1939, en algunos capítulos es un poco partidista.

Resulta casi imposible encontrar un trabajo imparcial sobre la guerra de España. De puntos de vista distintos parten los tres libros siguientes: Franz Borkenau, *The Spanish Cockpit; an Eye-witness Account of the Political and Social Conflicts of the Spanish Civil War*, Londres, Faber and Faber, 1937; Franz Jellinek, *The Civil War in Spain*, Londres, Gollancz, 1938; Félix Morrow, *Revolution and Counter-Revolution in Spain*, Nueva York, Pionneer Publishers, 1938. El libro de Julio Alvarez del Vayo, *Freedom's Battle*, Nueva York, A. A. Knopf, 1940, relato conmovedor de uno de los jefes de la España republicana, ocupa un lugar especial. La política francesa frente a la guerra de España es objeto de una discusión extensa en las obras de Alexander Werth ya mencionadas.

Sin tener en cuenta los numerosos artículos publicados en muchísimas revistas señalo particularmente a Otto Bauer, *Die Illegale Partei*, Paris, Editions Der Socialistische Kampf, 1938. Véase también *Italy against Fascism*, Quaderni Italiani, Nueva York, septiembre de 1942.

INDICES

INDICE ANALITICO

Abisinia, 287, 295, 297, 313, 345, 391.
Adler, Friedrich, 72, 73, 311.
Adler, Víctor, 72.
Africa, 354.
Albarda, J. W., 365.
Alfonso XIII, 319.
Alsacia-Lorena, 369.
Arco-Valley, 69.
Asamblea Nacional Provisional de la "Austria Alemana", 74.
Alemania, 15, 22, 27, 28, 31, 38, 40, 43, 53, 61, 62, 69, 70, 71, 75, 76, 77, 79, 80, 87, 89, 91, 95, 98, 110, 114, 115, 118, 149, 158, 162, 163, 165, 175, 179, 180, 182, 200, 212, 223,225, 236, 237, 241, 245, 246, 250, 267, 274, 275, 217, 278, 280, 281, 282, 283, 284, 285, 289, 290, 291, 292, 293, 296, 297, 300, 301, 302, 303, 304, 305, 306, 309, 317, 322, 327, 328, 331, 332, 333, 338, 344, 347, 354, 358, 360, 362, 366, 387, 390, 392, 397, 399, 400, 401, 402, 403, 404, 407.
Alvarez del Vayo, J., 311.
American Federation of Labor (Federación Obrera Norteamericana), 15.
Anschluss, 197, 223, 354, 359, 398.
Attlee, Clement Richard, 146, 155, 156, 275, 289, 332, 334, 341, 371, 381.
Auriol, Vincent, 188, 192.
"Aventino", 219, 220.
Austria, 22, 31, 71, 72, 73, 74, 75, 77, 221, 222, 223, 226, 227, 228, 230, 233, 234, 244, 246, 247, 248, 249, 250, 251, 252, 253, 254, 255, 256, 257, 273, 282, 317, 320, 321, 322, 351, 353, 358, 366, 387, 390, 394, 398.
Azaña, Manuel, 323, 325.

Baade, 114.
Baker, Noel Philip, 371.
Balcanes, 44, 93.
Baldwin, Stanley, 123, 126, 127, 131, 135, 136, 137, 150.
Batalla de los Titanes, 32.
Bauer, Otto, 25, 53, 72, 76, 79, 211, 223, 232, 244, 248, 250, 252, 259, 281, 282, 392, 393.
Baviera, 44.
Beard, Charles A., 21.
Bebel, August, 32, 54.
Beck, coronel, 377.
Bela, Kun, 71, 73, 305.
Bélgica, 22, 42, 53, 86, 260, 263, 267, 269, 279, 298, 299, 365, 375.
Belin, René, 354, 379.
Bernstein, Edouard, 61.
Besteiro, Julián, 322.
Bevan, Aneurin, 333.
Bevin, Ernest, 140, 157, 333, 349.
Blum, León, 86, 111, 119, 174, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182, 183, 184, 185, 186, 187, 188, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 261, 262, 276, 277, 280, 291, 292, 293, 294, 295, 311, 312, 315, 316, 317, 328, 329, 330, 331, 334, 335, 341, 342, 343, 348, 352, 353, 355, 356, 357, 361, 363, 369, 370, 371, 373, 378, 380.
Borbón, 346.
Borchgraeve, barón de, 365.
Boncour, Paul, 251, 342, 356, 357.

Bonnet, 197, 342, 343, 357, 360, 379.
Borkenau, F., 47.
Boulter, V. M., 327, 345.
Brandler, 89, 90.
Bracke, Alexandre, 177.
Braun, Otto, 161, 238.
Breitscheid, 88.
British Labour Party, véase: Partido Laborista.
Brouckère, Louis de, 299.
Brown, J. W., 98, 100.
Brüning, 161, 171, 172, 173, 237, 238, 241.
Bujarin, 96, 118, 305.
Buset, Max, 366.

Cachin, Marcel, 44, 311.
Caillaux, Joseph, 198.
Campbell, J. R., 129.
"Carta Roja", 130.
Casares Quiroga, 323, 324.
C. G. T., 189, 193, 309, 312, 363, 364, 373, 378, 379.
G. G. T. U., 312.
Citrine, Sir Walter, 101, 140, 141, 334.
Clemenceau, Georges, 53, 84.
C. N. T., 325, 339.
Clynes, J. R., 126, 284.
Cole, G. D. H., 123, 152.
Comintern, 44, 90, 95, 96, 116, 117, 118, 119, 159, 302, 303, 305, 306, 310, 312, 320, 237, 393. 405.
Confédération Général du Travail (C. G. T.), véase C. G. T.
Conferencia de Berna, 43.
Conferencia de la Paz, 75.
Conferencias de Zimmerwald y Kienthal, 40.
Congreso socialista internacional. 22, 69.
Consejo de Representantes del Pueblo, 64.
Cook, 135.
Córcega, 369, 380.
Cot, Pierre, 295, 296, 313.
Cramp, C. T., 141.
Cripps, Sir Stafford, 155, 286, 288, 289, 350, 368, 371, 372.
Crispien, 88.
Croix-de-Feu, 192, 309.
"Csar", 196.
Cuarto Congreso Mundial Comunista, 94.

Chamberlain, Austen, 154, 342, 353, 357, 360, 363, 364, 367, 368, 369, 371, 373, 381, 383, 407, 409.
Chautemps, Camille, 196, 197, 308, 353.
Checoslovaquia, 22, 44, 71, 252, 273, 305, 306, 351, 352, 353, 354, 356, 357, 358, 359, 360, 361, 362, 364, 369, 370, 371, 372, 374, 376, 378, 380, 392.
Chiang Kai-shek, 305.
Churchill, Winston, 127, 133, 138, 381, 407, 409.

Dalton, Hugh, 275, 287, 349, 371, 372, 381.
Daladier, 174, 188, 195, 196, 199, 251, 302, 308, 309, 313, 314, 342, 355, 357, 364, 369, 373, 374, 379, 380, 383.
Déat, Marcel, 176, 177, 178, 179, 258, 259, 260, 262, 263, 280, 377.
Degrelle, Léon, 269.
Delaisi, Francis, 211.
Delbos, Yvon, 188, 316, 317, 329, 353, 356, 357.
"Delegados de taller revolucionarios" (Revolutionäre Betriebs-Obleute), 63, 67, 127, 254.
Deutsch, Julius, 252, 392.
Dimitrov, Gregori, 305.
Dinamarca, 42.
Dittmann, Wilhelm, 61, 88.
Dollfuss, Engelbert, 234, 244, 245, 246, 247, 248, 249, 250, 251, 254, 255, 281, 320, 392, 394.
Doumergue 309, 355.
Dreyfus, 183.
Dukes, Charles, 333.

Ebert, Friedrich, 56, 61, 62, 65, 66, 70, 167.
Eden, Anthony, 350.

Eisner, Kurt, 68, 69, 87.
Elections bleu-horizon, 84.
Engberg, Arthur, 202.
Engels, Federico, 31, 405.
Erzberger, Mathias, 87.
Escandinavia, 375.
España, 27, 174, 186, 273, 290, 297, 319, 321, 324, 325, 326, 327, 328, 329, 331, 332, 333, 334, 336, 338, 340, 341, 342, 343, 345, 346, 350, 352, 354, 355, 370.
Espartaco, Liga de, 43, 62, 63, 65, 67, 70, 71, 92.
Estados Unidos, 9, 16, 19, 21, 27, 87, 107, 123, 163, 183, 189, 263, 305, 412, 413.
Estonia, 87.
Etiopía, 295.

Fascismo, 211-220.
Faure, Paul, 177, 179, 180, 188, 262, 274, 275, 291, 294, 369, 370, 378, 380.
Federación Sindical Internacional, 100, 111, 115, 281, 411.
Federico I de Prusia, 54.
Fehrenbach, Constantin, 82.
Fey, mayor, 233, 251.
Filosofía neo-socialista, 258.
Finlandia, 93.
Flandin, Pierre Etienne, 296, 342, 352, 353, 354, 356, 373.
Francia, 22, 40, 77, 86, 111, 152, 162, 170, 174, 175, 178, 180, 182, 183, 195, 198, 199, 250, 251, 273, 274, 277, 278, 279, 280, 281, 283, 285, 290, 291, 292, 293, 294, 296, 297, 298, 299, 303, 304, 305, 306, 307, 309, 311, 314, 315, 316, 317, 325, 327, 329, 331, 335, 337, 340, 341, 342, 343, 344, 345, 347, 351, 352, 353, 354, 356, 357, 358, 359, 360, 361, 362, 364, 365, 369, 370, 371, 373, 376, 377, 378, 380, 383, 388, 391, 399.
Franco, general, 319, 324, 325, 327, 328, 330, 331, 335, 338, 339, 342, 343, 344, 345, 348, 380.
Frente Popular, 301-318; británico, 368; en España, 321, 322, 323, 325; francés, 36, 97, 119, 174, 175, 176, 179, 181, 182, 183, 185, 187, 188, 192, 196, 197, 199, 262, 269, 291, 295, 296, 299, 327, 328, 330, 336, 341, 348, 356, 357, 368, 374, 375, 377, 378, 384, 388, 401.
Frossard, L. O., 44, 96, 310, 312.
F. S. I., véase: Federación Sindical Internacional.

Gandorfer, 68.
Gareis, 87.
Gestapo, 396.
Geyde, G. E. R. 252, 254.
Gibraltar, 345.
Gide, André, 307.
Gil Robles, 320, 321.
Giral, 324.
Goebbels, 278.
Goering, Hermann, 240, 305.
Gordón Ordás, 321.
Gran Bretaña, 22, 28, 35, 77, 86, 87, 114, 119, 123, 124, 133, 145, 175, 180, 200, 204, 267, 281, 283, 284, 292, 294, 299, 303, 316, 329, 335, 340, 342, 345, 348, 349, 351, 354, 357, 361, 388, 408, 410.
Greenwood, Arthur, 156, 333, 334, 371, 381, 382.
Grenfell, D. R., 333, 381.
Guerra en España, la, 317, 319-343, 348, 383.
Guillermo el Normando, 408.
Gunther, John, 230.

Haase, 61.
Habsburgo, 71, 74, 346.
Hagen, Paul, 399.
Hansson, Albin, 201.
Hecker, Fritz, 301, 302.
Heimwehren, 229, 231, 232. 233, 234, 235, 244, 245, 247. 251, 252, 255, 269, 281.
Henderson, Arthur, 84, 140, 149, 150, 155.
Henderson, Sir Neville, 357.
Henein, Konrad, 358, 359.
Hernández, Jesús, 326.

Herriot, 87, 177, 184, 277, 295, 296.
Hicks, 100, 333.
Hilferding, Rudolf, 57, 58, 88, 158, 159, 160, 167, 168, 399.
Hindenburg, 57, 161, 238.
Hitler, Adolfo, 71, 85, 121, 165, 169, 170, 174, 183, 236, 240, 244, 245, 247, 253, 254, 257, 259, 263, 269, 273, 274, 275, 276, 277, 278, 279, 280, 282, 283, 285, 286, 289, 290, 291, 292, 293, 294, 295, 297, 299, 301, 304, 306, 316, 317, 329, 351, 353, 355, 357, 359, 360, 362, 364, 369, 381, 383, 387, 388, 393, 394, 395, 396, 398, 399, 400.
Hoare, 295, 328.
Hodges, Frank, 125, 135.
Hoffman, Johannes, 69, 70.
Holanda, 42, 98, 364, 365, 366.
Horthy, 71.
Hugenberg, Alfred, 165, 168, 302, 303.
Hungría, 44, 71, 75, 77, 92, 93, 225, 228, 249.

Ibarruri, Dolores, ("La Pasionaria"), 321.
I. F. T. U., 98.
I. L. P. (Independent Labour Party), 85, 127, 128, 145, 367, 368, 370.
Inglaterra, 40, 99, 128, 132, 133, 152, 160, 200, 274, 297, 305, 316, 328, 332, 337, 338, 344, 347, 356, 359, 360, 364, 365, 367, 370, 383, 388, 389, 399.
Insurrección de Octubre, 322.
Internacional de Amsterdam, 97; comunista, 41, 44, 45, 47, 88, 89, 94, 95, 96, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 130, 159, 301, 304, 305, 310, 367, 377; dos y media, 42; sindical roja (Profintern), 97; Socialista, 100, 111, 115, 211, 229, 279, 281, 283, 287, 293, 310, 311, 332, 346, 353, 358, 360, 366, 375, 376.
I. O. S., véase Internacional Socialista.
Islas Baleares, 345, 354.
Italia, 9, 27, 53, 201, 211, 212, 216, 218, 228, 250, 280, 281, 287, 288, 294, 295, 314, 317, 327, 328, 329, 331, 332, 333, 338, 344, 390, 391.
Izard, 343.

Japón, 53, 273, 305.
Jaurés, Jean, 177, 290, 291, 330.
Jefferson, Tomás, 21.
Jiménez de Asúa, 333.
Johnston, 145.
Jouhaux, Léon, 175, 312, 373, 378, 379.
Joynson-Hicks, William, 134.

Kalecki, M., 194.
Kapp, Wolfgang, 78, 80, 81, 82.
Karolyi, Michael, 71.
Khaki elections, 84.
Kautsky, Karl, 32, 55, 61.
Keir Hardie, 18, 409.
Kerenski, 188.
Kerillis, Henri de, 335, 356.
Keynes, 114.
Knorin, 304.
Koloman Wallisch, 252.
Kuusinen, 305.

Landbundi, 245.
Lansbury, George, 144, 145, 155, 286, 288, 347, 348, 350, 367, 372, 409.
Largo Caballero, 321, 322, 323, 325, 326, 336, 339, 340.
Laski, Harold, 145, 350, 368, 408.
Laval, 179, 181, 263, 294, 295, 296, 314, 315.
Law, Bonar, 125.
Lebecq, 313.
Lenin, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 64, 94, 96, 119, 188, 306, 326, 346, 368, 405.
Leninismo, 37-49.
Lerroux, 321, 322.
Letonia, 87.
Levi, Paul, 88, 89.
Lévy, Louis, 352.

Lewis, John L., 411.
Lewis L. Lorwin, 99.
"Libro Blanco", 279.
Liebknecht, Carlos, 38, 62, 63, 66, 67, 70, 87.
Lindahl, Erik, 202.
Linz, 252.
Lituania, 273.
Longuet, Jean, 177.
Ludendorff, 162.

Lloyd George, 53, 83, 84, 124, 125, 126.

MacDonald, James Ramsay, 42, 84, 86, 114, 122, 123, 126, 127, 128, 129, 130, 140, 142, 144, 145, 147, 148, 150, 151, 153, 155, 330, 406.
MacMahon, Arthur W., 151, 153.
Man, Henri de, 263, 264, 265, 267, 268, 269, 366.
Mandl, 233, 249.
Manuilski, 305.
"Marcha sobre Roma", 218.
Marquet, Adrien, 258, 259, 261, 262, 280.
Marruecos, 319.
Martínez Barrio, 324.
Marx, Karl, 107, 108, 159, 201, 260, 405.
Marx, Wilhelm, 161.
Matteotti, Giacomo, 218, 219.
Maurín, Joaquín, 327.
Maxton, James, 145, 155, 368.
Mehering, Frank, 62.
Mellor, William, 286.
Michels, Robert, 68.
Modigliani, 213.
Molotov, 305.
Möller, Gustaf, 201.
Montagu, Norman, 408.
Montseny, Federica, 338.
Morrison, Herbert, 156, 157, 333, 334, 371.
Morrow, 336, 337.
Mosley, 114, 144, 145, 146.
Müller, 53-60, 81, 158, 160, 161, 164, 168, 170, 171.
Mussolini, 211, 217, 218, 219, 221, 233, 249, 255, 294, 295, 317, 343, 351, 369, 390.
Myrdahl, Gunnar, 202, 203.

Naphtali, Fritz, 108, 109, 110.
Negrín, Dr. Juan, 339, 340.
Neo-socialismo, 258-270.
Nin, Andrés, 327.
Niza, 369, 380.
No-intervención, 329, 330, 332, 333, 334, 335, 339, 340, 341, 343, 350, 351, 370.
Norteamérica, 152, 193, 410.
Noske, Gustav, 67, 81.
N. R. A., 195.

Oesten Unden, 202.
Oficina Internacional del Trabajo, 34.
Orlando, 53, 213.
Osuski, 357.
Oudegeest, 100.

Pabst, 233.
Palencia, Isabel de, 333.
Papen, von, 238, 239, 395.
Partido laborista inglés, 18, 32, 83, 99, 119, 122, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 134, 140, 142, 143, 146, 147, 150, 152, 153, 154, 155, 156, 275, 278, 279, 285, 287, 288, 289, 310, 332, 333, 341, 348, 351, 357, 367, 368, 371, 372, 381, 383, 387, 406, 407, 408; independiente, 145.
Partido Obrero Nacional-Socialista, 71.
Partido Obrero de Noruega, 22.
Partido Social-Demócrata Alemán, 24, 61, 88.
Partido Social-Demócrata Independiente de Alemania, 44, 88.
"Pasionaria", 321.
Péri, Gabriel, 364, 371.
Pestaña, Angel, 320.
Pétain, 364.
Piatnizki, 302.
Pilsudski, 92.
Pipkin, Charles W., 176.

Pivert, Marceau, 198, 328, 355, 370.
"Plan de Trabajo", 263, 264, 265, 266, 267, 268, 269, 270,
Plan Quinquenal, 118.
Plan W. T. B., 114.
Poincaré, 87, 184, 187, 355.
Poliot-Curie, 188.
Polonia, 92, 224, 273, 377, 381, 383.
Ponsonby, Lord, 286.
(P. O. U. M.), Partido Obrero de Unificación Marxista, 322, 327, 336, 337, 339, 340.
P. P. S., 376.
Prieto, Indalecio, 322, 325, 327, 335, 340, 365.
Primo de Rivera, 322.
Pritt, D. N., 350.
"Profintern", 98.
P. S. U. C., 339.
Purcell, A. A., 98, 100, 101.
"*Putsch* de Cervecería", 91.

Quinto Congreso de la Internacional Comunista, 97.

Radek, Karl, 91, 94, 303, 305.
Rathenau, Walther, 87, 88.
Raynaldy, 308.
Remmele, 169.
Renaudel, Pierre, 69, 176, 177, 179, 262, 280, 290.
Revolución de Octubre, 41, 43, 46.
Reichsbanner, 238.
Reichswehr, 78, 80, 81, 82, 91, 239, 240, 282, 302, 304.
Renner, 72, 76, 245, 246.
República Alemana, 161, 164, 168; Española, 326, 328, 337, 344, 365, 380; Bávara, 69; Soviética Húngara, 71, 73, 75; Soviética de Munich, 70, 87, de Weimar, 35, 86, 121, 401, 442.
Reynaud, Paul, 356, 378, 379.
Ribbentrop, 380, 400.
Ricardo, David, 107.
Ríos, Fernando de los, 321.
Rivet, Paul, 313.
Ross, Irwin, 30.
Roosevelt, 22, 193, 195, 375.
Roque, de la, 309.
"Rosa Luxemburgo", 38, 41, 43, 62, 63, 64, 66, 67, 70, 87.
Rosenberg, Arthur, 47.
"R. S.", 253, 392, 393, 394.
Rüdiger, Ernst, 233.
Rumania, 71, 93, 305.
Runciman, 360.
Rusia, 38, 43, 46, 47, 48, 61, 71, 92, 93, 94, 96, 130, 159, 170, 224, 274, 296, 297, 303, 305, 306, 314, 329, 336, 339, 346, 367, 401, 402, 405, 406, 412, 413.

Saboya, 369.
Sailer Hans, Karl, 257.
Salengro, Roger, 188.
Samuel, Sir Herbert, 132, 135, 139, 140.
Sandler, Richard, 201.
Sankey, Sir John, 124, 125, 150.
Sarraut, Albert, 257, 297, 314.
Sassenbach, Johann, 98.
Schacht, 160, 167, 168.
Scheidemann, Philipp, 53, 61, 62, 70, 79.
Schmidt, Carl T., 214, 218.
Schleicher, 395.
Schober, 233.
Schumpeter, Joseph A., 12.
Schuschnigg, 247, 248, 253, 254, 255, 256, 257, 297, 351, 393, 394.
Segunda Internacional, 41, 42, 45.
Seipel, Ignaz, 225, 227, 230, 231, 234.
Seitz, Karl, 72, 76, 227.
Sembat, Marcel, 184.
Serrati, 213.
Severing, Karl, 57, 238, 239.
Shop stewards, véase: delegados de taller.
Simon, Sir John, 138.
Smeral, 44.
Smith, Adam, 21, 107.
Snowden, Philip, 84, 86, 114, 122, 127, 133, 142, 143, 144, 147, 150, 151, 152, 153, 154, 160.
Social-demócratas, 32.

Social-patriotas, 37.
Sociedad de Naciones, 34, 85, 165, 283, 284, 285, 286, 287, 289, 294, 295, 297, 298, 305, 316, 317, 345, 348, 349, 351, 353, 356, 358, 372, 409.
Spaak, Paul Henry, 260, 268, 269, 280, 299, 365, 366.
Spinasse, 188, 296.
Stalin, 96, 117, 118, 304, 305, 307, 315.
Starhemberg, 233, 234, 241, 244, 247, 251.
Stavisky, Alexandre, 308.
Strachey, John, 120.
Stresemann, Gustav, 56, 162, 163, 164, 167.
Stürgkh, conde, 72.
Sucesos del 6 de febrero, 251.
Sudetes, 358, 359, 362, 398.
Suecia, 22, 42, 200, 202, 203, 204, 206, 207, 298.
Suiza, 298, 375.
Swales, 100.

Tarnow, Fritz, 105, 109, 114.
Tercer Reich, 242, 353, 360, 370, 375, 380, 388, 398, 401, 404.
Tercera Internacional, 43.
Thälmann, Ernst, 96, 162.
Thomas, J. M., 98, 126, 136, 138, 140, 144, 145, 146, 147, 150, 153.
Thorez, Maurice, 277, 311.
Thyssen, 399.
Tomsky, 98.
Toynbee, Arnold, 327, 345.
Trade-Unions, 99, 100, 127, 332.
Tratado de Locarno, 297; de Versalles, 284, 293, 303.
Trevelyan, Sir Charles, 333.
Treves, 213.
Trotsky, 73, 96, 306.
Túnez, 369, 380.
Turati, 213.

U. G. T., 319, 325, 339.
Ulbricht, Walter, 399.
Unión Soviética, 10, 93, 95, 118, 170, 224, 294, 296, 303, 304, 305, 307, 325, 329, 337, 338, 339, 344, 356, 364, 367, 372, 392, 399.
Unión Vienesa, 42, 45.

Vaillant, Edouard, 290, 291.
Vandervelde, E., 53, 299, 311, 365, 366.
Varga, Eugen, 120.
Vaugoin, 234, 241.
Vevin, Ernest, 286.
Victoria de Hitler, 235-243.
Volkswehr, 74, 76.

Wallisch, 256.
Watter, von, 82.
Webb, Sidney (Lord Passfield), 123, 148.
Weissel, 256.
Wels, Otto, 56, 241, 304.
Wellock, Wilfred, 286.
Wenzel Jaksch, 359, 360, 362.
Weygand, 93.
Wigforss, Ernest, 202, 204.
Wilson, Woodrow, 53, 86.
Wissel, Rudolf, 57, 78.
Woytinsky, W. 114.

Yugoeslavia, 71.

Zay, Jean, 313.
Zeeland, Van, 268.
Zetkin, Clara, 44.
Zinoviev, 39, 40, 88, 97, 100, 116, 117, 130, 159.
Zyromski Jean, 177, 328, 330, 334, 352, 355, 370, 373, 378, 380.

INDICE GENERAL

Prólogo 9

PARTE I

POR QUE FRACASO EL MOVIMIENTO OBRERO

I. Grupos de presión o acción política 15
II. Del partido revolucionario al grupo de presión 30
III. El leninismo 37

PARTE II

EL FRACASO DE UNA REVOLUCION

VI. Hermann Müller: paradigma del obrero alemán 53
V. Los socialistas y la revolución 61
VI. La consolidación de la república burguesa 78

PARTE III

EL MOVIMIENTO OBRERO DURANTE LA GRAN DEPRESION

VII. "Doctor o heredero" 105
VIII. Errores del movimiento obrero inglés 122
IX. La política de "tolerancia" del movimiento obrero alemán 158
X. Fracaso del "nuevo trato" francés 174
XI. Exito del movimiento obrero sueco 200

PARTE IV

EL ADVENIMIENTO DEL FASCISMO

XII. La aparición del fascismo: Italia 211
XIII. Una derrota fascista: Austria 221
XIV. Victoria de Hitler 236

XV. El cañón de febrero 244
XVI. Tácticas nuevas del movimiento obrero: el neo-socialismo y los planes de trabajo 258

PARTE V

EL FASCISMO EN EL ESCENARIO INTERNACIONAL

XVII. La política exterior socialista y el fascismo 273
XVIII. El Frente Popular 301
XIX. La guerra en España 319
XX. El movimiento obrero camino de Munich 344
XXI. Hacia el abismo 375

PARTE VI

PERSPECTIVAS

XXII. El movimiento subterráneo 387
XXIII. Una nueva oportunidad 405

Notas bibliográficas 415

Este libro se acabó de imprimir el día 2 de marzo de 1945, en la "Gráfica Panamericana", S. de R. L., Pánuco, 63, y estuvo al cuidado de *Daniel Cosío Villegas.*